

LA ESPADA DE LA VERDAD

VOLUMEN 11

La Señora de la Muerte

TERRY GOODKIND

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados

Diseño de cubierta: Valerio Viano

Ilustración de cubierta: Enric Corominas

Título original: *Faith of the fallen*

Traducción: Gemma Gallard

Primera edición: septiembre de 2008

© 2000, Terry Goodkind

Scyla Editores, S.A., 2008

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona (España)

Timun Mas es marca registrada por Scyla Editores, S.A.

www.timunmas.com

Preimpresión: Lozano Faisano, S. L.

ISBN: 84-480-3968-4

Depósito legal: M. 37.895-2008

Impreso en España por Brosmac, S. I.,

1

No recordaba haber muerto.

Con una oscura sensación de recelo, se preguntó si las lejanas voces enojadas que flotaban hasta llegar a ella significaban que estaba a punto de padecer aquel trascendental desenlace: la muerte.

No había absolutamente nada que pudiera hacer al respecto si así era.

Si bien no recordaba haber muerto, rememoraba vagamente solemnes murmullos que decían que la muerte la había hecho suya, pero que él había presionado su boca sobre la de ella y llenado sus pulmones inactivos con su aliento, su vida, y que al hacerlo había reavivado la suya. No tenía ni idea de quién era la persona que hablaba de una hazaña tan inconcebible.

Aquella primera noche, al percibir las distantes voces incorpóreas como poco más que una noción vaga, había caído en la cuenta de que había gente a su alrededor que no creía —a pesar de que volvía a estar viva— que fuera a permanecer con vida durante lo que quedaba de la noche. Pero ahora sabía que lo había hecho; había permanecido con vida muchas más noches, quizá como respuesta a plegarias desesperadas y juramentos fervientes murmurados sobre ella aquella primera noche.

Pero si bien no recordaba haber muerto, recordaba el dolor antes de sumirse en aquella prolongada inconsciencia. El dolor, nunca lo olvidaba. Recordaba de haber peleado sola y salvajemente contra todos aquellos hombres, hombres que mostraban los dientes igual que una jauría de perros salvajes con una liebre. Recordaba la lluvia de golpes brutales que la hizo caer al suelo, las pesadas botas estrellándose contra su cuerpo una vez allí, y el chasquido seco de los huesos al partirse. Recordaba la sangre, tantísima sangre, en los puños de sus atacantes, en sus botas. Recordaba el insoportable terror de carecer de aliento para jadear ante aquella agonía, para gritar contra el peso aplastante del dolor.

Algún tiempo después —si fueron horas o días, no lo sabía—, cuando yacía bajo sábanas limpias en una cama desconocida y había alzado la mirada para contemplar sus ojos grises, supo que, para algunos, el mundo reservaba un dolor peor que el que ella había padecido.

No sabía cómo se llamaba aquel hombre, y la profunda angustia tan patente en sus ojos le indicó, sin el menor asomo de duda, que debería saberlo. Más que su propio nombre, más que la vida misma, supo que debería haber sabido cómo se llamaba, pero no era así. Nunca nada la había avergonzado tanto.

A partir de entonces, siempre que tenía los ojos cerrados, veía los de él. Veía no sólo el sufrimiento que había en ellos sino la luz de una esperanza tan intensa como la que sólo podía despertar el amor más puro. En algún lugar, incluso en los peores momentos de la oscuridad que envolvía su mente, se negó a permitir que la luz de los ojos del hombre se extinguiera debido a su incapacidad de obligarse a sí misma a vivir.

En un momento dado, recordó su nombre. La mayor parte del tiempo lo recordaba. Algunas veces, no lo conseguía. A veces, cuando el dolor la ahogaba, olvidaba incluso su propio nombre.

Ahora, mientras oía a hombres que mascullaban aquel nombre, Kahlan lo reconoció, supo quién era él. Se aferró a aquel nombre —Richard— y a su recuerdo de él, de quién era, de todo lo que él significaba para ella.

Incluso, más tarde, cuando la gente temía que muriera de todos modos, ella supo

que viviría. Tenía que hacerlo, por Richard, su esposo. Por la criatura que llevaba en su vientre. El hijo de Richard. El hijo de ambos.

Los sonidos de hombres enojados llamando a Richard por su nombre consiguieron por fin que Kahlan abriera los ojos. Los entrecerró ante el dolor insoportable que había quedado atenuado, aunque no desterrado, mientras se hallaba en la envoltura protectora del sueño. La saludó un arrebol de luz ambarina que llenaba la pequeña habitación que la cobijaba. Puesto que la luz no era fuerte, razonó que alguna cosa debía de cubrir una ventana y reducía la intensidad de la luz, o que tal vez anochecía. Cada vez que despertaba, como en aquel momento, no sólo no sabía qué hora del día era, sino que tampoco sabía cuánto tiempo había estado dormida.

Movió la lengua en la pastosa sequedad de la boca. Su cuerpo parecía de plomo por el prolongado y persistente sopor. Sentía las mismas náuseas que aquella vez que, cuando era pequeña, había comido tres manzanas verdes caramelizadas antes de un viaje en barca, un día caluroso y ventoso. Hacía un calor como aquél: un calor veraniego. Se esforzó por despertar completamente, pero su consciencia parecía ir a la deriva, cabeceando en un enorme mar impreciso. Se le revolvió el estómago, y de improviso tuvo que dedicar todos sus esfuerzos a no vomitar. Sabía muy bien que en su actual estado, pocas cosas eran tan dolorosas como vomitar. Sus párpados volvieron a cerrarse desmayadamente, y se hundió hasta un lugar aún más oscuro.

Se dominó, obligó a sus pensamientos a regresar a la superficie e hizo que sus ojos se abrieran otra vez. Entonces recordó: le daban hierbas para mitigar el dolor y ayudarla a dormir. Richard sabía mucho sobre hierbas. Éstas la ayudaban a sumirse en una especie de estupor. Pero el dolor, si bien no tan agudo, conseguía atraparla incluso allí.

Lentamente, con cuidado, para no retorcer lo que parecían dagas de doble filo ensartadas por todas partes, entre las costillas, respiró más profundamente. La fragancia de la balsamina y el pino inundó sus pulmones, y le asentó el estómago. No era el aroma de árboles en medio de otros olores del bosque, entre el de tierra húmeda, los hongos y los helechos, sino la fragancia de árboles recién talados y partidos. Se concentró en enfocar la mirada y vio, más allá del pie de la cama, una pared de madera pálida y recién descortezada, con savia rezumando aquí y allá, desde marcas de hachazos recientes. La madera daba la impresión de haber sido cortada y desbastada a toda prisa, sin embargo su perfecto encaje delataba el conocimiento y la experiencia de la mano de quien lo había hecho.

La habitación era diminuta. En el Palacio de las Confesoras, donde había crecido, una habitación tan pequeña como aquella no habría servido ni como armario para la ropa blanca. Es más, habría sido de piedra, o de mármol. Le gustó la diminuta habitación de madera. Supuso que Richard la había construido para protegerla. Era casi como si tuviera sus brazos protectores a su alrededor. El mármol, con su distante dignidad, jamás la había confortado de aquel modo.

Más allá de los pies de la cama, descubrió una talla de un ave en pleno vuelo. La habían esculpido con unas cuantas cuchilladas firmes en un tronco de la pared, sobre una zona apenas un poco mayor que su mano. Richard le había dado algo que contemplar. De vez en cuando, mientras estaban sentados alrededor de una fogata, le había visto tallar como si tal cosa un rostro o un animal en un pedazo de madera. El pájaro, que volaba con las alas totalmente extendidas mientras velaba por ella, transmitía una sensación de libertad.

Al volver los ojos a la derecha, vio una manta de lana marrón que colgaba sobre el vano de la puerta. Del otro lado de la puerta llegaban, de modo fragmentario, voces enojadas, amenazantes.

—No es por decisión nuestra, Richard... Tenemos nuestras propias familias en las

que pensar... esposas e hijos...

Deseando saber qué sucedía, Kahlan intentó incorporarse sobre el hombro izquierdo; pero, por alguna razón, el brazo no actuó de la forma que esperaba. Como un relámpago, el dolor ascendió disparado por el tuétano del hueso y estalló en el hombro.

Resollando por el dolor atroz provocado por la tentativa de moverse, volvió a su posición inicial antes de haber conseguido levantar el hombro un solo centímetro del lecho. El jadeo retorció las dagas que perforaban sus costados y tuvo que obligarse a respirar más despacio para controlar aquel dolor punzante. Cuando lo peor del indecible dolor del brazo y los puntos de las costillas disminuyó, dejó escapar un suave gemido.

Con una calma deliberada, paseó la mirada a lo largo del brazo izquierdo. Estaba entablillado. En cuanto lo vio, recordó, y se reprochó no haber pensado en ello antes de intentar apoyarse en él.

Comprendió que las hierbas le impedían pensar con claridad. Por miedo a efectuar otro movimiento, concentró sus esfuerzos en aclarar su mente.

Alzó con cautela la mano derecha y pasó los dedos por el sudor de su frente, sudor provocado por la agonía. La articulación del hombro derecho le dolió, pero lo pudo mover. Aquel pequeño triunfo la complació. Se tocó los ojos. Estaban hinchados. Entonces supo por qué le había resultado un paisaje desconocido de carne inflamada, y su imaginación le proporcionó una espantosa tonalidad negra y azul. Cuando sus dedos rozaron los cortes de la mejilla, ascuas ardientes parecieron abrasar sus nervios, como si estuvieran despellejados y al descubierto.

No necesitaba ningún espejo para saber que tenía un aspecto horrible. Además, era perfectamente consciente de lo terrible que debía de ser, cada vez que miraba a Richard a los ojos. Deseaba tener un buen aspecto para él, aunque sólo fuera para disipar el sufrimiento que veía en sus ojos. Él, leyendo sus pensamientos, le decía: «Estoy bien. Deja de preocuparte por mí y dedica tus pensamientos a recuperarte».

Con agrídulce nostalgia, Kahlan recordó haber yacido con Richard, sus miembros entrelazados en delicioso agotamiento, la piel de él ardiente en contacto con la de ella, su enorme mano masculina descansando sobre su vientre mientras recuperaban el aliento. Era un martirio desear abrazarlo otra vez y no poder hacerlo. Se recordó que era sólo cuestión de un poco de tiempo y de que fuera cicatrizando todo. Estaban juntos y eso era lo que importaba. Su mera presencia era un reconstituyente.

Oyó a Richard más allá de la manta que cubría la puerta, hablando en una voz sumamente contenida, recalcando las palabras, como si cada una le costara una fortuna.

—Simplemente necesitamos algo de tiempo...

Las voces de los hombres eran acaloradas cuando todos empezaron a hablar a la vez.

--No es porque lo queramos... deberías saberlo, Richard, tú nos conoces... ¿Y si eso trae problemas aquí? ...Hemos oído hablar sobre los combates. Tú mismo dijiste que procede de la Tierra Central. No podemos permitirlo... no lo haremos...

Kahlan escuchó, esperando oír el sonido de su espada al desenvainarse. Richard poseía una paciencia casi infinita, pero poca tolerancia. Cara, su guardaespaldas, la amiga de ambos, sin duda estaba presente. Cara no era paciente ni tolerante.

En lugar de desenvainar la espada, Richard dijo:

—No le pido a nadie que me dé nada. Quiero únicamente que me dejen en paz en un lugar tranquilo donde pueda cuidar de ella. Quiero estar cerca de Ciudad del Corzo por si ella necesitara algo. —Hizo una pausa—. Por favor..., sólo hasta que mejore.

Kahlan quiso chillarle: «¡No! ¡No te atrevas a suplicarles, Richard! No tienen ningún derecho a hacer que les supliques. ¡No tienen derecho a hacerlo! Jamás comprenderían los

sacrificios que has hecho».

Pero apenas pudo hacer poco más que musitar su nombre con pesar.

—No nos pongas a prueba... ¡Quemaremos la casa para echaros si debemos hacerlo! ¡No puedes luchar contra todos nosotros; tenemos la razón de nuestro lado.

Los hombres despotricaron y profirieron siniestros juramentos. Esperó oír el sonido de su espada desenvainándose, pero, en su lugar, Richard contestó a los hombres con palabras que Kahlan no consiguió distinguir. Se hizo un silencio atroz.

—No es que nos guste hacer esto, Richard —dijo alguien, con voz avergonzada—. No tenemos elección. Tenemos que pensar en nuestras propias familias y en todos los demás.

Otro hombre tomó la palabra con virtuosa indignación.

—Además, parece que te has vuelto muy arrogante de improviso, con tus ropas elegantes y tu espada, no como antes, cuando eras un guía de bosque.

—Es cierto —dijo otro—. Sólo porque te marcharas y vieras un poco de mundo, eso no significa que puedas regresar aquí pensando que eres mejor que nosotros.

—He ido más allá de lo que todos vosotros habéis decidido que es el lugar que me corresponde —dijo Richard—. ¿Es eso lo que queréis decir?

—Diste la espalda a tu comunidad, a tus raíces, tal como yo lo veo; piensas que nuestras mujeres no son lo bastante buenas para el gran Richard Cypher. No, tenías que casarte con una mujer de tierras lejanas. Luego venís aquí y decidís exhibiros ante nosotros.

—¿Cómo? ¿Haciendo qué? ¿Por casarme con la mujer que amo? ¿Es eso lo que consideraréis presumir? ¿Invalida eso mi derecho a vivir en paz? ¿Y le arrebató a ella su derecho a sanar, recuperarse y vivir?

Aquellos hombres lo conocían como Richard Cypher, un simple guía de bosque, no como la persona que había descubierto qué era en realidad, y en la que se había convertido. Era el mismo hombre de antes. Pero en muchos aspectos, ellos no lo habían conocido nunca.

—Deberías estar de rodillas, rezando al Creador, para que curara a tu esposa —terció otro hombre—. Toda la humanidad es un atajo de gente miserable e indigna. Deberías orar y pedir el perdón del Creador por tus actos malvados y tu carácter pecaminoso. Eso es lo que os causó problemas a ti y a tu mujer. En su lugar, quieres llevar tus problemas al seno de honestas gentes trabajadoras. No tienes ningún derecho a hacer recaer sobre nosotros tus pecaminosos problemas. Eso no es lo que quiere el Creador. Deberías pensar en nosotros. El Creador quiere que seas humilde y ayudes a los demás..., por eso descargó su furia sobre ella, para daros una lección a ambos.

—¿Te lo dijo él, Albert? —preguntó Richard—. ¿Viene ese Creador tuyo a charlar contigo sobre sus intenciones y a confiarte sus deseos:

—Habla con cualquiera que muestre la humildad apropiada para escucharle —bufó Albert.

—Además —intervino otro hombre—, hay algunas cosas buenas: en esta Orden Imperial de la que nos adviertes. Si no fueras tan obstinado, Richard, te darías cuenta. No hay nada malo en querer ver a todo el mundo tratado de un modo decente. Es ser justo e imparcial. Es lo correcto. Es lo que desea el Creador, tienes que admitirlo, y eso es también lo que enseña la Orden Imperial. Si no eres capaz de ver esa parte buena de la Orden..., lo mejor será que te vayas y pronto.

Kahlan contuvo la respiración.

—Entonces así será —respondió Richard, en un tono de voz que no presagiaba nada bueno.

Richard conocía a aquellos hombres, se había dirigido a ellos por sus nombres y les

había recordado años y hazañas compartidos. Si había mostrado paciente con ellos, pero, agotada finalmente la paciencia, había hecho su aparición la intolerancia.

Unos caballos resoplaron y pisotearon el suelo, entre el crujir de arreos de cuero, mientras los hombre montaban.

—Regresaremos por la mañana para quemar este lugar. Será mejor que no te encontremos a ti ni a los tuyos en las proximidades, o arderéis con él.

Tras unas cuantas palabrotas finales, los hombres partieron a toda velocidad. El sonido de los cascos que se alejaban aporreando el suelo retumbó a través de Kahlan y le produjo dolor.

Dedicó una leve sonrisa a Richard, aunque él no pudiera verla. Sólo deseaba que no hubiera suplicado por ella. Sabía muy bien que jamás lo habría hecho para pedir nada para sí.

La luz salpicó la pared cuando apartaron la manta que cubría la entrada. A juzgar por la dirección y la intensidad de la luz, Kahlan adivinó que tenía que ser pasado el mediodía de un día ligeramente encapotado. Richard apareció junto a ella. Su elevada figura se alzaba imponente sobre su persona y proyectaba una faja de sombra por encima de su cintura.

Vestía una camiseta negra sin mangas, sin la camisa ni la espléndida túnica dorada y negra, lo que dejaba al descubierto sus brazos fornidos. En el costado izquierdo, el lado que quedaba junto a ella, un destello de luz centelleó en la empuñadura de su singular espada. Sus anchos hombros hacían que la habitación pareciera aún más pequeña. El rostro bien afeitado, la mandíbula poderosa y la línea firme de la boca complementaban a la perfección su figura impactante. Los cabellos, de un color que estaba entre el rubio y el castaño, le rozaban la nuca. Pero era la inteligencia tan claramente manifiesta en aquellos penetrantes ojos grises lo que había cautivado su atención desde el principio.

—Richard —susurró Kahlan—, no permitiré que supliques por mí.

Las comisuras de sus labios se tensaron en un atisbo de sonrisa.

—Si quiero suplicar, lo haré —respondió, y le subió un poco la manta, asegurándose de que estuviera bien tapada, a pesar de que estaba sudando—. No sabía que estabas despierta.

—¿Cuánto tiempo he dormido?

—Un poco.

Supuso que debía de haber sido bastante tiempo, pues no recordaba su llegada a aquel lugar ni que él hubiera construido la casa que ahora se alzaba a su alrededor.

Kahlan se sentía más como una persona con los ochenta cumplidos que como alguien que aún no había llegado a los treinta. Nunca antes la habían herido, no de gravedad, al menos, hasta el punto de estar al borde de la muerte y totalmente indefensa durante tanto tiempo. Odiaba aquella sensación, y ser incapaz de llevar a cabo la acción más simple por sí misma. La mayor parte de aquello era más insufrible que el dolor.

La anonadaba comprender de un modo tan inesperado y total lo frágil que era la vida, su propia fragilidad, su propia mortalidad. Había arriesgado la vida en el pasado y había estado en peligro muchas veces, pero al mirar atrás no sabía si había pensado alguna vez que algo como aquello pudiera ocurrirle. Afrontar aquella realidad resultaba demoledor.

Algo en su interior parecía haberse roto aquella noche; una especie de idea de sí misma, una especie de seguridad en sí misma. Podría haber muerto con tanta facilidad... El bebé de ambos podría haber muerto antes incluso de tener una oportunidad de vivir.

—Estás mejorando —dijo Richard, como respondiendo a sus pensamientos—. No lo digo porque sí. Se nota que vas curándote.

Lo miró a los ojos, haciendo acopio de valor para preguntar por fin:

—¿Cómo conocen la existencia de la Orden aquí arriba?

—Gentes que huían de los combates han venido por aquí. Los hombres que difunden la doctrina de la Orden Imperial también. Sus palabras pueden parecer buenas..., incluso casi pueden tener sentido..., si uno no piensa, si sólo siente. La verdad no parece contar demasiado —añadió, como una ocurrencia tardía, y a continuación respondió a la pregunta no formulada que veía en sus ojos—: Los hombres de la Orden se han ido. Esos idiotas de ahí afuera no hacían más que soltar cosas que han oído, eso es todo.

—Pero quieren que nos vayamos. Parecen hombres que mantienen los juramentos hechos.

Richard asintió, pero entonces una parte de su sonrisa regresó. —¿Sabes que estamos muy cerca del lugar donde te vi por primera vez, el pasado otoño? ¿Lo recuerdas?

—¿Cómo podría olvidar jamás el día en que te conocí?

—Nuestras vidas corrían peligro por aquel entonces y tuvimos que marcharnos de aquí. Jamás lo he lamentado. Fue el inicio de mi vida contigo. Mientras estemos juntos, nada más importa.

Cara cruzó majestuosamente el umbral y fue a detenerse junto a Richard, añadiendo su sombra a la de él sobre la manta de algodón azul que tapaba a Kahlan hasta las axilas. Enfundado en un ceñido traje de cuero rojo, el cuerpo de Cara tenía la gracia de un halcón: imperioso, veloz y letal. Las mord-sith siempre vestían de cuero rojo cuando creían que se avecinaban problemas. Los largos cabellos rubios de Cara, recogidos a la espalda en una gruesa trenza, eran otra seña de su profesión de mord-sith, de miembro de un cuerpo de guardias de élite del mismísimo lord Rahl.

En cierto modo, Richard había heredado a la mord-sith al heredar el gobierno de D'Hara, un lugar cuya existencia no conocía de niño. No había buscado el poder; no obstante había recaído en él, y en aquellos momentos muchas personas dependían de Richard. Todo el Nuevo Mundo —la Tierra Occidental, la Tierra Central y D'Hara— dependía de él.

—¿Cómo os encontráis? —preguntó Cara, con sincera preocupación.

Kahlan consiguió pronunciar algo más que un ronco murmullo.

—Mejor.

—Bien, pues si os sentís mejor —rezongó Cara—, decid a lord Rahl que debería permitirme hacer mi trabajo e inculcar a esos hombres lo que es el respeto. —Sus amenazadores ojos azules giraron por un instante hacia el punto en el que habían estado los hombres mientras proferían sus amenazas—. A los que deje con vida, por lo menos.

—Cara, usa la cabeza —dijo Richard—. No podemos convertir este lugar en una fortaleza y permanecer parapetados indefinidamente. Esos hombres están asustados. No importa lo equivocados que estén. Nos ven como un peligro para sus vidas y las de sus familias. No tenemos que enzarzarnos en una pelea insensata si podemos evitarlo.

—Pero Richard —intervino Kahlan, señalando débilmente con la derecha la pared situada ante ella—, tú has construido esto...

—Únicamente esta habitación. Quería un alojamiento para ti. No me llevó mucho tiempo..., sólo talar y partir unos cuantos árboles.

Aún no hemos construido el resto. No vale la pena derramar sangre por ello.

Si Richard parecía tranquilo, Cara daba la impresión de estar a punto de escupir acero y clavos.

—¿Podéis decir a este terco esposo vuestro que me deje matar a alguien antes de que me vuelva loca? ¡No puedo permanecer aquí parada y permitir que la gente os amenace a ambos y se vaya de ro-sitas! ¡Soy una mord-sith!

Cara se tomaba su tarea de proteger a Richard —lord Rahl— y a Kahlan muy en serio. Cuando la vida de Richard estaba en juego, Cara estaba totalmente dispuesta a matar primero y decidir después si había sido necesario, y ésa era una de las cosas que Richard no toleraba.

La única respuesta de Kahlan fue una sonrisa.

—Madre Confesora, no podéis permitir a lord Rahl inclinarse ante la voluntad de hombres tan estúpidos como éstos. Decídselo.

Kahlan posiblemente podría contar con los dedos de una mano a las personas que, en toda su vida, se habían dirigido a ella por el nombre de «Kahlan» sin anteponer, como mínimo, el apelativo «Confesora». Había oído pronunciar su título completo —Madre Confesora— innumerables veces, en tonos que iban desde el respeto reverencial al temor más pavoroso. Muchas personas, al arrodillarse ante ella, eran incapaces de musitar, con sus labios temblorosos, las dos palabras de su título. Otros, cuando estaban a solas, las musitaban con propósitos letales.

A Kahlan la habían nombrado Madre Confesora cuando todavía tenía poco más de veinte años; la Confesora más joven jamás nombrada para aquel puesto de tanto poder. Pero aquello había sucedido hacía varios años ya y, en la actualidad, era la única Confesora que quedaba con vida.

Kahlan siempre había sobrellevado el título, las reverencias y el hecho de que la gente se arrodillara, la veneración, el temor reverencial, el miedo y las intenciones asesinas, porque no tenía elección. Pero, más que eso, era la Madre Confesora... por sucesión y elección, por derecho, por juramento y por obligación.

Cara siempre se dirigía a ella como «Madre Confesora». Pero cuando las pronunciaban los labios de Cara esas palabras sonaban distintas. Eran casi un reto, un desafío expresado a través de un acatamiento inquebrantable, pero con el abono de una sonrisa afectuosa. Viniendo de Cara, Kahlan no oía tanto «Madre Confesora» como oía «Hermana». La mord-sith provenía del lejano país de D'Hara. Para Cara, nadie, en ningún lugar, estaba jerárquicamente por encima de ella, excepto lord Rahl. Lo más que podía permitir era que Kahlan fuera su igual en sus deberes para con Richard. Ser considerada como una igual por Cara, no obstante, era todo un elogio.

Cuando Cara se dirigía a Richard como «lord Rahl», el tono no decía «Hermano»; decía exactamente lo que quería decir: lord Rahl.

Para los hombres de voces enojadas, lo de «lord Rahl» era un concepto tan ajeno a ellos como el lejano país de D'Hara. Kahlan procedía de la Tierra Central que separaba D'Hara de la Tierra Occidental. Las gentes que vivían en la Tierra Occidental no sabían nada de la Tierra Central ni de la Madre Confesora. Durante décadas, las tres partes del Nuevo Mundo habían estado separadas por fronteras infranqueables, que dejaban lo que había más allá de aquellos límites envuelto en un velo de misterio. El otoño anterior, aquellas fronteras habían caído.

Y luego, en el invierno, se había abierto una brecha en la barrera situada al sur de las tres tierras, la barrera que durante tres mil años había cerrado el paso a la amenaza del Viejo Mundo. Al abrirse la brecha, la Orden Imperial se había abatido sobre todos ellos. En el último año, el mundo se había sumido en el caos; las creencias con las que todos habían crecido habían cambiado.

—No consentiré que hagas daño a gente sólo porque se nieguen a ayudarnos —dijo Richard a Cara—. No solucionaría nada y acabaría por causarnos más problemas. Lo que iniciamos aquí sólo nos llevó un corto espacio de tiempo construirlo. Pensaba que este lugar sería seguro, pero no lo es. Simplemente nos marcharemos a otro sitio.

Se volvió otra vez hacia Kahlan, y su voz perdió su ardor.

—Esperaba poder llevarte a mi hogar, a un poco de paz y tranquilidad, pero parece

que mi hogar no me quiere, tampoco. Lo siento.

—Sólo esos hombres, Richard.

En el país de Anderith, justo antes de que atacaran y golpearan a Kahlan, la gente había rechazado la oferta de Richard de unirse al emergente imperio de D'Hara que él gobernaba en pro de la libertad. En su lugar, los habitantes de Anderith eligieron tomar partido por la Orden Imperial. Richard se había llevado a Kahlan y alejado de todo. O eso parecía.

—¿Qué hay de los auténticos amigos que tienes aquí? —siguió ella.

—Aún no... quería levantar un refugio primero. Ahora ya no hay tiempo. Tal vez más adelante.

Kahlan trató de agarrar su mano, que pendía junto a su costado, pero sus dedos quedaban demasiado lejos.

—Pero, Richard...

—Mira, ya no es seguro permanecer aquí. Es así de sencillo. Te traje aquí porque pensé que sería un lugar seguro para que te recuperaras y recobraras tus fuerzas. Me equivoqué. No lo es. No podemos quedarnos aquí. ¿Entendido?

—Sí, Richard.

—Tenemos que seguir adelante.

—Sí, Richard.

Había algo más. Ella lo sabía; algo mucho más importante que la penosa experiencia de verla en aquel estado. Richard tenía una expresión distante y preocupada en sus ojos.

—Pero ¿qué pasa con la guerra? Todo el mundo cuenta con nosotros... contigo. Yo no puedo ser de gran ayuda hasta que mejore, pero a ti te necesitan ahora mismo. El imperio d'haraniano te necesita. Eres lord Rahl. Tú los acaudillas. ¿Qué estamos haciendo aquí? Richard... —Aguardó hasta que él volvió los ojos para mirarla—. ¿Por qué estamos huyendo cuando todos confían en nosotros?

—Hago lo que debo.

—¿Lo que debes? ¿Qué significa eso?

El rostro de él se ensombreció, mientras desviaba la mirada.

—He... tenido una visión.

2

Una visión? —inquirió Kahlan, con franca estupefacción.

Richard odiaba todo lo que tenía que ver con las profecías.

Las profecías le habían causado un sinnúmero de problemas.

Una profecía era siempre ambigua y por lo general enigmática, sin importar lo clara que pareciera ser en apariencia. Las personas inexpertas se dejaban engañar fácilmente por la más simplista interpretación. Una adhesión precipitada a una interpretación literal de la profecía había provocado muchos desmanes en el pasado, desde el asesinato a la guerra. Por consiguiente, aquellos que tenían algo que ver con el arte de la profecía se tomaban grandes molestias para mantenerlo en secreto.

Una profecía, al menos a primera vista, implicaba predestinación. Richard creía que el hombre creaba su propio destino.

—Una profecía sólo puede decir que mañana saldrá el sol —le había dicho en una ocasión—. No puede decir qué harás con tu día. El hecho de que uno haga cosas durante el día no significa que se cumpla la profecía, sino el cumplimiento de tus propias intenciones.

Shota, la bruja, había profetizado que Richard y Kahlan concebirían un hijo de infausta memoria. Richard había demostrado en más de una ocasión que la visión del futuro inmediato que tenía Shota era, si no fatalmente imperfecta, al menos inmensamente más compleja de lo que Shota quería que pareciera. Al igual que Richard, Kahlan no aceptó la predicción de la mujer.

En muchas ocasiones, el parecer de Richard sobre las profecías se había demostrado correcto, así que Richard se limitaba a ignorar lo que decían las profecías y actuaba como creía que debía. Al obrar así, a menudo la profecía se cumplía finalmente, aunque en modos que no podrían haberse vaticinado. De esa forma, la profecía se demostraba y se desmentía al mismo tiempo, sin resolver nada y probando únicamente el eterno enigma que realmente era.

El abuelo de Richard, Zedd, que había ayudado a criarlo no muy lejos de donde estaban, no sólo había mantenido secreta su identidad como mago. Para proteger a Richard, también había ocultado el hecho de que a Richard lo había engendrado Rahl el Oscuro y no George Cypher, el hombre que lo había querido y criado. Rahl el Oscuro, un mago de gran poder, había sido el peligroso y violento gobernante de la lejana D'Hara. Richard había heredado el don de la magia de dos linajes diferentes. Tras matar a Rahl el Oscuro, también había heredado el gobierno de D'Hara, un país que en muchos aspectos era tan misterioso para él como su poder.

Kahlan, al proceder de la Tierra Central, había crecido entre magos, pero las aptitudes de Richard no se parecían a nada que se hubiera conocido antes. El joven poseía no un aspecto del don, sino muchos, y no un lado, sino ambos: era un mago guerrero. Parte de su equipo procedía del Alcázar del Hechicero, y no lo había llevado nadie en tres mil años; desde los tiempos del último mago guerrero.

Como el don se estaba extinguiendo entre la humanidad, los magos eran poco frecuentes; Kahlan había conocido a menos de una docena. Entre los magos, los profetas eran los más raros, y ella sólo tenía noticias de la existencia de dos. Uno de esos era el antepasado de Richard, lo que hacía que las profecías formaran parte del don de Richard. Con todo, Richard siempre había considerado las profecías como una víbora agazapada en su cama.

Con ternura, como si no existiera nada más valioso en el mundo, Richard le alzó la mano.

—Recuerdas que siempre hablo de los hermosos lugares que sólo yo conozco, allá, en las montañas situadas al oeste del lugar donde me crié? ¿Los lugares especiales que siempre he querido mostrarte? Voy a llevarte allí, donde estaremos seguros.

—Los d'haranianos tienen un vínculo con vos, lord Rahl —le recordó Cara—, y podrán localizaros mediante ese vínculo.

—Bien, pero nuestros enemigos no tienen un vínculo conmigo. Ellos no sabrán dónde estamos.

Cara pareció encontrar agradable tal idea.

—Si no va gente a ese lugar, no habrá carreteras. ¿Cómo llevaremos el carruaje hasta allí? La Madre Confesora no puede andar.

—Construiré una camilla. Tú y yo la transportaremos en ella.

—Podríamos hacer eso —repuso Cara, asintiendo pensativa—. Si no hubiera otras personas, entonces los dos estaríais a salvo.

—Más seguros que aquí. Esperaba que mi gente nos dejara tranquilos. No contaba con que la Orden fomentara el descontento en un lugar tan alejado..., al menos no con tanta rapidez. Esos hombres por lo general no son mala gente, pero se están exaltando peligrosamente.

—Esos cobardes han regresado a refugiarse tras las faldas de sus mujeres. No volverán hasta la mañana. Podemos dejar que la Madre Confesora descanse y luego partir antes del amanecer.

Richard lanzó a Cara una mirada elocuente.

—Uno de esos hombres, Albert, tiene un hijo, Lester. Éste y su compinche, Tommy Lancaster, en una ocasión intentaron clavarme unas cuantas flechas por estropearles la diversión de hacerle daño a un inocente. En la actualidad, a Tommy y a Lester les faltan unos cuantos dientes. Albert contará a Lester que estamos aquí, y, al poco rato, Tommy Lancaster también lo sabrá.

»Ahora que la Orden Imperial les ha llenado las cabezas con la idea de una guerra noble en nombre del bien, esos hombres se estarán imaginando cómo sería convertirse en héroes. Por lo general no son violentos, pero hoy se mostraron más irracionales de lo que *les* había visto nunca.

»Empezarán a beber para fortalecer su valor. Para entonces, Tommy y Lester ya estarán con ellos, y sus historias sobre cómo les injurié y que soy un peligro para la gente decente conseguirán que todo el mundo se exalte. Puesto que nos superan ampliamente en número, empezarán a ver las ventajas de matarnos; lo verán como un modo de proteger a sus familias y de hacer lo correcto por la comunidad y su Creador. Hinchidos de alcohol y de sueños gloria, no querrán aguardar hasta el nuevo día. Regresarán esta noche. Tenemos quemarnos ahora.

Cara no parecía preocupada.

—Yo digo que los esperemos y que, cuando regresen, pongamos fin a la amenaza.

—Algunos traerán con ellos a otros amigos. Serán muchos.

Debemos pensar en Kahlan. No quiero arriesgarme a que uno de nosotros resulte herido. No ganaremos nada peleando contra ellos.

Richard se quitó el antiguo tahalí de cuero que sujetaba su vaina y su espada labradas en oro y plata. Se lo pasó por encima de la cabeza y lo colgó de una rama que sobresalía de un leño. Cara cruzó los brazos con expresión amarga. La mord-sith prefería no dejar con vida una amenaza. Richard recogió la negra camisa doblada depositada en el suelo, que Kahlan no había visto, y se la puso.

—¿Una visión? —preguntó Kahlan, una vez más.

Pese al gran problema que podían significar aquellos hombres, no eran ellos su principal inquietud en aquellos momentos.

—¿Has tenido una visión?

—La repentina claridad con que se me presentó me hace pensar que era una visión, pero en realidad fue más bien una revelación.

—Una revelación. —Deseó poder expresarse con algo más que un ronco susurro—. Y ¿qué forma tomó esa visión revelación?

—C o m p r e n s i ó n .

Kahlan alzó los ojos para clavarlos en él.

—¿Comprensión de qué?

Richard empezó a abotonarse la camisa.

—A través de ese entendimiento he conseguido comprender el contexto más amplio. He comprendido qué debo hacer.

—Sí —refunfuñó Cara—, y esperad a oírlo. Adelante, contádselo.

Richard dedicó una mirada furiosa a la mord-sith y ésta le respondió de igual modo. Finalmente, la atención de Richard regresó a Kahlan.

—Si os conduzco a esta guerra, perderemos, y muchísimas personas morirán por nada. El resultado será un mundo esclavizado por la Orden Imperial. Si no conduzco a nuestro bando a la batalla, el mundo caerá igualmente bajo la sombra de la Orden, pero morirán muchas menos personas. Sólo de ese modo tendremos alguna posibilidad.

—¿Perdiendo? ¿Quieres perder primero y luego pelear? ¿Cómo puedes plantearte abandonar la lucha por la libertad?

—Anderith me enseñó una lección —respondió él; su voz era contenida, como si lamentara lo que decía—. No puedo proseguir esta guerra. La libertad requiere esfuerzo, si se desea obtenerla, y vigilancia, si se quiere mantenerla. La gente no valora la libertad hasta que se la arrebatan.

—Pero muchos sí lo hacen —objetó Kahlan.

—Siempre existen algunos, pero la mayoría ni siquiera la comprende; ni tampoco les preocupa..., igual que sucede con la magia. La gente se acobarda estúpidamente ante ella, sin ver la verdad. La Orden les ofrece un mundo sin magia y con respuestas preconcebidas para todo. La servidumbre es algo muy sencillo... Pensaba que podría convencer a la gente del valor de sus propias vidas, y de la libertad. En Anderith me demostraron lo idiota que era.

—Anderith es sólo un sitio...

—Anderith no era excepcional. Mira todos los problemas que hemos tenido en otros lugares. Tenemos problemas incluso aquí, donde crecí. —Richard empezó a meterse la camisa dentro del pantalón—. Obligar a la gente a luchar por la libertad es la peor contradicción.

»Nada de lo que pueda decir estimulará a la gente a preocuparse por ella... Lo he intentado. Aquellos que valoran la libertad tendrán que huir, ocultarse, intentar sobrevivir y soportar lo que es seguro que acaecerá. No puedo impedirlo. No puedo ayudarlos. Ahora lo sé.

—Pero Richard, ¿cómo puedes pensar siquiera en...?

—Debo hacer lo que es mejor para nosotros. Debo ser egoísta. La vida es demasiado valiosa para desperdiciarla en causas inútiles. No existe nada más pernicioso. La gente sólo puede salvarse de la era oscura de represión y servidumbre que se avecina si llega a comprender y preocuparse del valor de su propia vida, de su libertad, y está dispuesta a actuar en su propio interés. Debemos permanecer con vida con la esperanza de que tal día llegue.

—Pero podemos ganar esta guerra. Debemos hacerlo.

—¿Es que piensas que puedo conducir hombres a la guerra y, por el simple hecho de que lo deseo, ganar? No lo haremos. Hace falta algo más que mi deseo. Hará falta un número ingente de personas totalmente entregadas a la causa. No tenemos eso. Si lanzamos nuestras fuerzas contra la Orden, seremos destruidos y cualquier posibilidad de obtener la libertad en el futuro se perderá para siempre. —Se pasó los dedos por los cabellos—. No debemos conducir a nuestras fuerzas contra el ejército de la Orden.

Dedicó su atención a ponerse la túnica negra abierta por los costados. Kahlan hizo un esfuerzo por dar energía a su voz, por expresar la magnitud de su preocupación.

—Pero ¿qué pasa con todos aquellos que están dispuestos a pelear..., con todos los ejércitos que están ya en el campo de batalla? Son hombres buenos, hombres capaces, dispuestos a ir contra Jagang, detener su Orden Imperial y empujarlos a todos de vuelta al Viejo Mundo. ¿Quién conducirá a nuestros hombres?

—¿Conducirlos a qué? ¿A la muerte? No pueden vencer.

Kahlan estaba horrorizada. Alzó el brazo y le agarró por la manga de la camisa antes de que pudiera inclinarse para recoger su ancho sobrecinto.

—Richard, sólo dices esto, lo de alejarnos de la contienda, debido a lo que me sucedió.

—No. Ya lo había decidido la misma noche en que te atacaron. Cuando salí a pasear solo, tras la votación, me dediqué a pensar a fondo. Caí en la cuenta entonces y tomé una decisión. Lo que te sucedió no influyó, aparte de demostrar que estoy en lo cierto en lo que digo y que debería habérmelo figurado antes. De haberlo hecho, jamás te habrían herido.

—Pero si no hubieran herido a la Madre Confesora, os habríais sentido mejor por la mañana y habríais cambiado de opinión.

La luz que penetraba por la entrada iluminó con una llamarada de oro los antiguos símbolos dibujados a lo largo de la amplia banda que recorría los bordes de su túnica.

—Cara, ¿qué sucedería si me hubieran atacado con ella, y nos hubieran matado a ambos? ¿Qué haríais todos vosotros entonces?

—No lo sé.

—Por eso me retiro. Todos vosotros me seguís a mí, no estáis participando en una contienda por vuestro propio futuro. Tu respuesta debería haber sido que todos proseguiríais la lucha por vosotros mismos, por vuestra libertad. He comprendido el error que he cometido en esto y me he dado cuenta de que no podemos vencer. La Orden es un adversario demasiado grande.

El padre de Kahlan, el rey Wyborn, había enseñado a ésta como luchar en una situación de desventaja como aquélla, y la joven poseía experiencia al respecto.

—Su ejército puede superarnos en número, pero eso no lo convierte en imposible. Simplemente tenemos que ser más listos que ellos. Estaré allí para ayudaros, Richard. Tenemos oficiales experimentados. Podemos hacerlo. Debemos hacerlo.

—Fíjate cómo se extiende la Orden mediante palabras que suenan bien... — Richard extendió un brazo—, incluso hasta lugares tan distantes como éste. Nosotros conocemos sin el menor atisbo de duda la maldad que hay en la Orden, sin embargo las gentes se ponen apasionadamente de su lado a pesar de la espantosa realidad de todo aquello que la Orden Imperial representa.

—Richard —musitó Kahlan, intentando no perder la poca voz que le quedaba—, conduje a esos jóvenes reclutas galeanos contra un ejército de soldados experimentados de la Orden que nos superaban enormemente en número, y pudimos con ellos.

—Exactamente. Acababan de ver su ciudad natal después de que la Orden pasara por allí. Todos aquellos a quienes amaban habían sido asesinados, todo lo que conocían había sido destruido. Esos hombres luchaban sabiendo qué hacían y por qué.

Se habrían arrojado contra el enemigo tanto si los mandabas tú como si no. Pero eran los únicos, y aunque tuvieron éxito, la mayoría murió en la lucha.

Kahlan no podía creerlo.

—¿Así que dejarás que la Orden haga lo mismo en otro lugar para dar a la gente un motivo para pelear? ¿Te harás a un lado y permitirás que la Orden masacre a cientos de miles de seres inocentes?

»Quieres abandonar porque me hicieron daño. Queridos espíritus, te amo Richard, pero no me hagas esto. Soy la Madre Confesora; soy responsable de las vidas de las gentes de la Tierra Central. No hagas esto debido a lo que me sucedió.

Richard cerró con brusquedad los brazaletes de plata acolchados con piel.

—No hago esto debido a lo que te sucedió. Estoy ayudando a salvar esas vidas del único modo en que podemos tener éxito. Hago lo único que puedo hacer.

—Hacéis lo más fácil —dijo Cara.

Richard se enfrentó a su desafío con sinceridad.

—Cara, hago lo más duro que he tenido que hacer jamás.

Kahlan estuvo segura entonces de que el rechazo de la gente de Anderith lo había afectado más de lo que ella había comprendido. Tomó dos de los dedos de Richard y los apretó. Él había puesto el alma en evitar que aquellas gentes fueran esclavizadas por la Orden. Había intentado mostrarles el valor de la libertad permitiéndoles elegir su propio destino. Había puesto su fe en sus manos.

Una mayoría abrumadora había desdeñado todo lo que les había ofrecido y, al hacerlo, había aplastado esa fe.

Kahlan pensó que tal vez con un poco de tiempo, lo mismo que sucedía con ella, el dolor de Richard se desvanecería.

—No puedes culparte por la caída de Anderith, Richard. Hiciste todo lo que estuvo en tu mano. No fue culpa tuya.

Su esposo levantó el ancho cinturón de cuero con sus bolsas recamadas en oro y se lo ciñó sobre la magnífica túnica.

—Cuando eres el jefe, todo es culpa tuya.

Kahlan sabía lo cierto que era aquello, y pensó en disuadirlo de otro modo.

—¿Qué forma adquirió esa visión?

Los penetrantes ojos grises de Richard se clavaron en los de ella, casi admonitorios.

—Visión, revelación, comprensión, profecía... entendimiento; llámalo como quieras, todo es lo mismo, e igual de rotundo. No puedo describirlo, sólo sé que parece como si debiera haberlo sabido siempre. Tal vez sea así. No fueron tanto palabras como una conclusión, una verdad que vi con total claridad.

Comprendió que él esperaba que no insistiera.

—Si resultó tan claro e inequívoco —insistió—, debes de ser capaz de expresarlo en palabras.

Richard deslizó el tahalí por encima de su cabeza, colocándolo sobre el hombro derecho. Mientras ajustaba la espada a la cadera izquierda, la luz centelleó en el hilo de oro entretejido en la malla de plata de la empuñadura para deletrear la palabra «verdad».

Su frente estaba lisa y su rostro tranquilo. Ella comprendió que finalmente lo había conducido al meollo de la cuestión. Su certidumbre haría que no se lo ocultara si ella decidía oírlo, y Kahlan quería oírlo. Las palabras de Richard brotaron con sosegado poder, como una profecía hecha realidad.

—He sido líder demasiado pronto. No soy yo quién debe demostrar su valía a la gente, sino la gente quien debe demostrarme ahora la suya. Hasta entonces, no debo liderarlos, o se perderá toda esperanza.

Allí de pie, erguido, masculino, imperioso en su uniforme negro de mago guerrero,

parecía estar posando para una estatua del Buscador de la Verdad, legítimamente nombrado así por Zeddicus Zu'l Zorander, el Primer Mago en persona... y abuelo de Richard. A Zedd casi le había partido el corazón hacerlo, porque los Buscadores muy a menudo morían jóvenes y de un modo violento.

Mientras vivía, un Buscador obraba por su propia cuenta. Respaldado por el poder formidable de su espada, un Buscador podía derribar reinos. Ése era uno de los motivos por los que tenía tanta importancia nombrar a la persona correcta —una persona íntegra— para el puesto. Zedd afirmaba que el Buscador, en cierto modo, se elegía a sí mismo por la naturaleza de su propia mente y sus acciones, y que la función del Primer Mago se limitaba a nombrarlo oficialmente, a la vez que le entregaba el arma que sería su compañera de por vida.

Tantas cualidades y responsabilidades habían convergido en aquel hombre al que amaba. Kahlan en ocasiones se preguntaba cómo podía él reconciliarlas todas.

—Richard, ¿tan seguro estás?

Debido a la importancia del puesto, Kahlan y luego Zedd habían jurado dar la vida en defensa de Richard como recién nombrado Buscador de la Verdad. Aquello había sucedido al poco de que lo conociera Kahlan. Como Buscador, Richard había aceptado en un principio todo lo que le había sido impuesto y también hacer honor a la extraordinaria confianza depositada en él.

Sus ojos grises centellearon con resolución al responderle.

—El único soberano que puedo permitir que me gobierne es la razón. La primera ley de la razón es ésta: lo que existe, existe; lo que es, es. En este principio irreductible y sólido se basa todo conocimiento. Son los cimientos desde los que se abraza la vida.

»La razón es una elección. Deseos y caprichos no son hechos, ni tampoco son un medio para descubrirlos. La razón es nuestro único medio para captar la realidad; es nuestra herramienta básica de supervivencia. Somos libres de eludir el esfuerzo de pensar, de rechazar la razón, pero no nos libramos del castigo del abismo que nos negamos a ver.

»Si no uso la razón en esta contienda, si cierro los ojos a la realidad en favor de lo que yo desearía, ambos moriremos, y por nada. Sólo seremos dos más entre incontables millones de cadáveres sin nombre en la decadencia gris y lúgubre de la humanidad. En la oscuridad que seguirá, nuestros huesos se convertirán en simple polvo.

»Finalmente, puede que dentro de mil años, puede que más, la luz de la libertad volverá a alzarse para brillar sobre un pueblo libre; pero entre ahora y entonces, millones y millones de personas nace-án a una miseria sin esperanza y no tendrán otra elección que soportar el yugo de la Orden. Nosotros, al hacer caso omiso de la razón, habremos conseguido esas montañas de cuerpos destrozados, ruina de unas vidas jamás vividas.

Kahlan no fue capaz de reunir el valor para hablar, mucho menos discutir sus palabras; hacer eso en aquellos momentos sería pedirle e ignorara su propia opinión, que provocara lo que él creía que era un mar de sangre. Pero hacer lo que él consideraba que debían hacer arrojaría a su gente a las fauces de la Orden.

Kahlan, con la mirada empañada por las lágrimas, desvió los ojos.

—Cara —dijo Richard—, engancha los caballos al carruaje. Voy reconocer el terreno describiendo un círculo para asegurarme de que no nos aguarda ninguna sorpresa.

—Yo reconoceré el terreno mientras vos engancháis los caballos. Soy vuestra guardaespaldas.

—Eres mi amiga también. Conozco estas tierras mejor que tú. Ititgancha los caballos y no me discutas.

Cara puso los ojos en blanco y resopló, pero marchó a cumplir sus órdenes.

La habitación se llenó de silencio. La sombra de Richard se apartó de la manta. Cuando Kahlan le musitó su amor, él se detuvo y volvió la cabeza para mirarla. Sus hombros parecieron delatar el peso que soportaban.

—Ojalá pudiera, pero no puedo hacer que la gente comprenda qué es la libertad. Lo siento.

Desde algún lugar de su interior, Kahlan encontró una sonrisa que dedicarle.

—A lo mejor no es tan arduo. —Indicó el pájaro que él había tallado en la pared—. Simplemente muéstrales eso, y comprenderán lo que significa realmente la libertad: volar alto con tus propias alas.

Richard sonrió —le pareció que con gratitud—, antes de desaparecer por el umbral.

3

Todos los pensamientos inquietantes que daban vueltas por su mente impidieron que Kahlan volviera a conciliar el sueño. Intentó no pensar en la visión de Richard. Agotada como estaba por el dolor, sus palabras eran demasiado perturbadoras para meditar sobre ellas y, además, tampoco podía hacer nada en aquellos momentos. Con todo, estaba decidida a ayudarlo a superar la pérdida de Anderith y concentrarse en detener a la Orden Imperial. Resultaba más difícil deshacerse de sus pensamientos sobre los hombres que habían estado fuera, hombres con los que Richard había crecido. El inquietante recuerdo de sus furiosas amenazas resonaba en su mente. Sabía que hombres corrientes que nunca antes habían actuado violentamente, podían, si se daban las condiciones adecuadas, ser instigados a cometer salvajadas. Como consideraban a la humanidad pecaminosa, despreciable y malvada, estaban a sólo un paso de hacer el mal. Al fin y al cabo, cualquier maldad que pudieran llevar a cabo, ya la habían justificado diciendo que estaba en la naturaleza ineludible del hombre.

Acobardaba pensar en un ataque de tales hombres cuando no podía hacer otra cosa que yacer allí, esperando a que la mataran. Kahlan imaginaba a un Tommy Lancaster desdentado inclinándose sobre ella para rebanarle la garganta mientras todo lo que ella podía hacer era clavar los ojos en él, impotente. A menudo había sentido miedo en combate, pero al menos en esos casos podía pelear con todas sus fuerzas para sobrevivir. Eso ayudaba a contrarrestar el miedo. Era diferente hallarse desprotegida y sin medios para defenderse; era una clase distinta de miedo.

Si era necesario, siempre podía recurrir a su poder como Confesora, pero en su estado era una iniciativa discutible. Nunca había tenido que recurrir a su poder estando como se encontraba ahora. Se recordó que los tres habrían marchado mucho antes de que los hombres regresaran, y además, Richard y Cara jamás permitirían que se acercaran a ella.

Kahlan tenía un temor más inmediato, no obstante, y era muy real. Pero no la dominaría durante mucho tiempo; sabía que perdería el conocimiento. Eso esperaba.

Intentó no pensar en él, y en su lugar posó la mano sobre el vientre, sobre el hijo de ambos, mientras escuchaba el cercano rumor de un río. El sonido del agua le recordó lo mucho que deseaba bañarse. Los vendajes que cubrían la herida supurante del costado apestaban y era necesario cambiarlos a menudo. Las sábanas estaban empapadas de sudor. Le picaba el cuero cabelludo. La estera que actuaba de colchón bajo la sábana era dura y le excoriaba la espalda. Richard probablemente había preparado el jergón a toda prisa, pensando en mejorarlo más tarde.

Dado lo caluroso del día, las aguas frías del río resultarían placenteras. Ansiaba tomar un baño, estar limpia y oler bien. Anhelaba estar mejor, para poder hacer cosas por sí misma. Estar curada. Sólo podía esperar que con el paso del tiempo, también Richard se recuperaría de sus heridas invisibles, pero reales.

Cara regresó por fin, refunfuñando que los caballos se mostraban testarudos. Alzó los ojos y se encontró con que Richard no estaba.

—Será mejor que vaya a buscarlo y me asegure de que está bien.

—Está perfectamente. Sabe lo que hace. Límate a esperar, Cara, o, si no, él tendrá que salir e ir en tu busca.

Cara suspiró y aceptó de mala gana. Tras tomar un paño húmedo, empezó a secarle la frente y sienes. A Kahlan no le gustaba quejarse cuando la gente hacía todo lo posible por cuidar de ella, de modo que no mencionó lo mucho que le dolían los

lastimados músculos del cuello cuando le movían la cabeza de aquel modo. Cara nunca se quejaba de nada. La mord-sith únicamente se quejaba cuando creía que las personas a su cargo corrían un peligro innecesario... y cuando Richard no le permitía eliminar a aquellos que ella consideraba un peligro.

En el exterior, un pájaro emitió un agudo gorjeo. La tediosa repetición empezaba a resultar crispante. A lo lejos, Kahlan oyó a una ardilla que parlotaba objetando algo o tal vez discutiendo sobre su territorio. La criatura había estado haciendo aquello durante lo que parecía una hora. El rumor del río seguía sin pausa.

Aquella era la idea que tenía Richard de la tranquilidad.

—Odio esto —rezongó.

—Deberíais sentiros contenta; tumbada ahí sin nada que hacer.

—Y yo apuesto a que te encantaría estar en mi lugar...

—Soy una mord-sith. Para una mord-sith, nada podría ser peor que morir en la cama.

—Sus ojos azules se volvieron hacia Kahlan—. Vieja y desdentada —añadió—. No me refería a que vos...

—Sé lo que querías decir.

Cara pareció aliviada.

—De todos modos, no podríais morir; eso sería demasiado fácil. Vos no hacéis nunca nada que sea fácil.

—Me casé con Richard.

—¿Veis a lo que me refiero?

Kahlan sonrió.

La mord-sith sumergió la tela en un balde que había en el suelo y la escurrió.

—No es demasiado malo, ¿verdad? ¿Estar ahí tumbada?

—¿Qué te parecería que alguien te meta un cuenco de madera bajo el trasero cada vez que tienes la vejiga llena?

Cara pasó con cuidado la tela húmeda por el cuello de Kahlan.

—No me importa hacerlo por una hermana del agiel.

El agiel, el arma que siempre llevaba encima una mord-sith, parecía una barra corta de cuero rojo colgada de la muñeca derecha mediante una fina cadena. El agiel de una mord-sith jamás se encontraba a más de un veloz giro de muñeca del alcance de su mano, y funcionaba mediante la magia que existía en el vínculo entre una mord-sith y un lord Rahl.

Kahlan había sentido en una ocasión el contacto parcial de un agiel. En un cegador instante, el arma podía infligir la clase de dolor que todo el grupo de hombres había causado a la Madre Confesora. El contacto del agiel de una mord-sith era fácilmente capaz de fracturar huesos y, con la misma facilidad, la muerte.

Richard había dado a Kahlan el agiel que había pertenecido a Denna, la mord-sith que lo había capturado por orden de Rahl el Oscuro. Sólo Richard había llegado a comprender y establecer una empatía con el dolor que un agiel también provocaba a la mord-sith que lo empuñaba. Antes de verse obligado a matar a Denna para poder escapar, ésta le había entregado su agiel, pidiendo ser recordada simplemente como Denna, la mujer que había ido más allá de la denominación de mord-sith, la mujer que nadie excepto Richard había visto o comprendido jamás.

Que Kahlan comprendiera y conservara el agiel como un símbolo de ese respeto por las mujeres a las que habían robado y retorcido sus jóvenes vidas para propósitos y deberes monstruosos, tenía un profundo significado para la otra mord-sith. Debido a esa compasión —no contaminada por la lástima— y más cosas, Cara había nombrado a Kahlan su hermana del agiel. Era un elogio informal pero muy sentido.

—Vinieron mensajeros a ver a lord Rahl —dijo Cara—. Dormíais, y lord Rahl no

vio motivo para despertaros —añadió en respuesta a la mirada inquisitiva de la otra.

Los mensajeros eran d'haranianos, capaces de encontrar a Richard mediante su vínculo con él como su lord Rahl. Kahlan, incapaz de repetir tal hazaña, siempre lo había encontrado inquietante.

—¿Qué tenían que decir?

—No mucho. —Cara se encogió de hombros—. El ejército de la Orden Imperial de Jagang sigue en Anderith por el momento, con las fuerzas de Reibisch a salvo, en el norte, para vigilar y estar listas en el caso de que la Orden decida amenazar el resto de la Tierra Central. No sabemos gran cosa de la situación en el interior de Anderith. Los ríos fluyen en dirección contraria al lugar donde están nuestros hombres, hacia el mar, de modo que no han visto cadáveres que indiquen si ha habido una mortandad masiva, pero algunas pocas personas han conseguido escapar. Informan que hubo algunas muertes debidas al veneno liberado, pero no saben hasta qué punto llegó su propagación. El general Reibisch ha enviado patrullas de reconocimiento y espías para que averigüen lo que puedan.

—¿Qué órdenes les dio Richard?

—Ninguna.

—¿Ninguna? ¿No dio órdenes?

Cara negó con la cabeza y luego se inclinó para volver a sumergir el paño.

—Escribió cartas al general, no obstante.

Echó la manta hacia atrás, alzó el vendaje del costado de Kahlan y lo inspeccionó antes de arrojarlo al suelo. Moviendo los dedos con suavidad, limpió la herida.

—¿Viste las cartas? —preguntó Kahlan, cuando consiguió recuperar el aliento.

—Sí; dicen algo muy parecido a lo que os ha contado; que ha tenido una visión que ha hecho que vea lo que debe hacer. Explicó al general que no podía dar órdenes por miedo a provocar el fin de nuestras posibilidades.

—¿Respondió el general?

—Lord Rahl ha tenido una visión. Los d'haranianos saben que el lord Rahl debe encargarse de los aterradores misterios de la magia. Los d'haranianos no esperan comprender a su lord Rahl y no cuestionarían su comportamiento: es el lord Rahl. El general no efectuó ningún comentario, pero comunicó que usaría su propio criterio.

Probablemente, Richard les había contado que era una visión, en lugar de decir que fue simplemente una percepción. Justo por ese motivo. Kahlan reflexionó sobre ello unos instantes, sopesando las posibilidades.

—Entonces estamos de suerte. El general Reibisch es un buen hombre, y sabrá qué hacer. Dentro de poco, estaré de nuevo en pie. Pera entonces, quizá Richard esté mejor también.

Cara arrojó el paño al interior del balde. Mientras se inclinaba más cerca de ella, su frente se arrugó llena de frustración e inquietud. —Madre Confesora, lord Rahl dijo que no actuaría para acaudillarnos hasta que la gente le demostrara su valía.

—Estoy mejorando. Espero poder ayudarlo a superar lo sucedido... a comprender que debemos pelear.

—Pero esto tiene que ver con la magia. —Jugueteó con el borde reído de la manta azul—. Lord Rahl dijo que tuvo una visión. Si se trata de magia, es algo sobre que tiene que tratar del modo que considere.

—Debemos ser un poco comprensivas con todo aquello por lo que ha pasado..., las bajas que hemos sufrido a manos de la Orden..., y recordar, también, que Richard no creció rodeado de magia, ni mucho menos mandando ejércitos.

Cara se acuclilló y enjuagó el paño en el balde. Tras escurrirlo bien, reanudó la

limpieza de la herida del costado de Kahlan.

—Pero es el lord Rahl. ¿Acaso no ha demostrado ser un maestro de la magia varias veces?

Kahlan no podía discutir eso, pero Richard aún no tenía demasiada experiencia, y la experiencia era valiosa. Cara no sólo temía la magia sino que se dejaba impresionar fácilmente por cualquier acto de hechicería. Como la mayoría de las personas, era incapaz de distinguir entre un simple conjuro y la clase de magia capaz de alterar la naturaleza del mundo. Kahlan comprendió entonces que aquello no era una visión, como tal, sino una conclusión a la que Richard había llegado.

Mucho de lo que había dicho tenía sentido, pero Kahlan creía que los sentimientos nublaban su razón.

Cara alzó la mirada de su tarea. En su voz había un matiz de incertidumbre, si es que no era de desconcierto.

—Madre Confesora, ¿cómo podrá la gente demostrar su valía a lord Rahl?

—No tengo ni idea.

Cara dejó el paño y miró a Kahlan a los ojos. Hubo un momento largo e incómodo antes de que finalmente decidiera hablar:

—Madre Confesora, creo que a lo mejor lord Rahl ha perdido la razón.

La respuesta inmediata de Kahlan fue preguntarse si el general Reibisch creería lo mismo.

—Pensaba que los d'haranianos no esperaban comprender a su lord Rahl y no cuestionaban su comportamiento.

—Lord Rahl también dice que quiere que piense por mí misma. Kahlan posó la mano sobre la de Cara.

—¿Cuántas veces hemos dudado de él antes? ¿Recuerdas el pollo que no era un pollo? Las dos pensamos que estaba loco, y no lo estaba.

—Esto no es ningún monstruo que nos esté persiguiendo. Esto es algo mucho más importante.

—Cara, ¿siempre sigues las órdenes de Richard?

—Claro que no. Debe ser protegido y no puedo permitir que su Insensatez interfiera con mi deber. Sólo sigo sus órdenes si no lo ponen en peligro, o si me dice que haga lo que yo habría hecho de todos modos, o si tienen que ver con su orgullo masculino.

—¿Seguiste siempre las órdenes de Rahl el Oscuro?

Cara se puso rígida ante la inesperada mención de ese nombre, como si pronunciarlo pudiera traerlo de vuelta del mundo de los muertos.

—Una tenía que seguir las órdenes de Rahl el Oscuro, sin importar lo estúpidas que fueran, o te torturaban hasta la muerte.

—¿Qué lord Rahl respetas?

—Daría mi vida por cualquier lord Rahl. —Cara vaciló, y luego posó las yemas de los dedos en el cuero rojo situado sobre su corazón—. Pero jamás sentí esto por ningún otro. Qui... quiero a lord Rahl. No del modo en que vos lo amáis, no como una mujer quiera a un hombre, pero sigue siendo amor. A veces sueño con lo orgullosa que estoy de servirlo y defenderlo, y otras veces tengo pesadillas en las que veo que le fallaré.

La frente de la mord-sith se contrajo con repentino temor. —No le diréis que he dicho que lo amaba, ¿verdad? No debe saberlo.

Cara —respondió Kahlan, con una sonrisa—, creo que ya lo sabe, porque tiene sentimientos parecidos por ti. Pero si no lo deseas, no diré nada.

La joven soltó un suspiro de alivio.

—Estupendo.

—Y ¿cómo has llegado a sentir eso por él?

—Por muchas cosas... Desea que pensemos por nosotras mismas. Permite que le sirvamos por propia elección. Ningún lord Rahl ha hecho eso antes. Sé que si dijera que deseo abandonarlo, me dejaría marchar. No haría que me torturaran hasta la muerte por ello. Me desearía una buena vida.

--Eso, y más, es lo que valoráis en él: jamás pretendió tener ningún derecho sobre vuestras vidas. Cree que tal pretensión no puede existir legítimamente. Es la primera vez desde que os capturaron y adiestraron para ser mord-sith que habéis sentido la libertad.

»Eso, Cara, es lo que Richard quiere para todo el mundo.

La joven agitó una mano en el aire, como rechazando todo aquello.

—Sería una estupidez por su parte concederme la libertad si se la pidiera. Me necesita demasiado.

—No tendrías que pedir tu libertad, Cara, y lo sabes. Ya tienes tu libertad, y debido a él también sabes que es así. Eso lo convierte en un líder que te sientes honrada de seguir. Por eso tienes esos sentimientos hacia él. Se ha ganado tu lealtad.

Cara lo rumió.

—Todavía pienso que ha perdido la razón.

En el pasado, Richard había expresado en más de una ocasión su fe en que, si se le daba la oportunidad, la gente haría lo correcto. Eso era lo que había hecho con las mord-sith. Eso era también lo que había hecho con los habitantes de Anderith. Ahora...

Kahlan contuvo la emoción.

—No la razón, Cara, pero sí tal vez el corazón.

Cara, al ver la expresión de su rostro, desechó la cuestión con un encogimiento de hombros y una sonrisa.

—Supongo que simplemente tendremos que convencerlo de cómo van a ir las cosas..., hacerle entrar en razón.

Cara secó los restos de una lágrima que rodaba por la mejilla de Kahlan.

—Antes de que regrese, ¿qué te parece si me traes ese estúpido cuenco de madera?

La mord-sith asintió y se inclinó para cogerlo. La aprensión dominaba ya a Kahlan, que sabía cuanto le dolería, pero no había modo de evitarlo.

Cara se alzó con el cuenco.

—Antes de que llegaran esos hombres, planeaba encender un fuego y calentar un poco de agua. Iba a lavaros en la cama. Con un paño enjabonado y un cubo de agua caliente. Supongo que puedo hacerlo cuando lleguemos a donde vamos.

Kahlan entrecerró los ojos deleitándose con la idea de sentirse limpia y fresca. Pensó que necesitaba un baño aún más de lo que necesitaba el cuenco de madera para orinar.

—Cara, si pudieras hacer eso por mí, te besaría los pies cuando esté mejor, y te nombraría para el cargo más importante que se me ocurra.

Soy una mord-sith. —La mujer parecía perpleja, aunque finalmente echó hacia atrás la manta—. Ése es quizá el cargo más importante que existe; excepto tal vez el de esposa de lord Rahl. Puesto que él ya tiene una esposa, y yo ya soy una mord-sith, tendré que contentarme con que me besen los pies.

Kahlan rió entre dientes, pero una punzada de dolor a través del abdomen y las costillas puso un brusco fin a su risa.

Richard tardó mucho en regresar. Cara había hecho beber a Kahlan dos tazas de infusión fría bien cargada con hierbas para calmarle el dolor, de modo que no tardaría mucho en estar sumida en un sopor, si es que no dormida. Kahlan había estado a punto de ceder al deseo de Cara de ir en busca de Richard, cuando éste las llamó desde lejos

para avisarlas de que era él.

—¿Visteis a alguno de esos hombres? —preguntó Cara, cuando apareció en el umbral.

Con un dedo, Richard se quitó unas relucientes gotas de sudor de la frente. Tenía los húmedos cabellos pegados al cuello.

—No. Sin duda han marchado a Ciudad del Corzo para beber un poco y quejarse. Para cuando regresen hará mucho que nos habremos ido.

—Sigo diciendo que deberíamos mantenernos al acecho y poner fin a esa amenaza —rezongó Cara, pero Richard hizo como si no la oyera.

—Corté y desbrocé unos cuantos árboles jóvenes y usé un poco de lona para construir una camilla. —Se acercó y con un nudillo

golpeó ligeramente la barbilla de Kahlan, como para darle ánimos uetonamente—. A partir de ahora te dejaremos permanecer en camilla, y así podemos meterte y sacarte del carruaje sin... —Tenía aquella expresión en los ojos..., aquella expresión que a ella tanto le dolía contemplar, pero le mostró una sonrisa—. Nos facilitará las cosas a Cara y a mí.

Kahlan intentó enfrentarse a la idea con serenidad.

—¿Estamos listos, entonces?

Él bajó la mirada y asintió.

—Bien —repuso ella, en tono alegre—, tengo ganas de dar un agradable paseo. Me gustaría ver un poco del paisaje rural.

Richard le sonrió, de un modo más convincente en esa ocasión.

—Eso harás. Y acabaremos en un lugar hermoso. Tardaremos un poco en llegar allí, ya que viajaremos tan despacio como debamos, pero valdrá la pena el viaje, ya lo verás.

Kahlan intentó mantener la respiración acompasada, y pronunció el nombre de su esposo una y otra vez en su mente, diciéndose que no lo olvidaría esta vez, y que no olvidaría su propio nombre. Detestaba olvidar cosas; la hacía sentirse como una idiota tener que aprender cosas que debería haber recordado. Esta vez recordaría.

—Bien, ¿tengo que levantarme y andar? ¿O serás un caballero y me llevarás en brazos?

Él se inclinó y le besó la frente; la única parte del rostro en la que el suave contacto de sus labios no le produciría dolor. Dirigió una mirada a Cara y ladeó la cabeza para indicarle que sujetara las piernas de Kahlan.

—¿Estarán bebiendo durante mucho tiempo esos hombres? —inquirió Kahlan.

—Aún es mediodía. No te preocupes, hará mucho que habremos partido cuando regresen.

—Lo siento Richard. Sé que pensabas que esas gentes de tu propio país...

—Son personas, igual que las demás.

Ella asintió mientras le acariciaba con cariño el dorso de la mano.

—Cara me dio unas cuantas de tus hierbas. Dormiré un buen rato, de modo que no vayas despacio por mí; no me daré cuenta. No quiero que tengas que pelear contra esos hombres.

—No voy a pelear..., sólo viajaré por mis bosques.

—Eso es estupendo. —Sintió como si le retorcieran dagas en las costillas a medida que su respiración empezaba a acelerarse—. Te amo, ya lo sabes. Por si acaso olvido decirlo, te amo.

A pesar del dolor reflejado en sus ojos grises, él sonrió.

—Yo también te amo. Ahora intenta relajarte. Cara y yo te moveremos con tanta suavidad como nos sea posible. Iremos con calma. No hay prisa. No intentes ayudarnos.

Simplemente relájate. Vas mejorando, de modo que no será tan duro.

Había resultado herida otras veces y sabía que siempre es mejor moverse uno mismo porque uno sabe exactamente cómo hacerlo. Pero no podía hacerlo ella misma en esta ocasión, y había descubierto que lo peor cuando uno está herido es que otra persona te mueva.

Cuando él se inclinó, ella le rodeó el cuello con el brazo derecho mientras él deslizaba con cuidado el brazo izquierdo por debajo de sus hombros. Verse alzada, incluso ese poco, le produjo una descarga de dolor. Kahlan intentó hacer caso omiso de la ardiente punzada y trató de relajarse mientras repetía mentalmente, una y otra vez, el nombre de su esposo.

De improviso recordó algo importante. Era su última oportunidad de recordárselo.

—Richard —musitó, apremiante, justo antes de que él pasara el brazo derecho por debajo de su trasero—. Por favor... recuerda ir con cuidado para no hacer daño al bebé.

1, a sobresaltó ver cómo sus palabras le hacían titubear. Transcurrió un instante antes de que los ojos de él se alzaran para clavarse en los suyos, y lo que ella vio allí casi hizo que su corazón dejara de latir.

—Kahlan..., lo recuerdas, ¿no?

—¿Recordar?

—Que perdiste al bebé. —En sus ojos brillaban lágrimas—. Cuando te atacaron.

El recuerdo la golpeó como un puñetazo, dejándola casi sin respiración.

...Oh...

—¿Estás bien?

—Sí. Lo olvidé por un momento. Simplemente lo dije sin pensar. Ahora lo recuerdo, recuerdo que me lo contaste.

Y lo recordaba. Su hijo, su hijo que apenas había empezado a crecer en ella, hacía tiempo que había muerto y desaparecido. Aquellas bestias que la habían atacado le habían arrebatado eso, también.

El mundo pareció tornarse gris y sin vida.

-Lo siento tanto, Kahlan... —susurró él.

-No, Richard —respondió ella, acariciándole los cabellos—. Debería haberlo recordado. Siento haberlo olvidado. No era mi intención...

Él asintió.

Kahlan notó que una cálida lágrima caía en el hueco de su garganta, cerca del collar. El collar, con su pequeña piedra oscura, había sido un regalo de boda de Shota, la bruja. El regalo era una propuesta de tregua. Shota dijo que les permitiría estar juntos y compartir su amor, como siempre habían deseado, sin que Kahlan quedara embarazada. Richard y Kahlan habían decidido que, por el momento, aceptarían a regañadientes el regalo de Shota, su tregua. Ya tenían preocupaciones más que suficientes.

Pero durante un tiempo, cuando los repiques habían andado sueltos por el mundo, la magia del collar, sin que Richard ni Kahlan lo supieran, había fallado. Un pequeño pero maravilloso contrapunto a los horrores que los repiques habían traído con ellos había sido permitir que su amor tuviera la oportunidad de engendrar un hijo.

Ahora aquella vida había desaparecido.

—Por favor, Richard, vayámonos.

Él volvió a asentir con la cabeza.

—Queridos espíritus —musitó él, en voz tan baja que ella apenas pudo oírle—, perdonadme por lo que estoy a punto de hacer.

Kahlan se aferró a su cuello. En aquellos momentos ansiaba lo que estaba a punto de suceder; deseaba olvidar.

La levantó con toda la suavidad posible, pero pareció como si sementales salvajes atados a cada uno de sus miembros iniciaran un galope a la vez. Un dolor desgarrador surgió de la parte central de su ser y la conmoción hizo que sus ojos se desorbitaran al tiempo que contenía el aliento. Y entonces chilló.

La oscuridad cayó sobre ella igual que la puerta de una mazmorra cerrándose de golpe.

4

Un sonido la despertó tan repentinamente como una bofetada. Kahlan permaneció tumbada, inmóvil como la muerte, con los ojos abiertos de par en par, escuchando. No era tanto que el sonido hubiese sido muy fuerte, sino que había sido algo inquietantemente familiar. Algo peligroso.

Sentía un dolor punzante por todo el cuerpo, pero estaba más despierta de lo que había estado durante lo que parecían semanas. No sabía cuánto tiempo había estado dormida o, tal vez, inconsciente; pero ahora se hallaba lo bastante despierta como para recordar que sería un grave error intentar incorporarse, ya que, poco más o menos, la única parte de ella que no estaba lastimada era el brazo derecho. Uno de los enormes caballos zainos castrados resopló nerviosamente y golpeó el suelo con un casco, zarandeando el carruaje lo suficiente para recordar a Kahlan sus costillas rotas.

El aire bochornoso olía a lluvia, aunque rachas de viento todavía arrastraban polvo a sus fosas nasales. Oscuras masas de hojas sobre su cabeza se balanceaban de un lado a otro. Nubes violeta y de un morado oscuro cruzaban raudas en silencio. Más allá de los árboles y las nubes, la extensión de cielo negro azulado contenía una estrella solitaria, en lo alto, justo sobre su frente. No estaba segura de si era el amanecer o el anochecer, pero la sensación era la del final del día.

Mientras las ráfagas de aire agitaban mechones de su sucio pelo sobre su rostro, Kahlan aguzó el oído en busca del sonido que estaba fuera de lugar allí, esperando aún poder encajarlo en una imagen de algo inocente. Puesto que sólo lo había oído desde las profundidades del sueño, su identidad permanecía frustrantemente fuera de su alcance.

Concentró su oído, también, en busca de sonidos procedentes de Richard y Cara, pero no oyó nada. Sin duda, estarían cerca. No la dejarían sola; no lo harían bajo ningún concepto si no estaba muerta. La imagen la espantó. Ansió gritar llamando a Richard y demostrar que aquella idea era un temor idiota, pero el instinto le ordenó que permaneciera callada. No necesitaba ningún recordatorio de que no debía moverse.

Se oyó un sonido metálico a lo lejos, luego un grito. Tal vez era un animal, se dijo. Los cuervos a veces profieren los gritos más espantosos. Sus gemidos agudos podían parecer tan humanos que resultaban sobrecogedores. Pero, por lo que sabía, los cuervos no emitían sonidos metálicos.

El carruaje dio un repentino bandazo a la derecha y se quedó sin aliento cuando el imprevisto movimiento le produjo una punzada de dolor en la parte posterior de las costillas. Alguien había subido al estribo, y, por la desconsiderada indiferencia hacia el pasajero herido, supo que no era ni Richard ni Cara. Pero entonces ¿quién? Sintió un cosquilleo de miedo en el cogote. Si no era Richard, ¿dónde estaba?

Unos dedos rechonchos agarraron la parte superior del encordelado revestimiento de la barandilla del carruaje. Aquellas mugrientas y roídas uñas tenían forma de pequeñas medias lunas. Kahlan contuvo la respiración esperando que no advirtiera su presencia.

Apareció un rostro. Unos oscuros ojos maliciosos la miraron de soslayo. Al hombre le faltaban los cuatro dientes centrales inferiores, lo que hacía que los que le quedaban parecieran enormes colmillos cuando sonreía.

—Vaya, vaya. Pero si es la esposa de Richard Cypher.

Kahlan permanecía paralizada. Aquello era exactamente igual a sus sueños y, por

un instante, fue incapaz de decidir si era sólo eso, sólo un sueño, o algo real.

La camisa del hombre lucía una pátina oscura de mugre, como si no se la quitara jamás. Pelos ralos e hirsutos en las mejillas carnosas y el mentón parecían hierbajos en el campo de su rostro picado de viruela. La nariz le moqueaba y humedecía su labio superior. Le faltaban los dientes inferiores delanteros y la punta de la lengua reposaba en parte fuera de la abertura que ofrecía su sonrisita burlona.

Alzó un cuchillo para que ella lo viera, y lo hizo girar a un lado y a otro, casi como exhibiendo una preciada posesión ante una jovencita a la que cortejara. Sus ojos no dejaban de moverse veloces entre el cuchillo y Kahlan. El chapucero trabajo de afilarlo parecía haberse hecho con tosco granito, en lugar de con una piedra de afilar apropiada, y manchones oscuros y óxido cubrían el barato y mal cuidado metal. Pero el borde arañado y desportillado seguía siendo igual de mortífero. La mueca perversa y desdentada del hombre se amplió complacida cuando la mirada de la mujer siguió a la hoja, observando como rebanaba cuidadosamente el aire entre ambos.

Kahlan se obligó a mirarlo a los oscuros ojos hundidos, que atisbaban desde hinchadas rendijas.

—¿Dónde está Richard? —inquirió ella, con voz uniforme.

—Danzando con los espíritus en el inframundo. —Ladeó la cabeza—. ¿Dónde está la zorra rubia? La que mis amigos dijeron haber visto antes. Ésa tan insolente. La que necesita que le recorten la lengua antes de que la destripen.

Kahlan le dirigió una mirada feroz para dejarle claro que no tenía intención de responder. El cuchillo avanzó hacia ella y con él llegó el hedor que emanaba del hombre.

—Tú debes de ser Tommy Lancaster.

El cuchillo se detuvo.

—¿Cómo lo sabes?

La ira ascendió desde lo más profundo de Kahlan.

—Richard me habló de ti.

Los ojos relucieron amenazadores. La mueca burlona se ensanchó.

—¿Sí? ¿Qué te contó?

—Que eras un feo cerdo desdentado que se moja los pantalones cada vez que hace una mueca. Hueles como si tuviera razón.

La mueca burlona se transformó en una expresión de pocos amigos. Se alzó en el estribo y se inclinó al interior con el cuchillo en la mano. Eso era lo que Kahlan quería que hiciera; que se acercara lo suficiente para que pudiera tocarlo.

Con la disciplina producto de toda una vida de experiencia, contuvo mentalmente la ira y asumió la calma de una Confesora entregada a un plan de acción. Una vez que una Confesora se decidía a liberar su poder, la naturaleza misma del tiempo parecía cambiar.

Sólo tenía que tocarlo.

El poder de una Confesora dependía en parte de su fortaleza. Herida como estaba, no sabía si podría obtener la fuerza requerida, y en el caso de poder hacerlo, si sobreviviría a su liberación, pero sí sabía que no tenía elección. Uno de los dos estaba a punto de morir. Tal vez ambos.

El hombre apoyó el codo en la barandilla y el cuchillo avanzó hacia su desprotegida garganta. En vez de observar el cuchillo, Kahlan miró con atención las pequeñas cicatrices, igual que polvorientas telarañas blancas prendidas en sus nudillos. Cuando tuvo el puño lo bastante cerca, se puso en acción para sujetarle la muñeca.

Inesperadamente, descubrió que estaba perfectamente envuelta en la manta azul. No había advertido que Richard la había colocado en la litera que había fabricado. La manta la rodeaba por completo y estaba firmemente introducida bajo las barras de la

camilla para inmovilizarla todo lo posible e impedir que se lastimara cuando el carruaje estuviera en movimiento. Tenía el brazo atrapado en el interior de lo que estaba a punto de convertirse en su mortaja.

Un pánico feroz estalló en ella mientras forcejeaba para liberar el brazo. Mantenía una carrera desesperada con la hoja que iba a por su garganta. El dolor acuchilló sus costillas lastimadas mientras batallaba con la manta. No tenía tiempo para chillar o maldecir ante la frustración de hallarse atrapada tan inesperadamente. Sus dedos tiraron de un pliegue de la tela, intentando aflojarla un poco para poder sacar el brazo.

Todo lo que tenía que hacer era tocar al hombre, pero no podía. La hoja del cuchillo sería el único contacto que existiría entre ellos. Su única esperanza era que tal vez los nudillos rozarían su carne o que quizá él llegara a estar lo suficientemente cerca al empezar a rebanarle la garganta como para que ella pudiese presionar la barbilla contra la mano. Entonces podría liberar su poder, si seguía viva..., si él no cortaba demasiado profundamente, antes.

Mientras se revolvía y tiraba de la manta, le pareció que transcurría una eternidad, a la vez que contemplaba la hoja suspendida sobre su garganta desprotegida. Fue una espera eterna antes de tener la menor esperanza de desatar su poder..., una espera eterna para poder sobrevivir. Pero sabía que sólo faltaba un instante para que sintiera la cuchillada desgarradora de aquella tosca hoja.

No sucedió lo que esperaba.

Tommy Lancaster se retorció violentamente hacia atrás con un chillido ensordecedor. El mundo alrededor de Kahlan volvió a estallar en una profusión de sonidos y movimientos antes de entender lo que ocurría. Kahlan vio a Cara detrás del hombre, los dientes apretados con determinación. Vestida con su immaculado traje de cuero rojo, era un precioso rubí tras un terrón de mugre.

Inclinado a causa del agiel presionado contra su espalda, Tommy Lancaster tenía menos esperanzas de poder apartarse de Cara que si ésta lo hubiera atravesado con un gancho de carnicero. Su tormento no habría sido un espectáculo más brutal, ni sus alaridos más dolorosos.

El agiel de Cara avanzó hacia arriba y alrededor de la parte lateral de las costillas del hombre mientras éste caía de rodillas. Cada costilla sobre la que pasaba el agiel se partía con un chasquido agudo, como el sonido de una rama de árbol al quebrarse. Un rojo intenso, idéntico al traje de cuero de la mujer, rezumó por encima de los nudillos del hombre y descendió por sus dedos. El cuchillo cayó al pedregoso suelo con un tintineo, y una oscura mancha de sangre creció en la parte lateral de su camisa hasta gotear por los bordes que colgaban fuera del pantalón.

Fue un viaje lento y atroz hacia la muerte. Los brazos y piernas de Tommy Lancaster se contorsionaron a medida que empezaba a ahogarse en su propia sangre. Cara podría haber puesto fin a aquello rápidamente, pero no parecía tener ninguna intención de hacerlo. Aquel hombre había tenido intención de matar a Kahlan. Cara quería hacérselo pagar muy caro.

—¡Cara!

A Kahlan le sorprendió la potencia de su voz. La mord-sith echó una veloz mirada por encima del hombro. Tommy Lancaster se llevó las manos a la garganta y jadeó cuando ella se alzó para colocarse junto a él.

—Cara, detente. ¿Dónde está Richard? Richard puede necesitar tu ayuda.

Cara se inclinó sobre el hombre, apretó el agiel contra su pecho y lo giró. La pierna izquierda del hombre dio una única patada, sus brazos cayeron sin fuerza a los costados y el agresor se quedó totalmente inmóvil.

Antes de que ni Cara ni Kahlan pudieran decir nada, Richard, con una expresión de

impasible ferocidad en el rostro, corrió veloz hacia el carruaje. Empuñaba la espada, y la hoja aparecía oscura y húmeda.

En cuanto vio el arma, Kahlan supo qué la había despertado. El sonido había sido la *Espada de la Verdad* anunciando su llegada en el aire nocturno. En su sueño, su subconsciente reconoció el especial tañido del acero que emitía la *Espada de la Verdad* al ser desenvainada, y ella instintivamente había captado el peligro que ese sonido representaba.

Mientras se acercaba a Kahlan, Richard se limitó a echar una breve ojeada al cuerpo sin vida caído a los pies de Cara.

—¿Estás bien?

—Muy bien —respondió, asintiendo.

Con retraso, pero a la vez sintiéndose triunfante ante tal logro, liberó el brazo de la manta.

—¿Ha aparecido alguien más en el camino? —preguntó Richard, volviéndose hacia Cara.

—No. Sólo éste. —Señaló con el agiel el cuchillo del suelo—. Tenía intención de degollar a la Madre Confesora, lord Rahl.

De no haber estado muerto Tommy Lancaster, la mirada furiosa de Richard habría acabado con él.

—Espero que no que no haya tenido una muerte rápida.

—No, lord Rahl. Lamentó su última vil acción; me aseguré de ello.

Richard indicó la zona circundante con la espada.

—Quédate aquí y mantén los ojos abiertos. Creo que los cogimos a todos, pero voy a comprobarlo para estar seguro de que no haya ningún rezagado que intente sorprendernos.

—Nadie se acercará a la Madre Confesora, lord Rahl.

Una nube de polvo se alzó en la lóbrega luz al dar Richard una tranquilizadora palmada en el cuarto delantero de uno de los dos caballos enjaezados.

—En cuanto regrese, quiero que nos pongamos en marcha. Deberíamos tener bastante luz de luna... durante unas cuantas horas, por lo menos. Conozco un lugar seguro en el que acampar a unas cuatro horas de camino. Eso pondrá bastante tierra de por medio.

Indicó con la espada.

—Arrastra su cuerpo más allá de esos matorrales de ahí y déjalo caer por el borde, al interior del barranco. Preferiría que no se encontraran los cuerpos hasta mucho después de que nos hayamos ido y estemos bien lejos. Probablemente sólo los animales los localizarán aquí, pero no quiero correr ningún riesgo.

Cara agarró un puñado de los cabellos de Tommy Lancaster. —Con mucho gusto.

F,1 hombre era rechoncho, pero su peso no le supuso ninguna dificultad.

Richard se perdió en la creciente oscuridad sin hacer ruido. Kahlan oyó el sonido del cadáver al arañar el suelo. Oyó el chasquido de las ramitas mientras Cara arrastraba aquel peso muerto a través de los matorrales, y luego los ahogados batacazos y el rodar de los guijarros a medida que el cuerpo de Tommy Lancaster daba tumbos por la pronunciada pendiente. Transcurrió un largo espacio de tiempo antes de que Kahlan oyera el fuerte golpe final en el fondo del barranco.

Cara regresó al carruaje con paso tranquilo.

—¿Va todo bien? —dijo, y se quitó los reforzados guantes con indiferencia.

—Cara, casi me mata —observó Kahlan, mirando con sorpresa a la mujer.

Cara volvió a echarse la larga trenza rubia a la espalda mientras escudriñaba la zona circundante.

--No es cierto. Yo estuve justo ahí detrás de él todo el tiempo. Casi respirándole en la nuca. Jamás aparté los ojos de su cuchillo. No tenía ninguna posibilidad de hacerlos daño. —Sus ojos se encontraron con los de Kahlan—. Sin duda me visteis.

—No, no lo hice.

—Ah. Pensé que sí. —Con una expresión un tanto avergonzada, introdujo gran parte de los puños de sus guantes tras el cinturón y dobló el resto por encima—. Supongo que tal vez estabais demasiado hundida en el carruaje para verme allí, detrás de él. Tenía la atención fija en él. No era mi intención dejar que os asustara.

—Si estuviste tan cerca todo el tiempo, ¿por qué le permitiste que casi me matara?

—No estuvo a punto de mataros. —Sonrió sin alegría—. Pero quise dejar que lo creyera. Produce una mayor impresión, es más espantoso, si dejais que crean que han ganado. Destruye la entereza de un hombre acabar con él en ese momento, cuando lo has cogido con las manos en la masa.

A Kahlan le daba vueltas la cabeza debido a la confusión que sentía y por lo tanto decidió no insistir.

—¿Qué está pasando? ¿Qué sucedió? ¿Cuánto tiempo he dormido?

—Llevamos dos días viajando. Habéis dormido intermitentemente, pero no os dabais cuenta de nada las veces que estabais despierta. A lord Rahl le inquietaba haberos lastimado al introducirlos en el carruaje, y haberos contado... lo que olvidasteis.

Kahlan supo a qué se refería Cara: a su bebé muerto.

—¿Y los hombres?

—Vinieron tras nosotros. En esta ocasión, no obstante, lord Rahl no discutió con ellos. —Parecía muy satisfecha—. Supo con suficiente anticipación que venían, de modo que no nos cogieron por sorpresa. Cuando aparecieron a la carga, algunos con flechas listas para ser disparadas y algunos empuñando espadas o hachas, les gritó... una vez... para darles una oportunidad de cambiar de idea.

—¿Intentó razonar con ellos? ¿Incluso entonces?

—Bueno, no exactamente. Les dijo que marcharan en paz o todos morirían.

—Y ¿qué sucedió entonces?

—Todos rieron. Pareció que las palabras de lord Rahl sólo servían para envalentonarlos. Atacaron, disparando flechas, con las espadas y hachas alzadas. Así que lord Rahl se metió corriendo en el bosque.

—¿Hizo qué?

—Antes de que llegaran, me había dicho que haría que todos lo persiguieran. Mientras lord Rahl corría, el que pensó que os podría cortar el cuello chilló a los demás «coged a Richard y acabad con él esta vez». Lord Rahl había pensado que los podría alejar a todos de vos, pero cuando ése fue a por vos, lord Rahl me dirigió una mirada y supe lo que quería que hiciera.

Cara juntó las manos a la espalda mientras inspeccionaba la creciente oscuridad, por si alguien intentaba sorprenderlas. Los pensamientos de Kahlan se volvieron hacia Richard, y cómo debía de haber sido aquello, solo por completo mientras ellos lo perseguían.

—¿Cuántos hombres eran?

—No los conté. —Cara se encogió de hombros—. Puede que dos docenas.

—¿Y dejaste solo a Richard con dos docenas de hombres yendo tras él? ¿Dos docenas de hombres decididos a matarlo?

—¿Y dejaros sin protección? —Lanzó a Kahlan una mirada incrédula—. ¿Sabiendo que esa bestia desdentada iba a por vos? Lord Rahl me habría despellejado viva si os hubiera abandonado.

Alta y delgada, con los hombros bien erguidos y la barbilla alzada, Cara parecía

tan satisfecha como un gato lamiéndose restos de ratón de los bigotes. Kahlan lo comprendió súbitamente: Richard había confiado a Cara la vida de Kahlan; la mord-sith había demostrado que aquella fe en ella estaba justificada.

Kahlan sintió que una sonrisa le tensaba los cortes parcialmente cicatrizados de sus labios.

—Sólo desearía haber sabido que estabas ahí todo el tiempo. Ahora, gracias a ti, no necesitaré el cuenco de madera.

Cara no rió.

—Madre Confesora, deberíais saber que jamás dejaría que os sucediera nada a ninguno de los dos.

Richard surgió de las sombras tan de repente como había desaparecido. Acarició a los caballos para tranquilizarlos y, mientras pasaba junto a ellos, comprobó rápidamente las colleras, los ronzales y las correas posteriores para asegurarse de que todo estaba bien.

—¿Has visto algo? —preguntó a Cara.

—No, lord Rahl. Todo está tranquilo y despejado.

Richard se inclinó al interior del carruaje y sonrió.

—Bueno, mientras estás despierta, ¿qué te parece si te llevo a dar un romántico paseo a la luz de la luna?

—¿Estás bien? —preguntó ella, posando la mano sobre su antebrazo.

—Estupendamente. Ni un araño.

—No es eso a lo que me refiero.

La sonrisa de Richard desapareció.

—Intentaron matarnos. La Tierra Occidental acaba de sufrir sus primeras bajas debido a la influencia de la Orden Imperial. —Pero tú los conocías.

—Eso no les da derecho a la compasión. ¿A cuántos he visto morir desde que marché de aquí? Ni siquiera conseguí convencer de la verdad a hombres con los que crecí. Ni siquiera pude hacer que me escucharan con imparcialidad. Toda la muerte y sufrimiento que he visto se deben en última instancia a hombres así..., hombres que se niegan a ver.

»Su obstinada ignorancia no les da derecho a mi sangre y mi vida. Eligieron su propia senda. Por una vez, pagaron el precio.

A Kahlan no le sonó como alguien que abandona la lucha. Todavía empuñaba la espada, estaba poseído aún por la cólera del arma. Le acarició el brazo, dejando que supiera que lo comprendía. Estaba claro para ella que aunque Richard sabía que tenía razón, y a pesar de seguir presa de la ira de la espada, lamentaba profundamente lo que había tenido que hacer. Aquellos hombres, de haber podido matar a Richard, no habrían lamentado nada. Habrían celebrado su muerte como una gran victoria.

—De todos modos eso fue peligroso: hacer que todos te persiguieran...

—No, no lo era. Los saqué de campo abierto y los llevé al interior del bosque. Tuvieron que desmontar. Es un lugar rocoso y es difícil mantener el equilibrio, de modo que no podían abalanzarse sobre mí todos juntos ni con rapidez, como podían hacerlo aquí, en la calzada.

»Está oscureciendo; creyeron que eso les daba ventaja. No fue así. Entre los árboles la oscuridad era aún mayor. Yo voy vestido casi por completo de negro. Hace calor, de modo que me dejé la capa dorada, aquí en el carruaje. El poco dorado que hay en el resto de la vestimenta sólo sirve para descomponer la figura de un hombre en la casi oscuridad, de modo que aún les costó más verme.

»En cuanto derribé a Albert, dejaron de pensar y pelearon llevados únicamente por la rabia... hasta que empezaron a ver sangre y muerte. Esos hombres están

acostumbrados a reyertas, no a combates. Creían que les sería fácil asesinarlos; no estaban preparados para pelear por sus propias vidas. En cuanto vieron lo que sucedía, salieron huyendo para salvar la vida. Los que quedaban. Éstos son mis bosques. En su pánico, se desorientaron y se perdieron entre los árboles. Acabé con ellos y puse fin a esto.

—¿Acabasteis con todos ellos? —preguntó Cara, preocupada por si alguno había podido escapar para conducir a más hombres tras ellos.

—Sí; conocía a la mayoría de ellos y, además, tenía su número en la cabeza. Conté los cuerpos para asegurarme de que estaban todos.

—¿Cuántos? —preguntó Cara.

Richard giró para tomar las riendas.

—No eran suficientes para su propósito.

Chasqueó la lengua e hizo que los caballos iniciaran la marcha.

5

Richard se levantó y desenvainó su espada. En esa ocasión, cuando su característico sonido resonó en la noche, Kahlan estaba despierta. Su primer instinto fue incorporarse, pero antes de que tuviera tiempo para pensárselo mejor, Richard ya se había acuclillado y la había refrenado con una mano tranquilizadora. La mujer alzó la cabeza justo lo suficiente para ver que era Cara, que conducía a un hombre hacia la luz parpadeante de la fogata. Richard envainó la espada al ver quién acompañaba a Cara: el capitán Meiffert, el oficial d'haraniano que los había acompañado en Anderith.

Antes de cualquier otra salutación, el hombre cayó de rodillas y se inclinó, acercando la frente al suelo salpicado de pinaza.

—Amo Rahl, guíanos. Amo Rahl, enséñanos. Amo Rahl, protégenos —imploró el capitán Meiffert, con sincera veneración—. Tu luz nos da vida. Tu misericordia nos ampara. Tu sabiduría nos hace humildes. Vivimos sólo para servirte. Tuyas son nuestras vidas.

Cuando cayó de rodillas para recitar su oración, Kahlan vio que Cara, de un modo casi reflejo, se arrodillaba con él, tan arraigado estaba el ritual. La súplica a su lord Rahl era algo que todos los d'haranianos hacían. En el campo usualmente la recitaban una vez o, en alguna ocasión, tres veces. En el Palacio del Pueblo en D'Hara, la mayoría de las personas se reunían dos veces al día para salmodiar la oración.

Cuando había estado cautivo de Rahl el Oscuro, Richard, a menudo en condiciones muy parecidas a las de Tommy Lancaster justo antes de morir, había sido obligado a arrodillarse por una mord-sith y forzado a rezar la oración durante horas. Ahora, las mord-sith, como todos los d'haranianos, rendían aquel homenaje a Richard. Si las mord-sith consideraron tal giro de los acontecimientos como sorprendente, o incluso paradójico, jamás lo dijeron. Lo que muchas de ellas sí habían encontrado increíble era que Richard no las hiciera ejecutar a todas al convertirse en su lord Rahl.

Pero Richard había descubierto que la devoción a su lord Rahl era en realidad un vestigio de un vínculo, una antigua magia invocada por uno de sus antepasados para proteger a los d'haranianos de los caminantes de los sueños. Durante mucho tiempo se había creído que los caminantes de los sueños —creados por magos durante aquella antigua y casi olvidada gran guerra— habían desaparecido del mundo. La invocación de habilidades extrañas —el infundir atributos antinaturales a la gente— voluntaria o no, había sido en una ocasión un arte arcano, con resultados que siempre eran como mínimo imprevisibles, y en ocasiones peligrosos. De algún modo, una chispa de aquella manipulación maligna se había transmitido de generación en generación, acechando invisible durante tres mil años; hasta que volvió a prender en la persona del emperador Jagang.

Kahlan sabía algo sobre la modificación de seres vivos para acomodarse a un propósito; las Confesoras eran personas de esa clase, como lo habían sido los caminantes de los sueños. En Jagang, Kahlan veía a un monstruo creado por la magia. Sabía que mucha gente veía lo mismo en ella. De la misma forma que algunas personas eran rubias o tenían los ojos castaños, ella había nacido para ser alta, con cabellos de un cálido tono cobrizo y ojos verdes..., y las habilidades de una Confesora. Con todo, amaba, reía y anhelaba cosas exactamente igual que aquellos que habían nacido con cabellos rubios u ojos castaños, y sin la habilidad especial de una Confesora.

Kahlan usaba su poder por motivos válidos y virtuosos. Jagang, sin duda, creía lo

mismo de él y, aunque él no lo hiciera, la mayoría de sus seguidores sí lo creía.

También Richard había nacido con un poder latente. La antigua defensa adjunta del vínculo se transmitía a cualquier Rahl con el don. Sin la protección del vínculo con Richard tanto pronunciada formalmente o como una silenciosa afinidad sincera, cualquiera era vulnerable al poder de Jagang como Caminante de los Sueños.

A diferencia de la mayoría de otras permutaciones invocadas por los magos en gente viva, la habilidad de la Confesora siempre había seguido siendo vital; al menos lo había sido hasta que habían asesinado a todas las demás Confesoras por orden de Rahl el Oscuro. Ahora, sin tales magos ni conjuros, únicamente si Kahlan tenía hijos seguiría viviendo la magia de las Confesoras.

Las Confesoras por lo general engendraban hijas, pero no siempre. El poder de una Confesora se había creado originalmente por y para mujeres. Al igual que toda otra invocación que introducía habilidades antinaturales en la gente, ésta, había tenido consecuencias imprevistas: resultó que los hijos varones de una Confesora también tenían el poder. Una vez que se averiguó lo traicionero que podía resultar el poder en los hombres, todos los hijos varones fueron sacrificados.

Que Kahlan engendrara un hijo varón era precisamente lo que Shota temía. Shota sabía perfectamente que Richard jamás permitiría que el hijo que tuviera con Kahlan fuera asesinado por las pasadas maldades de los Confesores. Tampoco Kahlan permitiría jamás que mataran al hijo de Richard. En el pasado, la incapacidad de una Confesora para casarse por amor fue una de las razones por las que ésta podía soportar emocionalmente la práctica del infanticidio. Richard, al descubrir el modo mediante el cual él y Kahlan podían estar juntos, había alterado aquella ecuación, también.

Pero Shota no temía simplemente que Kahlan diera a luz un Confesor; temía algo de una magnitud mayor: un Confesor que poseyera el don de Richard. La bruja había vaticinado que Kahlan y Richard concebirían un varón, y Shota consideraba a un niño así como un monstruo maligno, peligroso más allá de lo comprensible, y por lo tanto había jurado matar a su vástago. Para evitar que tal cosa ocurriera, les había entregado el collar para impedir que Kahlan quedara embarazada. Ellos lo habían aceptado de mala gana, pero la alternativa era entrar en guerra con la bruja.

Por motivos como éste, Richard detestaba el arte de la profecía. Kahlan observó mientras el capitán Meiffert pronunciaba la oración por tercera vez, y los labios de Cara se movían al unísono con los del oficial. La suave salmodia adormilaba a la Madre Confesora.

Era un lujo para Kahlan poder estar allí con Richard y Cara, en el abrigado campamento, junto al calor del fuego, en lugar de tener que permanecer en el carruaje, sobre todo porque la noche era fría y húmeda. Con la litera podían moverla con más facilidad y sin provocarle mucho dolor. Richard habría construido la litera antes, pero no había esperado tener que abandonar la casa que había empezado a construir.

Se encontraban muy lejos del estrecho y desolado camino, en un claro diminuto, en una hondonada oculta tras una espesa extensión de pinos y píceas. Un prado proporcionaba un acogedor cercado para los caballos. Richard y Cara habían sacado el carruaje de la calzada lo habían escondido tras una masa de ramas y troncos caídos. Nadie excepto un d'haraniano vinculado a su lord Rahl podría localizarlos en aquel inmenso e inexplorado bosque.

El apartado lugar disponía de un hoyo para encender fuego que Richard había cavado y rodeado de rocas durante una estancia anterior, hacía casi un año. No se había usado desde entonces. Una repisa rocosa que sobresalía a unos dos metros o dos metros y medio por encima de ellos impedía que la luz de la fogata ascendiera, lo que ayudaba a mantener oculto el campamento. La ladera también los mantenía abrigados y secos en

medio de la llovizna que había empezado a caer. Con la niebla que comenzaba a descender, era el lugar de acampada más seguro y protegido que Kahlan había visto nunca. Richard había cumplido su palabra.

Habían hecho falta seis horas en vez de cuatro para llegar allí, pues Richard había avanzado despacio para no lastimar a Kahlan. Era tarde y todos estaban cansados tras un largo día de viaje, por no mencionar el ataque. Richard le había dicho que parecía como si fuese a llover durante un día o dos, y que permanecerían en el campamento y descansarían hasta que se despejara. No había prisa para llegar a su destino.

Tras la tercera oración, el capitán Meiffert se levantó vacilante y apretó el puño derecho contra el cuero que cubría su corazón a modo de saludo. Richard sonrió y los dos hombres se estrecharon los antebrazos en un saludo menos formal.

—¿Cómo os va, capitán? —Richard sujetó el codo del hombre—. ¿Qué sucede? ¿Caísteis de vuestro caballo, o algo parecido? El capitán dirigió una veloz mirada a Cara, situada junto a él.

—Bueno, estoy perfectamente, lord Rahl. De veras.

—Parecéis herido.

—Son solo mis costillas, que recibieron... la caricia de vuestra mord-sith, eso es todo.

—No lo hice lo bastante fuerte como para romperlas —se mofó Cara.

—Lo siento de veras, capitán. Tuvimos un pequeño problema a primeras horas. Sin duda Cara estaba preocupada por nuestra seguridad cuando os vio acercaros en la oscuridad. —Los ojos de Richard se volvieron hacia Cara—. Pero de todos modos debería haber tenido más cuidado antes de correr el riesgo de herir a alguien. Estoy seguro de que lo lamenta y querrá disculparse.

Cara mostró una expresión de pocos amigos.

—Estaba oscuro. No pienso correr ningún riesgo estúpido con la vida de nuestro lord Rahl, de modo que...

—Espero que no —intervino el capitán Meiffert, antes de que Richard pudiera reprenderla; dedicó una sonrisa a Cara—. En una ocasión me pateó un robusto caballo de combate. Vos hicisteis un mejor trabajo para derribarme, ama Cara. Me satisface ver que la vida de lord Rahl se halla en manos tan capaces. Si el precio son unas costillas doloridas, lo acepto de buen grado.

El rostro de la mujer se iluminó. La sencilla concesión del capitán desactivaba una situación potencialmente conflictiva.

—Bueno, si las costillas te molestan, házmelo saber —dijo Cara—, y las besaré y haré que mejoren. —En el silencio, mientras Richard la fulminaba con la mirada, la mord-sith se rascó la oreja y finalmente añadió—: De todos modos, lo siento. Pero no quise correr riesgos.

—Como dije, un precio que pago de buen grado. Gracias por vuestra vigilancia.

—¿Qué hacéis aquí, capitán? —preguntó Richard—. ¿El general Reibisch os envió a comprobar si lord Rahl está loco?

Aunque era imposible distinguirlo a la luz del fuego, Kahlan estuvo segura de que el rostro del hombre se puso colorado.

—No, claro que no, lord Rahl. Es sólo que el general quería que tuvierais un informe completo.

—Comprendo. —Richard bajó los ojos hacia el puchero de la cena—. ¿Cuándo fue la última vez que comisteis, capitán? Parecéis un poco demacrado, además de tener las costillas doloridas.

—Bueno, ah, he cabalgado duro, lord Rahl. Supongo que ayer debí de comer algo. Estoy bien, no obstante. Puedo tomar algo después de...

—Sentaos, entonces. —Richard le hizo una seña—. Dejad que os consiga algo caliente que comer. Os hará bien.

Mientras el hombre se acomodaba a regañadientes sobre el suelo musgoso junto a Kahlan y Cara. Richard echó un poco de arroz y alubias en un cuenco y cortó un buen pedazo del pan de maíz que había colocado a enfriar en la plancha depositada a un lado de la fogata. Ofreció el cuenco al hombre. El capitán Meiffert no encontró modo de impedirlo, y se sintió mortificado al verse servido nada más y nada menos que por lord Rahl en persona.

Richard tuvo que alzar la comida hacia él una segunda vez antes de que la aceptara.

—Es sólo un poco de arroz y alubias, capitán. No es como si os entregara la mano de Cara en matrimonio.

—Las mord-sith no se casan —dijo Cara, lanzando una risotada—. Simplemente toman a un hombre como pareja si lo desean..., él no tiene derecho a decidir.

Richard le dirigió una mirada. Kahlan sabía por el tono de voz de su esposo que él no había querido decir nada con el comentario..., pero éste no rió con Cara. Conocía muy bien lo ciertas que eran sus palabras. Una acción así no era un acto de amor, sino todo lo contrario. En el incómodo silencio, Cara se dio cuenta de lo que había dicho, y decidió partir unas cuantas ramas y alimentar el fuego con ellas.

Kahlan sabía que Denna, la mord-sith que había capturado a Richard, lo había tomado como pareja. Cara también lo sabía. Cuando Richard despertaba en ocasiones con un sobresalto y se aferraba a ella, Kahlan se preguntaba si sus pesadillas eran sobre cosas imaginarias o reales. Cuando le besaba la frente sudorosa y preguntaba qué había soñado, él jamás lo recordaba. La Confesora daba gracias por ello.

Richard recuperó un palo largo que había estado apoyado en una de las piedras que circundaban la hoguera. Con el dedo, deslizó varios trozos chisporroteantes de tocino fuera del palo y los dejó caer en el cuenco del capitán, y luego colocó el gran pedazo de pan de maíz encima. Disponían de bastante comida. Kahlan compartía el carromato con todas las provisiones que Richard había recogido a lo largo de su viaje al norte, hacia Ciudad del Corzo. Tenían alimento suficiente para una buena temporada.

—Gracias —tartamudeó el capitán Meiffert, y se echó hacia atrás la rubia melena—. Parece delicioso.

—Lo es —dijo Richard—. Tenéis suerte. Hoy preparé yo la cena, en lugar de Cara.

Cara, orgullosa de ser una mala cocinera, sonrió como si fuera un gran cumplido.

Kahlan estaba segura de que era un relato que se repetiría ante ojos asombrados y perpleja incredulidad: lord Rahl en persona sirviendo comida a uno de sus hombres. Por el modo en que el capitán comía, imaginó que había transcurrido más de un día desde la última vez que había comido. Con lo grandote que era, calculó que debía necesitar una gran cantidad de comida.

El hombre tragó y alzó los ojos.

—Mi caballo. —Empezó a levantarse—. Cuando el ama Cara... Olvidé mi caballo. Tengo que...

—Comed vuestra cena. —Richard se levantó y dio una palmada al capitán Meiffert en el hombro para mantenerlo sentado—. Iba a ver cómo estaban los caballos de todos modos. Me ocuparé también del vuestro. Estoy seguro de que querrá un poco de agua y avena.

—Pero, lord Rahl, no puedo permitirlos que...

—Comed. Eso ahorrará tiempo; cuando regrese, habréis terminado y entonces podréis darme vuestro informe. —La figura de Richard se tomó borrosa mientras se desvanecía en las sombras, dejando sólo una voz incorpórea tras él—. Pero me temo que

seguiré sin tener órdenes para el general Reibisch.

En la quietud, los grillos reiniciaron su rítmico chirriar. Algo más lejos, Kahlan oyó la llamada de un ave nocturna. Más allá de los cercanos árboles, los caballos relincharon satisfechos, probablemente al saludarlos Richard. De vez en cuando un soplo de neblina se extraviaba y pasaba bajo el saliente de roca para humedecerle la mejilla. Deseó poder girarse sobre el costado y cerrar los ojos. Richard le había dado más infusión de hierbas y ésta empezaba a amodorrarla. Al menos también le calmaba el dolor.

—¿Cómo os encontráis, Madre Confesora? —preguntó el capitán Meiffert—. Todo el mundo está terriblemente preocupado por vos.

Una Confesora no se veía muy a menudo enfrentada a una preocupación tan honesta y afectuosa. La sencilla pregunta del joven oficial era tan sincera que casi hizo llorar a Kahlan.

—Voy mejorando, capitán. Decid a todo el mundo que estaré perfectamente en cuanto haya tenido algo de tiempo. Vamos a algún lugar tranquilo donde pueda disfrutar del aire libre del verano que se aproxima y descansar un poco. Estaré mejor antes del otoño, estoy segura. Para entonces, espero que Richard estará... menos preocupado por mí, y podrá concentrarse en las necesidades de la guerra.

El capitán sonrió.

—Todos se sentirán aliviados al saber que os vais curando. No puedo deciros cuántas personas me dijeron que cuando regrese quieren saber cómo estáis.

—Contadles que dije que estaré perfectamente y que pedí que no se preocuparan más por mí, sino que cuidaran de sí mismos.

El hombre tomó otra cucharada. Kahlan vio en sus ojos que había más cosas que lo angustiaban, aunque él tardó un poco en sacarlas a colación.

—Nos preocupa, también, que vos y lord Rahl necesitéis protección.

Cara, que ya estaba sentada muy tiesa, se las arregló para erguirse aún más, haciendo al mismo tiempo que el sutil cambio en su postura resultara amenazador.

—Lord Rahl y la Madre Confesora no están desprotegidos, capitán. Están conmigo. Cualquier otra cosa que no sea una mord-sith no es más que un bonito uniforme.

En esa ocasión, el oficial no se amilanó y su voz resonó con el claro tono de la autoridad:

—No se trata de una cuestión de falta de respeto, ama Cara, ni tampoco quiero parecer insolente. Como vos, he jurado protegerlos, y ésa es mi preocupación. Este uniforme se ha enfrentado ya al enemigo en defensa de lord Rahl, y realmente no creo que una mord-sith quiera impedir que cumpla con ese deber por una simple cuestión de orgullo.

—Nos dirigimos a un lugar remoto y aislado —dijo Kahlan, antes de que Cara pudiera responder—. Creo que nuestra soledad, y Cara, serán protección más que suficiente. Si Richard desea otra cosa, lo dirá.

Asintiendo de mala gana, el oficial aceptó su respuesta. Esas palabras pusieron fin a la cuestión.

Al llevarse a Kahlan al norte, Richard había dejado a las fuerzas que los protegían atrás. Ella sabía que fue algo deliberado, probablemente motivado en parte por su convicción sobre lo que creía que tenía que hacer. Richard no se oponía a la protección; en el pasado, había aceptado que los acompañaran tropas. También Cara había insistido en llevar con ellos aquellas tropas por seguridad. Sin embargo, otra cosa era que Cara lo admitiera ante el capitán Meiffert.

Habían pasado mucho tiempo en Anderith con el capitán y sus fuerzas de élite. Kahlan sabía que era un oficial magnífico. Se dijo que debería tener cerca de veinticinco

años; probablemente ya llevaba una década como soldado y era un veterano de numerosas campañas, desde rebeliones menores hasta guerras declaradas. Las definidas y saludables líneas de su rostro empezaban ya a adquirir un aspecto maduro.

A lo largo de milenios, a través de guerras, migraciones y ocupaciones, otras culturas se habían mezclado con los d'haranianos, dejando una combinación de gentes. Alto y de espaldas anchas, el capitán Meiffert daba la viva imagen de un d'haraniano de pura cepa por sus cabellos rubios y ojos azules, como sucedía con Cara. El vínculo era mayor en los d'haranianos de pura cepa.

Tras comerse casi la mitad del cuenco, el capitán volvió la cabeza y echó una ojeada tras de sí, hacia la oscuridad en la que había desaparecido Richard. Sus serios ojos azules observaron tanto a Cara como a Kahlan.

—No quiero erigirme en juez ni meterme en temas personales, y espero no hablar fuera de lugar, pero ¿puedo haceros a ambas una... una pregunta delicada?

La última parte le dio que pensar por un momento, pero luego prosiguió:

—El general Reibisch y algunos de los otros oficiales... bien, ha habido discusiones sobre lord Rahl. Confiamos en él, desde luego —se apresuró a añadir—. Realmente es así. Es sólo que...

—Entonces, ¿qué os inquieta? —intervino Cara, a la vez que su frente fruncía—. Si confiáis tanto en él...

El hombre removió la cuchara de madera en el cuenco.

—Estuve en Anderith durante todo aquello. Sé lo duro que trabajó... y también vos, Madre Confesora. Ningún lord Rahl antes que él se preocupó jamás de lo que quería la gente. En el pasado, lo único que importaba era lo que lord Rahl quería. Luego, después de todo eso, la gente rechazó su oferta..., lo rechazó. Nos envió de vuelta con el ejército principal, y simplemente nos dejó para venir aquí. —Señaló a su alrededor—. En medio de ninguna parte. Para ser un ermitaño, o algo parecido. —Hizo una pausa mientras buscaba las palabras correctas—. No lo... comprendemos.

Alzó los ojos del fuego, para volver a mirar a los ojos de ambas, mientras proseguía:

—Nos preocupa que lord Rahl haya perdido la voluntad de pelear; que sencillamente le dé igual. O que... ¿le asusta pelear?

La expresión de su rostro indicó a Kahlan que temía una represalia por decir las cosas que decía, y por hacer una pregunta como aquella, pero necesitaba tanto la respuesta que se había arriesgado a hacerla. Probablemente ése era el motivo de que él hubiera venido a informar, en lugar de enviar a un simple mensajero.

—Unas seis horas antes de que cocinara esa estupenda olla de arroz y alubias —dijo Cara, con tono despreocupado—, mató a un par de docenas de hombres. Él solito. Los despedazó como jamás había visto. La violencia con que lo hizo me impresionó incluso a mí. Sólo me dejó a un hombre para que lo eliminara. Algo que considero muy injusto por su parte.

El capitán Meiffert mostró una expresión decididamente aliviada mientras soltaba un prolongado suspiro. Desvió los ojos de la mirada firme de Cara y los devolvió al cuenco para remover su cena.

—Esa noticia será bien recibida. Gracias por contármelo, ama Cara.

—No puede dar órdenes —indicó Kahlan—, porque cree inequívocamente que, por ahora, si manda nuestras fuerzas contra la Orden Imperial, ello acarrearía nuestra derrota. Cree que si entra en combate demasiado pronto, no tendremos ninguna posibilidad de vencer jamás. Cree que debe esperar el momento apropiado, eso es todo. No hay nada más.

Kahlan se sintió un tanto en conflicto al ayudar a justificar las acciones de

Richard, cuando ella no estaba totalmente a favor de ellas. Opinaba que era necesario frenar el avance del ejército de la Orden Imperial ahora, y no darle la oportunidad de saquear y asesinar sin cortapisas a las gentes del Nuevo Mundo.

El capitán reflexionó mientras comía un poco de pan. Frunció el entrecejo al tiempo que gesticulaba con el pedazo que le quedaba.

—Existe una sólida teoría de combate para una estrategia como ésta. Si puedes elegir, ataca sólo cuando lo haces según tus propios términos, no los del enemigo. —Se tornó más vehemente mientras pensaba en ello durante un instante—. Es mejor mantener en suspenso un ataque hasta el momento correcto, a pesar del daño que el enemigo pueda causar mientras tanto, que ir al combate antes de que sea el momento adecuado. Sería una decisión equivocada.

—Es cierto. —Kahlan echó el brazo atrás y apoyó la muñeca derecha en su frente—. Quizá podríais explicarlo a los otros oficiales con esas palabras..., que es prematuro dictar órdenes... y que espera al momento adecuado. No creo que sea nada distinto del modo en que Richard nos lo ha explicado, pero tal vez se comprendería mejor si se expusiera en esos términos.

El capitán comió el último pedazo de su pan de maíz, pareciendo meditar sobre ello.

—Confío en lord Rahl con mi vida. Sé que los demás también lo hacen, pero creo que les tranquilizará esa explicación de por qué se abstiene de dar órdenes. Ahora veo por qué tuvo que dejarnos. Fue para resistir la tentación de lanzarse a la contienda antes de que fuera el momento oportuno.

Kahlan deseó sentir tanta confianza en aquel razonamiento como el capitán. Recordó la pregunta de Cara de cómo podría la gente demostrar su valía a Richard. Sabía que él no estaría predispuesto a intentarlo mediante una nueva votación, pero no veía de que otro modo podían demostrárselo.

—Yo no se lo mencionaría a Richard —indicó—. Es difícil para él... no poder dar órdenes. Intenta hacer lo que cree que es correcto, pero es una línea de acción difícil de mantener.

—Comprendo, Madre Confesora. «Su sabiduría nos hace humildes. Vivimos sólo para servirlo. Suyas son nuestras vidas».

Kahlan estudió las suaves líneas y sencillos ángulos de su joven rostro iluminado por la danzarina luz de las llamas. En aquel rostro, vio algo de lo que Richard había estado intentando decirle antes.

—Richard no cree que vuestras vidas sean tuyas, capitán, sino que os pertenecen a vosotros mismos y que son inestimables. Por eso lucha.

El oficial eligió sus palabras con cuidado; si bien no le preocupaba que ella fuera la Madre Confesora, puesto que no había crecido temiendo el poder y el dominio de una de aquellas mujeres, seguía siendo la esposa de lord Rahl.

—La mayoría de nosotros nos damos cuenta de lo distinto que es del último lord Rahl. No afirmo que ninguno de nosotros lo comprenda todo sobre él, pero sabemos que lucha para defender, más que para conquistar. Como soldado, conozco lo mucho que influye creer en aquello por lo que luchó, porque...

El capitán apartó los ojos. Alzó una rama corta, golpeando el extremo contra el suelo durante un rato. Su voz adoptó una inflexión dolorida.

—Porque te arrebató algo precioso matar a personas que jamás quisieron hacerte ningún daño.

El fuego chisporroteó y siseó mientras removía lentamente las brillantes brasas, y las chispas se alzaron en remolinos para luego derramarse por los laterales del saliente rocoso.

Cara contempló su agiel mientras le daba vueltas en los dedos.

—¿También tú... sientes eso?

El capitán Meiffert miró a los ojos a la mord-sith.

—Jamás caí en la cuenta, hasta ahora, de lo que me estaba haciendo, interiormente. No lo sabía. Lord Rahl hace que me sienta orgulloso de ser d'haraniano. Hace que signifique algo bueno... Nunca fue así. Pensaba que las cosas estaban como estaban porque simplemente eran así, y que no cambiarían jamás.

La mirada de Cara se desvió mientras ella, disimuladamente, asentía dándole la razón. Kahlan sólo podía imaginar cómo debía de ser la vida viviendo bajo tal clase de gobierno, lo que le hacía a las personas.

—Me alegro de que lo comprendáis, capitán —murmuró—. Ésa es una de las razones de que él se preocupe tanto por todos vosotros. Quiere que viváis vidas de las que podáis sentirnos orgullosos. Vidas que sean vuestras.

El hombre dejó caer el palo en la hoguera.

—Y quería que todos los habitantes de Anderith se preocuparan de sí mismos del mismo modo que quiere que nosotros valoremos nuestras vidas. La votación no era para él en realidad, sino para ellos mismos. ¿Por eso la votación significaba tanto para él?

—Por eso —confirmó Kahlan, temerosa por el esfuerzo que le suponía hablar.

El capitán removió el contenido del cuenco con la cuchara para enfriar su cena, aunque ésta ya no necesitaba enfriarse, Kahlan estaba segura de ello. Supuso que los pensamientos del oficial daban más vueltas aún que su cena.

—Sabéis —dijo él—, una de las cosas que oí decir a la gente, allá en Anderith, fue que, puesto que Rahl el Oscuro era su padre, Richard Rahl también era malvado. Decían que, puesto que su padre había hecho el mal, Richard Rahl podría en ocasiones *hacer* el bien, pero que nunca podría *ser* una persona buena.

—Yo también lo oí —indicó Cara—. No sólo en Anderith, sino en muchos otros lugares.

—Eso está mal. ¿Por qué piensa la gente que sólo porque uno de sus padres cometió crímenes, la culpa se transmite a sus hijos? ¿Y que esos hijos deben pasarse la vida reparando el daño? Odiaría pensar que si alguna vez tengo la fortuna de tener hijos, ellos, y luego sus hijos, y los hijos de éstos, tuvieran que sufrir eternamente por las cosas que yo hice cuando estaba al servicio de Rahl el Oscuro. —Dirigió la mirada a Kahlan y a Cara—. Un prejuicio así no está bien.

En medio del silencio, Cara clavó la mirada en las llamas.

—Serví a las órdenes de Rahl el Oscuro. Conozco la diferencia que hay entre los dos hombres. —La voz del capitán bajó, atenazada por el resentimiento—. La gente no debe hacer que la culpa por los crímenes de Rahl el Oscuro recaiga sobre su hijo.

—Tienes razón en eso —murmuró Cara—. Puede que los dos se parezcan un poco, pero cualquiera que haya mirado al interior de los ojos de ambos hombres, como he hecho yo, jamás podría pensar que fueran la misma clase de persona.

6

El capitán Meiffert comió el resto de su arroz con alubias en silencio. Cara le ofreció su odre de agua y él lo tomó con una sonrisa y un movimiento de cabeza para dar las gracias. La mord-sith le sirvió un segundo cuenco lleno del contenido de la olla, y le cortó otro pedazo de pan de maíz. El hombre se mostró sólo un poco menos avergonzado de verse servido por una morsith que por el propio lord Rahl. A Cara le resultó divertida su expresión. Le llamó «oficialote» y le indicó que se lo comiera todo. Él así lo hizo, mientras escuchaban el crepitar del fuego y el gotear de las agujas de los pinos sobre la alfombra de hojas y otros desechos del suelo del bosque.

Richard regresó, cargado con el saco de dormir y las alforjas del capitán. Lo dejó caer todo al suelo, junto al oficial, y luego se sacudió el agua del cuerpo antes de sentarse junto a Kahlan. Le ofreció de beber de un odre lleno que había traído de vuelta con él y ella tomó sólo un sorbo. Kahlan estaba más interesada en poder posar su mano sobre la pierna de su esposo.

—Así pues, capitán Meiffert —dijo Richard, bostezando—, dijisteis que el general quería que me dierais un informe completo.

—Sí, señor.

El capitán pasó a dar una larga y detallada explicación del estado del ejército en el sur, cómo estaban estacionados en las llanuras, qué pasos custodiaban en las montañas y cómo habían pensado utilizar el terreno en el caso de que la Orden Imperial abandonara repentinamente Anderith y marchara al norte, al interior de la Tierra Central. Informó sobre la salud de los hombres y la situación de sus provisiones... que eran, ambas, buenas. La otra mitad de las fuerzas d'-haranianas del general Reibisch estaba de vuelta en Aydindril, protegiendo la ciudad, y Kahlan se sintió aliviada al escuchar que todo iba bien allí.

El capitán Meiffert transmitió todas las comunicaciones recibidas de la Tierra Central, incluidos Kelton y Galea, dos de los territorios más grandes de la Tierra Central, que estaban ahora aliados con el nuevo imperio de D'Hara. Los territorios aliados ayudaban a mantener abastecido el ejército, además de facilitar hombres para la rotación de las patrullas, explorar tierras que conocían mejor y otras tareas.

El hermanastro de Kahlan, Harold, había traído la noticia de que Cyrilla, la hermanastra de Kahlan, había empezado a mejorar. Cyrilla había sido reina de Galea pero, tras el brutal tratamiento recibido a manos del enemigo, se desequilibró emocionalmente y fue incapaz de actuar como soberana. En sus escasos momentos de consciencia, preocupada por su pueblo, había suplicado a Kahlan que fuera reina en su lugar. Kahlan había aceptado a regañadientes, diciendo que lo sería sólo hasta que Cyrilla volviera a estar bien. Pocas personas creían que ésta volviera a recuperar la cordura, pero daba la impresión de que todavía podría sanarse.

Para calmar los encrespados ánimos del país vecino de Galea, Kelton, Richard había nombrado a Kahlan reina de Kelton. Cuando Kahlan oyó por primera vez lo que su esposo había hecho, pensó que era una locura. A pesar de lo extraño de aquel arreglo, éste convino a ambos países, y les trajo no sólo la paz entre sí, sino que también los llevó a la coalición de países que peleaban contra la Orden Imperial.

A Cara le sorprendió gratamente enterarse de que un buen número de mord-sith habían llegado al Palacio de las Confesoras en Aydindril, por si lord Rahl las necesitaba. A Berdine le complacería tener a algunas de sus hermanas mord-sith con ella.

Kahlan echaba de menos Aydındril. Suponía que el lugar donde una se criaba jamás abandonaba tu corazón. La idea le produjo una punzada de pesar por Richard.

—Seguro que ésa es Rikka —dijo Cara con una sonrisa—. Aguardad a que conozca al nuevo lord Rahl —añadió por lo bajo, encontrando aún más motivos para sonreír.

Los pensamientos de Kahlan regresaron a las gentes que habían dejado en manos de la Orden Imperial... o con más exactitud, a las gentes que habían elegido la Orden Imperial.

—¿Habéis recibido informes de Anderith?

—Sí, a través de varios hombres que enviamos allí. Me temo que perdimos algunos. Los que regresaron informan que hubo menos muertes enemigas debido a las aguas envenenadas de lo que habíamos esperado. En cuanto la Orden Imperial descubrió que sus soldados morían, o enfermaban, lo probaron todo primero en los habitantes del lugar. Varios murieron o enfermaron, pero no fue generalizado. Al usar al pueblo para comprobar la comida y el agua, pudieron aislar la comida contaminada y destruirla. El ejército se ha estado apoderando de todo; consumen una gran cantidad de víveres.

Se decía que la Orden Imperial era mucho más grande que cualquier ejército jamás reunido. Kahlan sabía que esa parte de los informes era cierta. La Orden superaba a las tropas d'haranianas y de la Tierra Central reunidas contra ella posiblemente en una proporción de diez o veinte a uno; algunos informes afirmaban que más, pero Kahlan lo descartaba, achacándolo al pánico. Lo que no sabía era cuánto tiempo se alimentaría la Orden de Anderith antes de seguir adelante, o si les aprovisionaban desde el Viejo Mundo. Sin duda así era, hasta cierto punto, por lo menos.

—¿Cuántos exploradores y espías perdimos? —preguntó Richard. El capitán Meiffert alzó los ojos. Era la primera pregunta que Richard había hecho.

—Algunos aún puede que regresen, pero parece probable que hayamos perdido entre cincuenta y sesenta hombres.

Richard suspiró.

—¿Y el general Reibisch considera que valía la pena perder las vidas de esos hombres para descubrir eso? —inquirió.

El capitán Meiffert buscó denodadamente una respuesta.

—No sabíamos lo que descubriríamos, lord Rahl, por ese motivo los enviamos. ¿Deseáis que diga al general que no envíe más hombres allí?

Richard se dedicaba a tallar un rostro en un pedazo de leña, arrojando virutas al fuego esporádicamente. Suspiró.

—No, debe hacer lo que crea conveniente. Le he explicado que no puedo dar órdenes.

El capitán, observando a Richard recoger pedacitos de madera de su regazo para lanzarlos al fuego, arrojó un pequeño abanico de agujas de pino a las llamas, donde llameó con efímero esplendor. La talla de Richard mostraba un parecido extraordinario con el capitán.

En alguna ocasión, Kahlan había visto a Richard tallar animales o personas como si tal cosa, y una vez le había sugerido que aquella habilidad estaba guiada por su don. Él se mofó de tal idea, indicando que le había gustado tallar cosas desde que era pequeño. Elle le recordó que aquel arte se usaba para lanzar hechizos, y que en una ocasión a él lo habían capturado con la ayuda de un hechizo dibujado.

Él insistió en que eso no se le parecía en nada. Como guía que había pasado muchas noches acampado, solo, tallando cosas, pero que no deseando cargar con un peso añadido, acababa arrojando la pieza terminada al fuego. Explicó que disfrutaba

con la acción de tallar, y que siempre podía hacer otra talla. Kahlan consideraba muy artísticas sus figuras y le apenaba ver cómo eran destruidas.

—¿Qué pensáis hacer, lord Rahl? Si se me permite preguntarlo.

Richard efectuó un pulcro y firme corte que delimitó la línea de una oreja, dándole vida junto con la línea de la mandíbula que ya había tallado. Alzó los ojos y clavó la mirada en la noche.

—Vamos a un lugar en las montañas al que no van otras personas, de modo que podamos estar solos y a salvo. La Madre Confesora podrá recuperarse allí y recobrar las energías. Mientras estemos en ese lugar, puede que incluso Cara empiece a llevar vestidos.

La aludida se puso en pie de un salto.

—¡Qué!

Pero en cuanto vio la sonrisa de Richard, la mord-sith comprendió que éste se limitaba a bromear con todos. Lanzó un bufido.

—Yo no informaría sobre esa parte al general, si fuera usted, capitán —dijo Richard.

Cara volvió a dejarse caer al suelo.

—No si el oficialote, aquí presente, valora sus costillas —refunfuño

Kahlan contuvo a duras penas una risita, para no retorcer los omnipresentes cuchillos que parecía tener en las costillas. En ocasiones, le parecía saber cómo se sentía el pedazo de madera que Richard tallaba. Era bueno ver que Richard, por una vez, podía con Cara. Por lo general ella lo aturullaba.

—No puedo ayudaros, por ahora —indicó Richard, recuperando el tono serio a la vez que reanudaba su trabajo con el cuchillo—. Espero que todos podáis aceptar eso.

—Desde luego, lord Rahl. Sabemos que nos conduciréis a la batalla cuando sea el momento adecuado.

—Espero que ese día llegue, capitán. Realmente lo espero. No porque quiera pelear, sino porque espero que haya algo por lo que luchar. —Clavó la mirada en el fuego, su semblante era una terrible imagen de desesperanza—. En estos instantes, no lo hay.

—Sí, lord Rahl —dijo el capitán Meiffert, rompiendo finalmente el incómodo silencio que había sobrevenido—. Haremos lo que consideremos mejor hasta que la Madre Confesora esté mejor y vos podáis uniros a nosotros.

Richard no discutió la previsión hecha por el capitán. También Kahlan esperaba que las cosas fueran así, pero Richard nunca había dicho que fuera a ser pronto. De hecho, les había dejado bien claro que el momento podría no llegar nunca. Richard sostuvo en el regazo el pedazo de madera, estudiando lo que había hecho.

Deslizó el pulgar por la línea recién tallada de la nariz mientras preguntaba:

—¿Contaron los exploradores que regresaron... cómo le iba a la gente en Anderith... teniendo a la Orden Imperial allí?

Kahlan sabía que su esposo no hacía más que torturarse a sí mismo al hacer aquella pregunta. Deseó que no la hubiera hecho. No podía hacerle ningún bien oír la respuesta.

El capitán Meiffert carraspeó.

—Bueno, sí, sí informaron sobre las condiciones.

—¿Y...?

El joven oficial se embarcó en un frío informe de los hechos que conocían.

—Jagang instaló el cuartel general de su tropa en la capital, Fairfield. Expropió para sí la finca del Ministerio de Cultura. El ejército del enemigo es tan enorme que engulló la ciudad y se derrama más allá, sobre las colinas circundantes. El ejército de Anderith

presentó poca resistencia. Los reunieron a todos y los ejecutaron sumariamente. El gobierno de Anderith en su mayor parte dejó de existir a las pocas horas. No existe autoridad ni ley. La Orden dedicó la primera semana a celebraciones desenfundadas.

»La mayoría de los habitantes de Fairfield se vieron desalojados de sus casas y perdieron todas sus posesiones. Muchos huyeron. Todos los caminos de los alrededores estaban atestados de aquellos que intentaban escapar de lo que sucedía en la ciudad. Las personas que huían de la ciudad acabaron convirtiéndose en el botín de los soldados que no cabían en la ciudad. Únicamente un hilillo, en su mayoría gente muy anciana y enferma, logró pasar esa criba.

El tono impersonal de su informe lo abandonó. También él había pasado tiempo con aquella gente.

—Me temo que, en conjunto, las cosas les fueron muy mal, lord Rahl. Hubo una matanza terrible, de hombres, por lo menos: decenas de miles. Posiblemente más.

—Recibieron lo que merecían. —La voz de Cara sonó gélida—. Eligieron su propio destino.

Kahlan estaba de acuerdo, pero no lo dijo. Sabía que Richard también estaba de acuerdo. De todos modos, a ninguno de ellos les agradaba.

—¿Y la zona rural? —quiso saber Richard—. ¿Se sabe algo de esa gente? ¿Les va mejor a ellos?

—No están mejor, lord Rahl. La Orden Imperial ha llevado a cabo un metódico proceso de «pacificación» del territorio, como lo llaman ellos. Sus soldados van acompañados por personas con el don.

»Con mucho, los peores informes se referían a alguien a quien llaman Señora de la Muerte».

—¿Quién? —preguntó Cara.

—Señora de la Muerte la llaman.

—Señora... Deben de ser las Hermanas —dijo Richard.

—¿Cuáles creéis que deben ser? —preguntó Cara.

Richard, cortando la boca del rostro tallado en el trozo de leña, se encogió de hombros.

—Jagang tiene cautivas tanto a Hermanas de la Luz como a Hermanas de las Tinieblas. Es un Caminante de los Sueños. Obliga a ambas a hacer su voluntad. Podría ser cualquiera de ellas. La mujer es simplemente su instrumento.

—No lo sé —repuso el capitán Meiffert—. Tenemos muchos informes sobre las Hermanas, y lo peligrosas que son. Pero a ellas las utilizan, como vos decís, como instrumentos del ejército, como armas básicamente, no como agentes del Caminante. Jagang no les permite pensar por sí mismas ni dirigir nada.

»Ésta, según los informes, en todo caso, se comporta de un modo muy distinto. Actúa como agente de Jagang, pero aun así, lo que se dice es que decide cosas por sí misma y hace lo que le apetece. Los hombres que regresaron informaron de que es más temida que el mismo Jagang.

»Los habitantes de un pueblo, cuando se enteraron de que iba hacia allí, se reunieron todos en la plaza. Hicieron que los niños bebieran veneno primero, luego los adultos tomaron su dosis. Todas y cada una de las personas del pueblo estaban muertas cuando llegó la mujer... eran casi quinientas.

Richard había dejado de tallar la madera. Kahlan sabía que los rumores infundados podían convertir la alarma en pánico, hasta el punto en el que las personas preferían morir antes que enfrentarse al objeto de su temor. El miedo era una herramienta poderosa en una guerra.

Richard reanudó su talla. Sujetó el cuchillo muy cerca de la punta, como una

pluma, y, con sumo cuidado, esculpió los ojos.

—No consiguieron su nombre, ¿verdad? ¿El de esa Señora de la Muerte?

—Lo siento, pero no, lord Rail. Dicen que todos la llaman simplemente «Señora de la Muerte»

—Suenan como si fuera una bruja fea —dijo Cara.

—Más bien todo lo contrario. Tiene los ojos azules y los cabellos rubios. Se dice que es la mujer más hermosa que uno ha visto jamás. Dicen que parece la visión de un espíritu bueno.

Kahlan no pudo evitar advertir que el capitán lanzaba una mirada furtiva a Cara, que tenía los ojos azules y el cabello rubio, y era también una de las mujeres más hermosas que uno pudiera contemplar jamás. También ella era letal.

—Rubia... —Richard fruncía el entrecejo— ...ojos azules..., podrían ser varias... Mala cosa que no averiguaran su nombre.

—Lo siento, pero no dieron otro nombre, lord Rahl, sólo esa descripción... Ah, sí, y que siempre va vestida de negro.

—Queridos espíritus —murmuró Richard, a la vez que se alzaba en toda su estatura, agarrando la talla por la garganta.

—Por lo que me han contado, lord Rahl, aunque parece la visión de uno de ellos, los buenos espíritus la temerían.

—Con buen motivo —respondió él, mientras clavaba la vista a lo lejos, como si mirara más allá de la neblina, a un lugar que sólo él veía.

—¿La conocéis, entonces, lord Rahl?

Kahlan oyó cómo el fuego estallaba y chisporroteaba, mientras aguardaba su respuesta junto con los otros dos. Parecía casi como si Richard intentara encontrar su voz mientras su mirada volvía a descender para encontrarse con los ojos de la talla que sostenía en su mano.

—La conozco —dijo, por fin—. La conozco muy bien. Fue una de mis maestras en el Palacio de los Profetas.

Arrojó la talla a las llamas.

—Rezad para no tener que mirar nunca a los ojos de Nicci, capitán.

Mírame a los ojos, pequeña —dijo Nicci, con su voz apacible y sedosa, mientras sostenía entre sus manos ahuecadas la barbilla de la niña. Nicci alzó el rostro huesudo. Los ojos, oscuros y separados, pestañearon con lardo desconcierto. No había nada que ver en ellos: la niña era una simple.

Se irguió, sintiendo una vacua decepción. Siempre le sucedía. A veces se encontraba mirando a los ojos de las personas, de ese modo, y preguntándose a continuación por qué. Si buscaba algo, no sabía qué era.

Reanudó su pausado paseo por la fila de lugareños, todos reunidos a lo largo de un lado de la polvorienta plaza del mercado. Gentes de granjas alejadas y comunidades más pequeñas iban al pueblo varias veces al mes, los días de mercado; algunos se quedaban a pasar la noche si habían venido de muy lejos. Aquél no era día de mercado, pero serviría a sus propósitos.

Algunos de los edificios tenían un segundo piso, con una habitación o dos para alojar a una familia sobre su tiendecita. Nicci vio una panadería, la tienda de un zapatero remendón, un altar, una herrería, un herbolario, una talabastería; los lugares de costumbre. Todas aquellas poblaciones se parecía entre sí. Muchos de los lugareños trabajaban en los campos circundantes de trigo o sorgo, cuidaban animales y poseían huertas. Puesto que el estiércol, la paja y la arcilla abundaban, vivían en casas de adobe y cañas. Unas cuantos de los edificios con un segundo piso ostentaban una construcción con vigas y revestimiento de tablas de madera.

Detrás de la mujer, soldados hoscos, erizados en armas ocupaban la mayor parte de la plaza. Estaban cansados por la cabalgada bajo el calor del día y, lo que era peor, aburridos. Nicci sabía que les faltaba muy poco para lanzarse a saquearlo todo. Un pueblo, incluso uno con escaso botín, era un entretenimiento atrayente. No era tanto el coger cosas como el destrozar todo lo que les gustaba. En ocasiones, no obstante, sí era el acto de coger lo que les atraía. Las nerviosas mujeres sólo sostenían las miradas descaradas de los soldados en contadas ocasiones.

Mientras paseaba ante la desaliñada población, Nicci estudió los ojos que la observaban. La mayoría estaban desorbitados por el terror y fijos no en los soldados, sino en el objeto de su pavor: Nicci o, como la gente había empezado a llamarla, la Señora de la Muerte. *La* denominación ni la complacía ni la contrariaba; era simplemente un hecho del que tomaba nota, un hecho que no tenía más importancia para ella que si alguien le hubiera dicho que le habían zurcido un par de sus medias.

Algunos, lo sabía, tenían los ojos fijos en el aro de oro que atravesaba su labio inferior. Los rumores ya deberían de haberles informado de que una mujer marcada así era una esclava personal del emperador Jagang; inferior incluso a simples campesinos como ellos. Que contemplaran el aro de oro, o lo que pensarán de ella por lucirlo, tenía aún menos relevancia para la mujer que el ser llamada Señora de la Muerte.

Jagang sólo poseía su cuerpo en este mundo; el Custodio tendría su alma para toda la eternidad en el siguiente. La existencia de su cuerpo en este mundo era un suplicio; la existencia de su espíritu en el siguiente no le iría a la zaga. Existencia y suplicio eran sencillamente las dos caras de la misma moneda... no podía existir otra cosa.

El humo, elevándose de la hoguera situada más allá de su hombro izquierdo, se alejaba flotando a impulsos de un viento intermitente para dejar una oscura cuchillada en el cielo azul de la tarde. Piedras apiladas a cada lado de la cocina comunal sostenían

una barra por encima del fuego en la que se podían ensartar dos o tres cerdos o corderos para asarlos a la vez. Sin duda disponían también de barras laterales para convertir la hoguera en un ahumadero.

En otras ocasiones, se usaba una fogata al aire libre, a menudo en conjunción con el sacrificio de animales, para fabricar jabón, ya que el jabón no era algo que se fabricara normalmente bajo techo. Nicci vio un foso de cenizas, utilizado para hacer lejía, colocado en un lateral de la zona, al aire libre, junto con un enorme caldero de hierro que podía usarse para derretir grasa. Lejía y grasa eran los ingredientes principales del jabón. A algunas mujeres les gustaba añadir un aroma a su jabón, utilizando hierbas, como espliego o romero.

Cuando Nicci era pequeña, su madre la obligaba a ir cada otoño, en la época de la matanza, a ayudar a fabricar jabón. Su madre decía que ayudar a los demás formaba el carácter. Nicci todavía tenía algunas marcas pequeñas en los dorsos de las manos y antebrazos que indicaban los lugares donde había recibido salpicaduras de la grasa ardiente. A Nicci, su madre siempre le hacía ponerse un vestido bonito; no para impresionar a los que no poseían tales prendas, sino para que Nicci sintiera que llamaba la atención y estuviera incómoda. La atención que atraía aquel vestido rosa no era admiración. Mientras permanecía con la larga pala de madera, removiendo el contenido borboteante del caldero mientras vertían lejía en él, algunos de los otros niños, al intentar salpicar el vestido y estropearlo, quemaban también a Nicci. La madre de Nicci decía que las quemaduras eran el castigo del Creador.

Mientras Nicci seguía avanzando, inspeccionando a las personas allí reunidas, los únicos sonidos que se oían eran los de los caballos situados tras los edificios, las toses esporádicas de la gente y las lenguas de fuego en la hoguera, que chasqueaban y aleteaban en la brisa. Los soldados ya se habían comido los dos cerdos que se habían estado asando en el espetón, de modo que el aroma de la carne cocinada casi había desaparecido arrastrada por el viento, dejando los olores acres del sudor y el hedor de los humanos. Tanto si era un ejército beligerante como si se trataba de un pueblo pacífico, la inmundicia de la gente olía igual.

—Todos sabéis por qué estoy aquí —anunció Nicci—. ¿Por qué me habéis obligado a tomarme la molestia de realizar tal viaje? Paseó la mirada por la fila de tal vez doscientas personas en columnas de cuatro o cinco. Los soldados, que los habían hecho salir de sus casas y abandonar los campos de cultivo, los superaban ampliamente en número. Se detuvo frente a un hombre al que había advertido que la gente dirigía veloces miradas.

—¿Bien?

El viento hizo aletear los finos cabellos grises por encima de su cabeza inclinada y medio calva cuando éste fijó la mirada en el suelo, a los pies de la mujer.

—No tenemos nada para daros, señora. Somos una comunidad pobre. No tenemos nada.

—Eres un mentiroso. Tenáis dos cerdos, y tuvisteis a bien daros un gran banquete en lugar de ayudar a los necesitados.

—Pero tenemos que comer.

No era tanto un argumento como una súplica.

—También otros, pero no son tan afortunados como vosotros. Sólo conocen el dolor del hambre en sus vientres cada noche. Que tragedia tan horrible, que cada día mueran miles de niños por la simple carencia de comida, y que millones conozcan el dolor lacerante del hambre... mientras personas como vosotros, en un país donde reina la abundancia, no ofrecen otra cosa que excusas egoístas. Tener lo que necesitan para vivir es su derecho, y deben satisfacerlo aquellos que cuentan con los medios para ayudar.

»También nuestros soldados necesitan comer. ¿Creéis que nuestra lucha en defensa del pueblo es fácil? Estos hombres arriesgan sus vidas diariamente para que podáis criar a vuestros hijos en una sociedad digna y civilizada. ¿Cómo podéis mirarlos a los ojos? ¿Cómo podemos alimentar a nuestras tropas si nadie ayuda?

El tembloroso hombre permaneció mudo.

—¿Qué debo hacer para inculcaros lo sería que es vuestra obligación para con las vidas de los demás? Vuestra contribución a aquellos que están necesitados es un solemne deber moral... que participa en un bien mayor.

Los ojos de Nicci se tornaron blancos de improviso. Con un dolor parecido a agujas abrasadoras clavándose en sus oídos, la voz de Jagang ocupó su mente.

¿Por qué estás jugando? ¡Aplica un castigo ejemplar a esta gente! ¡Enséñales que no se me puede desairar!

Nicci se balanceó sobre sus pies. El dolor que estallaba en su cabeza la cegaba. Dejó que fluyera a través de ella, como si contemplara cómo le sucedía a un desconocido. Los músculos de su abdomen se contrajeron y convulsionaron. Una lanza herrumbrosa y cubierta de púas que la atravesara de abajo a arriba, desgarrando sus entrañas, no le habría hecho más daño. Los brazos le colgaban inertes a los costados mientras aguardaba a que finalizara el desagrado de Jagang, o llegara la muerte.

No pudo decir cuánto duró aquella tortura. Cuando él le hacía aquello, Nicci jamás podía percibir el tiempo; el dolor era demasiado devastador. Sabía, por lo que otros le habían contado, y por haberlo visto en otras personas, que a veces duraba sólo un instante. A veces horas.

Hacerlo durar horas era desperdiciar el esfuerzo de Jagang, porque ella no era capaz de darse cuenta de la diferencia. Ya se lo había dicho a él.

De improviso, fue incapaz de respirar. Era como si un puño oprimiera su corazón hasta pararlo. Pensó que sus pulmones acabarían estallando. Sus rodillas estaban a punto de doblarse.

¡No vuelvas a desobedecerme!

Con un jadeo, el aire llenó sus pulmones. El correctivo de Jagang finalizó, como lo hacía siempre, con un sabor increíblemente ácido en su lengua, como un inesperado trago de zumo de limón recién exprimido, y un dolor que le abrasaba los nervios de los extremos de la mandíbula, bajo los lóbulos de las orejas. Le dejó un zumbido en la cabeza y una sensación punzante en los dientes. Al abrir los ojos, le sorprendió, como le sucedía siempre, no verse de pie en medio de un charco de sangre. Se tocó las comisuras de la boca, y luego pasó rápidamente los dedos por las orejas. No encontró sangre.

Se preguntó por qué Jagang había conseguido penetrar en su mente en aquel momento. A veces, no podía. No sucedía así con ninguna de las otras Hermanas; él siempre tenía acceso a sus mentes.

Al aclararse su visión, vio que la gente la miraba de hito en hito. No sabían por qué había callado. Los jóvenes —y algunos de los de más edad, también— se dedicaban a mirar su cuerpo a hurtadillas. Estaban acostumbrados a ver mujeres con vestidos parduzcos y sin forma, mujeres cuyos cuerpos mostraban el efecto del duro trabajo y una preñez casi constante desde el momento en que tenían edad suficiente para que la semilla germinara. Nunca habían visto a una mujer como Nicci, bien erguida y espigada, que los miraba a los ojos y se cubría con un hermoso vestido negro que abrazaba una figura casi perfecta que no había estropeado ni el trabajo duro ni las penalidades del parto. El material de su vestido, de un negro riguroso, contrastaba con la pálida curva del escote que desvelaba su corpiño atado con cintas. Nicci era inmune a tales miradas. Alguna que otra vez convenían a sus propósitos, pero casi nunca era así; por lo tanto, no les prestaba atención.

Empezó a recorrer la fila de personas otra vez, sin hacer caso de las órdenes del emperador Jagang. Raras veces las acataba. Se mostraba, en su mayor parte, indiferente a su castigo. Más bien, lo agradecía.

Nicci, perdóname. Ya sabes que no era mi intención hacerte daño.

Hizo caso omiso de su voz, mientras estudiaba los ojos que furtivamente la escudriñaban. No todo el mundo lo hacía. Le gustaba mirar a los ojos a aquellos con valor suficiente para arriesgarse a mirarla de frente. La mayoría estaban llenos de simple terror.

Pronto tendrían motivos de sobra para tal aprensión.

Nicci, debes seguir mis instrucciones o acabarás obligándome a hacerte algo terrible. Ninguno de los dos desea eso. Algún día, acabaré haciendo algo de lo que serás incapaz de recuperarte.

Si eso es lo que deseas hacer, hazlo, dijo ella, mentalmente, a modo de respuesta.

No era un desafío. Simplemente no le importaba.

Ya sabes que no quiero hacerlo, Nicci.

Sin el dolor, la voz era poco más que una mosca inoportuna. Nicci hizo caso omiso y dirigió la palabra a la multitud.

—,Tenéis vosotros alguna idea del esfuerzo que supone la lucha por vuestro futuro? ¿O es que esperáis beneficiaros sin contribuir? Muchos de nuestros valientes han dado la vida combatiendo a los opresores del pueblo, luchando por nuestro renacer. Luchamos para que todas las personas puedan compartir la prosperidad que se avecina. Debéis ayudarnos en nuestro esfuerzo por conseguir vuestro bien. Del mismo modo que ayudar a los necesitados es la obligación moral de toda persona, así, también, lo es esto.

El comandante Kardeef, exhibiendo una expresión de avinagrada desaprobación, se plantó frente a ella. La luz que caía oblicuamente sobre su rostro cubierto de arrugas sumergió sus ojos de párpados caídos en profundas sombras. La mujer no se sintió afectada por su desagrado. A él nunca le satisfacía nada. Bueno, se corrigió, casi nunca.

—La gente sólo puede alcanzar la virtud mediante la obediencia y el sacrificio. Vuestra contribución a la Orden es lograr su acatamiento. No estamos aquí para dar lecciones de civismo.

El comandante Kardeef se sentía seguro de su dominio sobre ella. También él le había causado dolor, pero ella soportaba lo que Kardeef le hacía con la misma despreocupación con la que soportaba el daño que le infligía Jagang.

Únicamente en las profundidades más insondables del dolor podía empezar a sentir algo. Incluso el dolor era preferible a la nada que acostumbraba a sentir.

Kadar Kardeef posiblemente ignoraba el castigo que Jagang acababa de infligirle, o sus órdenes. Su Excelencia no penetraba en la mente del comandante Kardeef. Para Jagang era una tarea ardua controlar a aquellos que no poseían el don..., podía hacerlo, pero raras veces valía la pena el esfuerzo; los que poseían el don controlaban a la gente por él. Un Caminante de los Sueños en cierto modo usaba el don de aquellos que lo poseían para que ayudara a completar la conexión con sus mentes. En cierto modo, los que poseían el don eran los que hacían posible que Jagang pudiera controlarlos con tanta facilidad.

Kadar Kardeef le lanzó una mirada colérica cuando ella alzó los ojos hacia su rostro intensamente bronceado y arrugado. Era una figura imponente, con las correas de cuero tachonado que cruzaban su enorme pecho, las hombreras y el peto de cuero reforzado, la cota de malla, la colección de lustrosas armas. Nicci le había visto aplastar gargantas de hombres con una de sus enormes y poderosas manos. Como testimonio de su bravura en combate, lucía varias cicatrices. Ella las había visto todas.

Pocos oficiales tenían un rango superior o gozaban de mayor confianza que Kadar

Kardeef. Llevaba con la Orden desde su juventud. Había ascendido en el escalafón mientras expandían el imperio de la Orden Imperial fuera de su tierra natal de Altur'Rang, para sojuzgar al resto del Viejo Mundo. Kadar Kardeef era el héroe de la campaña de la Quebrada Pequeña, el hombre que casi sin ayuda cambió el curso de la batalla, abriéndose paso a través de las líneas enemigas y dando muerte personalmente a los tres grandes reyes que habían unido sus fuerzas para aplastar a la Orden Imperial antes de que pudiera despertar el interés de millones de personas que vivían en un batiburrillo de reinos, feudos, clanes, ciudades-estado y extensas regiones controladas por alianzas de señores de la guerra.

El Viejo Mundo había sido un polvorín que aguardaba la chispa de la revolución. Las prédicas de la Orden fueron esa chispa. Si los sumos sacerdotes eran el alma de la Orden, Jagang era sus huesos y músculos. Pocas personas comprendían el genio de Jagang; veían sólo a un Caminante de los Sueños o a un guerrero feroz. Era mucho más.

A Jagang le había costado décadas hacer entrar en vereda al Viejo Mundo; poner a la Orden en su senda final hacia una gloria mayor. Durante esos años de lucha para la Orden, mientras estaba ocupado en guerras casi continuas, Jagang trabajó duro para construir el sistema de calzadas que le permitía mover hombres y suministros a lo largo de grandes distancias a una velocidad vertiginosa. Cuantas más tierras y hombres se anexionaba, más obreros ponía a construir aún más calzadas mediante las cuales conquistar más territorios. De ese modo pudo mantener las comunicaciones y hacer frente a situaciones a mayor velocidad de lo que nadie habría creído posible. Territorios otrora aislados se veían conectados repentinamente al resto del Viejo Mundo. Jagang los había enlazado a todos mediante una red de calzadas. A lo largo de esas calzadas, los habitantes del Viejo Mundo se habían alzado para seguirlo mientras forjaba el dominio de la Orden.

Kadar Kardeef había formado parte de todo ello. En más de una ocasión había resultado herido por salvar la vida de Jagang, y una vez Jagang había sido alcanzado por la saeta de una ballesta por salvar a Kardeef. Si Jagang tenía algo que pudiera llamarse un amigo, ése era Kadar Kardeef o, al menos, era lo que más se acercaba a ello.

Nicci había visto a Kardeef por primera vez cuando éste había acudido al Palacio de los Profetas de Tanimura a orar. El anciano rey Gregory, que había gobernado el territorio que incluía Tanimura, había desaparecido sin dejar rastro. Kadar Kardeef era un hombre solemnemente devoto; antes de la batalla rezaba al Creador para pedir la sangre del enemigo y, después, por las almas de los hombres que había matado. Ese día se decía que había orado por el alma del rey Gregory. La Orden Imperial fue de repente el nuevo gobernante de Tanimura y la gente lo celebró en las calles durante días.

A lo largo de trescientos años, las Hermanas, desde su hogar en el Palacio de los Profetas en Tanimura, habían visto cómo aparecían y desaparecían gobiernos. En su mayor parte, las Hermanas, conducidas por su Prelada, consideraban las cuestiones de gobierno como una estupidez insignificante a la que era mejor no prestar atención. Ellas creían en una vocación más elevada. Las Hermanas creían que seguirían en el Palacio de los Profetas, prosiguiendo tranquilamente con su labor, mucho después de que la Orden se hubiera desvanecido en el polvo de la historia. Las revoluciones habían aparecido y desaparecido muchas veces. Ésta, no obstante, las alcanzó.

Entonces Kadar Kardeef tenía casi veinte años menos. Era un apuesto conquistador que entraba a caballo en la ciudad. Muchas de las Hermanas se sintieron fascinadas por aquel hombre. Nicci no. Pero él quedó fascinado por ella.

El emperador Jagang, desde luego, no enviaba a un hombre tan valioso como el comandante Kardeef a pacificar territorios conquistados. Había confiado a Kardeef una

tarea mucho más importante. Proteger su valiosa propiedad: Nicci.

Nicci apartó su atención de Kadar Kardeef y la devolvió a los aldeanos.

Posó la mirada en el hombre que había hablado antes.

—No podemos permitir que nadie eluda su responsabilidad para con los demás y para con nuestro renacer.

—Por favor, señora... No tenemos nada...

—La desafección es traición.

El hombre se lo pensó mejor y no discrepó de aquel dictamen.

—No parecéis comprender que este hombre que tengo detrás quiere que veáis que la Orden Imperial se muestra firme en su devoción a su causa... si vosotros no cumplís con vuestro deber. Sé que habéis oído historias, pero este hombre quiere que experimentéis la cruda realidad. Imaginárselo nunca es lo mismo. Nunca es igual de truculento.

Clavó los ojos en el hombre, aguardando su respuesta. Éste se lamió los labios agrietados.

—Sólo necesitamos más tiempo... Nuestras cosechas van bien. Cuando llegue la recolección... podríamos contribuir con la parte que nos corresponda a la lucha por... por...

—El renacer.

—Sí, señora —dijo él, asintiendo—, el renacer.

Cuando la mirada del hombre regresó a sus pies, la mujer reanudó su recorrido por delante de la fila. Su propósito no era en realidad recaudar, sino acobardar.

Había llegado la hora.

Los ojos de una niña que se alzaron para mirarla detuvieron repentinamente a Nicci, distrayéndola de lo que tenía en mente. Los grandes ojos oscuros de la niña centelleaban con inocente asombro. Todo era nuevo para ella y estaba ansiosa por verlo todo. En sus ojos oscuros brillaba aquella rara, frágil y más efímera de las cualidades: una visión sin malicia de la vida que aún no había entrado en contacto con el dolor, la pérdida o la maldad.

Nicci sostuvo entre sus manos la barbilla de la pequeña, mirando a lo más profundo de aquellos ojos anhelantes.

Uno de los primeros recuerdos de Nicci era el de su madre de pie ante ella de aquel modo, sosteniendo su barbilla y contemplándola. La madre de Nicci también poseía el don. Decía que el don era una maldición y una prueba. Era una maldición porque concedía habilidades que los demás no tenían, y era una prueba para comprobar si emplearía equivocadamente esa superioridad. La madre de Nicci casi nunca utilizaba el don. Los criados se ocupaban del trabajo; ella pasaba la mayor parte del tiempo refugiada entre su puñado de amigas, consagrada a actividades más elevadas.

—Querido Creador, lo cierto es que el padre de Nicci es un monstruo —acostumbraba a quejarse, mientras se retorció las manos, y algunas de sus amistades murmuraban su solidaridad con ella—. ¡Por qué tiene que agobiarme de este modo! Me temo que su alma eterna se ha perdido más allá de toda esperanza o plegaria.

Las otras mujeres chasqueaban entonces la lengua en sombría conformidad.

Los ojos de su madre tenían el mismo color castaño desvaído que el dorso de una cucaracha y, en opinión de Nicci, estaban demasiado juntos. La boca era estrecha, como fijada en su lugar por su perpetua desaprobación. Aunque Nicci nunca pensó que su madre tuviera unas facciones ordinarias, tampoco la consideraba hermosa, a pesar de que, a ésta, sus amigas le aseguraban regularmente que lo era.

La madre de Nicci decía que la belleza era una maldición para una mujer bondadosa y sólo una bendición para las prostitutas.

Desconcertada por el desagrado que su madre sentía por su padre, Nicci había acabado por preguntar qué había hecho éste.

—Nicci —le dijo su madre, sosteniendo entre las manos la diminuta barbilla de la niña. Aguardó ansiosa las palabras de su progenitora—, tienes unos ojos hermosos, pero aún no ves con ellos. Todas las personas son unos miserables infelices; ésa es la suerte que se le depara al ser humano. ¿Tienes alguna idea de lo que hace sufrir a aquellos que no tienen todas tus ventajas contemplar tu hermoso rostro? Eso es todo lo que aportas a los demás: dolor insoportable. El Creador te trajo al mundo por un único motivo, aliviar el sufrimiento de otros, y resulta que sólo traes dolor.

Las amigas de su madre, sorbiendo su té, asintieron, susurrándose unas a otras su afligida pero firme conformidad.

Así fue como Nicci se enteró por vez primera de que llevaba la mancha indeleble de una maldad imprecisa, innominada e inconfesa.

Nicci contempló aquel singular rostro alzado hacia ella. Ese día los ojos oscuros de aquella niña verían cosas que no podían ni imaginar. Aquellos enormes ojos observaban ansiosos sin ver. Era imposible que comprendiera lo que iba a suceder, ni por qué.

¿Qué clase de vida podía tener?

Lo que iba a hacer sería para bien.

Había llegado la hora.

8

Antes de empezar, Nicci vio algo que encendió su indignación. Giró en redondo hacia una mujer situada a poca distancia.

—¿Dónde hay una tina de lavar?

Sorprendida por la pregunta, la mujer señaló con un dedo tembloroso en dirección a un edificio de dos pisos situado a poca distancia.

—Allí, señora. En el patio que hay detrás del altar hay lavaderos. Nicci agarró a la mujer por la garganta.

—Consígueme un par de tijeras. Llévamelas allí.

La mujer la miró con ojos desorbitados por el temor y Nicci le dio un empujón.

—¡Ahora! ¿O prefieres morir aquí mismo?

Nicci arrancó de un tirón una correa tachonada sujeta al hombro del comandante Kardeef. El hombre no hizo ningún esfuerzo por detenerla, pero en el momento en que la mujer agarraba la correa, le sujetó el brazo con su poderosa mano.

—Será mejor que estés planeando ahogar a esta mocosa... o tal vez cortarle pedazos de carne y luego arrancarle los ojos. —Su aliento olía a cebolla y a cerveza. Le dedicó una sonrisita—. Tú empieza con ella, y mientras ella chilla y suplica por su vida, empezaré a separar a unos cuantos jóvenes... o a lo mejor selecciono algunas mujeres para dar un ejemplo. ¿Qué preferirías?

Nicci hizo descender su mirada iracunda a los dedos que sujetaban su brazo. El oficial los retiró a la vez que mascullaba una advertencia. Ella se volvió hacia la niña y le pasó la correa dos veces alrededor del cuello para que actuara como collar. La pequeña chilló. Probablemente, no la habían tratado jamás de un modo tan rudo en toda su vida. Nicci la obligó a avanzar, hacia el edificio que la mujer había señalado.

Viendo lo enfurecida que se mostraba Nicci, nadie la siguió. Una mujer que no estaba muy lejos, sin duda la madre de la niña, empezó a protestar, pero luego calló en cuanto los hombres de Kardeef volvieron su atención hacia ella. Para entonces Nicci ya había doblado la esquina con la perpleja criatura.

En la parte posterior del edificio, una colada deslustrada y arrugada por el suplicio padecido en la tabla de lavar, y ahora tendida y sujeta a cuerdas, se retorció al viento como si forcejeara para escapar. El humo de una cocina asomaba por encima del tejado del edificio. La mujer a la que le hizo el encargo aguardaba, nerviosa, con un enorme par de tijeras.

Nicci condujo a la niña hasta una tina, hizo que se arrodillara y le metió la cabeza bajo el agua. Mientras la criatura forcejeaba, Nicci le arrebató las tijeras a la mujer. Ésta se llevó el delantal a la boca para sofocar sus gemidos mientras salía corriendo hecha un mar de lágrimas. No quería ver cómo asesinaban a una criatura.

Nicci sacó la cabeza de la niña del agua y, mientras ésta barbotaba y jadeaba para llevar aire a sus pulmones, empezó a cortarle los oscuros y empapados cabellos a ras del cuero cabelludo. Cuando terminó de cortar los empapados mechones, volvió a sumergir a la niña a la vez que se inclinaba al frente y tomaba una pastilla de jabón amarillo. Alzó otra vez la cabeza de la pequeña y a continuación empezó a restregarla con el jabón. La niña chilló, agitando sus brazos larguiruchos mientras intentaba arrancarse la correa que rodeaba su cuello y mediante la cual Nicci la controlaba. La mujer comprendió que probablemente le estaba haciendo daño, pero poseída como estaba por la cólera, no paró.

—¡Qué te pasa! —Nicci zarandeo a la jadeante pequeña—. ¿Es que no sabes que

estás plagada de piojos?

—Pero, pero...

El jabón era duro y áspero como una escofina. La niña lanzó un chillido cuando Nicci la hizo inclinar al frente y se puso a restregar con más energía.

—Te gusta tener la cabeza llena de piojos?

—No...

—¡Bueno, pues debe de gustarte! ¡Porque, si no, no los tendrías! —¡Por favor! Me lavaré. ¡Lo prometo!

Nicci recordó lo mucho que odiaba coger piojos en los lugares a los que la enviaba su madre. Recordó cómo se frotaba para limpiarse, usando el jabón más áspero que encontraba, y todo para que volvieran a enviarla a otro lugar donde, de nuevo, la infestarían aquellas odiosas criaturas.

Después de haberla restregado y sumergido en el agua una docena de veces, Nicci arrastró a la niña a una tina de agua limpia y le agitó la cabeza en ella para aclararla. La pequeña parpadeó furiosamente, intentando eliminar de sus ojos el escozor provocado por el agua jabonosa.

Sujetando con fuerza la barbilla de la niña, Nicci fijó la mirada en sus ojos enrojecidos.

—Sin duda tus ropas están plagadas de liendres. Tienes que fregar tus ropas cada día, en especial la ropa interior, o los piojos regresarán. —Oprimió las mejillas de la niña hasta que los ojos de ésta se llenaron de lágrimas—. ¡Mereces estar repleta de piojos si no lo haces!

La niña asintió lo mejor que pudo con los fuertes dedos de Nicci sujetando su rostro. Sus grandes e inteligentes ojos oscuros, aunque enrojecidos por el agua y muy abiertos por la conmoción, seguían llenos de aquel singular asombro. A pesar de lo dolorosa y aterradora que era la experiencia, ese brillo no se había disipado.

—Quema la ropa de tu cama. Consigue otra nueva.

Teniendo en cuenta el modo en que aquellas personas vivían y trabajaban, parecía un desafío imposible.

—Toda tu familia debe quemar su ropa de cama. Lavar todas sus ropas.

La niña hizo un solemne asentimiento de cabeza.

Completada la tarea, Nicci condujo a la pequeña de vuelta hacia **1;1** multitud congregada. Mientras la obligaba a andar, tirando de la arrea, a Nicci le vino inesperadamente a la memoria un recuerdo.

Era un recuerdo de la primera vez que había visto a Richard.

Casi todas las Hermanas del Palacio de los Profetas se habían reunido en el gran salón para ver al nuevo muchacho que había traído la hermana Verna. Nicci se entretenía ante la barandilla de caoba, enroscando en su dedo una cinta que colgaba de su corpiño, que luego volvía a estirar para a continuación enroscarla otra vez, cuando las gruesas puertas de nogal se abrieron. El atronador sonsonete de las conversaciones, salpicado de alegres carcajadas, se desvaneció, convertido en un silencio expectante cuando el grupo, encabezado por la hermana Phoebe, entró resueltamente en la estancia, pasando ante las columnas blancas coronadas con capiteles dorados, y se paró bajo la enorme cúpula abovedada.

El nacimiento de muchachos que poseyeran el don era excepcional, y motivo de expectante satisfacción cuando se les descubría y llevaba a vivir al palacio. Había un gran banquete planeado para aquella noche. La mayoría de las Hermanas, vestidas con sus mejores galas, estaban allí, ansiosas por conocer al muchacho. Nicci permaneció cerca del centro de la galería inferior. Tanto le daba conocerlo o no.

La sobresaltó un poco ver lo mucho que había envejecido la hermana Verna

durante su viaje. Tales viajes solían durar, como mucho, un año; éste, más allá de la gran barrera con el Nuevo Mundo, había durado casi veinte. Dado lo poco claros que estaban los acontecimientos al otro lado de la barrera, al parecer, a Verna la habían enviado en su misión con demasiado adelanto.

La vida en el Palacio de los Profetas era tan larga como serena. Nadie en el palacio parecía haber envejecido durante un período de tiempo tan insignificante como eran dos décadas pero, lejos del hechizo que envolvía el palacio, Verna sí lo había hecho. Verna, que posiblemente se acercaba a los ciento sesenta años de edad, tenía que ser al menos veinte años más joven que Nicci; sin embargo ahora parecía tener el doble de años. La gente que vivía fuera del palacio envejecía a ritmo normal, desde luego, pero ver cómo le sucedía tan rápidamente a una Hermana...

Mientras los atronadores aplausos resonaban en la enorme sala, muchas de las Hermanas lloraron ante aquella trascendental ocasión. Nicci bostezó. La hermana Phoebe mantuvo alzada la mano hasta que la habitación quedó en silencio.

—Hermanas —la voz de la hermana Phoebe sonó trémula—, por favor, demos la bienvenida a casa a la hermana Verna.

Al final tuvo que volver a alzar la mano para detener el clamoroso aplauso.

Cuando la habitación quedó en silencio, prosiguió:

—Y quisiera presentar a nuestro nuevo estudiante, al más reciente hijo del Creador, a nuestro nuevo pupilo. —Dio media vuelta y extendió un brazo, a modo de presentación, moviendo los dedos, instando al aparente ente tímido muchacho a avanzar—. Por favor, demos la bienvenida Richard Cypher al Palacio de los Profetas.

Varias de las mujeres retrocedieron para dejarle paso mientras él avanzaba resueltamente al frente. Los ojos de Nicci se abrieron de par en par; su espalda se irguió. No era un muchacho. Había crecido. Era un hombre.

Las allí congregadas, pese a la impresión recibida, aplaudieron y vitorearon en cálida bienvenida. Nicci ni lo oyó. Tenía la atención fija en aquellos ojos grises. Lo presentaron a algunas de las Hermanas más próximas. La novicia asignada a él, Pasha, fue conducida ante Richard e intentó hablarle.

Richard apartó a Pasha, como un ciervo desechando a un ratón de campo, y avanzó al centro de la habitación. Todo su porte transmitía la misma cualidad que Nicci contemplaba en sus ojos.

—Tengo algo que decir.

La enorme estancia se sumió en un silencio atónico.

La mirada del hombre barrió la habitación. Nicci contuvo la respiración cuando, por un instante, los ojos de ambos se encontraron, tal como probablemente había ocurrido con muchos otros.

Los temblorosos dedos de la mujer aferraron la barandilla para sostenerse.

Nicci juró en ese momento que haría lo que fuera necesario para ser nombrada una de sus maestras.

Los dedos del hombre tamborilearon sobre el rada'han colgado su cuello.

—Mientras no me quitéis este collar, vosotras sois mis carceleras, y yo vuestro prisionero.

Zumbaron murmullos en el aire. A un muchacho se le colgaba al cuello un rada'han no sólo para controlarlo, sino también para protegerlo. A los muchachos jamás se los consideraba prisioneros, sino pupilos que necesitaban seguridad, atención y adiestramiento. Richard no lo veía así.

—Puesto que no he cometido ningún acto de agresión contra vosotras, eso nos convierte en enemigos. Estamos en guerra.

Varias Hermanas de más edad se tambalearon, a punto casi de desmayarse. Los rostros de la mitad de las mujeres de la estancia enrojecieron. El resto palideció. Nicci no se esperaba tal actitud. La conducta del hombre le impedía parpadear, no fuera a ser que se le pasara por alto alguna cosa. Respiraba lentamente, para no perder palabra. El martilleo de su corazón, no obstante, estaba fuera de su capacidad de control.

—La hermana Verna me ha prometido que se me enseñará a controlar el don, y que cuando haya aprendido lo que es necesario, se me pondrá en libertad. De momento, mientras mantengáis ese compromiso, tenemos una tregua. Pero hay condiciones.

Richard alzó una barra de cuero rojo que colgaba de una magnífica cadena de oro que rodeaba su cuello. Por entonces, Nicci no sabía que era el arma de una mord-sith.

—Ya me han puesto un collar antes. La persona que me colocó ese collar me infligió dolor, para castigarme, para enseñarme, para someterme.

Nicci comprendió que aquél era el único destino posible para alguien como él.

—Ése es el único propósito de un collar. Le pones un collar a un animal. Les pones un collar a tus enemigos.

»A ella le hice la misma oferta que os hago a vosotras. Le supliqué que me liberara. No quiso, y me vi obligado a matarla.

»Ninguna de vosotras puede esperar jamás ser lo suficientemente buena como para ser digna de lamerle siquiera las botas. Ella hizo lo que hizo porque la torturaron y quebraron, la enloquecieron hasta el punto de hacerle usar un collar para lastimar a la gente. Lo hizo en contra de su naturaleza.

»Vosotras... —su mirada barrió todos los ojos que lo observaban—, vosotras lo hacéis porque creéis que estáis en vuestro derecho. Esclavizáis en nombre de vuestro Creador. No conozco a vuestro Creador. El único que no es de este mundo que conozco capaz de comportarse como vosotras es el Custodio. —Las allí reunidas ahogaron un grito—. Por lo que a mí respecta, podríais perfectamente ser discípulas del Custodio.

Qué poco sabía él que algunas sí lo eran.

—Si hacéis como ella, y usáis este collar para causarme dolor, la tregua habrá finalizado. Quizá creáis que sujetáis la correa de este collar, pero os prometo que, si la tregua finaliza, descubriréis que lo que sujetáis es un rayo.

La estancia estaba silenciosa como una tumba.

Estaba solo, desafiante, en medio de cientos de hechiceras que sabían aprovechar cada matiz del poder con el que nacían. Él apenas sabía nada sobre su propia habilidad, y llevaba al cuello un rada'han. En eso puede que fuera como un ciervo, pero un ciervo que desafiaba a una congregación de leonas. Leonas hambrientas.

Richard se subió la manga izquierda. Desenvainó su espada —¡una espada!— en desafío al prodigioso poder desplegado ante él. El característico tañido del metal llenó el silencio, al salir la hoja de su funda.

Nicci permaneció inmóvil, fascinada, mientras él enumeraba sus condiciones.

El joven apuntó atrás con la espada.

—La hermana Verna me capturó. No he dado un solo paso en este viaje sin resistirme a ella. Ha hecho de todo excepto matarme y echar mi cuerpo sobre el lomo de un caballo para traerme aquí. Como ella es mi captora y enemiga, tengo deudas pendientes con ella. Si alguien le pone un dedo encima debido a mí, mataré a esa persona, y la tregua finalizará.

Nicci era incapaz de comprender tan extraño sentido del honor, pero de algún modo comprendió que encajaba con lo que veía en sus ojos. La multitud lanzó una exclamación ahogada cuando Richard se pasó la espada por el antebrazo. Mojó ambos lados con la sangre hasta que la espada goteó por la punta. Nicci pudo ver con claridad, incluso aunque las demás no pudieran —del mismo modo que veía en sus ojos una

cualidad que otros no veían—, que la espada completaba y se unía con la magia que había en su interior.

Con los nudillos blancos alrededor de la empuñadura, el hombre alzó la reluciente hoja carmesí.

—¡Os hago un juramento de sangre! —exclamó—. Haced daño a los ban mana, haced daño a la hermana Verna, o a mí, y la tregua se acabará, ¡y os prometo que entraremos en guerra! ¡Si entramos en guerra, arrasaré el Palacio de los Profetas!

Desde la galería superior, donde Richard no podía verle, la voz burlona de Jedidiah flotó sobre los reunidos.

—¿Tú solito?

—Duda de mí si te atreves. Soy un prisionero; no tengo nada por lo que vivir. Soy la profecía encarnada. Soy el Portador de Muerte.

No llegó ninguna respuesta en el aturdido silencio. Probablemente cada una de las mujeres allí congregadas conocía la profecía sobre el Portador de la Muerte, aunque ninguna estaba segura de su significado. El texto de aquella profecía, junto con todos los demás, se guardaba en las criptas de las profundidades del Palacio de los Profetas. Que Richard la conociera, que osara enunciarla en voz alta, auguraba la peor interpretación posible. Todas las leonas de la habitación retrajeron las zarpas por precaución. Richard hundió la espada en su vaina como para acentuar su amenaza.

Nicci comprendió la profunda importancia de lo que había visto en sus ojos. En su presencia eso la perseguiría siempre.

Supo también que debía destruirlo.

Nicci tuvo que rendir favores y comprometerse a obligaciones que nunca imaginó que pudiera hacer voluntariamente, pero se convirtió en una de las seis maestras de Richard. Las cargas que había asumido a cambio de ese privilegio merecieron la pena cuando se sentó a solas con él, al otro lado de una pequeña mesa, en la habitación de Richard, sosteniendo suavemente sus manos —si es que se podía decir que uno podía sujetar con suavidad un rayo— mientras se es forzaba por enseñarle a tocar su han, la esencia de la vida y el espíritu en el interior de los que poseen el don. Por mucho que lo intentara, Richard no sentía nada. Eso era peculiar. Lo que ella percibía dentro de él, no obstante, a menudo sólo era capaz de suscitar más que unas pocas y escasas palabras. Había interrogado informalmente a las demás, y sabía que no lo veían.

Aunque Nicci no comprendía qué era eso que detectaba en los ojos y la conducta de Richard, sí sabía que alteraba la seguridad que le daba su habitual indiferencia, motivo por el que ansiaba hacerse con ello antes de que tuviera que destruir a Richard, y al mismo tiempo ansiaba destruirlo a él antes de hacerlo.

Cada vez que se sentía segura de que empezaba a desentrañar el misterio de su singular carácter, y que era capaz de predecir qué haría en una situación concreta, él la confundía haciendo algo totalmente inesperado, si no imposible. Una y otra vez reducía a cenizas lo que ella había pensado que eran los cimientos de su comprensión del joven. Pasaba horas sentada a solas, sumida en un sufrimiento atroz, porque parecía estar claramente a la vista y sin embargo no podía definirlo. Sólo sabía que era algún principio de importancia inconmensurable, y que permanecía fuera de su alcance.

Richard, siempre descontento con su situación, se tomó cada vez más distante a medida que transcurría el tiempo. Desesperanzada, Nicci decidió que había llegado el momento.

Cuando fue a su habitación para la que tenía intención que fuera la última lección y el fin de Richard, él la sorprendió ofreciéndole una rosa blanca. Peor, se la ofreció con una sonrisa y ninguna explicación. Cuando se la tendió, ella se quedó tan petrificada que sólo consiguió decir: «Vaya, gracias, Richard». Las rosas blancas procedían de

zonas peligrosas restringidas, en las que ningún estudiante debería haber podido entrar. Que él, al parecer, pudiera, y que le ofreciera con tanta audacia la prueba de su infracción, la sobresaltó. Sostuvo la rosa blanca con cuidado entre su índice y su pulgar, sin saber si él la estaba advirtiendo —al darle un objeto prohibido— de que era el Portador de la Muerte, y que quedaba señalada, o si se trataba de un gesto de simple, aunque extraña, amabilidad. Prefirió pecar de cautelosa. Una vez más, la naturaleza de aquel joven había detenido su mano.

Las otras Hermanas de las Tinieblas tenían sus propios planes. El don de Richard era probablemente lo menos excepcional y con mucho lo menos importante para Nicci. Con todo, a Liliana, una de sus otras maestras, un mujer de codicia sin igual y visión limitada, se le ocurrió robar la habilidad innata de su han para ella. Ello desencadenó una confrontación letal que Liliana perdió. Las seis —su líder, Ulicia, y las otras cinco maestras de Richard—, tras ser descubiertas, huyeron con sus vidas y poco más, para acabar cayendo en las garras de Jagang.

Al final, Nicci siguió comprendiendo tan poco aquella cualidad que había visto en sus ojos como cuando la vio por primera vez. Se le había escapado de entre los dedos.

La niña corrió en busca de su madre cuando Nicci soltó la correa tachonada que le rodeaba el cuello.

—¿Bien? —chilló el comandante Kardeef, poniendo los brazos en jarras—. ¿Has terminado con tus juegucitos? ¡Es hora de que esta gente aprenda el significado de la palabra «despiadado»!

Nicci clavó los ojos en las profundidades de sus ojos oscuros. Parecían desafiantes, enojados y decididos, sin embargo no se parecían en nada a los ojos de Richard.

Se volvió hacia los soldados e hizo una seña.

—Vosotros dos. Agarrad al comandante.

Los hombres parpadearon. El rostro del comandante Kardeef enrojó de rabia.

—¡Se acabó! ¡Has ido demasiado lejos!

El oficial giró en redondo hacia sus hombres, dos mil soldados, y apuntó con un pulgar hacia atrás, en dirección a Nicci. —¡Prended a esa bruja lunática!

Media docena de hombres que estaban situados más cerca de ella sacaron sus armas a la vez que se abalanzaban sobre la mujer. Como todas las tropas de infantería de la Orden, eran fornidos y rápidos. También tenían experiencia.

Nicci lanzó el puño en dirección al más próximo mientras éste alzaba el látigo para descargarlo sobre ella. Con la velocidad del pensamiento, tanto la Magia de Suma como la Magia de Resta se entrelazaron en una mezcla letal mientras lanzaba un concentrado rayo de poder. El rayo produjo un estallido luminoso tan abrasador y blanco que por un instante hizo que el sol pareciera deslustrado y frío en comparación.

La explosión perforó un agujero del tamaño de un melón en el pecho del soldado. Por un instante, antes de que los órganos volvieran a llenar el repentino vacío, la mujer pudo ver a varios hombres situados detrás del soldado a través del enorme agujero de su pecho.

La imagen consecutiva de la llamarada permaneció en su imaginación como un relámpago. El olor acre del aire abrasado le irritó los ojos. El trueno de su poder retumbó sobre los verdes trigales circundantes.

Antes de que el soldado cayera al suelo, Nicci desató su poder sobre otros tres de los hombres que se abalanzaban sobre ella, arrancándole un hombro a uno, que se giró en redondo debido al impacto, mientras la colgante extremidad salía disparada contra la

multitud. Otro hombre quedó casi partido en dos. La mujer sintió la sacudida del siguiente rayo en lo más profundo de su pecho y, en medio de un fogonazo cegador, la cabeza del último hombre se hizo pedazos, en medio de una nube roja y esquirlas de hueso.

Su mirada de advertencia se encontró con los ojos de dos soldados que aferraban sus cuchillos con tanta fuerza que tenían los nudillos blancos. Éstos se detuvieron. Muchos más retrocedieron un paso mientras las cuatro detonaciones resonaban aún en los edificios.

—Bien —dijo con una voz baja, serena y sosegada que delataba lo serio de la amenaza—, si vosotros, soldados, no seguís mis órdenes, y detenéis al comandante Kardeef, lo detendré yo misma. Pero, antes, os mataré a cada uno de vosotros.

El único sonido que se oyó fue el gemido del viento entre los edificios.

—Haced lo que digo, o moriréis. No esperaré.

Los hombretones, que la conocían bien, se lanzaron sobre el comandante. Éste consiguió desenvainar su espada. Kadar Kardeef estaba dispuesto a luchar y a combatir contra ellos.

Más de un hombre cayó muerto en la refriega. Otros gritaron al resultar heridos. Atacando por detrás, algunos soldados consiguieron finalmente sujetar el mortífero brazo que empuñaba la espada. Más hombres se amontonaron sobre el comandante hasta que consiguieron desarmarlo, derribarlo al suelo y tenerlo, finalmente, bajo control.

—¿Qué crees que estás haciendo? —le rugió Kadar Kardeef, mientras le ponían en pie.

Nicci recorrió la distancia que los separaba. Los soldados sujetaron los brazos del oficial a su espalda. Ella clavó la mirada en sus ojos furiosos.

—Vamos, comandante, simplemente sigo vuestras órdenes.

—¿De qué estás hablando?

Ella le sonrió sin humor porque sabía que ello lo enfurecería aún más.

—¿Qué queréis que hagamos con él? —preguntó uno de los hombres, volviendo la cabeza para mirarla.

—No le hagáis daño..., lo quiero totalmente consciente. Quitadle la ropa y atadlo al espetón.

—¿El espetón?

—El espetón que sujetaba los cerdos que vuestros hombres se comieron.

Nicci chasqueó los dedos, y los soldados empezaron a quitarle la ropa a su comandante. Contempló sin emoción cómo quedaba finalmente desnudo. Su equipo y sus preciadas armas se convirtieron en botín, desapareciendo rápidamente en las manos de hombres a los que había mandado. Éstos gruñeron mientras se esforzaban por atar al forcejeante, desnudo y velludo comandante al espetón.

Nicci se volvió hacia la pasmada multitud.

—El comandante Kardeef desea que sepáis lo despiadados que podemos ser. Voy a cumplir esas órdenes y a demostrároslo. —Se volvió de nuevo hacia los soldados—. Ponedlo sobre el fuego para que se ase como un cerdo.

Los soldados transportaron al enfurecido Kadar Kardeef, el héroe de la campaña de la Quebrada Pequeña, a la hoguera. Sabían que Jagang los observaba a través de los ojos de la mujer, y tenían motivos para estar seguros de que el emperador la detendría si lo deseaba. Al fin y al cabo, era un Caminante de los Sueños, y lo habían visto obligarla a ella y a las otras Hermanas a someterse a sus deseos en incontables ocasiones, sin importar lo degradantes que fueran.

Lo que no podían saber era que, por algún motivo, Jagang no tenía acceso a la mente de la mujer en aquel momento.

Los extremos del espetón tintinearón en las cavidades de los soportes de piedra

situados a cada lado de la hoguera. La barra se balanceó con el peso de su carga, pero al poco Kadar Kardeef quedó quieto, colgando boca abajo, sin más elección que contemplar los refulgentes carbones situados debajo de él.

Aunque el fuego se había casi consumido, no pasó mucho tiempo antes de que las ondulantes llamas bajas empezaran a producirle dolor. Mientras la gente observaba en un silencio consternado, el comandante se retorció al mismo tiempo que gritaba órdenes, exigiendo a sus hombres que lo bajaran y prometiendo castigos si se demoraban en hacerlo. Su diatriba se fue apagando a medida que empezaba a jadear para controlar su creciente temor.

Observando con atención los ojos de los lugareños, Nicci señaló a su espalda.

—Así es de despiadada la Orden Imperial: quemará hasta la muerte, de un modo lento y doloroso, a un gran comandante, un héroe de guerra, un hombre conocido y venerado en todas partes, un hombre que le ha servido bien, sólo para demostraros a vosotros, los habitantes de un pueblecito insignificante, que la Orden no vacilará en matar a cualquiera. Nuestro objetivo es el bien de todos, y ese objetivo se considera más importante que cualquier mero hombre. Ésta es la prueba. Ahora, ¿tenéis algún motivo aún para creer que no nos atreveríamos a hacer daño a cualquiera de vosotros o a todos vosotros si no contribuís al bien común?

Casi todo el mundo asintió mientras todos barbotaban un: «No, señora»

Detrás de ella, el comandante Kardeef se retorció de dolor y volvió a gritar a sus hombres, ordenándoles que lo bajaran y mataran a «esa bruja loca». Ninguno de los soldados se movió para cumplir sus órdenes. A juzgar por su expresión, ni siquiera lo oían. Aquellos hombres no tenían ninguna noción de lo que era la compasión. Sólo existían la vida y la muerte. Ellos elegían la vida. Esa elección requería la muerte de su comandante.

Nicci permaneció inmóvil, observando los ojos de la gente a medida que los minutos se alargaban. El comandante se hallaba por encima de las llamas, pero había un extenso lecho de tórridos carbones encendidos. La mujer era consciente de que, de vez en cuando, la brisa racheada desviaba el abrasador calor para proporcionarle un efímero respiro. Aquello no haría más que prolongar su suplicio inexorable. Con todo, haría falta un poco de tiempo. No pidió más

No tenía prisa.

La gente empezó a arrugar la nariz; todos olían cómo se le quemaba el vello del cuerpo. Nadie osó hablar. A medida que proseguía el suplicio, la piel del pecho y el estómago de Kardeef enrojeció, y luego se oscureció. Pasaron sus buenos quince minutos antes de que finalmente se agrietara y desprendiera. El oficial chilló de dolor durante casi todo ese tiempo. El olor se transformó en un aroma sorprendentemente agradable a carne asada.

Al final, pidió misericordia. La llamó por su nombre, suplicándole que pusiera fin a aquello, bien liberándolo o bien acabando rápidamente con él. Mientras lo oía sollozar, Nicci acarició el aro de oro que atravesaba su labio inferior. La voz del hombre apenas era algo más para ella que el zumbido de una mosca.

La fina capa de grasa que recubría sus poderosos músculos empezó a derretirse y Kardeef se quedó ronco. Alimentadas por la grasa, las llamas se recrudecieron y le empezaron a abrasar el rostro.

—¡Nicci! —Kardeef comprendió que sus súplicas pidiendo clemencia no eran escuchadas y traicionó sus auténticos sentimientos—. ¡Bruja sanguinaria! ¡Mereciste todo lo que te hice!

La mujer se enfrentó con indiferencia a su mirada enloquecida.

—Sí, así fue. Saluda de mi parte al Custodio, Kadar.

—¡Salúdale tú misma! ¡Cuando Jagang se entere de esto, te arrancará los

miembros uno a uno! ¡Pronto estarás en el inframundo, en manos del Custodio!

Sus palabras volvieron a convertirse en poco más que un zumbido insignificante.

El sudor cubrió las frentes de los habitantes del pueblo a medida que el espectáculo se alargaba. No necesitaban órdenes para saber que ella esperaba que permanecieran allí y lo contemplaran todo. Su propia imaginación, cuando se planteaban desobedecer sus tácitas órdenes, ideaban castigos que ella jamás podría imaginar. Únicamente los muchachos estaban fascinados con aquella extraordinaria demostración e intercambiaban miradas de complicidad; una tortura semejante era un lujo para las mentes de aquellos jóvenes. Algún día se convertirían en buenas tropas de la Orden... si no maduraban.

Los ojos de Nicci se encontraron con la mirada hostil de la niña. El odio de aquellos ojos cortaba la respiración. A pesar de que la niña había sentido miedo cuando la sumergió y le restregó la cabeza, sus ojos, entonces, habían mostrado que el mundo era aún un lugar maravilloso, y que ella era alguien especial. En aquellos momentos, los ojos delataban la pérdida de su inocencia.

Todo ese tiempo, Nicci permaneció muy erguida, con la espalda recta y los hombros echados hacia atrás, para recibir todo el impacto del nuevo y brillante odio de la niña, sintiendo la rara sensación de experimentar algo.

La niña no tenía ni idea de que el comandante Kardeef había ocupado su lugar en el fuego.

Cuando el comandante calló, finalmente, Nicci apartó los ojos de la niña y habló a los aldeanos.

—El pasado se ha ido. Sois parte de la Orden Imperial. Si no hacéis lo que debéis hacer para contribuir al bienestar de vuestros conciudadanos de la Orden, regresaré.

No dudaron de sus palabras. Si había algo evidente, es que no querían volver a verla jamás.

Uno de los soldados, con los puños temblando, avanzó con pasos vacilantes. Tenía los ojos de par en par.

—Quiero que regreses, querida —masculló en una voz que no concordaba con la expresión sobresaltada de sus ojos. La voz se tornó implacable—. Y te quiero de vuelta ahora mismo.

Era la voz de Jagang, sin lugar a dudas, y tampoco cabía la menor duda de que estaba furioso.

Le resultaba difícil controlar a alguien sin el don y mantenía un control tenaz sobre el soldado. Jamás habría usado a un soldado, delatando así su impotencia, de haber podido llegar a la mente de Nicci.

Ésta no tenía ni idea de por qué él había perdido de improviso la conexión con ella. Había sucedido otras veces, y sabía que a la larga restablecería su capacidad para hacerle daño. Sólo tenía que esperar.

—¿Estáis enfadado conmigo, Excelencia?

—¿Qué crees?

—Puesto que Kardeef os superaba en la cama —respondió ella con un encogimiento de hombros—, había pensado que os complacería.

—¡Regresa aquí ahora mismo! —rugió el soldado, con la voz de Jagang—. ¿Lo entiendes? ¡Ahora mismo!

—Pues claro que sí, Excelencia —repuso Nicci, con una reverencia.

Mientras se erguía, sacó el largo cuchillo que el soldado llevaba en la funda de su cadera y lo hundió violentamente hasta la cruz en su musculoso vientre. Apretó los dientes por el esfuerzo de girar el mango, moviendo la hoja en un arco letal por sus entrañas.

El hombre se retorció a sus pies, con toda seguridad de forma inconsciente, mientras ella aguardaba a que su carruaje diera la vuelta a la plaza. Murió con la risita de Jagang en los labios. Puesto que el Caminante de los Sueños sólo podía estar en una mente viva, la tarde recuperó el silencio.

Una vez que su carruaje se detuvo con un balanceo en medio de una nube de polvo, un soldado alzó un brazo y abrió la puerta. Nicci desde el peldaño, se giró de cara a la multitud, mientras sujetaba la barandilla para mantenerse erguida. Su rubia melena onduló en la soleada brisa.

—No olvidéis este día, y ¡cómo Jagang el Justo os perdonó a todos la vida! El comandante os habría asesinado; el emperador, a través de mí, ha mostrado su compasión. Haced correr la voz sobre la misericordia y sabiduría de Jagang el Justo, y no será necesario que yo regrese.

La multitud farfulló que así lo haría.

—¿Queréis que llevemos al comandante con nosotros? —preguntó un soldado.

El hombre, leal segundo de Kadar Kardeef, llevaba ahora la espada de éste. Al igual que ocurre con las hortalizas, la fresca vitalidad de la lealtad era efímera; su destino final: el hedor y la podredumbre.

—Dejadlo como recordatorio. Todos los demás regresaréis conmigo a Fairfield.

—A vuestras órdenes —dijo él, con una reverencia; y, con un gesto, ordenó a los hombres que montaran y se pusieran en marcha. Nicci alzó los ojos hacia el conductor.

—Su Excelencia desea verme. Aunque no lo ha dicho, tengo razones para pensar que le gustaría que te dieras prisa.

Se acomodó en el duro almohadón de cuero del interior, la espalda erguida contra el recto asiento, mientras el cochero lanzaba un silbido agudo y chasqueaba el látigo. El tiro saltó al frente, haciendo avanzar el carruaje con una sacudida. Con una mano en la ventanilla, recuperó el equilibrio mientras las ruedas revestidas de hierro rebotaban en el duro y desigual suelo de la plaza del pueblo hasta alcanzar la calzada, donde el vehículo retomó la acostumbrada marcha traqueteante. La luz solar penetraba oblicuamente por la ventanilla, cayendo sobre el almohadón vacío que tenía delante. La mancha luminosa resbaló fuera del asiento cuando el carruaje tomó una curva en el camino, y se deslizó para posarse, finalmente, en su regazo, como un cálido gato. Los jinetes vestidos de oscuro que iban a ambos lados, por delante y por detrás, se estiraron al frente por encima de la cruz de sus monturas galopantes. Un rugido atronador, acompañado de nubes de polvo, se alzó por los aires surgido de los retumbantes cascos.

Por el momento, Nicci se había librado de Jagang. La rodeaban dos mil hombres pero se sentía totalmente sola. Dentro de poco, tendría dolor para llenar ese terrible vacío.

No sentía alegría, ni miedo. En ocasiones se preguntaba por qué no sentía nada, excepto la necesidad de sentir dolor.

Mientras el carruaje corría hacia Jagang, sus pensamientos estaban concentrados en otro hombre, intentando recordar cada ocasión en que lo había visto. Revisó cada momento que había pasado con Richard Cypher o, como se lo conocía en la actualidad —y como Jagang lo conocía—, Richard Rahl.

Pensó en sus ojos grises.

Hasta el día en que lo vio, jamás había creído que una persona así pudiera existir.

Cuando pensaba en Richard, como ahora, sólo una necesidad obsesiva ardía en su interior: destruirlo.

9

Tiendas enormes y llamativas festoneaban la prominente colina de las afueras de Fairfield. A pesar de los colores festivos erigidos en medio de la penumbra, a pesar de las risas, los gritos, los cantos discordantes y los excesos desenfrenados, no se trataba de ningún carnaval, sino de un ejército de ocupación. Las tiendas del emperador, y las de su séquito, estaban diseñadas siguiendo el estilo de las que utilizaban algunos de los pueblos nómadas de Altur'Rang, la tierra natal de Jagang, aunque embellecidas mucho más de lo que marcará cualquier tradición. El Emperador, un hombre que excedía en grado sumo la capacidad imaginativa de cualquier líder de una tribu nómada, creaba una nueva tradición de la forma que creía más conveniente.

Alrededor de estas tiendas, hasta donde Nicci podía ver, los soldados habían montado sus propias tiendas pequeñas y mugrientas. Algunas eran de lona encerada, muchas más estaban confeccionadas con pieles de animales. Al margen de un sentido básico de lo que era útil, la única uniformidad era la ausencia de un estilo único.

En el exterior de algunas de estas pequeñas y harapientas tiendas, y casi tan grandes, se veían ornamentados sillones tapizados saqueados en la ciudad. La yuxtaposición casi parecía hecha a propósito para lograr un efecto cómico, pero Nicci sabía que la realidad no estaba emparentada con el humor. Cuando el ejército finalmente prosiguiera su marcha, tales objetos, enormes y meticulosamente elaborados, resultarían demasiado voluminosos para llevárselos y serían abandonados para que se pudrieran a la intemperie.

Los caballos estaban atados a estacas sin orden ni concierto, con algún que otro cercado. Otros recintos contenían ganado para alimentarse. Había carromatos desperdigados aquí y allá, al parecer dondequiera que habían podido hallar un lugar vacío, mientras que en otros lugares los habían colocado unos junto a otros. Muchos eran de las personas que los seguían, otros eran carros del ejército con un poco de todo, desde suministros básicos hasta pertrechos de herreros. El ejército transportaba con él un equipo de asedio mínimo. Usaban a los dotados con el don para tal fin.

Nubes de tormenta cruzaban raudas y bajas. El aire húmedo apestaba a excrementos tanto de animales como de hombres. Los verdes campos circundantes habían quedado convertidos en un revuelto cenagal. Los dos mil hombres que habían regresado con Nicci habían desaparecido en el extenso campamento como gotas de lluvia en un pantano.

Un campamento del ejército de la Orden Imperial era un lugar ruidoso y de aparente confusión. Sin embargo no era tan turbulento como podría parecer. Existía una jerarquía, y tareas de las que ocuparse. Hombres desperdigados trabajaban en soledad en sus equipos, engrasando armas y cuero o haciendo girar sus cotas de malla en el interior de barriles repletos de arena y vinagre para eliminar la herrumbre, mientras otros cocinaban sobre fogatas. Los herradores se ocupaban de los caballos y los artesanos de todo lo demás, desde la reparación de armas hasta la confección de botas nuevas, pasando por la extracción de dientes. Místicos de todas clases rondaban por el campamento, atendiendo a criaturas depauperadas o apartando demonios molestos. Finalizadas las obligaciones, pandillas estridentes se reunían para divertirse, por lo general jugando y bebiendo. A veces, en las diversiones participaban los que seguían al ejército, a veces involucraban a los cautivos.

Incluso rodeada por tan enorme cantidad de gente, Nicci se sentía sola. La

ausencia de Jagang de su mente la dejaba con una sensación de pasmoso aislamiento; no una sensación de abandono, sino simplemente de soledad. Con el Caminante de los Sueños en su mente, ni siquiera el detalle más íntimo de la vida —ningún pensamiento, ninguna acción— se podía mantener en secreto. Su presencia acechaba en los más oscuros rincones mentales, y desde allí podía observarlo todo: cada palabra pronunciada; cada pensamiento; cada mordisco; cada carraspeo; cada tos; cada vez que uno iba al excusado. Uno jamás estaba solo. Jamás. La intrusión era extenuante, una violación completa.

Eso fue lo que quebró la voluntad de la mayoría de las Hermanas: aquella brutalidad, la conciencia de la presencia constante de Jagang en la mente, observando. Peor, casi, los garfios del Caminante de los Sueños hundidos en el interior de la persona, pero sin que ésta supiera nunca cuándo su conciencia estaba puesta en ella. Se le podría insultar, y, si tenía la atención puesta en otro lugar, no lo advertiría; pero, en otra ocasión, se podía tener un breve, privado y repugnante pensamiento sobre él, y él lo sabría en el mismo instante en que tuviera lugar.

Nicci había aprendido a percibir esos garfios, como lo habían hecho muchas de las otras Hermanas. También había aprendido a reconocer cuándo estaban ausentes, como en aquel momento. Eso jamás sucedía con las demás; con ellas, aquellos garfios eran permanentes. Jagang siempre acababa por regresar, no obstante, para volver a clavar sus garfios en ella, pero, por el momento, estaba sola. Y no sabía el motivo.

El revoltijo de tropas y fogatas no dejaba una ruta clara para el tiro de caballos, de modo que Nicci había abandonado el carruaje para recorrer a pie el resto del trecho hasta lo alto de la colina. Ello la expuso a las miradas lascivas y expresiones libidinosas de los soldados. Supuso que antes de que Jagang acabara con ella, la enviaría a manos de esos hombres. A la mayoría de Hermanas las mandaban a las tiendas de vez en cuando para que los hombres se divirtieran con ellas. Se hacía para castigarlas o, a veces, simplemente para recordarles que eran esclavas, nada más que una propiedad.

Sin embargo, Nicci estaba reservada para la diversión exclusiva del emperador y aquellos que él seleccionaba: como Kadar Kardeef. Muchas Hermanas envidiaban su posición, pero ser una esclava personal de Jagang no era ningún favor. Enviaban a las mujeres a las tiendas durante un período, quizá una semana o dos, pero el resto del tiempo tenían deberes menos exigentes, pues, al fin y al cabo, eran valoradas por su don. Para Nicci no existía tal límite de tiempo. En una ocasión había pasado un par de meses secuestrada en la habitación de Jagang, para su solaz, en cualquier momento del día o de la noche. Los soldados disfrutaban de la compañía de las mujeres, pero debían tener en cuenta ciertas restricciones; Jagang y sus amigos no se imponían tales límites.

De vez en cuando, con motivo o no, Jagang se enfurecía con ella y le ordenaba ir a las tiendas durante un mes; para darle una lección, decía. Nicci se inclinaba obedientemente y daba su palabra de que se haría según sus deseos. Él sabía que no se marcaba un farol. Para ella eso sería tormento menor. Entonces, antes de que ella saliera por la puerta de la tienda, cambiaba de ánimo, le ordenaba que regresara ante él, y a continuación se retractaba de sus órdenes en tono enfadado.

Desde el principio, Nicci había adquirido, poco a poco, centímetro a centímetro, cierta categoría y libertad que no se concedía a ninguna de las demás. No lo había buscado; simplemente había sucedido. Jagang le había confiado que leía los pensamientos de las Hermanas, y que éstas se referían en privado a ella como la Reina Esclava. Supuso que se lo contaba como un modo de honrarla, pero el título de «Reina Esclava» había significado tan poco para ella como el de «Señora de la Muerte».

Por el momento, flotaba igual que un brillante nenúfar en la oscura ciénaga de hombres. Otras Hermanas siempre intentaban mostrar un aspecto deslucido para pasar

más desapercibidas y resultar menos deseables. Sólo se engañaban a sí mismas, y además vivían presas de un terror constante a lo que Jagang pudiera hacerles. Lo que sucedía, sucedía. No tenían elección ni influencia en ello.

A Nicci simplemente no le preocupaba. Lucía sus hermosos trajes negros y dejaba su larga melena rubia al descubierto para que todos la vieran. Por lo general, hacía lo que le venía en gana. No le importaba lo que Jagang le hiciera, y él lo sabía. De la misma manera que Richard era un enigma para ella, ella era un enigma para Jagang.

Asimismo, Jagang se sentía fascinado por ella. Pese a su crueldad para con ella, se contenía cautelosamente. Cuando le hacía daño, ella lo agradecía; merecía esa brutalidad. El dolor a veces conseguía alcanzar su vacío, pero en ese momento él se echaba atrás y dejaba de lastimarla. Cuando amenazaba con matarla, aguardaba pacientemente a que sucediera; sabía que no merecía vivir. Pero entonces él retiraba la sentencia de muerte.

El hecho de ser sincera era su seguridad... y lo que la ponía en peligro. Era un cervatillo en medio de lobos, a salvo bajo su capa de indiferencia. El cervatillo sólo estaba en peligro si corría. Nicci no consideraba su cautividad como algo en conflicto con sus intereses; carecía de intereses. Una y otra vez disponía de la posibilidad de huir, pero no lo hacía. Eso, tal vez más que cualquier otra cosa, cautivaba a Jagang.

En ocasiones, el Emperador daba la impresión de hacerle la corte. Nicci no sabía cuál era su auténtico interés en ella, pero nunca intentó descubrirlo. De vez en cuando, expresaba su preocupación por ella y, unas pocas veces, algo parecido al afecto. Otras, cuando ella partía para cumplir alguna obligación, él parecía contento de librarse de su compañía.

A Nicci le había pasado por la cabeza que Jagang podría pensar que estaba enamorado de ella. Por descabellada que pudiera parecer tal idea, no le preocupaba ni en un sentido ni en otro, pues dudaba de que él fuera capaz de amar. Dudaba seriamente que Jagang supiera lo que significaba la palabra «amor», y mucho menos el concepto «puro».

Nicci sabía muy bien lo que significaban.

Un soldado situado cerca de la tienda de Jagang se plantó ante ella. El hombre le dedicó una sonrisa imbécil; se suponía que era una invitación amenazante. Podría haberlo disuadido mencionando que Jagang la esperaba, o podría incluso haber usado su poder para derribarlo allí mismo, pero en su lugar se limitó a mirarlo fijamente. No era la reacción que él quería. Muchos de los hombres picaban el anzuelo sólo si éste se retorció. Cuando ella no lo hizo, su expresión se agrió, le farfulló una palabrota y se apartó.

Nicci prosiguió su marcha en dirección a la tienda del emperador. Las tiendas nómadas de Altur'Rang eran en realidad bastante pequeñas y prácticas, al estar confeccionadas con blanda piel de cordero, sin adornos; pero Jagang las había recreado de un modo bastante más espléndido que las originales. La suya era más oval que redonda. Tres postes, en lugar del poste tradicional, sostenían el techo. Las paredes exteriores estaban decoradas con paneles bordados en colores vivos, y alrededor del borde superior de los laterales, donde el techo se unía a las paredes, colgaban multicolores borlas del tamaño de un puño y gallardetes que distinguían el palacio ambulante del emperador. Estandartes y banderolas de amarillo y rojo brillantes en lo alto de la enorme tienda pendían flácidos en el pesado aire de media tarde.

En el exterior, una mujer golpeaba pequeñas alfombras colgadas sobre unas cuerdas de tender. Nicci alzó a un lado la gruesa cortina de la entrada adornada con escudos de oro y medallones de plata batida que mostraban escenas de combate. En el interior, unos esclavos se afanaban barriendo las innumerables alfombras, quitando el polvo a los objetos de cerámica dispuestos sobre el trabajado mobiliario y acomodando los cientos de vistosos almohadones que cubrían el borde del suelo. Colgaduras

suntuosamente decoradas con dibujos tradicionales de Altur'Rang dividían el espacio en varias habitaciones. Unas cuantas aberturas en lo alto, cubiertas con material diáfano, dejaban pasar un poco de luz. Las gruesas telas creaban un lugar tranquilo en medio del ruido, y lámparas y velas proporcionaban una luz soporífera a la mullida estancia.

Nicci no respondió a las miradas de los guardias del interior, ni a las de los esclavos que llevaban a cabo sus tareas. En el centro de la habitación estaba la ornamentada silla de Jagang, cubierta con sedas rojas. Era allí donde en ocasiones celebraba audiencias, pero la silla estaba vacía. No titubeó, como hacían otras mujeres convocadas por su Excelencia, sino que avanzó con paso decidido hacia su dormitorio.

Uno de los esclavos, un muchacho casi desnudo estaba agachado a cuatro patas con una escobilla, barriendo la alfombra colocada ante la entrada del dormitorio. Sin trabar la mirada con Nicci, informó a ésta de que su Excelencia no se encontraba en sus aposentos. El joven, Irwin, poseía el don y había vivido en el Palacio de los Profetas, preparándose para convertirse en mago. Ahora Irwin se ocupaba de las alfombras y vaciaba los orinales. La madre de Nicci habría dado su aprobación.

Jagang podía estar en un gran número de lugares. Podría haber ido a jugar o beber con sus hombres. Podría estar inspeccionando las tropas o a los artesanos. Podría estar echando una mirada a los cautivos nuevos para seleccionar a aquellos que quería para sí. Podría estar hablando con el segundo de Kadar Kardeef.

Vio a varias Hermanas acurrucadas en un rincón. Al igual que ella, también eran esclavas de Jagang. Al acercarse a las tres mujeres, vio que estaban cosiendo, reparando parte del equipo de la tienda.

—¡Hermana Nicci! —La hermana Georgia se alzó de golpe, mientras una expresión de alivio recorría su rostro—. No sabíamos si estabas viva o muerta. Hace tanto que no te veíamos... Pensábamos que quizá habías desaparecido.

Puesto que era una Hermana de las Tinieblas, que servía al Custodio del inframundo, a Nicci le pareció que la preocupación de tres Hermanas de la Luz resultaba un tanto hipócrita. Supuso que consideraban la compartida cautividad como un vínculo común, y que por eso sus sentimientos superaban sus desavenencias. Además, sabían que Jagang la trataba de un modo distinto; probablemente estaban ansiosas por parecer cordiales.

—He estado fuera, en mandato oficial para su Excelencia.

—Por supuesto —dijo la hermana Georgia, restregándose las manos mientras agachaba la cabeza.

Las otras dos, las hermanas Rochelle y Aubrey, depositaron a un lado la bolsa de botones de hueso e hilos, se desembarazaron de unas piezas de lona, y luego fueron a colocarse junto a la hermana Georgia. Ambas inclinaron ligeramente las cabezas ante Nicci. Las tres tenían la inescrutable posición de que disfrutaba con Jagang.

—Hermana Nicci..., su Excelencia está muy enojado —dijo la hermana Rochelle.

—Furioso —precisó la hermana Aubrey—. In... insultó a las paredes, diciendo que habías ido demasiado lejos esta vez. Nicci se limitó a mantener la mirada fija.

—Simplemente pensábamos que debías saberlo —indicó la hermana Aubrey, lamiéndose los labios—. Para que tengas cuidado.

Nicci se dijo que aquél sería un momento muy poco adecuado para, de repente, empezar a andarse con cuidado. El servil comportamiento de aquellas mujeres que la superaban en cientos de años le resultó irritante.

—¿Dónde está Jagang?

—Ha tomado un edificio magnífico, no muy lejos, en las afueras de la ciudad, como alojamiento —dijo la hermana Aubrey.

—En el pasado era la finca del ministro de Cultura —añadió la hermana

Rochelle.

—¿Por qué? —Nicci frunció el entrecejo—. Tiene sus tiendas. —Desde que te marchaste, ha decidido que un emperador precisa un alojamiento adecuado —repuso la hermana Rochelle.

—¿Adecuado? ¿Adecuado para qué?

—Para mostrar al mundo su importancia, supongo.

La hermana Aubrey asintió.

—Le están construyendo un palacio. En Altur'Rang. Es su nueva visión. —Describió un arco en el aire con un brazo, indicando con la trayectoria de la mano la espléndida escala del lugar—. Ha ordenado que construyan un palacio magnífico.

—Planeaba usar el Palacio de los Profetas —dijo la hermana Rochelle—, pero puesto que fue destruido ha decidido construir otro, sólo que mejor..., el palacio más opulento jamás concebido.

Nicci miró a las tres mujeres con el ceño fruncido.

—Quería el Palacio de los Profetas porque tenía un hechizo que retrasaba el envejecimiento. Eso era lo que le interesaba. Las tres mujeres se encogieron de hombros.

Nicci empezó a hacerse una idea de lo que Jagang podría tener en mente.

—Así pues, ¿qué está haciendo allí? ¿Aprender a comer con algo que no sean los dedos? ¿Averiguar si le gusta vivir una vida de lujo bajo un techo?

—Nos dijo que se quedaría allí por ahora —repuso la hermana Georgia—. Se llevó a casi todas las... mujeres más jóvenes. Nos dijo que permaneciéramos aquí y nos ocupáramos de todo, por si acaso deseaba regresar a su tienda.

No parecía que hubiera cambiado gran cosa, excepto el escenario. Nicci suspiró. Su carruaje se había ido, así que tendría que andar. —Muy bien. ¿Cómo encuentro ese lugar?

Después de que la hermana Aubrey le diera instrucciones detalladas, Nicci les dio las gracias y se giró para marcharse.

—La hermana Alessandra ha desaparecido —dijo la hermana

Georgia, con una voz que se esforzaba enormemente por sonar despreocupada.

Nicci se detuvo en seco.

Se volvió en redondo hacia la hermana Georgia. La mujer era de mediana edad y parecía tener peor aspecto cada vez que Nicci la veía. Sus ropas era poco más que harapos que lucía con el orgullo de un elegante uniforme. Sus finos cabellos eran más blancos que castaños. En alguna ocasión podrían haber resultado distinguidos, pero no parecían haber visto un cepillo, y mucho menos jabón, desde hacía semanas. La mujer probablemente estaba infestada de piojos.

Algunas personas esperaban con ilusión la vejez como una excusa para convertirse en alguien desaliñado, como si desde siempre su mayor ambición en la vida hubiera sido tener un aspecto poco atractivo. La hermana Georgia parecía complacerse en el desaliño.

—¿A qué te refieres al decir que la hermana Alessandra ha desaparecido?

Nicci captó el leve estremecimiento de satisfacción. Georgia extendió las manos con gesto inocente.

—No sabemos qué sucedió. Simplemente resultó que no estaba.

Nicci siguió sin moverse.

—Ya veo.

La hermana Georgia volvió a extender las manos, fingiendo candidez.

—Fue más o menos cuando desapareció la Prelada.

Nicci les negó la recompensa del asombro.

—¿Qué hacía Verna aquí?

—No vino Verna —dijo la hermana Rochelle, y se inclinó al frente—. Vino Ann.

La hermana Georgia hizo una mueca para mostrar su enojo a Rochelle por estropearle la sorpresa... y realmente era una sorpresa. La antigua Prelada había muerto. Al menos eso era lo que le habían dicho a Nicci. Desde que abandonó el Palacio de los Profetas, Nicci había oído que todas las otras Hermanas, novicias y jóvenes, habían pasado la noche ante la pira funeraria por Ann y el Profeta, Nathan. Conociendo a Ann, evidentemente existía alguna especie de engaño en marcha, pero incluso para ella, tal cosa sería algo extraordinario.

Las tres Hermanas sonrieron igual que unos gatos ante una trucha. Parecían ansiosas por celebrar una larga sesión de verdades y chismorreos.

—Dadme los detalles importantes. No tengo tiempo para la versión extendida. Su Excelencia desea verme. —Observó con atención las tres marchitas sonrisas y mantuvo la voz tranquila—. A menos que queráis arriesgaros a que regrese aquí, enojado e impaciente por verme.

Las hermanas Rochelle y Aubrey palidecieron.

Georgia abandonó el juego y regresó a la tarea de restregarse las manos.

—La Prelada vino al campamento... cuando tú no estabas... y fue capturada.

—¿Por qué tendría que meterse en el cubil de Jagang?

—Para intentar convencernos de escapar con ella —soltó bruscamente la hermana Rochelle, y una aguda risita ahogada, nerviosa, más que divertida, le brotó atropelladamente—. Contaba una historia disparatada sobre que los repiques andaban sueltos y la magia no funcionaba. ¡Imagínatelo! Historias estúpidas, eso eran. Esperaba que creyéramos...

—Así que eso fue lo que sucedió... —musitó Nicci, mientras miraba a la nada, reflexionando.

Comprendió al instante que no era ninguna historia disparatada. Las piezas empezaron a encajar. Nicci usaba su don, las demás no estaban autorizadas a hacerlo, de modo que no podrían saber si la magia había dejado de funcionar durante un tiempo.

—Eso es lo que afirmó —indicó la hermana Georgia.

—Así pues, la magia había fallado —razonó Nicci en voz alta—, y pensó que eso impediría al Caminante de los Sueños controlar vuestras mentes.

Eso podría explicar mucho de lo que Nicci no comprendía: por qué Jagang a veces no podía entrar en su mente.

—Pero si los repiques andan sueltos...

—Andaban —dijo la hermana Georgia—. Incluso aunque eso fuera cierto, durante un tiempo, ahora han sido desterrados. Me satisface poder decir que su Excelencia tiene total acceso a nosotras, y todo lo demás concerniente a la magia ha regresado a la normalidad.

Nicci casi podía ver a las tres preguntándose si Jagang escuchaba sus palabras. Pero si la magia había regresado a la normalidad, Jagang debería estar en la mente de Nicci, y no estaba. Sintió cómo la llama de una posible explicación chisporroteaba y se extinguía.

—De modo que la Prelada cometió un error y Jagang la capturó.

—Bueno..., no exactamente —repuso la hermana Rochelle—. La hermana Georgia fue y llamó a los guardias. La entregamos, como era nuestro deber.

Nicci profirió una carcajada.

—¿Sus propias Hermanas de la Luz? ¡Qué irónico! Arriesga la vida, mientras los repiques han interrumpido la magia, para venir a salvar vuestros despreciables pellejos y, en lugar de escapar con ella, la entregáis. Qué apropiado.

—¡Teníamos que hacerlo! —protestó la hermana Georgia—. Su Excelencia lo habría deseado. Nuestro deber es servir. Sabemos muy bien que no debemos escapar. Conocemos cuál es nuestro lugar.

Nicci estudió los rostros tensos de aquellas mujeres que habían jurado servir a la luz del Creador, aquellas Hermanas de la Luz que habían trabajado durante cientos de años en Su nombre.

—Sí, lo sabéis.

—Tú habrías hecho lo mismo —le espetó la hermana Aubrey—. Teníamos que hacerlo, o su Excelencia se habría desquitado en las demás. Era nuestro deber por el bien de las demás..., y eso te incluye a ti, podría añadir. No podíamos pensar sólo en nosotras mismas, o en Ann, sino que teníamos que pensar en lo que era bueno para todas.

Nicci sintió que la indiferencia la asaltaba.

—Fantástico, así que traicionasteis a la Prelada. —Sólo una chispa de curiosidad permanecía—. Pero ¿qué le hizo pensar que conseguiría escapar con vosotras? Sin duda, debía de tener algún plan para los repiques. ¿Qué esperaba que sucediera cuando Jagang volviera a tener acceso a vuestras mentes... y a la suya?

—Su Excelencia siempre está con nosotras —insistió la hermana Aubrey—. Ann sólo intentaba llenarnos la cabeza con ideas absurdas. Nosotras sabemos lo que hay que hacer. El resto no era más que un truco. Fuimos demasiado listas para ella.

—¿El resto? ¿Cuál era el resto de su plan?

La hermana Georgia lanzó un resoplido de indignación.

—Intentó contarnos una estupidez sobre un vínculo con Richard Rahl.

Nicci pestañeó, y se concentró en mantener la respiración pausada.

—¿Vínculo? ¿De qué tontería estáis hablando ahora?

La hermana Georgia miró a Nicci directamente a los ojos.

—Insistía en que si jurábamos lealtad a Richard, ello nos protegería. Afirmaba que una magia que él poseía mantendría a Jagang fuera de nuestras mentes.

—¿Cómo?

La hermana Georgia se encogió de hombros.

—Afirmó que eso del vínculo protegía las mentes de la gente de los caminantes de los sueños. Pero no somos tan crédulas. Nicci presionó las manos contra sus muslos.

—No lo entiendo. ¿Cómo funcionaría algo así?

—Dijo algo sobre que lo había heredado de su antepasado. Afirmó que debíamos jurarle lealtad, lealtad en nuestros corazones... o una estupidez parecida. Para ser franca, era tan disparatado que en realidad no le presté demasiada atención. Afirmó que ése era el motivo de que Jagang no pudiera penetrar en su mente.

Nicci se quedó estupefacta. Desde luego...

Siempre se había preguntado por qué Jagang no capturaba al resto de las Hermanas. Todavía quedaban muchas en libertad. Las protegía aquel vínculo con Richard. Tenía que ser cierto. Tenía sentido. Su propia líder, la hermana Ulicia, y las otras maestras de Richard habían escapado. Pero eso no parecía tener sentido; eran Hermanas de las Tinieblas —como Nicci— y que hubieran jurado lealtad a Richard era algo completamente inimaginable para Nicci.

Pero, por otra parte, Jagang a menudo era incapaz de penetrar en su mente.

—Dijiste que la hermana Alessandra ha desaparecido.

La hermana Georgia se manoseó el cuello del desaliñado vestido.

—Tanto ella como Ann desaparecieron.

—Jagang no se preocupa de informaros sobre sus acciones. Quizá simplemente las

hizo matar.

Georgia dirigió una veloz mirada a sus compañeras.

—Bueno..., es posible. Pero la hermana Alessandra era una de las tuyas... Una Hermana de las Tinieblas. Se ocupaba de Ann...

—¿Por qué no os ocupabais vosotras de ella? Sois sus Hermanas.

La hermana Georgia carraspeó.

—Montó tal pataleta con nosotras que su Excelencia designó a Alessandra para que se ocupara de ella.

Nicci imaginó que tuvo que haber sido toda una rabieta. Pero tras ser traicionada por sus propias Hermanas, era comprensible. Jagang habría considerado a la mujer lo bastante valiosa como para querer mantenerla con vida.

—Cuando entramos en la ciudad, el carromato con la jaula de Ann no apareció —prosiguió la hermana Georgia—. Uno de los cocheros finalmente llegó con la cabeza ensangrentada e informó de que lo último que vio antes de que todo se oscureciera fue a la hermana Alessandra. Ahora las dos han desaparecido.

Nicci sintió que sus uñas se clavaban en las palmas de sus manos y se obligó a relajar los puños.

—Así que Ann os ofreció la libertad a todas, y en lugar de aceptarla elegisteis continuar siendo esclavas.

Las tres mujeres alzaron la nariz con gesto despectivo.

—Hicimos lo que es mejor para todo el mundo —replicó la hermana Georgia—. Somos Hermanas de la Luz. Nuestro deber no es para con nosotras mismas, sino aliviar el sufrimiento de otros..., no causarlo.

—Además —añadió la hermana Aubrey—, no vemos que tú te vayas. Parece que has estado libre de su Excelencia de vez en cuando, y no te vas.

—¿Cómo sabéis eso? —inquirió Nicci, frunciendo el entrecejo.

—Bueno, quiero decir... —tartamudeó la hermana Aubrey. Nicci agarró a la mujer por la garganta.

—Te he hecho una pregunta. Contéstala.

El rostro de la Hermana enrojeció a medida que Nicci añadía la fuerza de su don a la mano. Los tendones de su muñeca sobresalieron debido a la tensión. Los ojos de la mujer se pusieron en blanco mientras el poder de Nicci empezaba a extraerle la vida. A diferencia de Nicci, Jagang poseía sus mentes, y tenían prohibido utilizar su poder excepto si él lo indicaba.

La hermana Georgia posó una mano con suavidad en el antebrazo de Nicci.

—Su Excelencia nos interrogó al respecto, eso es todo, Hermana. Suéltala. Por favor...

Nicci liberó a la mujer pero giró su mirada furiosa hacia la hermana Georgia.

—¿Os interrogó? ¿Qué quieres decir? ¿Qué dijo?

—Simplemente quería saber si sabíamos por qué de vez en cuando no conseguía acceder a tu mente.

—Nos hizo daño —dijo la hermana Rochelle—. Nos hizo daño con sus preguntas, porque no teníamos respuesta... No lo comprendemos.

Por vez primera, Nicci sí lo hizo.

—¿Qué sucede contigo, hermana Nicci? —inquirió la hermana Aubrey, acariciando su garganta—. ¿Cómo es que su Excelencia siente tanta curiosidad por ti? ¿Cómo es que puedes resistirte a él?

Nicci dio media vuelta y se alejó.

—Gracias por vuestra ayuda, Hermanas.

—Si puedes estar libre de él, ¿por qué no te marchas? —le preguntó la hermana

Georgia.

Nicci se volvió desde la entrada.

—Me divierte ver cómo Jagang os atormenta, Brujas de la Luz. Permanezco aquí para poder contemplarlo.

Se mostraron indiferentes a su insolencia..., estaban acostumbradas a ella.

—Hermana Nicci —dijo Rochelle, echando hacia atrás sus cabellos rizados—.

¿Qué hiciste para enojar tanto a su Excelencia?

—¿Qué? Bueno... nada importante. Simplemente hice que ataran al comandante Kardeef a un espetón y lo asaran sobre una hoguera.

Las tres lanzaron una exclamación ahogada a la vez que se erguían. A Nicci le recordaron tres búhos sobre una rama.

La hermana Georgia dedicó una sombría mirada iracunda a Nicci, una rara llamarada de autoridad nacida de la antigüedad de su rango.

—Mereces todo lo que Jagang te haga, Hermana... y lo que el Custodio te hará.

—Sí, lo merezco —respondió Nicci, con una sonrisa, antes de agacharse para atravesar la abertura de la tienda.

10

La ciudad de Fairfield había regresado a una apariencia de orden. El orden de una plaza militar. Poco quedaba de lo que podría decirse que constituye una ciudad. Muchos de los edificios seguían allí, pero quedaban pocas de las personas que en una ocasión habían vivido y trabajado en ellos. Algunos de los edificios habían sido reducidos a vigas carbonizadas y cascotes ennegrecidos, otros eran estructuras con ventanas y puertas destrozadas. Con todo, la mayoría de ellos seguían siendo muy parecidos a cómo habían sido, excepto por que todos habían sido vaciados durante el desenfundado saqueo. Los edificios se alzaban igual que cascarones, tan sólo un recordatorio de su vida pasada.

Aquí y allí se veía a unos pocos ancianos desdentados, con las piernas extendidas, apoyados contra una pared, contemplando con ojos vacuos a las masas de hombres armados que iban arriba y abajo de sus calles. Niños que habían quedado huérfanos deambulaban aturridos o atisbaban desde oscuros pasajes. Nicci encontró extraordinario lo rápido que podía despojarse a un lugar de todo vestigio de civilización.

Mientras recorría las calles, le pareció comprender cómo se sentirían muchos de los edificios si pudieran sentir: vacíos, desprovistos de vida, sin un propósito, mientras aguardaban a alguien a quien servir. Su único valor era prestar un servicio a los vivos.

Las calles, pobladas como estaban por soldados de rostros sombríos, mendigos demacrados, ancianos esqueléticos y niños gimoteantes y enfermos, todos ellos en medio de los escombros y la suciedad, se parecían mucho a algunas de las calles que Nicci recordaba de su infancia. Su madre a menudo la enviaba a calles como aquella a atender a los menesterosos.

—Es culpa de hombres como tu padre —decía su madre—. Es igual que mi propio padre. No tiene sentimientos, no le importa nadie que no sea él mismo. Es un desalmado.

Nicci había permanecido de pie, ataviada con un vestido azul de volantes, recién lavado, los cabellos cepillados y recogidas hacia atrás, las manos a los costados, escuchando cómo su madre disertaba sobre el bien y el mal, sobre los entresijos del pecado y la redención. Nicci no había comprendido mucho, pero en años posteriores se lo repetiría hasta el punto que llegaría a saber de memoria cada palabra, cada concepto, cada desolada verdad de su discurso.

El padre de Nicci tenía dinero y, lo que era peor, según el modo de pensar de su madre, no sentía remordimientos por ello. Su madre explicaba que el egoísmo y la codicia eran como los dos ojos de una maldad monstruosa, que buscaba siempre aún más poder y oro para alimentar su hambre insaciable.

—Debes aprender, Nicci, que la línea de conducta moral que debe seguir una persona en esta vida es ayudar a los demás, no a sí misma —dijo su madre—. El dinero no compra la bendición del Creador.

—Pero ¿cómo podemos mostrar al Creador que somos buenos? —preguntó ella.

—La humanidad la forman personas despreciables, indignas, malsanas y hediondas. Debemos combatir nuestra naturaleza depravada. Ayudar a otros es el único modo de probar el valor de nuestra alma. Es el único bien auténtico que una persona puede hacer.

El padre de Nicci había nacido noble, pero toda su vida adulta había trabajado

como armero. Su madre creía que había nacido con una riqueza holgada, y que en lugar de darse por satisfecho con eso, buscaba acrecentar su herencia para convertirla en una fortuna impúdica. Decía que la riqueza sólo podía obtenerse despojando a los pobres de un modo u otro. Otros miembros de la nobleza, como su madre y muchas de sus amistades, se contentaban con no extraer una inmerecida parte del sudor de los pobres.

Nicci sentía una gran culpa por las actividades perversas de su padre, por su riqueza mal obtenida. Su madre decía que se esforzaba al máximo para salvar el alma extraviada de su esposo. Nicci jamás se preocupó por el alma de su madre, porque la gente siempre decía lo humanitaria, lo bondadosa y caritativa que era, pero en ocasiones Nicci permanecía despierta por la noche, incapaz de dormir debido a la preocupación que sentía por su padre, temerosa de que el Creador pudiera castigarlo antes de que se redimiera.

Mientras su madre iba a reuniones con sus importantes amigos, la niñera, de camino al mercado, a menudo llevaba a Nicci al establecimiento de su padre para preguntarle qué deseaba para cenar. A la niña le encantaba observar y aprender cosas del trabajo de su padre. Era un lugar fascinante. Cuando era muy pequeña, pensaba que, al crecer, podría convertirse en armera; y, en casa, se sentaba en el suelo y jugaba a martillar una tela que se suponía era una coraza, colocada encima de un zapato bocabajo que hacía las veces de yunque. Aquellos tiempos de inocencia eran el recuerdo más tierno de su niñez.

El padre de Nicci tenía a muchas personas trabajando para él. Muchos carromatos traían suministros desde lugares distantes. Grandes cantidades de metal fundido llegaban en gabarras. Otros carromatos, con guardias, transportaban mercancías a clientes lejanos. Había hombres que forjaban metal, hombres que le daban forma a martillazos, y aun otros que convertían en hermosas armas el metal candente. Algunas de las hojas estaban hechas con valioso «acero venenoso», que se decía que infligía heridas mortales, incluso con un "I pequeño corte. Había otros hombres que afilaban hojas, hombres que daban lustre a corazas y hombres que efectuaban hermosos grabados y dibujos sobre escudos, armaduras y aceros. Incluso había mujeres que trabajaban para el padre de Nicci, ayudando a confeccionar cotas de malla. Nicci las contemplaba, sentadas en bancos ante largas mesas de madera, chismorreando un poco entre ellas, riendo disimuladamente, mientras trabajaban con sus tenazas, quitando las rebabas a los extremos aplastados de todos aquellos aros pequeños de acero que, juntos, confeccionaban una cota de malla. Nicci consideraba extraordinario que la inventiva del hombre fuera capaz de convertir algo tan duro como el metal en un traje.

Hombres de los alrededores, y también de lugares lejanos, acudían a comprar las armaduras de su padre. Éste decía que eran las mejores que se hacían, y sus ojos, del color del cielo en un perfecto día de verano, centelleaban maravillosamente cuando hablaba de sus armaduras. Algunas eran tan hermosas que había reyes que recorrían grandes distancias para encargarse de sus armaduras a medida. Algunas eran tan elaboradas que los obreros más expertos, encorvados sobre sus bancos, tardaban meses en hacerlas.

Herreros, encargados de los fuelles, batidores, laminadores, niqueladores, armeros, enlustradores, guarnicioneros, remachadores, plantilleros, plateros, grabadores, incluso costureras para la confección de los forros acolchados y rellenos, y, por supuesto, aprendices, acudían desde todas partes con la esperanza de trabajar para su padre. Muchos artesanos llevaban con ellos muestras de su mejor trabajo para enseñárselas. Su padre rechazaba a mucha más gente de la que contrataba.

El padre de Nicci tenía una gran presencia: era erguido, anguloso y vehemente. En el trabajo, a Nicci siempre le parecía que sus ojos azules veían más de lo que veía cualquier otra persona, como si el metal le hablara cuando sus dedos se deslizaban sobre

él. Daba la impresión de mover las extremidades justo lo necesario, y no más. Para la niña, era una imagen de poder, fuerza y decisión.

Oficiales, funcionarios y nobles pasaban por allí para hablar con él, al igual que proveedores y trabajadores. Cuando iba al negocio de su padre, a Nicci siempre le asombraba verlo enfrascado en tanta conversación. Su madre decía que se debía a que era arrogante y hacía que sus pobres trabajadores lo adularan.

A Nicci le gustaba contemplar aquel despliegue de gente trabajando. Los obreros hacían una pausa para sonreírle, responder a sus preguntas y en ocasiones permitir que golpeará el metal con un martillo. Por lo que se veía, su padre también disfrutaba conversando con toda aquella gente. En casa, su madre hablaba y su padre apenas decía nada, mientras su rostro adoptaba el aspecto del metal batido.

Cuando sí hablaba en casa, lo hacía casi exclusivamente de su trabajo. Nicci escuchaba cada palabra, deseando aprenderlo todo sobre él y su negocio. Su madre decía en privado que, a su padre, en lo más hondo de su ser, su naturaleza vil le carcomía el alma. Nicci siempre esperó redimir su alma algún día y que fuera tan hermosa como la imagen que su exterior daba.

El hombre adoraba a su hija, pero parecía pensar que educarla era una tarea demasiado elevada para sus manos encallecidas, así que se lo dejaba a su madre. Incluso cuando no estaba de acuerdo con algo, acababa inclinándose ante los deseos de la madre, diciendo que ella sería el mejor juez en tal deber doméstico.

Su trabajo lo mantenía ocupado la mayor parte del tiempo, y la madre de Nicci decía que era una muestra de su alma estéril que pasara tanta parte de su tiempo incrementando sus riquezas, despojando a los necesitados, en lugar de consagrarse a la gente, que era lo que el Creador quería que hicieran todos los seres humanos. Muchas veces, cuando su padre llegaba a casa para cenar, mientras los sirvientes correteaban yendo y viniendo con todos los platos que habían preparado, su madre empezaba a hablar sin parar, con voz atormentada, sobre lo mal que estaban las cosas en el mundo. Nicci a menudo oía decir a la gente que su madre era una mujer magnánima debido a lo mucho que se preocupaba. Tras la cena, su padre regresaba al trabajo, a menudo sin decir una palabra, y eso enfurecía a su madre, porque tenía más cosas que decirle sobre su alma, pero él estaba demasiado ocupado para escuchar.

Nicci recordaba ocasiones en las que su madre permanecía de pie ante la ventana, contemplando la oscura ciudad, preocupada, sin duda, por todas las cosas que perturbaban su propia paz. En esas noches apacibles, su padre se deslizaba a veces por detrás de su madre, posando una mano suavemente en su espalda, como si ella fuera algo de gran valor. Parecía sentirse sosegado y complacido en esos momentos, y le apretaba el trasero un poquitín a la vez que le murmuraba algo al oído.

Ella alzaba la mirada esperanzada y le pedía que contribuyera a los esfuerzos de su fraternidad. Él preguntaba entonces cuánto, y ella, escrutando sus ojos como si buscara una brizna de decencia humana, mencionaba una cifra. Su padre suspiraba y asentía, luego rodeaba con sus manos la cintura de su esposa y le decía que era tarde y que debían irse a acostar.

En una ocasión, al preguntar a su esposa con cuánto deseaba que contribuyese, ella se encogió de hombros y respondió:

—No lo sé. ¿Qué te dice tu conciencia, Howard? Un hombre auténticamente compasivo haría más de lo que acostumbras a hacer, teniendo en cuenta que posees más riqueza de la que te corresponde en justicia, y que la necesidad es tan grande.

—¿Cuánto necesitáis tú y tus amigos? —preguntó él, con un suspiro.

—No somos yo y mis amigos quienes lo necesitan, Howard, sino las masas de seres humanos que gritan pidiendo ayuda. Nuestra fraternidad simplemente lucha por

hacer frente a la necesidad.

—¿Cuánto? —repitió él.

—Quinientas coronas de oro —respondió ella, como si la cifra fuera un garrote que había mantenido oculto a la espalda, y, al ver la oportunidad que había estado esperando, lo blandiera de improviso para amedrentarlo.

Su padre dio un paso atrás, con una exclamación de sorpresa.

—¿Tienes idea de todo el trabajo que cuesta reunir una suma de ese tamaño?

—Tú no trabajas, Howard..., tus esclavos lo hacen por ti.

—¡Esclavos! ¡Son los mejores artesanos!

—Deberían serlo. Te llevas a los mejores trabajadores de todo el país.

—¡Pago los mejores salarios del país! ¡Ansían trabajar para mí!

—Son las pobres víctimas de tus estratagemas. Los explotas. Cobras más que nadie.

Tienes conexiones y haces tratos para dejar fuera de juego a otros armeros. Le robas la comida de la boca a gente trabajadora, simplemente para llenarte los bolsillos.

—¡Ofrezco el trabajo más excelente! La gente me compra a mí porque quieren lo mejor. Les cobro un precio justo.

—Nadie cobra tanto como tú y ésta es la realidad, simple y pura. Siempre quieres más. El oro es tú única meta.

—La gente viene a mí voluntariamente porque tengo la mejor calidad. ¡Ésa es mi meta! Las otras tiendas fabrican productos irregulares que no dan buen resultado. Mi templado es superior. Todo mi trabajo lleva el marchamo del doble sello de calidad. No venderé material de categoría inferior. La gente confía en mí. Saben que elaboro las mejores piezas.

—Lo hacen tus trabajadores. Tú te limitas a embolsarte el dinero.

—Los beneficios se emplean en sueldos y en el negocio... ¡Acabo de invertir una fortuna en la nueva máquina de batir metal!

—Negocios, negocios, negocios! Cuando te pido que devuelvas un poco a la comunidad, a los necesitados, actúas como si quisiera arrancarte los ojos. ¿Realmente preferirías ver morir a la gente que dar una miseria para salvarla? ¿En verdad significa el dinero más para ti, Howard, que las vidas de la gente? ¿Tan cruel e insensible eres?

Su padre mantuvo la cabeza inclinada durante un rato, y luego accedió en voz baja a enviar a su encargado con el dinero. Su voz volvió a dulcificarse. Dijo que no quería que la gente muriera, y que esperaba que el dinero sirviera de ayuda. Por último, le dijo que era hora de acostarse.

—Me has quitado las ganas con esta discusión, Howard. Nunca sale de ti mismo la caridad; siempre se te tiene que arrancar... cuando lo correcto es hacerlo desde un principio. Únicamente aceptas ahora debido a tus lujuriosas necesidades. Honestamente, ¿crees que no tengo principios?

Su padre se limitó a dar la vuelta y encaminarse a la puerta. Se detuvo al descubrir de repente a Nicci sentada en el suelo, observando. La expresión de su rostro asustó a la niña, no porque fuera de enojo o ferocidad, sino porque parecía haber mucho dolor en sus ojos y el peso de no poder expresarlo jamás lo estaba aplastando. Criar a Nicci era tarea de su madre, y él había prometido no interferir.

Se apartó los rubios cabellos de la frente y cogió su abrigo. Con voz calmada dijo a su madre que se iba a comprobar unas cosas en el taller.

Una vez que se hubo marchado, también la madre descubrió Nicci en el suelo. Estaba jugando con cuentas sobre un tablero, con las que fingía confeccionar una cota de malla. Con los brazos cruzados, permaneció ante Nicci durante un largo rato.

—Tu padre va a ver a prostitutas, ¿sabes? Estoy segura de que ahí adonde ha ido: a ver a una prostituta. Tal vez seas demasiado joven para comprender, pero quiero

que lo sepas, para que jamás tengas la menor fe en él. Es un hombre perverso. No seré su furcia.

»Ahora, guarda tus cosas y ven con tu madre. Voy a visitar a mis amigos. Es hora de que me acompañes y empieces a aprender sobre las necesidades de los demás, en lugar de pensar sólo en tus deseos.

En casa de su amiga, había unos pocos hombres y varias mujeres sentadas y conversando en tono serio. Cuando preguntaron educadamente por su padre, la madre de Nicci contó que se había marchado, «para trabajar o ir de putas, no sé cuál de las dos cosas, tampoco puedo controlarlo». Algunas de las mujeres posaron una mano sobre su brazo y la consolaron. La suya era una carga tremenda, dijeron.

En el otro extremo de la habitación estaba sentado un hombre silencioso en una silla de respaldo recto. A Nicci le pareció tan lúgubre como la misma muerte.

Su madre olvidó a su padre a medida que se enfrascaba en la conversación que tenían sus amigos sobre las terribles condiciones en que vivía la gente de la ciudad. La gente padecía de hambre, lesiones, enfermedades, dolencias, falta de habilidades, de trabajo, exceso de hijos que alimentar, ancianos a los que cuidar, falta de ropas, de un techo sobre sus cabezas y cualquier otra clase de carencia imaginable. Todo resultaba aterrador.

Nicci siempre se sentía inquieta cuando su madre decía que las cosas no podían continuar tal como estaban durante mucho más tiempo, y que había que hacer algo. Nicci deseaba que alguien se diera prisa y lo hiciera.

La pequeña escuchó asimismo cómo los amigos de la fraternidad de su madre hablaban sobre las personas intolerantes que albergaban odio en su interior. Nicci temía acabar como una de aquellas personas terribles y no quería que el Creador la castigara por tener un corazón insensible.

Su madre y sus amigos siguieron hablando extensamente sobre su profunda conmiseración por todos los problemas del mundo. Después de que cada persona hubiera dado su opinión, dirigían una mirada furtiva al hombre sentado solemnemente en una silla de respaldo alto apoyada en la pared, que los observaba con una atenta mirada sombría mientras hablaban.

—Los precios de las cosas son algo terrible —dijo un hombre de párpados caídos que estaba desplomado en su asiento, igual que un montón de ropas sucias—. No es justo. A la gente no se le debería permitir subir los precios cuando le viene en gana. El duque debería hacer algo. Goza de la confianza del rey.

—El duque... —dijo su madre y tomó un sorbo de té—. Sí, siempre he pensado que el duque es un hombre comprensivo con las buenas causas. Creo que se le podría persuadir para que introdujera leyes sensatas.

Lanzó una ojeada por encima del borde dorado de su taza al hombre de la silla de respaldo recto.

Una de las mujeres dijo que animaría a su esposo a que hablara con el duque. Otra anunció que escribirían una carta de apoyo.

—La gente se muere de hambre —dijo una mujer arrugada, durante una pausa en la conversación.

Los presentes farfullaron su asentimiento, como si se tratara de un paraguas bajo el que refugiarse a toda prisa para escapar del torrencial silencio.

—Lo veo diariamente. Si pudiéramos ayudar a algunos de esos desafortunados.

Una de las otras mujeres se hinchó igual que una gallina a punto de poner un huevo.

—Es terrible que nadie les dé un empleo, cuando hay muchísimo trabajo si se distribuye.

—Lo sé —repuso su madre con un chasquido de la lengua—. He hablado con Howard hasta quedarme sin aliento. Simplemente contrata a quien le place, en lugar de a aquellos que más necesitan el trabajo. Es un escándalo.

Los demás se compadecieron de su carga.

—No es justo que unos pocos tengan mucho más de lo que necesitan, mientras tantas personas carecen de casi todo —indicó el hombre de los párpados caídos—. Es inmoral.

—El hombre no tiene derecho a existir sólo para su propio bien —se apresuró a intervenir su madre, tras comerse un trozo de pastel, y volvió a dirigir una ojeada al hombre tétricamente silencioso—, No dejo de decirle a Howard que la abnegación en el servicio a los demás es el mayor deber moral del hombre y el único motivo de que se nos haya colocado en esta vida.

»Con este fin —anunció—. He decidido contribuir con quinientas coronas de oro a nuestra causa.

Las otras personas lanzaron exclamaciones de satisfacción, y felicitaron a su madre por su naturaleza caritativa. Estuvieron de acuerdo, mientras se dedicaban miradas furtivas a través de la habitación, en que el Creador la recompensaría en la otra vida, y hablaron sobre todo lo que podrían hacer para ayudar a aquellas almas menos afortunadas.

Finalmente su madre volvió la cabeza y miró a Nicci por un instante, y luego dijo:

—Creo que mi hija es lo bastante mayor para aprender a ayudar a otros.

Nicci se inclinó al frente desde el borde de su silla, entusiasmada con la idea de echar una mano en lo que su madre y amigos decían era una tarea noble. Era como si el Creador en persona le ofreciera una senda hacia la salvación.

—Me gustaría mucho hacer el bien, madre.

Su madre lanzó una mirada interrogativa al hombre de la silla de respaldo recto.

—¿Hermano Narev?

Las profundas arrugas del rostro del hombre se curvaron a ambos lados cuando la fina línea de su boca se distendió en una sonrisa. No había alegría en ella, ni en sus ojos oscuros, ocultos bajo unas cejas de enmarañados cabellos blancos y negros. Llevaba un gorro con pliegue y gruesas vestiduras tan oscuras como la sangre seca. Los hirsutos cabellos se le enroscaban por encima de las orejas, alrededor del borde de su gorro.

Se acarició la mandíbula con un dedo mientras hablaba con una voz que casi hizo vibrar las tazas de té.

—Así pues, niña, ¿deseas ser un pequeño soldado?

—Bueno..., no, señor.

Nicci no sabía qué tenía que ver el servir como soldado con hacer el bien. Su madre siempre decía que su padre complacía a hombres que tenían una ocupación malvada: los soldados. Decía que a los soldados sólo les interesaba matar.

—Deseo ayudar a los necesitados.

—Eso es lo que todos intentamos hacer, criatura. —Su sonrisa espeluznante permaneció fija en su rostro mientras hablaba—. Todos somos soldados en la fraternidad: la Fraternidad de la Orden, como llamamos a nuestro pequeño grupo. Soldados que luchan por la justicia.

Nadie se atrevía a mirarlo directamente. Le dirigían una ojeada, desviaban la mirada, luego volvían a echar otra ojeada, como si su rostro fuera algo que no se podía abarcar de una sola vez, sino que, había que tomarlo a sorbos, igual que un medicamento hirviendo y de sabor repugnante.

Los ojos castaños de su madre recorrieron veloces la habitación, como una

cucaracha en busca de una grieta.

—Desde luego, hermano Narev. Es la única clase moral de soldado: el soldado de la caridad. —Instó a Nicci a levantarse y la condujo rápidamente al frente—. Nicci, el hermano Narev, aquí presente, es un gran hombre. El hermano Narev es el sumo sacerdote de la Fraternidad de la Orden..., una antigua secta dedicada a llevar a cabo la voluntad del Creador en este mundo. El hermano Narev es un hechicero, —Le dedicó una sonrisa—. Hermano Narev, mi hija, Nicci.

Las manos de su madre la empujaron hacia el hombre, como si fuera una ofrenda al Creador. A diferencia de todos los demás, Nicci no podía apartar la mirada de sus ojos de párpados caídos. Jamás había visto nada parecido.

No había nada en ellos, excepto un oscuro y frío vacío.

—Me alegro de conocerte, Nicci —dijo él, alargando una mano

—Haz una reverencia y besa su mano, querida —le dijo su madre

Nicci dobló una rodilla. Lo besó en los nudillos para no tener que poner los labios sobre la telaraña de gruesas venas azules que cubría el dorso de la velluda mano que flotaba ante ella. Las blanquecinas protuberancias estaban frías, pero no heladas, como había esperado

—Te damos la bienvenida a nuestro movimiento, Nicci —dijo con aquella profunda voz vibrante—. Con la mano generosa de madre educándote, sé que cumplirás la tarea del Creador.

Nicci pensó que el Creador debía de parecerse mucho a aquel hombre.

Por todas las cosas que su madre le contaba, Nicci temía la cólera del Creador. Era ya lo bastante mayor para saber que tenía que empezar a realizar las buenas obras de las que su madre siempre hablaba, si quería tener una posibilidad de salvarse. Todo el mundo decía que su madre era una persona bondadosa y virtuosa. Nicci también quería serlo.

Pero las buenas obras parecían algo tan arduo, tan duro; en nada se parecían al trabajo de su padre, donde la gente sonreía, reía y conversaba.

—Gracias, hermano Narev —respondió Nicci—. Haré todo lo posible por hacer el bien en el mundo.

—Un día, con la ayuda de gentes magníficas como tú, cambiaremos el mundo. No me engaño; con tanta insensibilidad entre los hombres, hará falta tiempo para conseguir auténticos conversos, pero nosotros, junto con otras personas que piensan de un modo parecido, repartidas por todo el país, somos los cimientos de la esperanza.

—¿Es la fraternidad un secreto, entonces? —preguntó ella, en un susurro.

Todos rieron por lo bajo. El hermano Narev no rió, pero su boca volvió a sonreír.

—No, niña. Muy al contrario. Es nuestro deseo y deber más fervientes propagar la veracidad de la corrupción del género humano. El Creador es perfecto. Nosotros, los mortales, no somos más que miserables infelices. Debemos reconocer nuestra naturaleza perversa si esperamos evitar su justa cólera y obtener nuestra liberación en el otro mundo.

»La abnegación por el bien de todos es la única senda a la salvación. Nuestra fraternidad está abierta a todos los que estén dispuestos a entregarse y llevar una vida ética. La mayoría de las personas no nos toman en serio. Algún día lo harán.

Los reunidos observaron con ojos relucientes y medrosos mientras su poderosa voz se alzaba, igual que la furia misma del Creador.

—Llegará un día en que las llamas abrasadoras del cambio barrerán la tierra, consumiendo lo viejo, lo corrompido y lo hediondo, para permitir que un nuevo orden crezca de los ennegrecidos restos del mal. Una vez que hayamos purificado el mundo mediante el fuego, no habrá reyes; pero el mundo tendrá orden, un orden que defenderá la mano del hombre corriente, en beneficio del hombre corriente. Sólo entonces, nadie

pasará hambre, nadie tiritará de frío, nadie sufrirá sin recibir ayuda. El bien de la gente se colocará por encima de los deseos egoístas del individuo.

Nicci quería hacer el bien; realmente lo quería. Pero la voz del hombre le sonó como una oxidada puerta de mazmorra cerrándose sobre ella.

Todos los ojos de la habitación la vigilaban, para ver si era buena, como su madre.

—Eso suena maravilloso, hermano Narev.

—Lo será, niña —dijo él, asintiendo—. Tú ayudarás a que eso suceda. Deja que tus sentimientos sean tu guía. Serás un soldado del futuro orden mundial. Será una tarea larga y ardua. Debes mantener la fe. El resto de los que estamos en esta habitación posiblemente no viviremos para verlo florecer, pero quizá tú vivirás el tiempo suficiente para ver como un orden tan maravilloso se implanta.

Nicci tragó saliva.

—Rezaré por ello, hermano Narev.

Al día siguiente, cargada con un enorme cesto de pan, a Nicci la hicieron descender del carruaje junto con otros miembros de la fraternidad, para que repartieran pan a los necesitados. Su madre la había ataviado con un vestido rojo con volantes para la ocasión. Sus cortos calcetines blancos llevaban motivos bordados en hilo rojo. Llena de orgullo por hacer finalmente el bien, Nicci descendió por la calle repleta de basura, armada con su cesto de pan, mientras pensaba en el día en que la esperanza de un nuevo orden se pudiera propagar a todo el mundo, de modo que todos pudieran elevarse por encima de la indigencia y la desesperación.

Algunas personas le sonrieron y le dieron las gracias por el pan. Algunas cogieron el pan sin una palabra ni un sonrisa. La mayoría, no obstante, se mostraron desabridos, quejándose de que el pan llegaba tarde y que las hogazas eran demasiado pequeñas o de la clase equivocada; Nicci no se dejó desalentar y les contó lo que su madre había dicho: que era culpa del panadero, porque horneaba pan para sacar beneficios y, como recibía menos dinero por el pan para beneficencia, horneaba éste en segundo lugar. Nicci les dijo que lamentaba que gente malvada los tratara como si fueran de segunda clase, pero que algún día la Fraternidad de la Orden se ocuparía de que todo el mundo recibiera el mismo trato.

Mientras recorría la calle, distribuyendo el pan, un hombre la agarró del brazo y la introdujo en un callejón oscuro y angosto. Ella le ofreció una hogaza de pan. Él le arrancó el cesto de las manos y dijo que quería plata u oro. Nicci contestó que no tenía dinero y lanzó una ahogada exclamación de pánico cuando él la atrajo hacia sí violentamente. Los mugrientos dedos del hombre manosearon todo su cuerpo, incluso sus zonas más privadas, en busca de un monedero, pero no encontraron ninguno. Le quitó los zapatos y los arrojó lejos, al comprobar que tampoco había monedas ocultas en ellos.

Él le asestó entonces dos puñetazos en el estómago. Nicci se estrelló contra el suelo. El desconocido le escupió una maldición mientras se perdía en la oscuridad del sucio callejón.

Alzándose sobre sus brazos temblorosos, Nicci vomitó. Algunas personas que pasaban ante el callejón miraron dentro y la vieron vomitando, pero giraron los ojos de nuevo hacia la calle y siguieron adelante a toda prisa. Unos pocos entraron como flechas en el callejón se inclinaron, y recogieron pan del cesto volcado antes de salir a toda prisa. Nicci jadeó, con lágrimas escociéndole en los ojos, intentando recuperar el resuello. Sus rodillas sangraban. El vestido se le había manchado aquí y allá.

Cuando regresó a casa, llorando, su madre sonrió al verla.

—Su terrible situación a menudo hace aflorar lágrimas a mis ojos.

Nicci sacudió la cabeza y contó a su madre que un hombre la había agarrado y golpeado, exigiendo dinero. Nicci alzó los brazos hacia su madre mientras gemía con amargura que era un hombre muy, muy malvado.

Su madre le pegó en la cara.

—No te atrevas a juzgar a las personas. Eres sólo una niña. ¿Cómo puedes atreverte a juzgar a otros?

Nicci se quedó anonadada. El bofetón le resultó más sorprende te que doloroso. La reprimenda le escoció aún más.

—Pero, madre, fue cruel conmigo..., me tocó por todas partes y luego me golpeó.

Su madre volvió a abofetearla, más fuerte.

—No permitiré que me deshonres ante el hermano Narev y mis amigos con tus insensibles discursos. ¿Lo oyes? No sabes qué le hizo actuar así. A lo mejor tiene niños enfermos en casa, y necesita dinero para comprar medicinas. Entonces ve a una niña rica y malcriada, y finalmente ya no puede más, sabiendo que a sus propios hijos les han estafado la vida personas como tú.

»No sabes qué cargas ha puesto la vida sobre ese hombre. No te atrevas a juzgar a las personas por sus acciones sólo porque tú eres demasiado cruel e insensible para dedicar tiempo a comprenderlas.

—Pero pienso...

Su madre la abofeteó por tercera vez, tan fuerte que la hizo tambalearse.

—¿Tú piensas? ¡Pensar es un ácido inmundos que corroe la fe! Es tu deber creer, no pensar. La mente del hombre es inferior a la del Creador. Tus pensamientos, los pensamientos de cualquiera, no valen nada, igual que toda la humanidad no vale nada. Debes tener fe en que el Creador ha conferido su bondad a esos desdichados.

»Los sentimientos, no las ideas, deben ser tu guía. La fe, no el pensamiento, debe ser tú único camino.

Nicci se tragó las lágrimas.

—Entonces ¿qué debería hacer?

—Deberías sentirte avergonzada de que el mundo trate a esas pobres criaturas con tanta crueldad que éstas acaben arremetiendo contra los demás, víctimas de la confusión. En el futuro, deberías hallar un modo de ayudar a gente así porque tú puedes y ellos no..., ése es tu deber.

Esa noche, cuando su padre llegó a casa y entró de puntillas en su habitación para ver si estaba bien arropada, Nicci aferró dos de sus enormes dedos y los sostuvo con fuerza contra su mejilla. Incluso a pesar de que su madre decía que era un hombre perverso, era la mejor sensación del mundo cuando él se arrodillaba junto a la cama y le acariciaba la frente en silencio.

A través de su trabajo en las calles, Nicci llegó a comprender las necesidades de muchas de las personas que vivían allí. Sus problemas parecían insuperables. No importaba lo que hiciera, jamás parecía solucionar nada. El hermano Narev decía que no era más que una señal de que ella no se entregaba suficientemente. Cada vez que fracasaba, a instancias del hermano Narev o de su madre, la pequeña redoblaba sus esfuerzos.

Una noche, durante la cena, tras llevar varios años en la fraternidad, dijo:

—Padre, hay un hombre al que he estado intentando ayudar. Tiene diez hijos y está sin empleo. ¿Querrás contratarlo, por favor?

Su padre alzó los ojos de la sopa.

—¿Por qué?

—Te lo he dicho. Tiene diez hijos.

—Pero ¿qué trabajo sabe hacer? ¿Para qué lo quería yo? —Pues porque necesita un trabajo.

—Nicci, querida —dijo su padre, dejando la cuchara en la mesa—, empleo a trabajadores cualificados. Que tenga diez hijos no va a dar forma al acero. ¿Qué sabe hacer? ¿Qué habilidades tiene?

—Si tuviera una habilidad, padre, conseguiría trabajo. ¿Es justo que sus hijos pasen hambre porque la gente no quiere darle una oportunidad?

Su padre la observó como si inspeccionara una carretada de un metal sospechoso. La fina boca de su madre se curvó en una leve sonrisa, pero la mujer no dijo nada.

—¿Una oportunidad? ¿En qué? No sabe hacer nada.

—Con un negocio tan grande como el tuyo, sin duda podrás darle un empleo.

El hombre dio golpecitos con el dedo al mango de su cuchara mientras consideraba la expresión decidida de su hija.

—Bueno, a lo mejor podría utilizar a ese hombre para cargar carros —carraspeó.

—No puede cargar carros. Tiene mal la espalda. No ha podido trabajar durante años debido a lo mucho que le molesta la espalda. La frente de su padre se arrugó.

—Su espalda no le impidió engendrar diez hijos.

Nicci quería hacer el bien, y por lo tanto respondió a su mirada fija con otra bien firme.

—¿Tienes que ser tan intolerante, padre? Posees un negocio, y es hombre necesita uno. Sus hijos necesitan alimentos y ropa. ¿Le negarás el derecho a ganarse la vida sólo porque jamás ha tenido una oportunidad como es debido en su vida? ¿Eres tan rico que todo tu oro ha cegado tus ojos a las necesidades de los humildes?

—Pero necesito...

—¿Es que sólo piensas en lo que tú necesitas, en lugar de en lo que necesitan otros? ¿Tiene que ser para ti todo?

—Es un negocio...

—¿Y cuál es el propósito de un negocio? ¿No es emplear a aquellos que necesitan trabajo? ¿No sería mejor si ese hombre tuviera un empleo en lugar de tener que humillarse pidiendo limosna? ¿Es eso lo que quieres? ¿Qué mendigue en lugar de trabajar? ¿No eres tú quien siempre habla tan encomiosamente del trabajo?

Nicci lanzaba las preguntas como flechas, disparándolas a tal velocidad que él no conseguía introducir una palabra en medio de la descarga. Su madre sonreía mientras Nicci daba rienda suelta a aquellas frases que se sabía de memoria.

—¿Por qué tienes que reservar tu mayor crueldad para los menos afortunados? ¿Por qué, por una vez, no puedes pensar en lo que puedes hacer para ayudar, en lugar de pensar siempre en dinero, dinero, dinero? ¿Te pasaría algo por contratar a un hombre que necesita un empleo? ¿Te pasaría, padre? ¿Pondría eso fin a tu negocio? ¿Te arruinaría?

La habitación devolvió el eco de sus nobles preguntas. Él la miró fijamente, como si la viera por primera vez. Parecía como si le hubieran herido flechas auténticas. Su mandíbula se movió, pero no surgieron palabras. No parecía capaz de moverse. Sólo podía contemplarla boquiabierto.

Su madre sonrió complacida.

—Bueno... —dijo él finalmente—, supongo... —Levantó la cuchara y clavó los ojos en la sopa—. Envíamelo, y le daré un trabajo.

Nicci se hinchó con una nueva sensación de orgullo... y poder. Jamás había sido consciente de que pudiera ser tan fácil dejar estupefacto a su padre. Acababa de vencer a su naturaleza egoísta sin usar otra cosa que la bondad.

Su padre echó hacia atrás la silla para levantarse de la mesa.

—Ten... tengo que regresar a la tienda. —Sus ojos escudriñaron la mesa, pero no quiso mirar a Nicci ni a su madre—. Acabo de recordar... que tengo un trabajo del que debo ocuparme.

Cuando se hubo marchado, su madre dijo:

—Me alegra ver que has elegido el camino recto, Nicci, en lugar de seguir su perverso modo de actuar. Jamás lamentarás haber dejado que tu amor por la humanidad guíe tus sentimientos. El Creador te sonreirá.

Nicci sabía que había hecho lo correcto, lo virtuoso. Sin embargo, el pensamiento que apareció para atormentar su victoria fue el recuerdo de aquella noche, cuando su padre había entrado en su habitación y le había acariciado en silencio la frente mientras ella sujetaba dos de sus dedos contra su mejilla.

El hombre fue a trabajar para su padre, pero su padre jamás mencionó nada al respecto. Su trabajo lo mantenía ocupado y lejos de casa. A Nicci su trabajo también la ocupó cada vez más tiempo. La joven echaba de menos ver aquella expresión en los ojos de su padre. Supuso que se hacía mayor.

Un día de la primavera siguiente, cuando Nicci tenía trece años, regresó a casa de su trabajo y se encontró a una mujer en el salón con su madre. Algo en el porte de la mujer hizo que a la joven se le erizaran los pelos de la nuca. Las dos mujeres se levantaron mientras Nicci dejaba a un lado su lista de personas que necesitaban cosas.

—Nicci, querida, ésta es la hermana Alessandra. Ha viajado hasta aquí desde el Palacio de los Profetas, en Tanimura.

La mujer era mayor que su madre. Llevaba una larga trenza de espléndido cabello castaño enroscada en un círculo y sujeta a la nuca. La nariz resultaba un poco grande para su rostro y era poco agraciada, pero no fea. Sus ojos se centraron en Nicci con una intensidad perturbadora, y no se movían veloces de un lado a otro, tal como siempre hacían los de su madre.

—¿Ha sido un viaje duro, hermana Alessandra? —preguntó Nicci tras efectuar una reverencia—. El venir desde Tanimura, quiero decir...

—Tres días, es todo —respondió ella; una sonrisa apareció en su rostro a medida que inspeccionaba el cuerpo delgado y fuerte de Nicci—. Vaya, vaya. Tan pequeña y haciendo un trabajo tan adulto. —Extendió una mano en dirección a una silla—. ¿Quieres sentarte con nosotras, querida?

—¿Eres una Hermana de la fraternidad? —preguntó Nicci, que no comprendía realmente quién era la mujer.

—La ¿qué?

—Nicci —dijo su madre—, la hermana Alessandra es una Hermana de la Luz.

Estupefacta, la joven se dejó caer en la silla. Las Hermanas de la Luz poseían el don, igual que ella y su madre. Nicci no sabía gran cosa sobre las Hermanas, excepto que servían al Creador. Eso, de todos modos, no la tranquilizó. Tener a una de aquellas mujeres allí, en su casa, era amedrentador; igual que cuando se encontraba ante el hermano Narev. Sintió una inexplicable sensación de fatalidad.

Nicci también estaba impaciente porque le aguardaba mucho trabajo. Tenía donaciones que recoger. La esperaban patrocinadores de más edad que la acompañaban en sus obras. Aunque en algunos sitios, decían, una jovencita podía obtener mejores resultados por sí sola, avergonzando a la gente que tenía más de lo que merecía. Esas personas, que tenían negocios, sabían todas quién era ella. Siempre tartamudeaban y le preguntaban cómo estaba su padre, y ella, como le habían indicado, les decía lo contento que estaría su padre al saber que se preocupaban por los necesitados. Al final, la mayoría adoptaba una actitud cívica.

Luego, estaban los remedios que Nicci debía llevar a mujeres con hijos enfermos. Tampoco había ropas suficientes para los niños. Nicci intentaba conseguir que algunas personas donaran prendas y que otras cosieran ropa. Había personas que carecían de hogar, otras se amontonaban en cuartuchos, y ella intentaba conseguir que personas adineradas donaran un edificio. Asimismo, a Nicci le habían encomendado la tarea de localizar tinajas para que las mujeres transportaran agua del pozo, de modo que tenía que hacer una visita al alfarero. A algunos de los niños de más edad los habían pillado robando; otros se habían dedicado a golpear a niños más pequeños hasta hacerlos sangrar. Nicci había estado suplicando por ellos, intentando explicar que no tenían una oportunidad, y que sólo reaccionaban a sus crueles circunstancias. Esperaba convencer a su padre de que contratara a unos cuantos para que pudieran tener trabajo.

Los problemas no dejaban de crecer, sin que se les viera un final. Parecía como si

a cuanta más gente ayudara la fraternidad, más ayuda necesitara la gente. Nicci, que había pensado que solucionaría los problemas del mundo, empezaba a sentirse desesperada e incompetente. Era culpa suya, lo sabía. Tenía que esforzarse más.

—¿Lees y escribes, querida? —preguntó la Hermana.

—No mucho, Hermana. En su mayoría sólo nombres. Tengo demasiadas cosas que hacer por quienes son menos afortunados que yo. Sus necesidades deben ir por delante de cualquier deseo egoísta.

Su madre sonrió y asintió para sí.

—Es un espíritu bueno en carne y hueso. —Los ojos de la Hermana se llenaron de lágrimas—. He oído hablar de tu trabajo. —¿Es eso cierto?

Nicci sintió un ramalazo de orgullo, pero enseguida pensó que las cosas jamás parecían mejorar, no obstante todos sus esfuerzos, y su sensación de fracaso regresó. Además, su madre decía que el orgullo era maligno.

—No veo qué hay de especial en lo que hago. Las personas de las calles son las que son especiales, debido a su padecimiento. Ellas son la auténtica inspiración.

Su madre sonrió con satisfacción. La hermana Alessandra se inclinó al frente.

—¿Has aprendido a usar tu don, criatura? —le dijo con tono serio.

—Mi madre me enseña a hacer cosas pequeñas, como curar pequeñas molestias, pero sé que sería injusto alardear de ello ante aquellos menos afortunados que yo, de modo que hago todo lo posible por no usarlo.

La Hermana enlazó las manos sobre el regazo.

—He estado hablando con tu madre mientras te esperábamos. he hecho un gran trabajo iniciándote en el camino correcto. No obstante, tenemos la sensación de que tendrías mucho más que ofrecer si sirvieras a una ocupación más elevada.

—Bueno, sí —respondió ella, suspirando—. Quizá podría levantarme un poco antes. Pero ya tengo mis deberes para con los necesitados, y tendré que ocuparme de este otro como pueda. Espero que comprendáis, Hermana, que no intento obtener una compasión inmerecida, sinceramente no lo hago; pero espero que no necesitéis que asuma esta ocupación demasiado pronto, ya que estoy muy ocupada.

La hermana Alessandra sonrió, con una especie de resignación tolerante.

—No lo comprendes, Nicci. Nos gustaría que prosiguieras tu trabajo con nosotras, en el Palacio de los Profetas. Serías una novicia si principio, desde luego, pero un día serás una Hermana de la Luz, y, como tal, continuarás con lo que has empezado.

El pánico inundó a Nicci como la crecida de un río. Había tantas personas cuyas vidas pendían de un hilo que ella cuidaba... Tenía amigos en la fraternidad a quienes había llegado a querer. Tenía tanto que hacer... No quería dejar a su madre, y tampoco a su padre. Él era malvado, lo sabía, pero no era malvado para ella; era egoísta y codicioso, lo sabía, pero todavía la arropaba en la cama, a veces, y le daba palmaditas en la espalda. Estaba segura de que volvería a ver algo en sus ojos azules, si simplemente le daba tiempo. No deseaba abandonarlo. Por algún motivo, necesitaba con desesperación volver a ver aquella chispa en sus ojos. Estaba siendo egoísta, lo sabía.

—Tengo a gente necesitada aquí, hermana Alessandra. —Las lágrimas la hicieron pestañear—. Son mi responsabilidad. Lo siento, pero no puedo abandonarlos.

En ese momento, su padre entró por la puerta. Se detuvo en una posición incómoda, las piernas paralizadas en mitad de la zancada, con la mano en el tirador y los ojos fijos en la Hermana.

—¿Qué es esto?

Su madre se levantó.

—Howard, ésta es Alessandra. Es una Hermana de la Luz. Ha venido a...

—¡No! No lo permitiré, ¿lo oyes? Es nuestra hija, y las Hermanas no pueden

quedarse con ella.

La hermana Alessandra se puso en pie y dirigió una mirada de soslayo a la madre de Nicci.

—Por favor, pide a tu esposo que salga. Esto no es cosa suya.

—¿Que no es cosa mía? ¡Es mi hija! ¡No te la llevarás!

Se abalanzó al frente para coger la mano extendida de Nicci. La Hermana alzó un dedo y, ante el asombro de la joven, su padre se vio lanzado hacia atrás en medio de un centelleante relámpago. La espalda del hombre chocó contra la pared, y todo él resbaló hasta el suelo, aferrándose el pecho mientras respiraba con dificultad. Con lágrimas manando de sus ojos, Nicci corrió hacia él, pero la hermana Alessandra la agarró del brazo y la retuvo.

—Howard —dijo su madre, apretando los dientes—, la educación de la niña es asunto mío. Llevo el don del Creador. Diste tu palabra cuando se dispuso nuestra unión de que si teníamos una hija y poseía el don, yo tendría autoridad exclusiva para educarla como creyera conveniente. Creo que esto es lo correcto..., lo que el Creador quiere. Con las Hermanas tendrá tiempo para aprender a leer. Tendrá tiempo para aprender a usar su don con la gente como sólo pueden hacerlo las Hermanas. Mantendrás tu palabra. Yo me ocuparé de ello. Estoy segura de que tienes mucho trabajo, y de que tienes que regresar a la armería de inmediato.

Su padre se frotó el pecho con la palma de la mano. Finalmente, sus brazos cayeron a los costados y, con la cabeza gacha, fue hacia la puerta arrastrando los pies. Antes de cerrarla, su mirada se encontró con la de Nicci. Entre sus lágrimas, ella vio la chispa en sus ojos, como si tuviera cosas que decirle, pero luego ésta desapareció, y él cerró la puerta a su espalda.

La hermana Alessandra dijo que lo mejor sería que partieran al instante. Prometió que si Nicci seguía las enseñanzas, una vez que estuviera instalada, y después de que aprendiera a leer y de que aprendiera a usar su don, volvería para ver a su padre.

Nicci aprendió a leer y a usar su don, y dominó todo lo demás que se suponía que debía dominar. Cumplió todos los requisitos. Hizo todo lo que se esperaba de ella. Su vida como una novicia que se preparaba para ser una Hermana de la Luz, fue increíblemente entregada. Pero la hermana Alessandra olvidó su promesa —tampoco le complacía que se la recordaran—, y encontró más tareas que Nicci debía llevar a cabo.

Varios años después de que se la llevaran al palacio, Nicci volvió a ver al hermano Narev. Se tropezó con él de un modo accidental; el hombre trabajaba como mozo de cuadra en el Palacio de los Profetas. Le dedicó su lenta sonrisa con los ojos fijos en ella y le dijo que se le había ocurrido la idea de ir al palacio gracias a su ejemplo. Dijo que deseaba vivir lo bastante para ver cómo el orden llegaba al mundo.

Ella pensó que era una ocupación curiosa para él, pero el hombre dijo que trabajar para las Hermanas era moralmente superior a combatir al demonio del lucro. Dijo que no importaba si decidía contar a alguien en el palacio cualquier cosa sobre él o su trabajo para la fraternidad, pero le pidió que no dijera a las Hermanas que poseía el don, ya que no le permitirían trabajar en los establos si se enteraban, y él se negaría a servirles en el caso de que descubrieran su don, porque, dijo, quería servir al Creador de un modo discreto.

Nicci guardó su secreto, no tanto por un sentimiento de lealtad, sino principalmente porque la mantenían demasiado ocupada para ocuparse del hermano Narev y su fraternidad. Raras veces tenía la oportunidad de verlo, limpiando los compartimentos de los caballos, y puesto que la importancia que había tenido en su infancia se había desvanecido, lo cierto fue que realmente jamás volvió a pensar en él.

Había mucho trabajo en el palacio al que querían que dedicara su atención; trabajo muy parecido al que el hermano Narev habría aprobado. Sólo pasados muchos años llegó a descubrir el auténtico motivo de la estancia de aquel hombre en el Palacio de los Profetas.

La hermana Alessandra se encargaba de que Nicci estuviera ocupada. No se le concedió tiempo libre para caprichos egoístas como ir de visita a casa. Veintisiete años después de que se la llevaran para convertirse en una Hermana de la Luz, todavía una novicia, Nicci volvió a ver a su padre. Fue en su funeral.

Su madre había mandado recado a Nicci para que regresara a casa a ver a su padre porque éste tenía problemas de salud. Nicci inmediatamente partió para casa, acompañada por la hermana Alessandra. Cuando llegó, su padre ya había muerto.

Su madre le contó que él le había rogado durante varias semanas que enviara a buscar a su hija. Con un suspiro, le dijo que lo había pospuesto, pensando que mejoraría. Además no había querido perturbar el importante trabajo de Nicci por una cuestión tan nimia. Explicó que fue la única cosa que él había pedido: ver a su hija. Su madre pensó que era una estupidez, ya que era un hombre a quien no le importaba la gente. ¿Por qué querría ver a nadie? Murió solo, mientras su madre estaba fuera, ayudando a las víctimas de un mundo indiferente.

Para entonces, Nicci tenía cuarenta años, pero su madre la veía como una jovencita porque, bajo el hechizo del palacio, había envejecido sólo lo suficiente para aparentar quince o dieciséis años. Por último, su madre le indicó que se pusiera un bonito vestido de vivos colores, porque no era realmente una ocasión triste, después de todo.

Nicci contempló el cuerpo de su padre durante mucho rato. Su posibilidad de volver a ver sus ojos azules se había ido. Por primera vez en años, el dolor le hizo sentir algo en lo más profundo de su ser. Fue agradable sentir algo otra vez, aunque fuera dolor.

Mientras Nicci permanecía allí, de pie, contemplando el rostro hundido de su padre, la hermana Alessandra le dijo que sentía haber tenido que llevársela, pero que en toda su vida, no había encontrado a una mujer con el don tan poderoso como en ella, y que ese regalo del Creador no debía desperdiciarse.

Nicci contestó que comprendía. Puesto que tenía el don, era justo que lo usara para ayudar a los necesitados.

En el Palacio de los Profetas se decía de Nicci que era la novicia más desinteresada y humanitaria que habían tenido bajo su techo. Todo el mundo decía a las novicias más jóvenes que siguieran el ejemplo de Nicci. Incluso la Prelada la había elogiado.

Esas alabanzas no eran más que un zumbido en sus oídos. Era una injusticia ser mejor que otras pero, por mucho que lo intentara, Nicci no podía escapar al legado de su padre. Su mácula corría por sus venas, rezumaba desde cada poro e infectaba todo lo que hacía. Cuanto más desinteresada era, más confirmaba eso su superioridad y, por lo tanto, su perversidad.

Sabía que sólo podía significar una cosa: que era malvada.

—Intenta no recordarlo así —dijo la hermana Alessandra, tras un largo silencio, mientras permanecían ante el cuerpo—. Intenta recordarlo como era cuando estaba vivo.

—No puedo —respondió Nicci—. Jamás lo conocí cuando estaba vivo.

Su madre y sus amigos de la fraternidad se hicieron cargo del negocio. Su progenitora escribió a Nicci cartas contándole como había puesto a muchos de los necesitados a trabajar en la armería. Decía que el negocio podía permitírselo, con toda la riqueza que había acumulado. A su madre le enorgullecía que se le pudiera dar un uso

virtuoso a la riqueza; dijo que la muerte de su padre había sido una bendición encubierta, porque significaba ayuda para aquellos que siempre la habían merecido más. Todo formaba parte del plan del Creador.

Su madre tuvo que aumentar los precios para pagar los sueldos de todas las personas a las que había dado trabajo. Muchos de los trabajadores más antiguos se marcharon, pero ella dijo que se alegraba de que se hubieran ido porque tenían actitudes poco cooperativas. Los pedidos se atrasaron. Los proveedores empezaron a exigir que se les pagara antes de entregar el material. Su madre dejó de hacer verificar la calidad porque los nuevos obreros se quejaban de que era injusto mantener aquel nivel de calidad. Dijeron que hacían todo lo posible, y que eso era lo que contaba. Su madre lo comprendió.

Tuvieron que vender la batidora de metal. Algunos de los clientes dejaron de encargarse de armaduras y armas. Su madre dijo que estarían mucho mejor sin gente tan intolerante y buscó que el duque hiciera leyes nuevas que exigieran el reparto equitativo del trabajo, pero esas leyes tardaban en llegar. Los pocos clientes que quedaban no habían pagado sus cuentas desde hacía tiempo, pero prometieron ponerse al día. Entre tanto, sus mercancías se les enviaban, aunque tarde.

A los seis meses de la muerte de su padre, el negocio quebró. La enorme fortuna que había amasado a lo largo de toda una vida había desaparecido.

Algunos de los trabajadores expertos que habían sido contratados por su padre se marcharon a lugares lejanos. La mayoría de los que se quedaron sólo consiguieron hallar trabajos de ínfima categoría y suerte tuvieron de encontrarlos. Muchos de los trabajadores nuevos exigieron a su madre que hiciera algo. Ella y la fraternidad presentaron peticiones a otros negocios para que los contrataran. Algunos comercios intentaron ayudar, pero la mayoría no estaban en posición de contratar trabajadores.

La armería era muy importante en la zona, y proporcionaba trabajo a muchas otras personas. Comerciantes, pequeños proveedores y compañías de transporte, que habían dependido de la armería, quebraron. Todos los negocios de la ciudad, desde panaderos a carniceros, perdieron clientes y se vieron obligados, muy a su pesar, a prescindir de personal.

Su madre pidió al duque que hablara con el rey. El duque dijo que el rey estaba estudiando el problema.

Al igual que la armería de su padre, se abandonaron otros edificios a medida que la gente se marchaba en busca de trabajo en ciudades florecientes de otros lugares. Ocupantes ilegales, a instancias de la fraternidad, se adueñaron de muchos de los edificios abandonados, y los edificios vacíos se convirtieron en escenarios de robos e incluso asesinatos. Más de una mujer que se acercó a esos edificios tuvo que lamentarlo. Su madre no podía vender las armas que aún tenía, así que las entregó a los necesitados para que se protegieran. No obstante sus esfuerzos, el crimen no hizo más que aumentar.

En honor a todas sus buenas obras y a los servicios de su padre al gobierno, el rey concedió a su madre una pensión que le permitió permanecer en la casa, con una servidumbre reducida. Ella prosiguió su trabajo con la fraternidad, intentado reparar la injusticia, a la que atribuía la ruina del negocio. Esperaba volver a abrir algún día la armería y emplear a gente. Por su virtuoso trabajo, el rey le concedió una medalla de plata. Su madre le escribió que el rey proclamó que era lo más parecido a un espíritu bueno hecho carne que había visto nunca. Nicci recibía regularmente noticias de premios que su madre recibía por su desinteresado trabajo.

Dieciocho años más tarde, cuando su madre murió, Nicci todavía tenía el aspecto de una jovencita de tal vez unos diecisiete años. La muchacha quiso lucir un hermoso traje negro en el funeral —el más bonito que se pudiera conseguir—, pero el palacio

respondió que era indecoroso en una novicia efectuar una petición tan egoísta, y que era totalmente imposible. Dijeron que le facilitarían solamente prendas modestas.

Cuando Nicci llegó a su casa, fue a ver al sastre del rey y le dijo que para el funeral de su madre necesitaba el vestido negro más hermoso que hubiera confeccionado. Él le dijo el precio y ella le informó de que no tenía dinero, pero que necesitaba el vestido de todos modos.

El sastre, un hombre con triple papada, con pelusilla cerosa en las orejas, uñas amarillentas anormalmente largas y una permanente sonrisita libidinosa, dijo que había cosas que él necesitaba, también. Se inclinó sobre ella, sujetando su suave brazo en sus dedos nudosos, y le dio a entender que si ella se ocupaba de sus necesidades, él se ocuparía de las suyas.

Nicci lució en el funeral de su madre el vestido negro más bonito que jamás se había confeccionado.

Su madre había sido una mujer que había dedicado toda su vida a las necesidades de los demás. Nicci nunca volvería a ver los ojos marrones como una cucaracha de su madre. Al contrario que en el funeral de su padre, no sintió ningún dolor que descendiera hasta aquella zona abismal de su interior. Comprendió que era una persona terrible.

Por vez primera, se dio cuenta de que, por algún motivo, sencillamente ya no le importaba.

Desde ese día, Nicci nunca llevó ningún vestido que no fuera negro.

Ciento veintitrés años más tarde, de pie en la barandilla que daba a la gran sala, Nicci vio unos ojos que la dejaron anonadada por su valor interior, por su autoestima. Lo que había sido un rescoldo vacilante en los ojos de su padre ardía en los de Richard. Seguía sin saber qué era.

Únicamente sabía que era la diferencia entre la vida y la muerte, y que tenía que destruirlo.

Ahora, por fin, sabía cómo.

Si, siendo ella una niña, alguien le hubiera mostrado a su padre tal misericordia...

Mientras descendía cansinamente por la calzada situada entre el límite de la ciudad de Fairfield y la finca en la que las tres Hermanas le habían dicho que el emperador Jagang había instalado su residencia, Nicci escudriñaba la confusión circundante que constituía el campamento de la Orden Imperial, buscando un grupo de tiendas específico. Sabía que tenían que estar en algún lugar. A Jagang le gustaba tenerlas cerca. Tiendas, de dormir corrientes, carromatos y hombres cubrían como oscuro hollín campos y colinas hasta donde alcanzaba su vista. Tanto el cielo como la tierra parecían teñidos por una oscura mácula. Tachonando' los oscuros campos, centelleaban fogatas, igual que un firmamento' cubierto de estrellas.

El día se volvía opresivamente oscuro, no sólo por la cercanía de la noche, sino también debido a la oscura capa de nubes de tormenta. El viento se alzaba en pequeñas ráfagas que sacudían tiendas y prendas, hacían revolotear las llamas de las fogatas y lanzaban el humo a un lado y otro. Las ráfagas traían el hedor fétido de excrementos humanos y animales, sofocando cualquier aroma agradable, pero débil, a comida que intentara elevarse por los aires. Cuanto más tiempo permaneciera estacionado el ejército, más empeoraría.

Más adelante, los elegantes edificios de la finca se alzaban por encima de esa oscura mugre. Jagang estaba allí. Puesto que tenía acceso a las mentes de las hermanas Georgia, Rochelle y Aubrey, sabría que Nicci había regresado y la estaría esperando.

El emperador tendría que esperar. Tenía otra cosa que hacer primero. Puesto que Jagang no podía penetrar en su mente, podía llevarlo a cabo con libertad.

Vio lo que buscaba, allá a lo lejos. Apenas las distinguió, levantándose por encima de las tiendas más pequeñas. Abandonó la calzada y marchó a través de la atestada maraña de tropas. Incluso desde lejos distinguía los característicos sonidos que surgían del grupo de esas tiendas; los oía por encima de las carcajadas y los cantos, del chisporroteo de las hogueras, el crepitar de la carne en sartenes, el chirrido de la piedra de afilar sobre metal, el repique de martillos sobre acero y el sonido rítmico de sierras.

Algunos bravucones trataron de agarrarle brazos y piernas o intentaron cogerle el vestido mientras pasaba junto a ellos. Los alborotadores soldados no eran más que una consideración menor. Se limitó a apartarse, sin prestar atención a sus burlonas declaraciones de amor, mientras seguía adelante entre la multitud. Cuando un soldado fornido sujetó su muñeca con su fuerte mano, girándola de un tirón y deteniéndola con una sacudida, ella se detuvo justo el tiempo suficiente para liberar su poder y reventarle el palpitante corazón. Otros hombres rieron al verle desplomarse al suelo con un golpe sordo, sin caer en la cuenta aún de que estaba muerto. Pero ninguno intentó reclamar el trofeo que el otro intentaba obtener. La mujer oyó que las palabras «Señora de la Muerte» circulaban en susurros entre los hombres.

Finalmente consiguió dejar atrás el acoso de los hombres. Había soldados jugando a los dados, comiendo alubias o roncando en sus sacos de dormir junto a las tiendas en las que los cautivos chillaban bajo el suplicio de la tortura. De una tienda enorme, dos hombres sacaron a cuestras un cadáver, arrastrando por el suelo parte de sus entrañas, y arrojaron el cuerpo flácido a un carro en el que había un montón de cuerpos.

Nicci chasqueó los dedos en dirección a un soldado sin afeitarse que se acercaba procedente de otra tienda.

—Dejadme ver la lista, capitán.

Sabía que era el oficial al mando por la tapa de lona azul del libro de registro que

llevaba.

Él la miró con el entrecejo fruncido durante un momento, pero cuando bajó la mirada a su vestido negro, una expresión de reconocimiento apareció en su rostro. Le pasó el libro mugriento y arrugado, que tenía un profundo pliegue en el centro, como si alguien se hubiera sentado accidentalmente sobre él. Las páginas que habían caído las habían vuelto a meter en su interior, pero ya no encajaban correctamente y sus extremos sobresalían aquí y allí, desgastándose y ensuciándose.

—No hay mucho que informar, señora, pero, por favor, haced saber a su Excelencia que hemos probado casi todos los sistemas conocidos, y ella no habla.

Nicci abrió el libro y empezó a examinar la lista de nombres recientes y lo que se sabía de ellos.

—¿Ella? ¿De quién habláis, capitán? —dijo entre dientes, mientras leía.

—Pues de la mord-sith, desde luego.

Nicci volvió la mirada hacia el hombre.

—La mord-sith. Por supuesto, ¿dónde está?

El oficial señaló una tienda situada bastante más lejos, en medio de la confusión.

—Sé que su Excelencia dijo que no esperaba que una bruja con sus oscuras habilidades nos facilitara información sobre lord Rahl, pero confiaba en poder ofrecerle buenas noticias. —Se llevó los pulgares tras el cinturón mientras soltaba un suspiro de contrariedad—. No hemos tenido esa suerte.

Nicci observó la tienda un instante. No oyó gritos. Nunca antes había visto a una de aquellas mujeres, las mord-sith, pero sabía un poco sobre ellas. Sabía que utilizar la magia contra una era un error fatal.

Reanudó la lectura de las anotaciones del registro. No había nada que fuera de mucho interés para ella. La mayoría eran personas de por allí. Eran simplemente un muestreo para comprobar qué podrían saber; no tendrían la información que buscaba.

Golpeó con el dedo una línea situada cerca del final de las anotaciones del libro. Decía: «Mensajero».

—¿Dónde está éste?

El capitán ladeó la cabeza, indicando una tienda a su espalda.

—Puse a uno de mis mejores interrogadores con él. La última vez que fui a ver, no había dicho nada aún..., pero eso fue a primeras horas de la mañana.

Había transcurrido todo el día desde que había ido. Todo un día podía ser una eternidad bajo tortura. Como todas las demás tiendas usadas para los interrogatorios, la que contenía al mensajero se alzaba por encima de las tiendas de campaña circundantes, que sólo tenían el tamaño suficiente para que los soldados se tumbaran en su interior. Nicci empujó el libro contra el grueso vientre del oficial.

—Gracias. Eso será todo.

—¿Daréis a su Excelencia un informe?

Nicci asintió distraídamente a su pregunta. Tenía ya la mente en otra parte.

—¿Le diréis que no hay mucho que averiguar de estos tipos?

Nadie sentía deseos de presentarse ante Jagang y admitir que era incapaz de cumplir una tarea, incluso aunque no hubiera nada que conseguir. A Jagang no le gustaban las excusas. Nicci volvió a asentir mientras se alejaba con paso decidido, encaminándose a la tienda en la que retenían al mensajero.

—Lo veré dentro de poco. Le daré el informe por vos, capitán.

En cuanto echó hacia atrás el faldón y entró, vio que había llegado demasiado tarde. Los restos destrozados del mensajero descansaban sobre una estrecha mesa de madera, fijados con relucientes herramientas de trabajo. Los brazos del hombre pendían a los costados, goteando sangre caliente.

Nicci vio que el interrogador tenía un pedazo de papel doblado. —¿Qué tenéis ahí?

El hombre alzó el papel y le dedicó una sonrisa de oreja a oreja. —Algo que a su Excelencia le encantará conocer. Tengo un mapa.

—¿Un mapa de qué?

—De donde ha estado este tipo. Lo dibujé todo a partir de lo que se dignó contar. —Lanzó una carcajada ante su gracia, pero ella no lo secundó.

—Vaya —dijo Nicci.

La sonrisa burlona del hombre era lo que mantenía fija su atención. Un hombre como aquél únicamente sonreía así cuando tenía algo que había estado buscando, algo que le acarrearía el favor de sus superiores.

—¿Y dónde ha estado?

—Fue a ver a su jefe.

Agitó el papel como si fuera un mapa del tesoro. Cansada del juego, Nicci le arrebató el botín de la mano. Desdobló el arrugado papel amarillo y vio que realmente era un mapa, con ríos, la costa y las montañas todo dibujado meticulosamente. Incluso estaban anotados los desfiladeros.

Nicci estuvo segura de que el mapa era auténtico. En la época en que había vivido en el Palacio de los Profetas, el Nuevo Mundo era un lugar lejano y misterioso, raramente visitado por nadie excepto unas pocas Hermanas. Cualquiera Hermana que se aventuraba por allí tomaba siempre apuntes detallados que se añadían a los mapas del palacio. Junto con muchos otros objetos esotéricos, todas las novicias memorizaban aquellos mapas durante sus estudios y, a pesar de que, en aquellos tiempos, jamás había esperado que viajaría al Nuevo Mundo, estaba totalmente familiarizada con la configuración del terreno en aquel lugar. Nicci escrutó el papel que tenía en las manos, inspeccionando con atención la geografía, superponiendo todo lo que había de nuevo en ella al mapa memorizado en su mente.

El soldado indicó con un grueso dedo una huella ensangrentada en el mapa.

—Ahí es donde se esconde lord Rahl en persona..., en ese punto, en esas montañas.

A Nicci se le cortó la respiración por un instante. Clavó los ojos en el papel, grabando a fuego la línea de cada arroyo y río, de cada montaña, de cada calzada, senda y puerto de montaña, cada aldea, pueblo y ciudad en su memoria.

—¿Qué confesó ese hombre antes de morir? —Alzó los ojos—. Su Excelencia aguarda mi informe. Precisamente iba a verlo. —Chasqueó los dedos con impaciencia—. Contádmelo todo.

El hombre se rascó la barba; tenía una capa de sangre seca en las uñas.

—Se lo diréis, ¿verdad? ¿Diréis a su Excelencia que el sargento Wetzel fue quien le sacó la información al mensajero?

—Por supuesto —le aseguró ella—. Recibiréis todo el mérito. No necesito tal reconocimiento. —Dio un golpecito al aro de oro que atravesaba su labio inferior—. El emperador está siempre, cada momento de cada día, en mi mente. Sin duda en este mismo instante ve a través de mis ojos que vos, no yo, sois quien consiguió obtener la información. Ahora decidme, ¿qué confesó este hombre?

El sargento Wetzel volvió a rascarse la barba, intentando decidir si podía confiar en que ella le daría el mérito, o si debía asegurarse y llevar la información a Jagang. Existía poca confianza entre los miembros de la Orden Imperial, y buenos motivos para desconfiar de todo el mundo. Mientras se rascaba la barba, escamas de sangre seca se pegaron a sus rizados pelos.

Nicci fijó la vista en sus ojos enrojecidos. Olía a licor.

—Si no me informáis de todo, sargento Wetzel, y quiero decir ahora mismo, haré que seáis vos el siguiente en subir a esa mesa, os sacaré el informe entre gritos y, cuando haya terminado con vos, os arrojarán al carro junto con el resto de cadáveres.

—Desde luego —respondió él, inclinando la cabeza dos veces en señal de rendición—. Sólo quería estar seguro de que su Excelencia se enteraba de mi éxito. —Al asentir Nicci, prosiguió—: Era un simple mensajero. Teníamos una pequeña unidad de seis hombres reconociendo minuciosamente el terreno. Describieron un círculo muy al norte, alrededor de las fuerzas enemigas. Los acompañaba una de las mujeres con el don para ayudarlos a mantenerse a buena distancia y que no los descubrieran. Estaban en algún punto al noroeste del ejército enemigo, cuando por casualidad tropezaron con este hombre y lo trajeron de vuelta con ellos para interrogarlo. Descubrí que era uno de los mensajeros que iban y venían regularmente para informar a lord Rahl.

Nicci movió un dedo en dirección al papel.

—Pero esto, aquí abajo, parecen las fuerzas enemigas. ¿Me estáis diciendo que Rich..., lord Rahl, no está con sus hombres? ¿Con su ejército?

—Eso es. El mensajero no sabía por qué. Su único deber era llevar informes de movimientos de tropas y noticias sobre su estado a su señor. —Dio un golpecito al mapa que ella tenía en la mano—. Pero justo aquí es donde se esconde lord Rahl, junto con su esposa.

Nicci alzó la mirada a la vez que se quedaba boquiabierta.

—Esposa.

El sargento Wetzel asintió.

—El hombre dijo que lord Rahl se casó con una mujer conocida como la Madre Confesora. Está herida, y se ocultan ahí arriba, en esas montañas.

Nicci recordó los sentimientos de Richard por ella, y su nombre: Kahlan. Que Richard estuviera casado lo ponía todo bajo una luz nueva. Aquello poseía el potencial para desbaratar los planes de Nicci. O...

—¿Algo más, sargento?

—El hombre dijo que lord Rahl y su esposa tienen a una de esas mujeres, una mord-sith, protegiéndolos.

—¿Por qué están ahí arriba? ¿Por qué no están lord Rahl y la Madre Confesora con su ejército? ¿O de regreso en Aydindril? ¿O en D'Hara, bien mirado?

El hombre sacudió con la cabeza.

—El mensajero era sólo un soldado de baja graduación que sabía como cabalgar deprisa y orientarse sobre el terreno. Eso es todo lo que sabía: que están allí arriba, y que están completamente solos. Nicci se sintió desconcertada por aquel nuevo rumbo de las cosas.

—¿Algo más? ¿Cualquier cosa?

El hombre negó con la cabeza y ella posó la mano en la espalda del sargento, entre los omóplatos.

—Gracias, sargento Wetzel. Habéis sido de mucha más ayuda de lo que sabréis jamás.

Mientras él sonreía de oreja a oreja, Nicci lanzó un chorro de poder que ascendió veloz por la columna vertebral del hombre e incineró al instante su cerebro. El soldado cayó con un fuerte estrépito sobre el duro suelo, con el aire abandonando sus pulmones en medio de un gruñido.

Nicci sostuvo en alto el mapa que había memorizado y, con su don, le prendió fuego. El papel crujió y se ennegreció a medida que el fuego avanzaba sobre los ríos, ciudades y montañas cuidadosamente dibujados en él, hasta que el ardiente resplandor rodeó la ensangrentada huella dactilar que marcaba un punto en las montañas. Dejó que

el papel se elevaba de sus dedos mientras se consumía en una última bocanada de humo. Una lluvia de cenizas, igual que nieve negra, descendió lentamente sobre el cuerpo caído a sus pies.

En el exterior de la tienda donde estaba retenida la mord-sith, Nicci lanzó una mirada cautelosa al campamento circundante para ver si alguien observaba. Nadie prestaba la menor atención a los asuntos de las tiendas de tortura. Se deslizó dentro a través de la abertura.

Nicci se estremeció ante la visión de la mujer tendida sobre la mesa de madera, pero finalmente se obligó a respirar.

Un soldado, las manos rojas por la tarea que llevaba a cabo, dedicó una mueca de desagrado a Nicci. Ésta no aguardó a que pusiera objeciones, sino que se limitó a ordenar:

—Informa.

—No le he sacado ni una palabra —rezongó.

Nicci asintió y posó la mano sobre la amplia espalda del soldado. Desconfiando, el hombre empezó a apartarse de ella, pero lo hizo demasiado tarde. Cayó muerto antes de darse cuenta de que tenía problemas. De haber tenido tiempo, Nicci le habría hecho padecer.

Se obligó a aproximarse a la mesa y contemplar con fijeza aquellos ojos azules. La cabeza de la mujer tembló ligeramente.

—Usa tu poder... para hacerme daño, bruja.

Una sonrisa afloró a los labios de Nicci.

—Hasta el terrible final, seguirías luchando, ¿verdad?

—Usa tu magia, bruja

—Creo que no. Verás, sé un poco sobre vosotras.

Una expresión de desafío llameó en los ojos azules.

—No sabes nada.

—Sí que sé. Richard me lo contó. Tú lo conocerás como vuestro lord Rahl, pero durante un tiempo fue mi alumno. Sé que las mujeres como vosotras poseen la habilidad de capturar el poder de los que tienen el don, si éstos usan ese poder contra vosotras. Entonces, podéis volverlo en nuestra contra. Así que, como ves, sé que es mejor no usar mi poder contra ti.

La mujer desvió la mirada.

—Entonces tortúrame si es eso lo que has venido a hacer. No averiguarás nada.

—No estoy aquí para torturarte —le aseguró Nicci.

—Entonces ¿qué quieres?

—Deja que me presente —contestó ella—. Soy la Señora de la Muerte.

Los ojos azules de la mujer regresaron hacia ella, delatando por primera vez un destello de esperanza.

—Estupendo. Mátame.

—Necesito que me cuentes algunas cosas.

—No te... contaré... nada. —Le costaba un gran esfuerzo hablar—. Nada.

Mátame.

Nicci tomó un cuchillo ensangrentado de la mesa y lo sostuvo ante los ojos azules.

—Creo que lo harás.

—Adelante —dijo la mujer, con una sonrisa—. Sólo acelerará mi muerte. Sé cuánto puede soportar una persona. No estoy lejos del mundo de los espíritus. Pero no importa lo que hagas, no hablaré.

—Me malinterpretas. No deseo que traicionas a tu lord Rahl. ¿No oíste que tu interrogador caía al suelo? Si giras la cabeza un poco más, tal vez puedas ver que el

hombre que te hizo esto está muerto. No deseo que me cuentes ningún secreto.

La mujer echó un vistazo, lo mejor que pudo, en dirección al cuerpo del suelo. Su frente se crispó.

—¿Qué quieres decir?

Nicci advirtió que no pedía que la liberara. Sabía que se encontraba más allá de toda esperanza de poder vivir. Lo único que podía esperar era que Nicci pusiera fin a su padecimiento.

—Richard fue mi alumno. Me contó que en una ocasión estuvo cautivo de las mord-sith. Bien, eso no es un secreto, ¿lo es?

—No.

—Quiero información sobre eso. ¿Cómo te llamas?

La mujer volvió el rostro.

Nicci colocó un dedo en la barbilla de la prisionera y volvió a girarle la cabeza hacia ella.

—Tengo una oferta que hacerte. No te preguntaré nada que no debas contar. No te pediré que traiciones a lord Rahl..., no querría que lo hicieras. Ésas no son las cosas que me interesan. Si cooperas... —Volvió a alzar el cuchillo para que la mujer lo viese—, pondré fin a esto con rapidez. Lo prometo. No habrá más tortura. No habrá más dolor. Sólo el abrazo final de la muerte.

Los labios de la mujer empezaron a temblar.

—Por favor —susurró, mientras la esperanza retornaba a sus ojos—. Por favor..., mátame.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Nicci.

Nicci, por lo general, era insensible a la visión de la tortura, pero lo que tenía ante sí le resultaba perturbador. Evitó apartar los ojos del rostro de la mujer, bajarlos al cuerpo desnudo, para no tener que tomar en consideración lo que se le había hecho. No podía imaginar cómo era capaz de no gritar aquella mujer, o incluso cómo era capaz de hablar.

—Hania. —Las manos y tobillos de la mujer estaban encadenados a la mesa, de modo que era incapaz de mover gran cosa que no fuera la cabeza; clavó la mirada en los ojos de Nicci—. ¿Me matarás?... ¿Por favor?

—Lo haré, Hania, lo prometo. De un modo rápido y eficiente... si me dices lo que quiero saber.

—No puedo decirte nada. —En su desesperación, Hania pareció combarse contra la mesa, sabiendo que su suplicio iba a proseguir—. No lo haré.

—Sólo quiero saber cosas sobre Richard, sobre cuando estuvo cautivo. ¿Sabías que en una ocasión estuvo cautivo de las mord-sith?

—Desde luego.

—Quiero que me lo cuentes.

—¿Por qué?

—Porque quiero comprenderlo.

La cabeza de Hania se balanceó de un lado a otro. Incluso sonrió.

—Ninguna de nosotras comprende a lord Rahl. Lo torturaron, pero jamás... se vengó. No lo comprendemos.

—Yo tampoco, pero espero hacerlo. Me llamo Nicci. Quiero que lo sepas. Soy Nicci, y voy a liberarte de esto, Hania. Háblame sobre ello. Por favor. Necesito saber. ¿Conoces a la mujer que lo capturó? ¿Su nombre?

La mujer lo meditó un momento antes de hablar, como comprobando en su mente si la información era o no secreta, o podía perjudicar a lord Rahl de algún modo.

—Denna —musitó finalmente.

—Denna. Richard la mató para poder escapar..., eso ya me lo había contado. ¿Conocías a Denna antes de su muerte?

—Sí.

—No estoy preguntando nada que sea un secreto militar, ¿verdad Hania vaciló. Finalmente negó con la cabeza.

—Así que, conociste a Denna. ¿Y conocías a Richard por aquel entonces? ¿Cuando estaba allí, y ella lo tenía? ¿Sabías que era su cautivo?

—Todas lo sabíamos.

—¿Cómo es eso?

—Lord Rahl..., el lord Rahl de entonces...

—El padre de Richard.

—Sí. Quería que fuera Denna quien adiestrara a Richard, que lo preparara para responder sin vacilar a cualquier pregunta que Rahl el Oscuro le hiciera. Era la mejor.

—Estupendo. Ahora, cuéntamelo todo. Todo lo que sepas. Hania tomó aire trémulamente. Pasaron unos instantes antes que volviera a hablar.

—No lo traicionaré. Tengo experiencia en lo que se me está ha tiendo. No puedes embaucarme. No traicionaré a lord Rahl sólo para ahorrarme esto. No he soportado tanto para traicionarlo ahora.

—Prometo no preguntar nada sobre el presente, sobre la guerra nada que pueda venderlo a Jagang.

—¿Si te cuento sólo sobre cuando Denna lo tenía, y no sobre ahora, sobre la guerra o donde está o cualquier otra cosa, me das tu palabra de que pondrás fin a esto por mí... que me matarás?

—Te doy mi palabra, Hania. No te pediría que traicionaras a tu lord Rahl; lo conozco y siento demasiado respeto por él para pedirte eso. Todo lo que deseo es comprenderlo, por motivos personales Fui su maestra, el invierno pasado, estuve instruyéndolo en el uso de su don. Quiero comprenderlo mejor. Necesito comprenderlo. Creo que puedo ayudarlo.

—¿Y entonces pondrás fin a esto? —Había un débil resplandor de esperanza junto con las lágrimas—. ¿Me matarás, entonces?

Aquella mujer ya no podía aspirar a nada más ya. Era todo lo que le quedaba en aquella vida: una muerte rápida para acabar con el dolor.

—Tan pronto como acabes de contármelo todo, pondré fin a tu sufrimiento, Hania.

—¿Lo juras por tu esperanza de una eternidad en el inframundo bajo la calidez de la luz del Creador?

Nicci sintió un agudo escalofrío de dolor surgiendo como un lamento de su alma. Había empezado hacía casi ciento setenta años antes no deseando otra cosa que ayudar, y sin embargo no podía escapar al destino de su naturaleza malvada. Era la Señora de la Muerte.

Era una mujer caída.

Pasó un dedo por la suave mejilla de Hania. Las dos mujeres compartieron una prolongada e íntima mirada.

—Lo prometo —musitó Nicci—. Rápido y eficiente. Será el final de tu dolor.

Con lágrimas en los ojos, Hania asintió.

La finca era un lugar magnífico, supuso. Nicci ya había visto grandiosidad como aquélla. También mayor majestuosidad, sin duda alguna. Había vivido en el esplendor durante casi ciento setenta y cinco años, entre las imponentes columnas y arcos de habitaciones impecables, las enredaderas de piedra primorosamente talladas y los paneles de madera de una suavidad indescriptible, las camas de plumas y los cobertores de seda, las alfombras exquisitas y lujosas colgaduras, los ornamentos de plata y oro, y el brillante centelleo de vidrieras de colores que mostraban escenas épicas. La Hermanas que residían allí ofrecían a Nicci sonrisas llenas de alegría y conversación inteligente.

El lujo no significaba para ella más de lo que significaban los escombros de las calles, las frías mantas húmedas extendidas sobre el suelo, los lechos hechos en el cieno, entre riachuelos grasientos que discurrían por la porquería de callejones estrechos, sin otra cosa que el implacable cielo sobre la cabeza. Las personas acurrucadas allí jamás le ofrecían una sonrisa, sino que la contemplaban boquiabiertas con los ojos hundidos, igual que palomas arrullando en busca de unas migajas.

Parte de su vida había transcurrido entre el esplendor, parte entre la basura. Algunas personas estaban destinadas a pasar sus vidas en un lugar, otras en el otro. Ella en ambos.

Nicci alargó la mano hacia el picaporte de plata de una de las ornamentadas puertas flanqueadas por dos soldados fornidos que probablemente se habían criado en una pocilga, y vio que tenía la mano cubierta de sangre. Se dio la vuelta y se limpió la mano con toda tranquilidad en el chaleco de borrego mugriento y manchado de sangre que llevaba uno de los hombres. Los bíceps de sus brazos cruzados eran casi tan gruesos como la cintura de la mujer pero, aunque puso mala cara mientras ella se limpiaba la mano en él, el hombre no hizo ningún movimiento para detenerla. Al fin y al cabo, no lo estaba insultando.

Hania había mantenido su parte del trato. Nicci raras veces recurría a un arma; por lo general usaba su don. Pero en aquel caso eso podría haber sido un error. Cuando había sostenido el cuchillo sobre la garganta de la prisionera, Hania había musitado su agradecimiento por lo que Nicci estaba a punto de hacer. Era la primera vez que alguien había dado las gracias a Nicci antes de que lo matara. Pocas personas daban jamás las gracias a Nicci por la ayuda que proporcionaba. Ella poseía la capacidad de hacerlo, ellos no. Era su deber servir a sus necesidades.

Cuando terminó de limpiarse la mano en el mudo soldado, le lanzó una sonrisa vacua al rostro y luego siguió adelante, cruzando las puertas, para entrar en una majestuosa sala. Una hilera de ventanas altas cubrían una pared de la estancia, que estaba adornada con colgaduras color trigo. Cerca de sus extremos decorados con borlas, las cortinas centelleaban bajo la luz de las lámparas como si estuvieran embellecidas con hilo de oro. Una lluvia de finales de verano salpicaba los cristales perfectamente cerrados, que no mostraban más que oscuridad en el exterior, pero reflejaban la actividad del interior. Las pálidas alfombras de lana, engalanadas con flores concienzudamente bordadas en relieve mediante hiladas de un largo diferente, estaban cubiertas de pisadas embarradas.

Los exploradores entraban y salían, junto con mensajeros y soldados que presentaban sus informes a alguno de los oficiales. Otros oficiales chillaban órdenes. Soldados que transportaban mapas enrollados seguían a sus mandos por la sofocante habitación.

Uno de los mapas descansaba desenrollado sobre una mesa estrecha, de la que

habían retirado el candelabro de plata para depositarlo en el suelo a un lado, detrás de ella. Al pasar junto a la mesa, Nicci echó una ojeada y vio que le faltaban muchos de los elementos tan cuidadosamente marcados en el mapa dibujado por el mensajero d'haraniano. En el mapa expuesto sobre la estrecha mesa, no había nada más que oscuros manchurroneos de cerveza derramada en la zona del noroeste; en el mapa grabado en la mente de Nicci, había montañas, ríos, desfiladeros elevados y arroyos, y un punto que indicaba el lugar donde estaba Richard, junto con su esposa, la Madre Confesora, y la mord-sith.

Los oficiales conversaban entre sí, algunos de pie, otros medio sentados en mesas de patas de hierro y superficies de mármol, algunos repantigados en sillas de cuero acolchado mientras tomaban exquisiteces de bandejas de plata sostenidas por las manos temblorosas de sirvientes sudorosos. Los había que tomaban largos tragos de cerveza en jarras altas de peltre, y otros bebían vino en delicadas copas, todos actuando como si estuvieran familiarizados con tales lujos, y todos ellos pareciendo tan fuera de lugar como sapos tomando el té.

Una mujer de más edad, la hermana Lidmila, que, al parecer, intentaba ser discreta permaneciendo acurrucada en las sombras junto a las colgaduras, se irguió bruscamente al ver que Nicci cruzaba la habitación con paso resuelto. La hermana Lidmila salió de las sombras, efectuando una breve pausa para alisarse las deslustradas faldas, un, acción que era imposible que produjera ninguna mejora perceptible. La hermana Lidmila había dicho en una ocasión a Nicci que las cosas aprendidas en la juventud nunca te abandonan, y a menudo eran mucho más fáciles de recordar que la cena del día anterior, Corría el rumor de que la anciana Hermana, experta en hechizos arcanos, conocidos solamente por las hechiceras más poderosas, tenía muchas cosas interesantes de su juventud que recordar.

La piel coriácea de la hermana Lidmila estaba tan tensada sobre los huesos del cráneo que a Nicci le recordó en gran medida a un cadáver. No obstante el aspecto cadavérico de la anciana Hermana, ésta atravesó la habitación con movimientos enérgicos y rápidos.

Cuando se encontraba a sólo tres metros de distancia, la hermana Lidmila agitó una mano, como si no estuviese segura de que Nicci la viera.

—Hermana Nicci. Hermana Nicci. —Agarró a Nicci de la muñeca—. Ven conmigo, querida. Ven conmigo. Su Excelencia te está esperando. Por aquí. Ven conmigo.

Nicci sujetó firmemente la mano de la hermana que tiraba de ella.

—Ve tú delante, hermana Lidmila. Estoy justo detrás de ti.

La mujer de más edad sonrió, volviendo la cabeza. No era una sonrisa agradable ni alegre, pero sí de alivio. Jagang castigaba a todos los que le disgustaban, sin tener en cuenta si eran culpables.

—¿Qué te demoró tanto, hermana Nicci? Su Excelencia está de muy mal humor, ya lo creo, debido a ti. ¿Dónde has estado?

—Resolviendo asuntos de los que debía ocuparme.

La mujer tenía que dar dos o tres pasos por cada uno de Nicci.

—¡Asuntos, claro! Si fuera cosa mía, te tendría abajo, en la cocina limpiando cacerolas por andar por ahí divirtiéndote cuando se te necesita.

La hermana Lidmila era endeble y olvidadiza, y en ocasiones no se daba cuenta de que ya no estaba en el Palacio de los Profetas. Jagang la usaba para ir en busca de personas o esperarlas y luego mostrarles el camino... por lo general hasta sus tiendas. En el caso de que olvidara el camino, él siempre podía corregir su ruta, si era necesario. Le divertía utilizar a una venerable Hermana de la Luz —una hechicera que se decía que conocía los

conjuros más esotéricos— como una simple chica de los recados. Lejos del palacio y su hechizo que reducía el envejecimiento, la hermana Lidmila se hallaba en una repentina y precipitada carrera hacia la sepultura. Todas las Hermanas lo estaban.

La Hermana de espalda encorvada, con el brazo que colgaba balanceándose, avanzaba arrastrando los pies frente a Nicci, tirándole de la mano mientras le hacía cruzar salas espléndidas, ascender escaleras y recorrer pasillos. Al llegar a una entrada con molduras de pan de oro, se detuvo, llevándose los dedos a los labios mientras recuperaba el aliento. Los soldados que rondaban por el vestíbulo dedicaron a Nicci miradas tan sombrías como su vestido. Ella los reconoció como guardias imperiales.

—Aquí es. —La hermana Lidmila alzó los ojos para escudriñar a Nicci—. Su Excelencia está en sus aposentos. Date prisa, pues. Sigue adelante. Sigue adelante, ya. — Movi6 las manos como si intentara conducir ganado—.

»Entra.

Antes de entrar, Nicci retir6 la mano del pomo y se gir6 hacia la anciana.

—Hermana Lidmila, en una ocasi6n me dijiste que creías que yo sería la más id6nea para algunos de los conocimientos que tienes para transmitir.

El rostro de la mujer se ilumin6 con una sonrisa pícara.

—Vaya, ¿mis conocimientos de magia más oculta te interesan por fin, hermana Nicci?

Nicci nunca antes había sentido interés por lo que la hermana Lidmila le había insistido de vez en cuando que aprendiera. La magia era una actividad egoísta. Aprendió lo que debía, pero nunca se tom6 la molestia de ir más allá, a los hechizos menos corrientes.

—SÍ, la verdad es que creo que, finalmente, estoy lista para ello.

—Siempre dije a la Prelada que eras la única en el palacio con el poder para la magia que conozco. —La mujer se acerc6 más—. EL magia peligrosa, además.

—Debería transmitirse, mientras puedas hacerlo.

La hermana Lidmila asintió satisfecha.

—Creo que tienes la edad apropiada. Podría instruirte. ¿Cuándo?

—Iré a verte... mañana —Nicci dedic6 una veloz mirada a la puesta—. No creo que vaya a poder recibir una lección está noche.

—Mañana, entonces.

—SÍ... pasaré a verte, estoy muy ansiosa por aprender. Especial mente deseo conocer el hechizo de maternidad.

Por lo que Nicci sabía sobre él, el hechizo de maternidad podría ser justo lo que necesitaba. Éste tenía la ventaja de que, una vez invocado, permanecía inalterable.

La hermana Lidmila se irguió y volvió a llevarse los dedos a los labios. Una expresión inquieta cruz6 su rostro.

—Vaya, vaya. Ése. Bueno, sí, podría enseñártelo. Posees la habilidad. Pocas la tienen. No confiaría en nadie excepto en ti para da vida a algo así; requiere un don con un poder tremendo. Tú lo tienes. Siempre y cuando comprendas y estés dispuesta a aceptar el precio que supone, puedo enseñarte.

Nicci asintió.

—Iré a verte cuando pueda, entonces.

La anciana Hermana se alejó sin prisas, absorta en sus pensamientos, pensando ya en la lección. Nicci no sabía si viviría para recibir esa clase.

Una vez que hubo contemplado cómo la anciana desaparecía tras una esquina, Nicci entr6 en una silenciosa habitación iluminada por un millar de velas y lámparas. El alto techo estaba bordeado por un motivo de hojas y bellotas. Había lujosos divanes y sillas tapizados en marrones apagados dispuestos por la habitación, sobre alfombras de

vivos tonos amarillos, naranjas y rojos, que hacían que parecieran el suelo de un bosque en pleno otoño. Se habían corrido gruesas cortinas sobre toda una fila de ventanas. Dos Hermanas sentadas en un diván se levantaron de un salto.

—¡Hermana Nicci! —gritó una, en tono de alivio.

La otra Hermana corrió hasta la puertas dobles del otro extremo de la habitación y abrió una sin llamar, al parecer siguiendo instrucciones. Introdujo la cabeza en la estancia del otro lado para hablar en voz baja, por lo que Nicci no consiguió captar lo que decía.

La Hermana dio un salto atrás cuando Jagang, en la habitación interior, rugió:

—¡Fuera! ¡Todas vosotras! ¡Todo el mundo fuera!

Otras dos Hermanas jóvenes, sin duda ayudantes personales del emperador, salieron precipitadamente de la estancia. Nicci tuvo que hacerse a un lado mientras las cuatro mujeres marchaban presurosas hacia la puerta. Un joven cuya presencia Nicci no había advertido se unió a las mujeres. Nadie dirigió una mirada en dirección a la joven mientras corrían a hacer lo que les ordenaban. La primera lección que uno aprendía como esclavo de Jagang era que cuando te decía que hicieras algo, quería decir al instante. Poco le provocaba tanto a Jagang como la dilación.

En la puerta que daba a la habitación interior, una mujer que Nicci no reconoció salió corriendo, pisando los talones de los demás. Era joven y hermosa, con cabellos y ojos oscuros, probablemente una cautiva recogida en algún punto durante la larga marcha y, sin duda, usada para diversión de Jagang. Sus ojos reflejaban un mundo que se había vuelto loco para ella.

Tales eran los inevitables costes si había que conducir el mundo al orden. Los grandes líderes, por su misma naturaleza, iban acompañados de deficiencias en el carácter, que ellos mismos consideraban meros pecadillos. Los amplios beneficios que Jagang llevaría a las pobres masas dolientes de la humanidad compensaban con creces sus groseras acciones de gratificación personal y la confusión relativamente nimia que provocaba. Nicci era a menudo el objeto sus transgresiones, pero era un precio que valía la pena pagar por ayuda que finalmente significaría para los desvalidos. Ésa era la única cuestión que podía tenerse en cuenta.

La puerta exterior se cerró y el apartamento quedó finalmente vacío de gente a excepción de Nicci y el emperador. La joven paró muy tiesa, la cabeza erguida, los brazos a los costados, gozando del silencio del lugar. El esplendor significaba poco para ella pero el silencio era un lujo que había llegado a agradecer, incluso aunque fuera egoísta. En las tiendas siempre se oía el ruido del ejército apiñado a su alrededor. Allí, reinaba el silencio. Paseó la mirada por la espaciosa y ampulosamente decorada habitación, considerando la posibilidad de que Jagang hubiese adquirido un gusto por tales lugares. A lo mejor, también él simplemente deseaba silencio.

Se dio la vuelta hacia la habitación interior. Él estaba dentro, dando, observándola, una musculosa masa de ira hecha un ovillo de cólera.

Fue directamente hacia él con paso decidido.

—¿Queráis verme, Excelencia?

Sintió un dolor asombroso cuando el dorso de su mano rolliza azotó el rostro. El golpe la hizo girar en redondo. Cayó de rodillas al suelo. Él la puso en pie tirando violentamente de sus cabellos. La segunda vez, golpeó contra la pared antes de volver a caer al suelo. Un dolor embotador recorrió toda su cara. Cuando se recuperó, se irguió sobre las piernas y volvió a colocarse ante él. En la tercera agresión, arrastró un candelabro de pie al suelo con ella. Las velas cayeron y rodaron por el suelo. Una larga tira de cortina transparente que había agarrado cuando intentaba sujetarse a algo para no caer se desgarró y descendió suavemente sobre ella, mientras la joven y una mesa volcada

chocaban contra el suelo. Objetos de cristal se hicieron añicos y hubo un tintineo de metal cuando una serie de pequeños objetos rodaron dando tumbos por el suelo.

Estaba mareada y aturdida, no veía bien. Sentía los ojos como si hubieran estallado, la mandíbula como si estuviera hecha pedazos y el cuello como si tuviera los músculos desgarrados. Yacía despatarrada en el suelo, saboreando las intensas oleadas de dolor, deleitándose en la rara sensación de sentir.

Vio que la sangre salpicaba el reborde claro de la alfombra que tenía debajo, y el cálido resplandor del suelo de madera. Oyó que Jagang le chillaba algo, pero no consiguió distinguir las palabras por encima del zumbido de sus oídos. Con brazo tembloroso, se incorporó. Sintió el contacto tibio de la sangre en los dedos al acercárselos a la boca. Saboreó el dolor. Hacía tanto tiempo que no sentía nada, excepto por aquel brevísimo momento con la mord-sith. Aquello era una gloriosa oleada de sufrimiento.

La brutalidad de Jagang conseguía descender hasta alcanzar el abismo, no tan sólo debido a la crueldad, sino porque ella sabía que no tenía por qué tolerarlo. También él sabía que ella estaba allí por elección propia, no por que él lo quisiera. Eso no hacía más que intensificar su cólera y, por lo tanto, las sensaciones de Nicci.

Su ira parecía letal, y ella se limitó a reparar en el hecho de que era muy probable que no saliera viva de la habitación. Era probable que no llegara a aprender los hechizos de la hermana Lidmila, así que simplemente aguardó para descubrir el destino que había decidido ya para ella.

La rotación de la estancia disminuyó por fin lo suficiente para que pudiera levantarse. Se irguió bien tiesa ante la silenciosa figura fornida del emperador Jagang. La cabeza afeitada del hombre reflejaba puntos de luz procedentes de algunas de las lámparas. Su único pelo en el rostro era un bigote grueso que le caía a ambos lados de la boca, y una perilla bajo el labio inferior. El aro de oro que atravesaba la ventana izquierda de la nariz y su fina cadena de oro, que discurría hasta otro aro en la oreja izquierda, brillaban con luz tenue a la suave luz de las lámparas. A excepción de un anillo grueso en cada dedo, no lucía la colección de cadenas y joyas reales rapiñadas que acostumbraba a llevar alrededor del cuello. Los anillos brillaban con la sangre de Nicci.

Llevaba el pecho descubierto, pero a diferencia de la cabeza, el pecho estaba cubierto de áspero vello. Sus músculos sobresalían, los tendones bien marcados mientras flexionaba los puños. Tenía el cuello de un toro, y su temperamento era peor.

Nicci, media cabeza por debajo de él, permaneció de pie ante el emperador, aguardando, con la mirada fija en los ojos que solía ver en sus pesadillas. Eran de un gris opaco, sin el blanco del ojo, y nublados por sombrías formas nebulosas que cruzaban a hurtadillas una superficie de negra oscuridad. Incluso a pesar de que no tenían iris ni pupilas manifiestas —nada excepto aparentes vacíos oscuros en el lugar donde una persona normal tenía los ojos—, Nicci siempre sabía sin la menor duda cuándo la estaba mirando.

Eran los ojos de un Caminante de los Sueños. Un Caminante de los Sueños que no tenía acceso a su mente. Ahora, Nicci comprendía el motivo.

—¿Bien? —bramó él, y alzó las manos—. ¡Grita! ¡Aúlla! ¡Chilla! ¡Suplica! ¡Protesta..., busca excusas! ¡No te limites a quedarte ahí parada!

Nicci se tragó el sabor acre de la sangre mientras contemplaba con placidez su iracunda mirada.

—Por favor, sed preciso, Excelencia, sobre cuál preferiríais, cuánto tiempo debo hacerlo, y si debo ponerle fin voluntariamente o aguardar hasta que me dejéis inconsciente a golpes.

Él se abalanzó sobre ella hecho una furia y agarró su garganta con su enorme

mano para sostenerla mientras la golpeaba. Las rodillas de la mujer se doblaron, pero él la mantuvo erguida hasta que pudo mantenerse en pie por sí misma.

Soltó su garganta con un empujón.

—¡Quiero saber por qué le hiciste eso a Kadar!

Ella se limitó a ofrecer una sonrisa ensangrentada.

El hombre le retorció el brazo en la espalda y apretó a la mujer, contra él.

—¡Por qué tenías que hacer algo así! ¿Por qué?

El baile mortal con Jagang se había iniciado, y se preguntó vagamente si en esa ocasión perdería la vida.

Jagang había matado a bastantes Hermanas que le habían contrariado. La seguridad de Nicci estando con él —si se le podía llamar así— estribaba en su misma indiferencia por su seguridad. Su total desinterés por su propia vida fascinaba a Jagang porque sabía que era sincero.

—En ocasiones, sois un estúpido —dijo ella, con auténtico desprecio—, demasiado arrogante para ver lo que tenéis delante de las narices.

Él le retorció el brazo hasta que ella estuvo segura de que se partiría. El aliento jadeante del hombre calentó la dolorida mejilla de Nicci.

—He matado a gente por decir mucho menos que eso. Ella se mofó de él, pese al dolor.

—¿Queréis matarme de aburrimiento? Si deseáis matarme, agarradme por la garganta y estranguladme, o acuchilladme hasta convertirme en una masa sanguinolenta para que pueda desangrarme a vuestros pies; pero no creáis que podéis asfixiarme con el simple peso de vuestras monótonas amenazas. Si vuestro deseo es matarme, ¡sed un hombre y hacedlo! O de lo contrario cerrad la boca.

El error que mucha gente cometía con Jagang era creer que, debido a su capacidad para ser tan profundamente brutal, era una bestia ignorante y estúpida. No lo era. Era uno de los hombres más inteligentes que Nicci había conocido. La brutalidad no era más que su manto. De resultas de su acceso a los pensamientos de los demás, asimilaba sus conocimientos, su sabiduría y sus ideas; tal asimilación redundaba en su intelecto. También sabía lo que la gente temía más. Si algo en él la asustaba, no era su brutalidad, sino su inteligencia, porque sabía que la inteligencia podía ser un pozo sin fondo de crueldad auténticamente imaginativa.

—¿Por qué lo mataste, Nicci? —volvió a preguntar; esta vez su voz había perdido algo de su fuego.

La mente de la mujer sólo pensaba en Richard, y eso actuaba como un protector muro de piedra. Él debía de verlo en sus ojos. Parte de la cólera de Jagang, lo sabía, se debía a su impotencia para penetrar en su mente, para poseerla como podía hacer con tantas otras personas. La sonrisita perspicaz de la mujer se mofaba de él por lo que no podía tener.

—Me divirtió oír el gran Kadar Kardeef pedía misericordia a gritos, y luego negársela.

Jagang volvió a rugir, un sonido bestial fuera de lugar en una estancia tan refinada. Vio la masa borrosa de su brazo balanceándose hacia ella. La habitación giró violentamente a su alrededor. Esperó golpear algo con tal violencia que le partiera los huesos pero, en su lugar, cayó y chocó contra una blandura inesperada. La cama, comprendió. De algún modo, había evitado los postes de mármol y caoba de las esquinas que, sin duda, la habrían matado. El destino, al parecer, se divertía con ella. Jagang aterrizó sobre ella.

Creyó que ahora la golpearía hasta matarla, pero, en lugar de ello, estudió sus ojos desde muy cerca. Se colocó a horcajadas sobre las caderas de la mujer, y sus manos

rollizas tiraron de las cintas de su corpiño. Con un veloz tirón, dejó sus pechos al descubierto. Sus dedos apretaron la carne que había quedado al descubierto hasta que los ojos de Nicci se llenaron de lágrimas.

Nicci ni lo observó ni se resistió, sino que se quedó inerte mientras él le subía el vestido hasta la cintura. Su mente inició su viaje lejos de allí, a donde sólo ella podía ir. Jagang cayó sobre ella, arrebatándole el aire de los pulmones, que surgió en un gruñido de impotencia.

Con los brazos extendidos a los costados, los dedos abiertos y flácidos, los ojos fijos sin pestañear, Nicci clavó la mirada en los pliegues de la seda del dosel de la cama, con la mente en un distante lugar silencioso. El dolor parecía distante. Los esfuerzos que hacía por respirar parecían insignificantes.

Mientras él se dedicaba a su grosera tarea, ella concentró sus pensamientos en lo que iba a hacer. Jamás había creído posible lo que en aquellos momentos consideraba. Ahora sabía que lo era. Sólo tenía que decidir hacerlo.

Jagang la abofeteó, provocando que volviera a centrar su mente en él.

—¡Eres demasiado estúpida hasta para llorar!

Comprendió que había acabado; al hombre no le satisfacía que ella no se hubiera dado cuenta. Tuvo que esforzarse por no acariciar su mandíbula, que le escocía debido a lo que para él era un manotazo, pero que para la persona que lo recibía era un golpe casi tan fuerte como para dejarla lisiada. De la barbilla del hombre cayeron gotas de sudor sobre el rostro de Nicci. Su poderoso cuerpo brillaba por el esfuerzo que ella no había percibido.

Respiró agitadamente mientras la contemplaba. La ira, por supuesto, alimentó la mirada furiosa, pero a Nicci también le pareció ver algo más allí: arrepentimiento, o quizá angustia, o a lo mejor incluso dolor.

—¿Es eso lo que deseáis que haga, Excelencia? ¿Llorar? La voz de Jagang se tomó glacial mientras se dejaba caer de costado junto a ella.

—No. Deseo que reacciones.

—Pero lo hago —respondió ella, mientras contemplaba el dosel con fijeza—. Simplemente no es la reacción que deseáis.

—¿Qué pasa contigo, mujer? —inquirió él, incorporándose en el lecho.

Ella lo miró un instante, y luego desvió la mirada.

—No tengo ni idea —contestó con toda honestidad—. Pero creo que debo averiguarlo.

Jagang hizo una seña.

—Quítate la ropa. Pasarás la noche aquí. Ha pasado demasiado tiempo. —En esa ocasión fue él quién desvió la mirada hacia las paredes—. Te he echado de menos en mi cama, Nicci.

Ella no respondió. No creía que él echara en falta nada en su lecho. No le creía capaz de echar de menos a una persona. Lo que echaba de menos, se dijo, era poder echar de menos a alguien.

Nicci se incorporó y pasó las piernas por encima del costado de la cama mientras se desembarazaba del vestido negro. Se lo quitó por encima de la cabeza y luego lo depositó sobre el respaldo de una silla de cuero. Recuperó su ropa interior de la maraña del cobertor de la cama y la arrojó a la silla antes de quitarse las medias y colocarlas en el respaldo de la silla. Él observó su cuerpo todo el tiempo, la contempló mientras se ocupaba de su vestido, alisándolo para arreglar lo que él le había hecho, contempló el misterioso encanto de una mujer actuando como una mujer.

Cuando hubo terminado se volvió otra vez hacia él. Se irguió orgullosa, para que viera lo que sólo podía obtener por la fuerza, y nunca como un regalo voluntario. Detectó el sentimiento de privación en su cara. Aquella era la única victoria que podía obtener: cuanto más la tomaba por la fuerza, más comprendía él que ése era el único modo en que podría tenerla jamás, y más le enfurecía eso. Ella estaba dispuesta a morir antes que darle la satisfacción de ese regalo, y él conocía aquella brutal verdad.

Jagang se obligó finalmente a abandonar su privado y amargo anhelo y alzó la vista para mirarla a los ojos.

—¿Por qué mataste a Kadar?

Nicci se sentó en el borde de la cama, frente a él, justo donde no pudiera alcanzarla con facilidad y encogió los hombros desnudos.

—Vos no sois la Orden. La Orden no es un hombre solo, sino un ideal de equidad. Como tal sobrevivirá a cualquier persona. Servís a ese ideal y a la Orden, por ahora, en calidad de simple bestia. La Orden podría usar a cualquier bestia para que sirviera a su propósito. Vos, Kadar, u otro. Simplemente eliminé a alguien que podría haber sido una amenaza para vos antes de que podáis alzaros por encima de vuestro papel actual.

—¿Esperas que crea que me hacías un favor? —Sonrió, burlón—. Ahora te mofas de mí.

—Si os satisface pensar eso, hacedlo.

Sus suaves extremidades blancas contrastaban intensamente con la gruesa colcha de oscuros tonos verdes jaspeados y las sábanas. El emperador se recostó encima, apoyado en varios almohadones arrugados, exhibiéndose impudicamente ante ella. Sus ojos aparecían aún más oscuros que de costumbre.

—¿Qué es toda esta palabrería que no dejo de oír sobre «Jagang el Justo»?

—Vuestro nuevo título. Es lo que os salvará, lo que vencerá por vos, lo que os traerá más gloria que cualquier otra cosa. Sin embargo, en pago por eliminar una futura amenaza a vuestra posición, y convertirlos en un héroe ante la gente, derramáis mi sangre.

Jagang colocó un brazo detrás de la cabeza.

—A veces haces que crea las historias que cuenta la gente, eso de que en realidad

estás loca.

—¿Y si matáis a todo el mundo?

—Entonces estarán muertos.

—Recientemente he pasado por ciudades que han visitado vuestros soldados. Parece que no hicieron daño a la gente; al menos no masacraron a todos los que veían, como hicieron cuando iniciaron su avance por el Nuevo Mundo.

Jagang agarró un puñado de sus cabellos. Con un gruñido, tiró de ella, tumbándola, junto a él. Nicci contuvo la respiración mientras él se incorporaba sobre un codo y dirigía su inquietante mirada al interior de sus ojos.

—Tu tarea es imponer castigos ejemplares a la gente, mostrarles que deben contribuir a nuestra causa; hacer que teman la justa cólera de la Orden Imperial. Ésa es la tarea que te asigné.

—¿Es eso así? Entonces ¿por qué los soldados no impusieron castigos ejemplares? ¿Por qué dejaron tranquilas esas poblaciones? ¿Por qué no contribuyeron a infundir el miedo en los corazones de la gente? ¿Por qué no arrasaron todas las poblaciones que encontraron en su camino?

—¿Y entonces a quién gobernaría yo, aparte de a mis soldados? ¿Quién haría el trabajo? ¿Quién fabricaría las cosas? ¿Quién cultivaría la comida? ¿Quién pagaría impuestos? ¿A quién llevaré la esperanza de la Orden? ¿Quién estará allí para ensalzar al gran emperador Jagang si los mato a todos?

Se dejó caer de espaldas.

—Tal vez te llamen Señora de la Muerte, pero no podemos hacerlo a tu manera y matar a todo el mundo. Estamos ligados a la finalidad de la Orden. Si la gente siente que la llegada de la Orden no puede significar otra cosa que su muerte, resistirán hasta el fin. Deben saber que es sólo su resistencia lo que acarrea una muerte rápida y segura. Si se dan cuenta de que nuestra llegada les ofrece una vida ética, una vida que coloca al hombre bajo el Creador y el bienestar del hombre por encima de todo lo demás, nos aceptarán.

—Repartisteis muerte en esta ciudad —le provocó ella, forzándolo a demostrar inconscientemente la validez de lo que ella había hecho—. Incluso a pesar de que eligieron a la Orden.

—He dado órdenes de que a cualquier persona de la ciudad que siga con vida se le permita regresar a su hogar. El saqueo ha finalizado. Las gentes de aquí traicionaron sus promesas y por lo tanto provocaron la brutalidad. Pero ahora eso ha terminado y ha llegado un nuevo día de orden. Las viejas ideas de tierras separadas ya no existen, como se hizo en el Viejo Mundo. Todas las personas serán gobernadas, y entrarán en una era nueva de prosperidad... bajo la Orden Imperial. Únicamente aquellos que se resistan serán aplastados; no porque se resistan, sino porque, en última instancia, son traidores al bienestar de sus iguales y deben ser eliminados.

»Aquí en Anderith, tuvo lugar el momento crucial de nuestra lucha. Richard Rahl fue expulsado finalmente por la gente, que vio la virtud de lo que ofrecemos. Richard ya no puede afirmar que la representa.

—Sin embargo, entrasteis aquí y masacrasteis...

—Los dirigentes de la ciudad faltaron a ciertas promesas que me habían hecho; quién sabe cuánta de la población pudo haber colaborado en ello; y por lo tanto la gente tuvo que pagar un precio, pero colectivamente también se han ganado un lugar en la Orden por su valentía al rechazar categóricamente a lord Rahl y la moralidad trasnochada, egoísta y falta de inspiración que les ofreció.

»La situación ha cambiado. La gente ya no tiene fe en lord Rahl, ni tampoco puede él tener ninguna fe en ella ahora. Richard Rahl es un líder caído.

Nicci sonrió interiormente, con una sonrisa triste. Ella era una mujer caída, y Richard era un hombre caído. El destino de los dos estaba sellado.

—Tal vez aquí, en este lugar —dijo—, pero está lejos de haber sido derrotado. Todavía es peligroso. Al fin y al cabo, no conseguisteis obtener todo lo que buscabais aquí, en Anderith, debido a Richard Rahl. No sólo os negó una victoria clara al destruir enormes almacenes de provisiones y dejar los sistemas y servicios de producción en completo desorden, sino que también se escabulló de entre vuestros dedos cuando deberíais haberlo capturado.

—¡Lo cogeré!

—¿De veras? Tengo mis dudas. —Vigiló el puño del emperador, y aguardó hasta que se relajó, antes de proseguir—. ¿Cuándo llevaréis los ejércitos al norte, a la Tierra Central?

Jagang se pasó la mano por el velludo pecho.

—Pronto. Primero quiero darles tiempo para que se vuelvan descuidados. Cuando se tornen confiados, marcharé hacia el norte.

»Un gran líder debe interpretar la naturaleza de la batalla, para poder ajustar sus tácticas. Ahora, seremos liberadores, a medida que nos movamos hacia el norte, al interior de la Tierra Central, llevando la gloria del Creador a la gente. Debemos ganarnos las mentes y los corazones de los no convertidos.

—¿Habéis decidido vos este cambio? ¿Vos solo? ¿No tenéis en cuenta la voluntad del Creador en vuestra campaña?

Jagang la fulminó con la mirada por su insolencia, indicándole que no debía hacer tal pregunta.

—Soy el Emperador. No necesito consultar a nuestros guías espirituales, pero puesto que su consejo siempre es bien recibido, ya he conversado con los sacerdotes. Han hablado favorablemente sobre mis planes. El hermano Narev los considera juiciosos y ha dado su bendición. Será mejor que te mantengas en tu tarea de aniquilar toda oposición. Si no sigues mis órdenes... bueno, nadie echará de menos a una Hermana. Tengo más.

No se sintió impresionada por sus amenazas, por más reales que fueran. A juzgar por su mirada suspicaz, también él empezaba a comprenderlo.

—Lo que hacéis es apropiado —repuso—, pero hay que cortarlo a pedacitos para que la gente pueda masticarlo. No poseen la sabiduría de la Orden para saber lo que es mejor para ellos..., el pueblo raras veces la tiene. Incluso alguien tan terco como vos debe de ser capaz de ver que me he anticipado a vuestros planes ayudando a esos que no podéis permitir matar a comprender que los dejáis con vida por un sentido de la justicia. La noticia de tales actos conquistará corazones.

Él le lanzó una mirada de soslayo.

—Soy el fuego purificador de la Orden. El fuego es una conflagración necesaria, pero no un fin importante; es simplemente el medio para conseguir un fin. De las cenizas que yo, Jagang, creo, puede brotar y crecer un orden nuevo. Es este fin, esta gloriosa era nueva del hombre, lo que justifica los medios. Y es responsabilidad mía, no tuya, determinar cuándo y cómo administraré la justicia, y quién la recibirá.

Nicci empezó a perder la paciencia ante su vanidad, y el desdén tiñó su voz.

—Simplemente le he puesto un nombre: Jagang el Justo, y he empezado a divulgar por vos vuestro nuevo título cuando surgió la oportunidad. Sacrifiqué a Kadar con ese fin, por las mismas razones que habéis enumerado. Tenía que hacerse ahora a fin de que pudiera propagarse y florecer, o el Nuevo Mundo se insensibilizará irreversiblemente contra la Orden. Elegí el momento y el lugar, y al usar la vida de Kadar Kardeef, la vida de un héroe de guerra, demostré vuestra devoción a la causa de la Orden por encima de

todo lo demás. Fue en nuestro beneficio.

»Cualquier bruto podría encender la conflagración; este nuevo título muestra vuestra visión moral..., otra manifestación de valía por encima de otros hombres. He plantado la semilla vital que os convertirá en un héroe ante la gente corriente y, más importante aún, ante los sacerdotes. ¿Vais a fingir que consideraréis el título inadecuado? ¿O que no os servirá bien?

»Lo que he hecho yo sola ayudará a obtener lo que vuestro poderoso ejército no puede: lealtad voluntaria sin una batalla, sin coste. Con la vida de Kadar, yo, Nicci, os he convertido en más de lo que os podíais convertir por vos mismo. Yo, Nicci, os he dado la reputación de la probidad. Yo, Nicci, os he convertido en un líder en el que el pueblo confiará porque creen que sois justo.

Él reflexionó, apartando la vista de la mirada ardiente de la mujer. Su brazo finalmente se extendió y los dedos recorrieron con ternura el muslo de la mujer. El roce era un admisión para él..., una admisión de que ella tenía razón, incluso aunque no quisiera decirlo en palabras.

Al cabo de unos instantes bostezó, y luego sus ojos se cerraron. Su respiración se aquietó, y empezó a sumirse en un sueñecito, como era su costumbre con ella. Esperaba que ella permanecería justo donde estaba, de modo que al despertar la encontraría a su disposición. Nicci supuso que podría marcharse. Pero no era el momento. Aún no.

Jagang despertó al cabo de una hora. Nicci seguía con la vista fija en el dosel, pensando en Richard. Parecía que a su plan le faltaba una pieza, una cosa más para que encajara.

En su sueño, Jagang había rodado sobre el costado de espaldas a ella y ahora, se volvió. Sus ojos oscuros la examinaron con una expresión de lascivia reavivada. La apretó contra él. El cuerpo del emperador ardía como una roca al sol y era sólo ligeramente más blando.

—Compláceme —ordenó con un gruñido ronco que habría obligado a cualquier otra mujer a obedecer la orden.

—¿O qué? ¿Me mataréis? Si temiera eso, no estaría aquí. Esto es por fuerza, no consentimiento. No tomaré voluntariamente parte en ello, ni permitiré que os engañéis creyendo que os deseo.

La golpeó con el dorso de la mano, derribándola sobre la cama.

--!Tomas parte voluntariamente! —La sujetó por la muñeca y la arrastró de vuelta a él—. ¿Por qué, si no, estarías aquí?

—Me ordenasteis que viniera.

—Y viniste cuando podrías haber huido —replicó él, con una sonrisita.

Ella abrió la boca, pero no tenía una respuesta que expresar con palabras, ninguna respuesta que él pudiera comprender.

Con una mueca victoriosa, cayó sobre ella y presionó sus labios contra los de Nicci. No obstante el daño que le hizo a ella, para Jagang aquello era un comportamiento delicado y le había contado innumerables veces que era la única mujer a la que tenía ganas de besar. Parecía creer que expresando esas emociones por ella, Nicci no tendría otra alternativa que rendirle sentimientos de la misma especie, como si los sentimientos expresados fueran una moneda de cambio con la que podía comprar afecto cuando quisiera.

Era sólo el inicio de una larga noche —un largo suplicio—, ella lo sabía. Tendría que soportar su vigorosa violación varias veces más antes del amanecer. Su pregunta vagó por el lejano lugar de su mente.

Llegó el amanecer, acompañado por las punzadas sordas de un dolor de cabeza producto de los sucesivos golpes, y los dolores más agudos de los lugares en los que la

había golpeado al descubrir que lo que había pensado que era su sumisión voluntaria no era más que un engaño que lo dejó más furioso que antes. Las almohadas estaban manchadas con su sangre. Había sido una noche larga en la que había experimentado raras sensaciones.

Sabía que era malvada, y merecía que la violaran de un modo tan brutal. No podía presentar ninguna objeción moral; ni siquiera con las cosas terribles que él le hacía. Jagang no estaba ni con mucho corrompido como ella. Jagang erraba en simples cuestiones de la carne, y eso era de esperar —todas las personas eran corruptas en lo referente a la carne—, pero debido a la indiferencia que sentía ante el sufrimiento que la rodeaba, ella fracasaba en las cuestiones del espíritu. Eso, lo sabía, era pura maldad. Por eso merecía padecer cualquier cosa que él le hiciera. Por el momento, aquel lugar oscuro y profundo de su interior estaba cerca de sentirse saciado.

Nicci se tocó la boca y halló los cortes dolorosos, pero cerrados,

La cicatrización de heridas, con todo, no ofrecía las sensaciones que justificaban recibirlas, de modo que decidió hacer que una Hermana la curara, en lugar de darle a Jagang la satisfacción de contemplar como padecía las molestias de las lesiones.

Decidido eso, su mente se puso a pensar en la hermana Lidmila.

Nicci advirtió entonces que Jagang no estaba en la cama. Se incorporó y le vio en una silla no muy lejos, observándola.

Estiró la sábana para cubrirse los pechos, moteados de gotitas de sangre seca.

—Sois un cerdo.

—Nunca tienes suficiente. No obstante lo que digas, Nicci, deseas estar conmigo. Si no, ¿por qué ibas a quedarte?

Aquellos ojos de pesadilla la observaron con atención, intentando encontrar un camino al interior de su mente. No había ninguno. Ya no podría ser una pesadilla para ella. Richard custodiaba su mente.

—No por los motivos que deseáis creer. Me quedo porque la causa primordial de la Orden es una moral, y deseo que tenga éxito. Deseo que el padecimiento de las víctimas indefensas de la vida toque a su fin. Deseo que todo el mundo sea finalmente igual y viva por fin con todo lo necesario. He trabajado casi toda mi vida por esos objetivos. La Orden puede ocuparse de que ese mundo justo se haga realidad. Si debo soportaros..., ayudaros incluso..., para conseguir tal fin, eso no es más que un molestia insignificante con la que debo convivir.

—Tu discurso es muy noble, pero creo que hay algo más básico tras ello. Creo que te habrías ido si pudieses —sonrió—, te habrías ido si realmente lo desearas. ¿Por qué te quedas, Nicci?

Ella no deseaba considerar la pregunta. Le dolía la cabeza. —¿Qué es todo eso que se dice sobre que estáis construyendo un palacio?

—Así que lo has oído. —Aspiró con fuerza y suspiró—. Será el palacio más magnífico jamás construido. Un lugar apropiado para el Emperador de la Orden Imperial, para el hombre que gobierna unto el Viejo como el Nuevo Mundo.

—El hombre que *quiere* gobernarlos. Lord Rahl se interpone en vuestro camino. ¿Cuántas veces os ha vencido, ya?

En los ojos de Jagang centelleó una ira que ella sabía que podía tornarse violenta. Richard había frustrado a Jagang en varias ocasiones. Incluso aunque Richard no hubiese salido victorioso sobre Jagang, le había agujijoneado. Todo un logro, en realidad, para un ejército, tan diminuto enfrentado al despliegue de la Orden Imperial. Un hombre como Jagang odiaba la humillación de un agujijón casi tanto como odiaría que lo destriparan con una espada.

—Eliminaré a Richard Rahl, no te preocupes —repuso Jagang, con un gruñido

sordo.

La mujer sacó entonces a colación lo que realmente quería averiguar.

—¿Desde cuándo el irresistible emperador Jagang se ha vuelto blando y desea vivir rodeado de esplendor?

—Ah, pero ahora soy Jagang el Justo. ¿Recuerdas? —Regresó a la cama y se dejó caer junto a ella—. Nicci, lamento haberte hecho daño. Nunca quiero hacerte daño, pero me obligas a hacerlo. Sabes que me importas.

—¿Os importo, y sin embargo me golpeáis? ¿Os importo y nunca os habéis molestado en hablarme de un proyecto tan grandioso como la construcción de un palacio? Soy insignificante para vos.

—Te lo he dicho. Siento haberte hecho daño; pero fue culpa tu y lo sabes.

Pronunció las palabras casi con cariño. Con la mención del palacio, su rostro se había suavizado, adquiriendo una expresión de visionario.

—Es adecuado y justo que por fin tenga el prestigio de un edificio tan monumental.

—¿Vos, el hombre que estaba contento con tiendas en el campo, ahora quiere vivir en un edificio esplendoroso? ¿Por qué?

—Porque una vez que coloque al Nuevo Mundo bajo la guía la Orden, le deberé a la gente que se me vea en un marco majestuoso..., pero tendrá más que mero esplendor.

—Pues claro —repuso ella.

Él le cogió la mano y la alzó.

—Nicci, llevaré con orgullo el título de Jagang el Justo. Tienes razón, ha llegado el momento para ese paso. Sólo estaba enojado porque tú diste ese paso sin discutirlo conmigo. Pero olvidémoslo, ahora

Ella no dijo nada y él oprimió su mano con más fuerza, para mostrar su sinceridad, supuso Nicci.

—Te encantará el palacio cuando esté terminado. —Pasó los dedos de su otra mano con ternura por la mejilla de la mujer—. Todos viviremos allí durante muchísimo tiempo.

Las palabras le llamaron la atención.

—¿Muchísimo tiempo?

Por primera vez comprendió que había algo más en aquello que simplemente su vanidad deseando un palacio después de que Richard le privara del Palacio de los Profetas. Quería aquello otro de lo que Richard le había privado. Podía ser que...

Alzó los ojos hacia su rostro, buscando una respuesta. Él se limitó a sonreír a las preguntas que había en sus ojos.

—La construcción se ha iniciado ya —dijo, ignorando aquellos interrogantes—. Arquitectos y grandes constructores de todo el Viejo Mundo se han reunido para trabajar en él. Todo el mundo quiere participar en tan magnífico proyecto.

—¿Y el hermano Narev? —sondeó ella—. ¿Qué piensa sobre construir un monumento tan frívolo a un hombre cuando hay trabajo importante que hacer a favor de tantas personas necesitadas?

—El hermano Narev y sus discípulos son muy partidarios del proyecto. —Jagang le dedicó una sonrisa maliciosa—. Ellos también vivirán allí.

La comprensión se adueñó de ella.

—Pondrá un hechizo en el nuevo palacio —musitó para sí, asombrada.

Jagang se limitó a sonreír mientras la observaba, a todas luces complacido con su reacción.

El hermano Narev había estado en el Palacio de los Profetas casi tanto tiempo como ella, casi ciento setenta años, pero en todo ese tiempo sólo parecía haber

envejecido diez o quince años... igual que ella. Nadie excepto Nicci supo nunca que era algo más que un mozo de cuadra. No sabían que poseía el don.

Durante todo ese tiempo, debió de haber estado estudiando el hechizo que rodeaba el palacio. Por lo que ella sabía, la mayoría de los discípulos del hermano Narev habían sido jóvenes magos del Palacio de los Profetas; todos ellos tenían acceso a las criptas. También ellos podían haberle dado información. Pero ¿podía realmente hacer algo así?

—Habládme del palacio —inquirió, prefiriendo su voz al silencioso examen de sus ojos de pesadilla.

La besó primero, del modo en que un hombre besa a una mujer, no como una bestia besa a una víctima. Lo soportó con no más aprecio que sus ardores, pero, en esta ocasión, él pareció no advertirlo, y por la sonrisa de su rostro, dio la impresión de que le había gustado.

—Las salas supondrán un recorrido de veinticinco kilómetros.

Extendió un brazo y empezó a dar forma al magnífico palacio en el aire. Mientras proseguía, miraba al vacío, al imaginario contorno que flotaba en el espacio.

—El mundo no ha visto nunca nada comparable. Mientras yo llevo la esperanza de la Orden al Nuevo Mundo, la auténtica palabra, del Creador a los malvados y a los codiciosos, y destierro los ideales egoístas de la antigua religión de la magia, allá, en mi tierra natal, los trabajos de construcción del palacio seguirán adelante.

»Las canteras estarán ocupadas durante años en la extracción de toda la piedra que se usará en su construcción. La variedad de piedras no dejará la menor duda sobre la gloria del lugar. El mármol será el mejor. Las maderas excelentes. Todo el material que forma parte del palacio será excepcional. Los mejores artesanos lo convertirán en una construcción magnífica.

—Sí, pero, pese a que otros puedan vivir ahí —se mofó ella, con frío desdén—, no será más que un monumento pomposo a un único hombre: el grande y poderoso Emperador Jagang.

—No, estará consagrado a la gloria del Creador.

—¿Sí? ¿Y también el Creador se instalará allí?

Jagang frunció el entrecejo ante su blasfemia.

—El hermano Narev desea que el palacio sirva de enseñanza a gente. Contribuye con su guía espiritual a la empresa y supervisará personalmente la construcción mientras yo limpio el camino para la Orden.

Eso era lo que ella quería saber.

El Emperador clavó la mirada en la figura invisible que seguía flotando en el aire ante ellos. Su voz adoptó un tono reverencial.

—El hermano Narev comparte mi visión en esto. Siempre ha sido como un padre para mí. Su dirección espiritual ha sido una inspiración toda mi vida. Él me permite aparecer en primer plano, y recibir el mérito por nuestras victorias, pero yo no sería nada sin sus enseñanzas morales. Lo que consigo es sólo como el puño de la Orden, y un puño no es más que una parte del todo, de la misma forma que todos nosotros no somos más que fragmentos insignificantes de la sociedad. Tienes razón: muchos otros podrían ocupar mi lugar. Pero mi cometido es ser quien nos conduce. Jamás haría nada para defraudar la confianza que el hermano Narev ha depositado en mí..., eso sería como traicionar al Creador. Él guía el camino para todos nosotros.

»Sólo pensaba en construir un palacio digno para todos nosotros, un lugar desde el que gobernar en beneficio del pueblo. Fue el hermano Narev quien hizo suyo el sueño y le dio un significado moral. Que todo el mundo, al contemplar la enorme construcción, viera el lugar del hombre en el nuevo orden; que viera que el hombre jamás puede estar a

la altura de la gloria del Creador, y que, individualmente, no es más que un miembro insignificante de la más importante hermandad del hombre y que, por lo tanto, no puede tener un cometido más importante que el de elevar a todos sus hermanos necesitados para que todos puedan prosperar juntos. Con todo, también será un lugar que dará una lección de humildad a todo hombre que esté ante él, al mostrarle su insignificancia ante la gloria de su Creador, al enseñar la depravación del hombre, su naturaleza torturada, retorcida e inferior, pues todos los seres humanos del mundo son así.

Nicci casi podía ver el lugar cuando él lo describía. Desde luego sería una inspiración que volvería humilde a la gente. Jagang estuvo cerca de inspirarla a ella con aquella charla, tal como el hermano Narev la había inspirado en una ocasión.

—Por eso me he quedado —murmuró—, porque la causa de la Orden es virtuosa.

La pieza que faltaba acababa de aparecer.

En el silencio que siguió, Jagang volvió a besarla. Ella le permitió que terminara, y luego se apartó de su abrazo. Con una sonrisa distante, el hombre la observó mientras se levantaba y empezaba a vestirse.

—Te encantará estar allí, Nicci. Será un lugar digno de ti.

—¿Sí? ¿Como la Reina Esclava?

—Como una reina, si lo deseas. Planeo darte la clase de autoridad que nunca antes has tenido. Seremos felices allí, tú y yo, realmente felices. Durante un largo, largo tiempo, seremos felices allí,

Ella se subió una media por la pierna.

—Cuando la hermana Ulicia y las cuatro que la acompañaban hallaron un modo de abandonaros, preferí hacer caso omiso de su descubrimiento y quedarme, porque sé que la Orden es la única vía moral para la humanidad. Pero ahora...

—Te quedaste porque no serías nada sin la Orden.

Ella apartó la mirada de sus ojos. Se pasó el vestido por la cabeza e introdujo los brazos en las mangas, e hizo pasar la falda por encima de las caderas.

—No soy nada sin la Orden, y no soy nada con ella. Nadie lo es. Todos somos criaturas incompetentes y miserables; ésa es la naturaleza del ser humano; eso es lo que el Creador enseña. Pero la Orden muestra al hombre su deber de crear una vida mejor por el bien todos.

—¡Y yo soy el Emperador de la Orden Imperial!

Su rostro rojo se enfriaba más despacio de lo que se había calentado. Gesticuló vagamente en el retumbante silencio y siguió en tono más sosegado.

—El mundo quedará unificado bajo la Orden. Seremos felices en el palacio cuando esté terminado, Nicci. Tú y yo bajo la guía espiritual de nuestros sacerdotes. Ya lo verás. Con el tiempo, cuando...

—Me voy —anunció ella, y se puso una bota.

—No lo permitiré.

Nicci dejó de ponerse la otra bota y levantó la vista un instante para mirar sus oscuros ojos. Nicci movió un dedo en dirección a jarrón de piedra de una mesa apoyada contra la pared. Brilló un relámpago. El jarrón estalló en una nube de polvo y esquirlas con sonido que sacudió la habitación. Las colgaduras se estremecieron. Los cristales de las ventanas tintinearón.

—¿Tú no lo permitirás? —dijo, cuando el polvo se hubo posado. Y se inclinó al frente y empezó a atarse los cordones de las botas.

Jagang se acercó con indiferencia a la mesa y arrastró los dedos por el polvo que era todo lo que quedaba del jarrón de piedra. Se volvió de nuevo hacia ella en toda su desnuda y velluda gloria imperial.

—¿Me amenazas? ¿Realmente piensas que podrías usar tu poder contra mí?

—No lo pienso. —Dio un fuerte tirón a los cordones—. Lo sé. La verdad es que he decidido no hacerlo.

—Y ¿cómo es eso? —inquirió él, adoptando una pose desafiante. Nicci se puso en pie y volvió el rostro hacia él.

—Porque, como dijisteis, la Orden os necesita, o, más bien, necesita a un animal como vos. Servís a los fines de la Orden..., sois su puño. Lleváis ese fuego purificador. Desempeñáis esa función muy bien. Podría decirse incluso que desempeñáis ese servicio con extraordinario talento.

»Sois Jagang el Justo. Veis lo acertado del título que os he otorgado, y lo usaréis para promover la causa de la Orden. Por eso no uso mi poder contra vos. Sería como utilizarlo contra la Orden, contra mi propio deber para con el futuro de la humanidad.

—Entonces, ¿por qué quieres irte?

—Porque debo hacerlo. —Le dirigió una mirada de glacial determinación y letal amenaza—. Antes de marchar, pasaré algo de tiempo con la hermana Lidmila. Deberéis retiraros inmediata y completamente de su mente y permanecer fuera de ella todo el tiempo que yo esté con ella. Usaremos vuestras tiendas, ya que no las empleáis. Os encargareis de que todo el mundo nos deje en paz, por mucho tiempo que transcurra. Cualquiera que entre sin mi autorización expresa morirá. Eso os incluye a vos. Tenéis mi palabra, como Hermana de las Tinieblas. Cuando haya terminado, y después de que me marche, podéis hacer lo que queráis con la hermana Lidmila; matadla si ése es vuestro deseo, aunque no sé por qué deberíais molestaros, puesto que va a prestaros un gran servicio.

—Comprendo. —Su enorme pecho se elevó y soltó el aire poco a poco—. ¿Y cuánto tiempo estarás fuera esta vez, Nicci?

—Esto no es como las otras veces. Esto es diferente.

—¿Cuánto?

—Tal vez sólo un corto espacio de tiempo. Tal vez uno muy largo. Todavía no lo sé. Dejadme tranquila para que haga lo que debo hacer, y, si puedo, un día regresaré con vos.

La miró intensamente a los ojos, pero no pudo mirar en su mente. Otro hombre la protegía, y le permitía guardarse para ella sus pensamientos.

Durante todo el tiempo que había pasado con Richard, Nicci no había averiguado jamás aquello que más ansiaba conocer, pero en cierto modo, había averiguado demasiado. La mayor parte del tiempo era capaz de sepultar aquella información no deseada bajo el peso de la indiferencia. De vez en cuando, no obstante, ésta conseguía como en aquel momento, alzarse inesperadamente de su tumba para adueñarse de ella. Cuando eso sucedía, quedaba indefensa en sus manos, y no podía hacer otra cosa que sumirse en la inconsciencia de la indiferencia una vez más.

Con la mirada fija en la larga noche oscura de los ojos inhuma nos de Jagang, ojos que no mostraban otra cosa que la desolación su alma, Nicci acercó el dedo al aro de oro que Jagang había ordenado que le colocaran atravesando su labio inferior para marcarla como su esclava personal. Liberó un canal delgado como un hilo de Magia de Resta, y el aro dejó de existir.

—¿Y adónde vas, Nicci?

—Voy a destruir a Richard Rahl para vos.

Zeddicus Zu'l Zorander había conseguido abrirse paso entre los otros soldados a base de persuasión y sonrisas, pero a aquéllos no les enternecían sus explicaciones de que era el abuelo de Richard. Dedujo que debería haber entrado en el campamento a la luz del día —habría evitado muchas suspicacias— pero estaba cansado y no había pensado que resultaría tan problemático.

Los soldados se mostraban debidamente suspicaces, cosa que lo complacía, pero estaba fatigado y tenía cosas más importantes que hacer que responder preguntas. Quería hacerlas él.

—¿Por qué queréis verlo? —repitió el guardia de mayor tamaño.

—Os lo he dicho, soy el abuelo de Richard.

—Habláis de Richard Cypher, la persona de quien decís que es vuestro nieto...

—Sí, sí, ése era su nombre cuando era pequeño y así era cómo yo le llamaba, pero quería decir Richard Rahl, quien es ahora. Ya sabéis, lord Rahl, vuestro líder. Creía que ser el abuelo de alguien tan importante como vuestro lord Rahl me conferiría cierto respeto. A lo mejor incluso una comida caliente.

—Yo podría decir que soy el hermano de lord Rahl —repuso el hombre, manteniendo bien sujeto el bocado del caballo de Zedd—, pero eso no hace que sea así.

—Muy cierto —suspiró Zedd.

Pese a lo irritante que era, Zedd se sentía complacido al comprobar que los hombres no eran estúpidos, ni se los embaucaba con facilidad.

—Pero también soy un mago —añadió, frunciendo las cejas para obtener un efecto teatral—. Si no fuera amistoso, sencillamente podría dejaros achicharrados a los dos y seguir mi camino.

—Y si yo no tuviera buen ánimo —dijo el hombre—, podría dar la señal..., ahora que os hemos dejado aventuraros tanto al interior que estáis totalmente rodeado..., y la docena de arqueros ocultos a vuestro alrededor, en la oscuridad, lanzarían las flechas que os apuntan en este momento, como lo han hecho desde el mismo instante en que os acercasteis a nuestro campamento.

—Ah —replicó Zedd, alzando un dedo en señal de triunfo—tanto mejor, pero...

—E incluso aunque tuviera que morir en una llamarada, esas flechas se dispararían sin que yo tuviera que hacer ninguna señal.

Zedd carraspeó, bajando el dedo, pero interiormente sonrió. Allí estaba él, Primer Mago, y de no ser porque estaba en un campamento amigo, le habría vencido en aquel juego de chanzas un simple soldado.

O tal vez no.

—En primer lugar, sargento, soy, como he dicho, un mago, y por lo tanto conocía la existencia de los arqueros y ya me he ocupado de la amenaza hechizando sus flechas de modo que su vuelo será tan certero y su efecto tan mortífero como el de unos trapos de fregar mojados. No tengo nada que temer de ellas. En segundo lugar, incluso aunque esté mintiendo... que es lo que estáis considerando en este preciso instante..., habéis cometido un error al hablarme de la amenaza, que me permite, como mago de gran renombre, usar ahora mi magia para invalidarla.

Una lenta sonrisa apareció en el rostro del hombre.

—Vaya, eso es sorprendente. —Se rascó la cabeza, miró a su compañero y luego volvió a mirar a Zedd—. Tenéis razón, eso era exactamente lo que pensaba: que podíais

estar mintiendo sobre estar enterado de la presencia de los arqueros ahí en la oscuridad.

—¿Lo veis, joven? No sois tan listo al fin y al cabo.

—Tenéis razón, señor, no lo soy. Aquí estaba yo, tan ocupado hablando con vos y siendo intimidado de tal modo por vuestros poderes mágicos y todo eso que olvidé como un estúpido hablaros de qué otra cosa estaba ahí en la oscuridad, vigilándoos... —Las cejas del soldado se juntaron—. Algo que sería un contratiempo un pelín mayor que unas simples flechas, me atrevo a decir.

Zedd miró al hombre con severidad.

—Oíd, ya es...

—¿Por qué no hacéis lo que pido y bajáis aquí, a la luz, donde pueda veros mejor, y respondéis a algunas de nuestras preguntas?

Con un suspiro de resignación, Zedd desmontó y dio a *Araña* una tranquilizadora palmada en el cuello. *Araña*, una yegua zaina, tenía una mancha negra con prolongaciones en forma de patas en la cremosa grupa, a la que debía su nombre. Joven, fuerte y dotada de una naturaleza briosa, resultaba una grata compañera de viaje. Los dos habían pasado por muchas cosas juntos.

Zedd penetró en el círculo de luz de la fogata de los centinelas. Giró la mano hacia arriba e hizo aparecer una llama candente justo por encima de la carne de la palma. Los ojos de los dos soldados se abrieron asombrados. Zedd frunció el entrecejo.

—Pero, yo tengo mi propio fuego, si necesitáis ver mejor. ¿Os ayuda esto a ver mejor las cosas, sargento?

—Esto... pues..., sí lo hace, señor —tartamudeó el hombre.

—Sí, ya lo creo que lo hace —dijo una mujer, mientras salía a la luz—. ¿Por qué no te limitaste a usar tu han y efectuar una exhibición de tu arte desde el principio?

Hizo una seña a la oscuridad, como si indicara a otros que se retiraran, y luego se dio la vuelta con una sonrisa que se limitaba a ser cortés.

—Bienvenido, mago.

Zedd se inclinó.

—Zeddicus Zu'l Zorander, Primer Mago, a tu servicio...

—Hermana Philippa, mago Zorander. Soy la asistente de la Prelada.

Hizo un ademán y el sargento tomó las riendas que sujetaba Zedd para llevarse el caballo. Zedd dio una palmada al hombre en la espalda para indicarle que no le guardaba rencor, y luego asestó una palmada similar a *Araña* para que supiera que podía ir con los hombres.

—Tratadla especialmente bien, sargento. *Araña* es una amiga.

El sargento saludó, dándose un golpecito en el corazón con el puño

—Se la tratará como una amiga, señor.

Una vez que los soldados se llevaron a *Araña*, Zedd dijo:

—¿La Prelada? ¿Cuál?

La Hermana de mandíbula afilada juntó las manos.

—La prelada Verna, desde luego.

—Ah, sí, desde luego. La prelada Verna.

Las Hermanas de la Luz no sabían que Ann seguía viva. Al menos estaba viva la última vez que Zedd la había visto, hacía varios meses. Ann había escrito en su libro de viaje, contando a Verna que estaba viva, pero pidiéndole también que mantuviera esa información en secreto por el momento. Zedd había esperado que, a lo mejor Ann se hubiera presentado en el campamento del ejército d'haraniano, para reunirse con sus Hermanas de la Luz. Lamentó enterarse de que no lo había hecho. No presagiaba nada bueno para ella.

Zedd no estaba en buenas relaciones con las Hermanas de la Luz —toda una vida

de desaprobación no se olvida fácilmente— pero había llegado a respetar a Ann como a una mujer con autodisciplina y determinación, incluso aunque contemplara de forma poco halagüeña algunas de sus convicciones y objetivos pasados. Sabía que al menos, Ann y él compartían muchos valores importantes. Pero no sabía si sucedía lo mismo con el resto de Hermanas.

La hermana Philippa parecía ser de mediana edad, pero con Hermanas eso significaba poca cosa. Podría haber vivido en el Palacio de los Profetas durante sólo un año o durante siglos. De ojos oscuros y pómulos prominentes era una mujer de aspecto exótico. Igual que en la Tierra Central, existían lugares en el Viejo Mundo en los que las personas poseían características físicas únicas. La hermana Philippa se movía como tendrían a moverse las mujeres altruistas, como un cisne que hubiese adoptado forma humana.

—¿Cómo puedo ayudarte, mago Zorander?

—Zedd servirá. ¿Está despierta esa Prelada tuya?

—Lo está. Por aquí, Zedd, por favor.

Se colocó detrás de la mujer mientras ésta se deslizaba majestuosamente en dirección a las oscuras formas de las tiendas.

—¿Tenéis algo de comer por aquí?

—¿Tan tarde? —repuso ella, volviendo la cabeza.

—Bueno, he estado viajando sin pausa... En realidad no es tan tarde, ¿verdad?

En la oscuridad, la mujer lo evaluó brevemente.

—No creo que sea nunca demasiado tarde, según las enseñanzas del Creador. Y pareces enflaquecido... debido al viaje, estoy segura. —Su sonrisa adquirió cierta calidez—. Siempre hay comida preparada; tenemos soldados que permanecen activos toda la noche y necesitan alimentarse. Creo que podría encontrarte algo.

Devolvió la mirada a la imperceptible senda.

—Eso sería un detalle —respondió Zedd, en tono jovial, mientras dedicaba una mueca a la espalda de la mujer—. Y no estoy flaco; soy delgado pero fuerte. La mayoría de mujeres encuentran atractivos a los hombres enjutos.

—¿Es eso cierto? No lo sabía.

Las Hermanas de la Luz eran altivas, se dijo Zedd con pesar. Durante miles de años había significado una sentencia de muerte para ellas el poner siquiera los pies en el Nuevo Mundo. Zedd siempre había sido un poco más indulgente... aunque no en exceso. En el pasado, las Hermanas sólo entraban en el Nuevo Mundo para robar muchachos que tenían el don; ellas afirmaban que los salvaban. Era tarea de un mago adiestrar magos. Si llegaban con la intención de llevarse a un muchacho al otro lado de la gran barrera, a su palacio, Zedd consideraba eso como el más grave de los crímenes.

Sin ir más lejos, habían aparecido justo por esa razón el invierno anterior, y se habían llevado a Richard. Fue la hermana Verna quien lo capturó y lo condujo al Viejo Mundo. Bajo el hechizo de su palacio, habría podido acabar viviendo allí durante siglos. Tenía que ser Richard quien hiciera amistad con las Hermanas de la Luz, precisamente.

Zedd imaginó que él y las Hermanas estaban en paz... Éstas tenían buenos motivos para mirarlo con malos ojos, pues, al fin y al cabo, él había dispuesto el hechizo que Richard había usado para destruir su palacio. Pero Ann había ayudado, sabedora de que era el único modo de impedir que Jagang se apoderara del palacio y se hiciera con las profecías que contenía para sus propios propósitos.

Por todas partes, guardias fornidos rondaban alrededor del campamento. Con cotas de malla y corazas de cuero, eran una visión imponente. Lo vigilaban todo mientras se escabullían en la oscuridad. El campamento estaba relativamente silencioso, teniendo en cuenta su tamaño. El ruido podía revelar toda una variedad de informaciones al enemigo. No era fácil ocuparse de que tantos hombres se mantuvieran silenciosos.

—Me tranquiliza que la primera visita que tenemos de alguien que posee el don haya resultado ser la de un amigo —observó la Hermana.

—Y a mí me satisface que los que poseen el don ayuden a montar guardia. Pero hay visitas hostiles que los centinelas normales no podrían identificar.

Zedd se preguntó si estaban realmente preparados para aquella clase de problemas.

—Si hay magia involucrada, estaremos allí para detectarla.

—Supongo que me estuviste observando todo el tiempo.

—Lo hice —respondió la hermana Philippa—. Desde el momento en que cruzaste la línea de las colinas, allá atrás.

Zedd se rascó la mandíbula.

—¿De veras? A esa distancia...

—A esa distancia —respondió ella, satisfecha, con una sonrisita: Él volvió la cabeza hacia la negra noche.

—Las dos... Muy bien.

Ella se detuvo y se giró de cara a él.

—¿Las dos? ¿Sabías que éramos dos vigilándolos?

—Pues claro que sí —dijo él, con una sonrisa inocente—. Tú te limitabas a vigilar. Ella estaba más allá, siguiéndome, conjurando algún truquito desagradable por si yo resultaba hostil.

La hermana Philippa pestañeó asombrada.

—Notable. ¿Percibiste cómo tocaba su han? ¿Desde esa distancia?

Zedd asintió, con satisfacción.

—No me nombraron Primer Mago sólo porque era delgado y fuerte.

La sonrisa de la hermana Philippa finalmente pareció sincera.

—Me alivia que vinieras como amigo, en lugar de como alguien decidido a hacer daño.

Había más verdad en aquello de lo que la mujer sabía; Zedd tenía experiencia en la desagradable y sucia utilización de la magia en la guerra. Al acercarse a su campamento había descubierto los agujeros en su defensa y los puntos débiles en el modo en que usaban el don. No pensaban cómo pensaría su enemigo. De haber tenido intención de hacer daño, todo el campamento estaría en plena conmoción en aquellos momentos, a pesar de las medidas que había tomado.

La hermana Philippa se volvió otra vez para seguir guiándolo. Para Zedd resultaba, en cierto modo, inquietante atravesar un campamento d'haraniano..., incluso pese a que sabía que ahora combatían en el mismo bando. Había pasado una buena parte de su vida tratando a los d'haranianos como enemigos mortales. Richard había cambiado todo aquello. Suspiró. En ocasiones pensaba que Richard podría hacer amistad con el trueno y el rayo e invitarlos a ambos a cenar.

Formas oscuras de tiendas y carromatos se alzaban por todas partes a su alrededor. Había picas dispuestas en posición vertical en pulcras filas, listas para usar, por si eran repentinamente necesarias. Algunos soldados roncaban, y otros estaban sentados en la oscuridad, conversando en voz baja o riendo quedamente, mientras otros patrullaban las negras sombras. Ésos pasaron lo bastante cerca como para que Zedd oliera su aliento, pero en la oscuridad no distinguió sus rostros.

Centinelas bien escondidos estaban apostados en cada posible ruta de acceso. Había muy pocas hogueras en el campamento, y éstas eran en su mayoría fogatas de vigilancia, colocadas lejos del grueso de la tropa para dejar la masa del campamento convertida en noche oscura. Algunos ejércitos llevaban a cabo una considerable cantidad de trabajo durante la noche, efectuando reparaciones o fabricando cosas que necesitaban. Con

todo, dejaban que muchos hombres hicieran lo que quisieran. Estos hombres permanecían silenciosos durante toda la noche, de modo que los ojos y los oídos al acecho no consiguieran obtener gran cosa o nada que sirviera de ayuda a una fuerza invasora. Eran soldados bien adiestrados, disciplinados y profesionales. Desde lejos era difícil calcular el tamaño del campamento. Pero parecía enorme.

La hermana Philippa condujo a Zedd a una tienda de tamaño considerable, una lona bastante alta como para que fuera posible permanecer de pie en su interior. La luz de las lámparas colgadas en el interior dotaba a las paredes y el techo de lona de un suave resplandor ámbar. La mujer se agachó para pasar bajo una cuerda de la tienda e introdujo la cabeza bajo el faldón.

—Tengo a un mago aquí que desea ver a la Prelada.

Zedd oyó ahogados comentarios asombrados procedentes del interior.

—Entra. —La hermana Philippa sonrió mientras le daba un suave empujón en la espalda—. Veré si te encuentro algo de cena.

—No sólo te estaría agradecido, sino que, además, quedaría deuda contigo —le dijo él.

Al pasar al interior de la tienda se encontró con que los ocupantes se alzaban ya para recibirlo.

—¡Zedd! ¡Viejo idiota! ¡Estás vivo!

Zedd sonrió de oreja a oreja mientras Adie, la anciana hechicera conocida como la Mujer de los Huesos en la Tierra Occidental que había adoptado como hogar, se lanzaba a sus brazos. Soltó un gruñido cuando su apretón le dejó los pulmones momentáneamente sin aire. Le alisó la melena negra y gris cortada en línea recta, a la altura de la mandíbula, mientras apretaba su cabeza contra su pecho.

—Prometí que me volverías a ver, ¿no?

—Sí, lo hiciste —murmuró ella.

Se apartó de él, sujetando sus brazos, y lo examinó; luego, alzó mano y le aplastó sus rebeldes cabellos ondulados.

—Estás tan encantadora como siempre —le dijo él.

Ella le escudriñó con sus ojos completamente blancos. Le había arrebatado la visión cuando no era más que una jovencita, y veía ahora mediante su don. En ciertos aspectos, veía mejor.

—¿Dónde está tu sombrero?

—¿Sombrero?

—Te compré un bonito sombrero y lo perdiste. Veo que aún lo has reemplazado. Me dijiste que conseguirías otro. Creo que prometiste.

Zedd odiaba el sombrero con la larga pluma que ella le había comprado cuando adquirieron el resto de sus ropas. Él habría preferido lucir la sencilla indumentaria digna de un mago de su categoría y autoridad, pero Adie la había «perdido» después de que él adquiriera la lujosa túnica granate con mangas negras y capucha sobre los hombros que vestía actualmente. Tres hileras de brocado plateado rodeaban los puños y un brocado dorado más grueso rodeaba el cuello y descendía por la pechera. Un cinturón de satén rojo con una hebilla de oro recogía la prenda alrededor de su fina cintura. Tales ropas señalaban a alguien con el don como un iniciado. Para alguien sin el don, tales prendas eran apropiadas para la nobleza o, en muchos lugares, para un comerciante adinerado, de modo que, aunque a Zedd no le gustaba el ostentoso atuendo, en ocasiones había resultado un disfraz valioso. Además, Adie lo encontraba atractivo con esa túnica granate. El sombrero, sin embargo, era demasiado para él. Se había «extraviado».

Reparó en que Adie había conseguido mantener sus sencillas ropas a lo largo del camino. Unas cuentas amarillas y rojas alrededor del cuello de su túnica, cosidas con las

formas de los antiguos símbolos de su profesión de hechicera, eran los únicos adornos que llevaba.

—He estado ocupado —dijo él, agitando la mano con la esperanza de dar carpetazo a la cuestión—, de lo contrario habría reemplazado el sombrero.

—Bah —se mofó ella—. Has estado haciendo diabluras.

—Por supuesto que he estado...

—Silencio —le soltó Adie y, sujetando su brazo con firmeza, extendió los largos dedos delgados de la otra mano—. Zedd, ésta es Verna: Prelada de las Hermanas de la Luz.

La mujer aparentaba hallarse cerca de los cuarenta, podría pensarse que ya los tenía, pero Zedd sabía que era mucho más vieja. Ann, la predecesora de Verna, le había dicho la edad de ésta, y si bien no la recordaba exactamente, se acercaba a los ciento sesenta años; joven para una Hermana de la Luz. Poseía unas facciones sencillas y atractivas, y el cabello era castaño con los rizos y el volumen justo para añadir una pizca de sofisticación. La resuelta mirada de sus ojos daba la impresión de ser capaz de arrancar líquenes del mismo granito. A juzgar por las líneas de expresión de su rostro, parecía ser una mujer con un caparazón tan hermético como el de un escarabajo e igual de duro.

—Prelada —la saludó Zedd, inclinando la cabeza—. Primer Mago Zeddicus Zu'l Zorander, a tu servicio.

Le dejó saber por su tono que aquello no era más que una expresión retórica de pura cortesía.

Aquella era la mujer que se había llevado a Richard al Viejo Mundo. Incluso aunque ella creyera que lo hacía para salvarle la vida, Zedd como Primer Mago, juzgaba tal acción abominable. Las Hermanas —todas ellas, hechiceras— creían poder adiestrar a los jóvenes el don para que fueran magos. Estaban equivocadas. Tal tarea sólo podía llevarla a cabo de forma adecuada otro mago.

La mujer le tendió la mano que llevaba el anillo de oro con el dibujado del cargo. Él se inclinó y lo besó, siguiendo lo que debía de ser la costumbre en aquellas mujeres. Ella tiró de la mano de cuando Zedd hubo finalizado, y la besó a su vez.

—Me llena de humildad conocer al hombre que ayudó a criar nuestro Richard. Debes de ser una persona tan poco común como descubrimos que era él cuando iniciamos su adiestramiento. —Forzo una risita—. Resultó una labor formidable intentar enseñar a nieto tuyo.

Zedd alteró ligeramente su opinión de la mujer, tratándola mayor cautela. La atmósfera de la tienda estaba cargada.

—Eso se debe a que todas sois bueyes intentando enseñar a correr a un caballo. Vosotras, Hermanas, deberíais concentraros en tareas más apropiadas a vuestra naturaleza.

—Sí, sí, tú eres un hombre brillante, Zedd —se mofó Adie Simplemente brillante. Uno de estos días incluso yo acabaré por creerte. —Tiró de su manga, haciendo que diera la espalda al rostro sonrojado de Verna—. Y éste es Warren —añadió la hechicera.

Zedd inclinó la cabeza hacia Warren, pero el muchacho caía ya rodillas y agachaba la rubia cabeza.

—Mago Zorander! Esto es todo un honor. —Volvió a levantarse de un salto y tomó la mano de Zedd entre las suyas, moviéndola de arriba abajo hasta que Zedd creyó que su brazo se soltaría hombro—. Estoy tan contento de conocerte... Richard me lo todo sobre ti. Me alegra tanto conocer a un mago de tu prestigio y talento... ¡Me gustaría tanto aprender de ti!

Cuanto más feliz parecía el joven, peor cara ponía Verna.

—Bueno, también yo me alegro de conocerte, muchacho.

Zedd no dijo a Warren que Richard jamás lo había mencionado. Pero eso no fue por descortesía o descuido. Richard nunca había tenido una oportunidad de contar a Zedd un gran número de cosas muy importantes. A Zedd le pareció percibir, por el apretón de Warren, que el muchacho era un mago de talentos poco corrientes.

Un hombretón con una barba rizada de color amarillo, una cicatriz blanca desde la sien izquierda a la mandíbula y gruesas cejas dio un paso al frente. Sus ojos, de un verde grisáceo, se clavaron en Zedd con feroz intensidad, pero sonreía como un soldado en una larga marcha que ha divisado un solitario tonel de cerveza.

—General Reibisch, comandante de las fuerzas de D'Hara aquí, en el sur —dijo, tomando la mano de Zedd cuando Warren finalmente renunció a ella y retrocedió junto a Verna—. ¡El abuelo de lord Rahl! ¡Qué suerte veros, señor! —Su apretón era firme, pero no doloroso, aunque se tomó más fuerte—. ¡Qué gran suerte!

—Sí, claro —farfulló Zedd—. Desafortunadas como son las circunstancias, general Reibisch.

—¿Desafortunadas...?

—Bueno, olvidadlo por el momento —repuso Zedd, desechando la pregunta que iba a hacer con un ademán para hacer otra en su lugar—. Decidme, general, ¿habéis empezado a cavar todas las fosas comunes, ya? ¿O simplemente queréis que los pocos que queden con vida abandonen los cuerpos?

—¿Los cuerpos?

—Pues... sí, los cuerpos de todas vuestras tropas, que van a morir.

Espero que te gusten los huevos —dijo la hermana Philippa mientras penetraba majestuosamente en la tienda, sosteniendo un plato humeante.

Zedd se frotó las manos.

—¡Fantástico!

Todos los demás seguían de pie en tenso y aturrido silencio. La hermana Philippa no pareció advertir las bocas abiertas.

—Hice que el cocinero añadiera un poco de jamón y otras cosas que tenía por ahí. —Echó una ojeada a la figura de Zedd—. Pensé que te iría bien un poco de sustancia.

—¡Maravilloso!

Zedd sonrió de oreja a oreja, mientras la liberaba del plato lleno hasta los topes.

—Ah... —empezó a decir el general, al parecer confuso sobre cómo formular su pregunta—, ¿seríais tan amable de explicar... qué queréis decir con eso, mago Zorander?

—Zedd será suficiente. —Alzó los ojos, dejando de inhalar el aroma embriagador del plato—. Muertos. —Levantó el tenedor en aire—. Ya sabéis, muertos. Casi todos ellos. Muertos. —Se volvió hacia la hermana Philippa—. Esto huele de maravilla. Eres una mujer con un corazón bondadoso y una mente habilidosa. Ha sido muy inteligente y considerado hacer que el cocinero añadiera tan espléndidos ingredientes. Una delicia.

La Hermana sonrió satisfecha.

El general alzó una mano.

—Mago Zorander, si se me permite...

Adie hizo callar al corpulento general.

—Sois poca competencia para la comida. Sed paciente.

Zedd se llevó el tenedor a la boca, murmurando su satisfacción ante el sabor que encontró. Mientras volvía a llevarse el tenedor a la boca, Adie lo guió hasta un sencillo banco en un costado de la tienda. Una mesa situada en el centro sostenía unos tazones y una lámpara que confería a la cómoda tienda no sólo su luz sino también su agradable olor.

A pesar del consejo de Adie de que fueran pacientes, todo el mundo empezó a hablar a la vez, haciendo preguntas y presentando objeciones. Zedd hizo caso omiso de ellos mientras engullía los huevos revueltos. Los enormes pedazos de jamón estaban en su punto. Agitó un trozo particularmente jugoso ante los aturridos espectadores para indicar lo mucho que le satisfacía. Las especias, las cebollas, los pimientos y los pedazos de queso caliente estaban deliciosos. Puso los ojos en blanco y gimió de dicha.

Era la mejor comida que había probado en días. Sus raciones de viaje eran simples y hacía mucho que se habían vuelto aburridas. A menudo había refunfuñado que *Araña* comía mejor que él. *Araña* parecía complacida por ello y eso siempre le había parecido molesto a Zedd. No era bueno consentir a un caballo.

—Philippa —gruñó Verna—, ¿tenías que tomarte tantas molestias con los huevos?

—Bueno el pobre hombre está prácticamente muerto de hambre. —Desconcertada por la expresión ceñuda de Verna, agitó la mano en dirección a Zedd—. Míralo. Sencillamente me alegra ver que disfruta con su comida, y me complace haber podido ayudar a uno de los seres del Creador que posee el don.

Zedd se puso a comer más despacio cuando empezó a acercarse demasiado rápido al final de su comida. Podría haberse comido otro plato del mismo tamaño. El

general Reibisch que, sentado en un banco del extremo opuesto, había estado retorciéndose un mechón de la barba, se inclinó al frente, con la mirada fija en Zedd.

—Mago Zorander, necesito que...

—Zedd. ¿Recordáis?

—Sí, Zedd. Zedd, las vidas de estos soldados son mi responsabilidad. ¿Podéis, por favor, decirme si están en peligro?

—Ya os lo he dicho —contestó Zedd con la boca llena.

—Pero... ¿cuál es la naturaleza del peligro?

—Las personas con el don. Ya sabéis, magia.

El general se irguió con una expresión solemne. Sus dedos se clavaron en sus musculosos muslos.

—¿Los que poseen el don?

—Sí. El enemigo tiene entre sus filas a personas con el don. Pense que lo sabíais.

El hombre pestañeó unas cuantas veces, mientras parecía repasar mentalmente la información, intentando descubrir el invisible peligro del que hablaba Zedd.

—Por supuesto que lo sabemos.

—Ah. Entonces, ¿por qué no habéis cavado algunas fosas comunes?

—¡En el nombre de la Creación! —exclamó Verna, poniéndose en pie de un salto—. ¿Qué crees que somos, sirvientas? ¿Crees estamos aquí para traerte la cena? ¡Somos Hermanas con el don que estamos aquí para defender al ejército de las Hermanas cautivas de Jagang!

Adie indicó disimuladamente a Verna que se sentara y permaneciera callada. Su voz parecía igual que la arenilla al caer sobre la miel.

—¿Por qué no nos cuentas qué has descubierto, Zedd? Estoy gura de que al general y a la Prelada les gustaría oír cómo pode mejorar nuestras defensas.

Zedd rebañó los trocitos amarillos del plato, reuniéndolos en último, pequeño y triste bocado.

—Prelada, no quería dar a entender una incompetencia deliberada por vuestra parte.

—Pues...

—Sois demasiado buenas, eso es todo.

—¿Disculpa?

—Demasiado buenas. Tú y tus Hermanas os habéis pasado la vida intentando ayudar a la gente.

—Bueno..., nosotras; pues claro que ayudamos a la gente. Es *nuestra* vocación.

—Matar no lo es. Jagang está decidido a mataros a todos.

—Lo sabemos, Zedd. —El general se rascó la barba, mientras su mirada iba de Verna a Zedd—. La Prelada y sus Hermanas nos han ayudado a descubrir a varios exploradores enemigos y cosas así. Igual que la hermana Philippa, aquí presente, os encontró a vos cuando os acercasteis al campamento, han descubierto a otros que venían con la intención de hacer daño. Han hecho su parte, Zedd, y sin queja. Cada uno de los soldados de este campamento está contento de tenerlas aquí.

—Todo eso está muy bien, pero cuando el ejército de la Orden Imperial ataque, será diferente. Usarán a los que tienen el don para destrozar vuestras fuerzas.

—Lo intentarán —objetó Verna, intentando ser convincente sin gritar, lo que a todas luces se moría por hacer—, pero estamos preparadas para impedir tal cosa.

—Es cierto —corroboró Warren, asintiendo para indicar su confianza—. Tenemos a personas con el don dispuestas para actuar en todo momento.

—Esto está bien, eso está bien —dijo Zedd, arrastrando las palabras como si lo reconsiderara—. Entonces os habéis ocupado de las amenazas sencillas. Los mosquitos

albinos y esas cosas...

Las tupidas cejas del general Reibisch se juntaron.

—Los ¿qué?

Zedd agitó su tenedor en el aire.

—Así pues, decidme... sólo para satisfacer mi curiosidad... ¿qué planean hacer los que tienen el don cuando el enemigo cargue contra nuestras fuerzas? Digamos, ¿con una línea de caballería?

—Establecer una línea de fuego ante su caballería —indicó Warren, sin vacilar—. Mientras cargan, los incineraremos antes de que puedan arrojar una lanza.

—Vaya —dijo Zedd—. Fuego.

Se llevó el tenedor a la boca por última vez. Todo el mundo contempló en silencio cómo masticaba. Hizo una pausa en su masticación y alzó los ojos.

—Un gran fuego, supongo. ¿Llamas colosales y todo eso?

—¿De qué mosquitos está hablando? —masculló el general Reibisch en dirección a Verna y Warren.

—Eso es —respondió Verna, sin hacer caso del general, que suspiró y cruzó los brazos sobre su fornido pecho—. Una auténtica línea de fuego. —Verna aguardó hasta que Zedd tragó—. ¿Le ves algún inconveniente a eso, Primer Mago?

Zedd se encogió de hombros.

—Bueno...

Hizo una pausa, luego frunció el entrecejo. Se inclinó hacia el general, escudriñándolo, y agitó un dedo huesudo en su dirección.

—Ahí hay uno ahora. Un mosquito está a punto de chuparos sangre, general.

—¿Qué? ¡Ah! —Le pegó un manotazo—. Han abundado este verano. No obstante, creo que su temporada se está acabando. Nos alegraremos de librarnos de estos bichos minúsculos, os lo aseguro.

Zedd volvió a mover el dedo.

—¿Y eran todos como éste?

El general Reibisch alzó el antebrazo y echó una ojeada al aplastado insecto.

—Sí, estos sanguinarios...

Su voz se apagó. Lo miró más detenidamente. Con el índice y pulgar alzó con cuidado el diminuto insecto por un ala, manteniéndolo en alto para verlo mejor.

—Vaya, que me... esta cosa es... —su rostro palideció— blanco —Sus ojos se alzaron para mirar a Zedd—. ¿Qué era lo que decíais antes sobre...?

—Mosquitos albinos —confirmó él, mientras depositaba el plato vacío en el suelo.

Indicó con un dedo, delgado como un palillo, al aplastado atacante del general.

—¿Habéis visto alguna vez algún caso de fiebre albina, general ¿Lo ha visto alguno de vosotros? Es algo terrible.

—¿Qué es la fiebre albina? —preguntó Warren—. Jamás oí hablar de ella. Tampoco he leído nunca nada sobre ella, estoy seguro.

—¿De veras? Debe de ser sólo una cosa de la Tierra Central.

El general examinó más de cerca el diminuto insecto que sostenía en alto.

—¿Qué le hace esa fiebre albina a una persona?

—Bueno, la carne adopta un color blanco de lo más espantoso.

—Zedd agitó el tenedor y frunció el ceño, como distraído por algo que veía en el techo de la tienda: ¿sabéis que una vez vi a un hechicero descargar una barra de fuego prodigiosa contra una línea de caballería a la carga?

—Bueno, ahí lo tienes —dijo Verna—. Conoces su valía, entonces. Lo has visto en acción.

—Sí... —respondió él lentamente—; el problema fue que el enemigo estaba preparado para tan ingenuo truco.

—¿Ingenuo? —Verna se levantó de un salto—. No veo cómo puedes considerar...

—El enemigo había conjurado escudos curvos para tal eventualidad.

—¿Escudos curvos? —Warren se echó atrás un rizo de sus rubios cabellos—. Jamás he oído hablar de tal cosa. ¿Qué son escudos cur...?

—El mago que dispuso el fuego había esperado escudos, por supuesto, y por lo tanto hizo el fuego resistente a esa esperada defensa. Esos escudos, sin embargo, no estaban conjurados para detener el fuego... —La mirada de Zedd pasó de los ojos abiertos como platos de Warren a la mueca de desagrado de Verna—, sino para darle la vuelta.

—¿Fiebre albina? —El general agitó su insecto en el aire—. Si no os importa, podríais explicar...

—¿Dar la vuelta al fuego? —preguntó Warren mientras se inclinaba al frente.

—Sí —repuso Zedd—. Dar la vuelta al fuego de modo que en lugar de un simple ataque de la caballería, los defensores se las vieron con un juego mortífero.

—Por el Creador... —musitó Warren—. Eso es ingenioso..., pero sin duda el escudo extinguiría el fuego.

Zedd hizo girar el tenedor mientras hablaba, para demostrar cómo daba la vuelta al juego.

—El mago que lanzó el escudo lo había hecho resistente a escudos, de modo que en lugar de apagarse, el juego siguió vivo. El fuego dio la vuelta sin extinguirse. Y, por supuesto, al ser resistente a los escudos, los escudos defensivos que el mago alzó rápidamente no pudieron detener el regreso de esas llamas.

—!Pero él podía anularlo! —Warren empezaba a ser presa del pánico, como si viera su propio fuego mágico regresando a por él—. El mago que lo creó podía invocarlo y anularlo.

—¿Podía? —Zedd sonrió—. También él lo pensó, pero no estaba preparado para la peculiar naturaleza del escudo enemigo. ¿No lo ves? No sólo hizo retroceder el fuego, sino que también lo protegió de cualquier alteración mediante magia.

»El escudo también tenía un hechizo que rastreaba la procedencia, de modo que éste hizo que el fuego regresara al mago que lo conjuró. Murió por su propio fuego..., después de que éste abrasara a cientos de sus hombres en su camino hacia él.

El silencio descendió sobre la tienda. Incluso el general, que seguía sosteniendo el mosquito albino, permaneció petrificado.

—Como veis —siguió Zedd, arrojando el tenedor al plato—, para usar el don en la guerra también se necesita ingenio.

»Por ejemplo —señaló con el dedo—, considerad ese mosquito albino que sostiene el general Reibisch. Al abrigo de la noche, justo como ahora, decenas de miles de ellos, conjurados por el enemigo, podrían estar por el campamento, infectando a vuestros hombres con la fiebre, y nadie advertiría siquiera que os están atacando. Luego por la mañana, el enemigo ataca un campamento de soldados débiles y enfermos y os masaca a todos.

La hermana Philippa, colocada al otro lado de Adie, espantó un minúsculo mosquito zumbante.

—Pero las personas con el don que tenemos de nuestra parte podrían contrarrestar tal cosa.

Era más una súplica que un razonamiento.

—¿De veras? Es difícil detectar una magia tan minúscula. Ninguno de vosotros detectó a estos invasores minúsculos, ¿verdad?

—Bueno, no, pero...

Zedd clavó una feroz mirada en la hermana Philippa.

—Es de noche. De noche, simplemente parecen mosquitos corrientes, molestos, pero no diferentes de cualquier otro. Pero si el general ni siquiera advirtió su presencia; ni tampoco lo hizo ninguno de vosotros, que tenéis el don; tampoco podéis detectar la fiebre que transportan, porque, a su vez, es un puntito de magia tan diminuto que no lo buscáis. Buscáis algo enorme y poderoso y temible.

»A la mayoría de las Hermanas con el don las picarán mientras duermen, sin que lleguen a enterarse de lo sucedido, hasta que despierten en medio de la oscuridad total, con los helados escalofríos de una fiebre espantosa, y descubran el primer síntoma realmente debilitador de esa fiebre: la ceguera. Sabéis, no es a la negrura de la noche a la que despiertan, sino a la de la ceguera. Luego descubren que las piernas no les obedecen. Sus oídos zumban con un interminable chillido.

La mirada del general se movió veloz de un lado a otro, poniendo a prueba su vista, buscando mosquitos, mientras Zedd proseguía. Luego, el oficial hizo girar un grueso dedo dentro de su oído como para limpiarlo.

—A estas alturas, todos los que han sido picados están demasiado débiles para mantenerse en pie. Pierden el control de sus funciones corporales y yacen impotentes en su propia inmundicia. No les faltan más que unas horas para morir..., pero esas últimas horas les parecerán un año.

—¿Cómo lo contrarrestamos? —En el borde de su asiento, Warren se lamió los labios—. ¿Cuál es la cura?

—¿Cura? ¡No hay cura! Imaginad que una niebla empieza a reptar hacia el campamento. Las pocas personas con el don que aún quedan perciben que el aire está infectado de oscura magia sofocante. Advierten a todo el mundo. Los que están demasiado enfermos para ponerse en pie gimen aterrorizados. No pueden ver, pero pueden oír los distantes gritos de combate del enemigo que avanza. Temerosos de que la mortífera niebla los toque, todos aquellos que pueden alzarse de sus sacos de dormir lo hacen. Incapaces de ponerse en pie por culpa de su delirio, unos pocos consiguen arrastrarse por el suelo. El resto sale huyendo ante la niebla que avanza.

»Es el último error que cometen —murmuró Zedd, y extendió una mano ante sus rostros blancos—. Corren de cabeza al horror de una trampa mortal.

En aquellos momentos, todos los presentes tenían la mirada desorbitada y permanecían boquiabiertos, sentados en el borde de sus bancos.

—Así que, general —dijo Zedd, en un tono risueño mientras se recostaba en su asiento—, ¿qué hay de esas fosas comunes? ¿O acaso tenéis pensado que los que queden vivos abandonen a los enfermos como si estuvieran muertos y dejen que se pudran sus cuerpos? Probablemente no sea una mala idea. Ya habrá bastante de lo que preocuparse sin la onerosa tarea de ocuparse de los moribundos y enterrar a todos los muertos; en especial, sabiendo que el acto mismo de tocar su carne blanca contaminará a los vivos y luego...

Verna se puso en pie de un salto.

—¿!Pero qué podemos hacer!?! —Veía con claridad el potencial peligro—. ¿Cómo podemos contrarrestar una magia tan repugnante? —Abrió los brazos—. ¿Qué hay que hacer?

—Pensaba que tú y tus Hermanas lo teníais todo calculado —respondió Zedd, encogiéndose de hombros—. Pensaba que sabíais lo que hacíais. —Agitó la mano por encima del hombro, en dirección al enemigo—. Creía haberte oído decir que teníais la situación bien controlada.

Verna volvió a dejarse caer en silencio en el banco junto a Warren.

—Ah, Zedd... —El general Reibisch tragó saliva, angustiado—. Zedd, creo que empiezo a sentirme mareado. ¿Hay algo que podáis hacer?

—¿Sobre qué?

—La fiebre. Creo que mi visión se empaña. ¿No podéis hacer nada?

—No, nada.

—Nada.

—Nada, porque no os sucede nada. Simplemente conjuré unos cuantos mosquitos albinos para haceros ver ciertas cosas. Porque lo que vi al entrar en este campamento me dejó aterrado. Si los posee dores del don entre el enemigo son aunque sólo sea un poco diabólicos, y con Jagang tenemos todos los motivos para creer que lo son, entonces este ejército no está preparado para la auténtica naturaleza de la amenaza.

La hermana Philippa alzó una mano vacilante como una colegiala con una pregunta.

—Pero con todas las personas con el don que hay entre nosotros, sin duda, sa... sabríamos...

—Eso es lo que intento decir: tal como están las cosas, no lo sabréis. Son las cosas de las que nunca habéis oído hablar, que no habéis visto antes, que no esperáis y ni siquiera podéis imaginar, las que vendrán a por vosotros. El enemigo usará magia convencional, sin duda, y eso ya dará bastantes problemas, pero son los mosquitos albinos lo que debéis temer.

—Como dijiste, no obstante, te limitaste a conjurarlos para hacernos ver ciertas cosas —dijo Warren—. A lo mejor el enemigo no es tan listo como tú, y no se le ocurrirán tales cosas.

—La Orden no se apoderó del Viejo Mundo siendo estúpida, sino siendo despiadada.

—La frente de Zedd se arrugó aún más y el mago alzó un dedo hacia el cielo para recalcar sus palabras—. Además, ya han pensado en tales cosas. La primavera pasada, una de las Hermanas del bando del enemigo usó magia para desatar una plaga letal que no pudo detectar nadie con el don. Diez mil personas, desde recién nacidos a ancianos, padecieron muertes horripilantes.

Aquellas Hermanas, en manos del enemigo, eran un grave y omnipresente peligro. Ann había partido sola en una misión para rescatar a aquellas Hermanas o eliminarlas. Por lo que Zedd había visto cuando había estado en Anderith, Ann había fracasado en su misión. No sabía qué había sido de ella, pero sabía que Jagang aún mantenía Hermanas cautivas.

—Pero detuvimos la plaga —protestó Warren.

—Richard la detuvo, como sólo él podía. —Zedd sostuvo la mirada del joven hechicero—. ¿Sabías que para poder salvarnos de ese funesto destino, tuvo que aventurarse en el Templo de los Vientos, que está oculto más allá del velo de la vida, en el mismísimo inframundo? Ni tú ni yo podemos imaginar el precio que tuvo que pagar por tal experiencia. Vi una sombra del espectro en sus ojos cuando habló de ello.

»Ni siquiera puedo aventurar una suposición sobre la pequeñísima posibilidad de éxito que tenía al iniciar un viaje tan desesperado. De no haber vencido contra toda probabilidad, estaríamos todos muertos a estas alturas, debido a una muerte invisible provocada mediante magia que no podíamos ni detectar ni contrarrestar. No quisiera tener que volver a contar con una liberación tan afortunada.

Nadie discutió; asintieron levemente, o desviaron la mirada. La tienda se había convertido en un lugar sombrío.

—El orgullo de nada sirve a los muertos. —Verna se pasó los dedos por la frente—. Lo admito: los poseedores del don de entre nosotros no tenemos mucha idea de

lo que hacemos cuando se trata de usar nuestro don en la guerra. Sabemos un poco sobre combatir, quizá incluso muchas cosas, pero admito que estamos deplorablemente desprovistos del profundo conocimiento necesario.

»Consideráranos estúpidas si lo deseas, pero jamás pienses que estamos reñidas contigo, Zedd; todos estamos en el mismo bando. —Sus ojos castaños delataban la más absoluta sinceridad—. No sólo nos iría bien tu ayuda, sino que te estaríamos muy agradecidas por ella.

—Por supuesto que nos ayudará —dijo Adie, burlona, a la vez que reconvenía a Zedd con una expresión desaprobadora.

—Bueno, habéis empezado bien. Admitir que no se sabe algo es el primer paso para aprender. —Zedd se rascó la barbilla—. Cada día me asombro a mí mismo con todo lo que no sé.

—Eso sería maravilloso —dijo Warren—. Que nos ayudes, me refiero. —Sonó indeciso, pero siguió adelante de todos modos—. Realmente me gustaría disponer de la experiencia de un auténtico mago.

Abatido por el peso de sus otros problemas, Zedd negó con la cabeza.

—Me gustaría hacerlo, y desde luego os daré algunos consejos sobre la tarea que tenéis entre manos. No obstante, he llevado a cabo un viaje largo y frustrante, y me temo que aún no lo he terminado. No puedo quedarme. Debo ponerme en marcha pronto.

Warren se echó hacia atrás los rizados cabellos rubios.

—¿Qué clase de viaje has realizado, Zedd?

Zedd señaló con un dedo huesudo.

—No necesitáis conservar ese mosquito aplastado, general.

El general Reibisch advirtió que el insecto todavía seguía entre su índice y el pulgar, y lo arrojó lejos. Todos aguardaban las palabras de Zedd. Éste alisó sus gruesas vestiduras granates sobre sus delgados muslos mientras su mirada estudiaba distraídamente el suelo de tierra.

Soltó un suspiro alicaído.

—Me estaba recuperando de una lucha con una magia notable con la que nunca antes me había topado, y, mientras iba recuperando las facultades, pasé meses buscando. Estuve en Anderith, y vi algo de lo que sucedía allí tras la violenta entrada de la Orden. Fueron unos días aciagos para la gente. No sólo por el comportamiento violento de los soldados, sino también debido a una de vuestras Hermanas, Verna. La Señora de la Muerte, la llamaban.

—¿Sabes quién es? —inquirió Verna, con amargura, al enterarse de que una Hermana causaba tales daños.

—No; únicamente la vi en una ocasión, a mucha distancia. De haber estado totalmente recuperado, podría haber intentado remediar la situación, pero no era yo mismo aún y no me atreví a hacerla frente. Además, la acompañaban miles de soldados. La visión de todos esos soldados, conducidos por una mujer de la que habían oído hablar y a la que temían, infundía pánico a la población. La Hermana era joven, rubia. Llevaba un vestido negro.

—Querido Creador —murmuró Verna—. No es una de las mías..., es una del Custodio. Hay pocas mujeres que nazcan con tanto poder como el que ella posee. También tiene poder adquirido por medios inocuos. Nicci es una Hermana de las Tinieblas.

—He recibido informes —dijo el general Reibisch; y por su tono lúgubre, Zedd comprendió que los informes debían de haber sido correctos—. También he oído que la situación se ha tranquilizado considerablemente.

Zedd asintió.

—La Orden fue brutal al principio, pero ahora «Jagang el Justo» como han dado en llamarlo, ha decidido no causarles más daño. En la mayoría de lugares, aparte de la capital Fairfield, donde se produjo la mayor parte de las muertes, la gente ha pasado a apoyarlo como un liberador llegado para proporcionarles una vida mejor. Denuncian a vecinos, a viajeros..., a cualquiera de quien sospechen que no partidario de los nobles ideales de la Orden.

»Recorrí todo Anderith, y pasé bastante tiempo tras las líneas enemigas buscando... sin éxito. Luego viajé a las zonas salvajes y al norte, a unas cuantas poblaciones, e incluso a unas pocas ciudades, pero no encuentro ni rastro de ellos. Imagino que mis habilidades tardaron mucho en recuperarse; sólo hace muy poco que descubrí dónde estabais todos vosotros. Debo alabaros, general, habéis mantenido la presencia de vuestras fuerzas bien oculta..., tardé una eternidad en localizar a vuestro ejército. El muchacho, no obstante, parece haberse desvanecido sin dejar rastro. —Los puños de Zedd se crisparon sobre su regazo—. Debo encontrarlo.

—¿Te refieres a Richard? —preguntó Adie—. ¿Buscas a tu nieto

—Sí; a Richard y a Kahlan, a ambos. —Alzó las manos en un gesto de impotencia—. No obstante, no he obtenido el menor éxito debo admitirlo. Ninguna de las personas con las que he hablado visto ni rastro de ellos. He usado todas las habilidades que poseo, pero sin resultado. Si no supiera que .no es así, diría que ya no existen,

El resto de los presentes intercambiaron miradas, y Zedd observé con curiosidad sus rostros. Por primera vez en meses, sintió esperanza.

—¿Qué? ¿Qué es? ¿Sabéis algo?

—Mostrádselo, general —dijo Verna, y señaló bajo el banco.

A instancias suyas, el general sacó un mapa enrollado. Lo extendió totalmente con sus encallecidas manos y lo depositó en el suelo, a sus pies. Dieron la vuelta al mapa para que Zedd pudiera verlo mejor, y el general Reibisch golpeó con el dedo las montañas al oeste de ciudad del Corzo.

—Justo aquí, Zedd.

—Justo aquí... ¿qué?

—Están Richard y Kahlan —respondió Verna.

Zedd la miró a la cara, boquiabierto, y luego hizo lo mismo con el mapa. El dedo del general flotó sobre una agreste cadena de picos. Zedd conocía aquellas montañas. Eran un lugar inhóspito.

—¿Ahí? ¡Queridos espíritus!, ¿por qué querrían Richard y Kahlan ascender hasta semejante lugar? ¿Qué hacen allí?

—Kahlan está herida —dijo Adie con conmiseración.

—¿Herida?

—Estuvo a punto de pasar al mundo de los espíritus. Por lo que nos contaron, quizá vio el mundo del otro lado del velo. —Adie señaló el mapa—. Richard la llevó allí a recuperarse.

—Pero... ¿por qué haría eso?

Con una mano, Zedd se aplastó los ondulados cabellos blancos. Sus pensamientos giraron en un confuso revoltijo mientras intentaba asimilarlo todo.

—Se la podría curar...

—No. Está hechizada. Si se usa magia para intentar sanarla, un vil hechizo oculto se liberaría y ella moriría.

La comprensión se adueñó de él.

—¡Queridos espíritus!... Menos mal que el muchacho lo supo a tiempo.

Antes de que los terribles recuerdos de los alaridos surgieran avasalladores en primera línea de sus pensamientos, Zedd los exorcizó de su mente. Tragó saliva ante el dolor provocado por aquellos que, aun así, consiguieron colarse en su memoria.

—Pero, de todos modos, ¿por qué tendría que ir allí? Lo necesitan aquí.

—Desde luego que sí —soltó Verna y, por su tono, era un tema delicado.

—No puede venir —intervino Warren; cuando Zedd se limitó a contemplarlo fijamente, lo explicó con más detalle—: No lo comprendemos todo, pero creemos que Richard está siguiendo una especie de profecía.

—¡Una profecía! —Zedd lo descartó con un ademán—. A Richard no le gustan. Las detesta y se niega a hacerles caso. Hay momentos en que desearía que lo hiciera, pero no quiere.

—Bueno, pues a ésta si le hace caso. —Warren apretó los labios—. Es la suya.

—La suya...

Warren se aclaró la garganta.

—La profecía.

—¿Qué! —Zedd se puso en pie de un salto—. ¿Richard? Tonterías.

—Es un mago guerrero —dijo Verna, con sosegada autoridad.

Zedd contempló, ceñudo, todas las circunspectas expresiones que habían adoptado los demás. Puso mala cara y, con un teatral revuelo, de vestiduras, regresó a su asiento junto a Adie.

—¿Qué dice esa profecía?

Warren retorció un pedacito de su túnica morada.

—No lo dijo exactamente.

—Tomad. —El general Reibisch extrajo unos papeles doblados de un bolsillo—. Me escribió cartas. Todos las hemos leído.

Zedd se puso en pie y le arrebató las cartas del enorme puño; luego fue hacia la mesa y alisó las páginas. Mientras todos los demás permanecían sentados en silencio, observando, Zedd se inclinó sobre la mesa y leyó las palabras de Richard que tenía ante sí.

Con gran autoridad, Richard paradójicamente rechazaba su autoridad. Decía que tras reflexionarlo mucho, había alcanzado una comprensión que había llegado a él con el poder de una visión, y que en ese momento sabía, sin el menor atisbo de duda, que su ayuda sólo provocaría una catástrofe cierta.

En las cartas siguientes, Richard indicaba que Kahlan y él estaban a salvo y que ella se recuperaba poco a poco. Cara los acompañaba. En respuesta a cartas que el general Reibisch y otras personas habían escrito, Richard se mantenía firme en su posición. Los advertía de que la causa de la libertad se perdería para siempre si él no seguía el camino que debía seguir. Decía que, fueran cuales fueran las decisiones que el general Reibisch y el resto de ellos tomaran, él no las criticaría. Manifestaba que su corazón estaba con ellos, pero que no podían contar con él para el futuro inmediato. Decía que, posiblemente, no podrían hacerlo nunca más.

Sus cartas básicamente no daban una información cierta, aparte de aludir a su visión, y dejar claro que no debían esperar ninguna orientación por su parte. Con todo, Zedd supo leer entre líneas.

Contempló con fijeza las cartas un buen rato una vez que acabó de leerlas. La llama de la lámpara osciló lentamente, revoloteando de vez en cuando y elevando un enroscado hilillo de humo grasiento. Oyó voces apagadas fuera de la tienda mientras los soldados que patrullaban se transmitían información en voz baja. En el interior, todo el mundo permanecía en silencio. Todos habían leído las cartas.

La expresión de Verna estaba cargada de ansiedad, y la mujer no pudo permanecer callada por más tiempo.

—¿Irás a verlo, Zedd? ¿Lo convencerás para que regrese a la lucha?

Zedd arrastró los dedos con suavidad sobre las cartas.

—No puedo. Es una ocasión en la que no puedo serle de ayuda.

—Pero es nuestro líder en esta lucha.

La tenue luz de la lámpara iluminó la gracia femenina de sus dedos delgados mientras los oprimía contra la frente en vano consuelo. La mano volvió a caer sobre su regazo.

—Sin él...

Zedd no le contestó. No imaginaba cuál sería la reacción de Ann a una ocurrencia como aquélla. Durante siglos había analizado profecías que preveían la aparición del mago guerrero que nacería para conducirlos en la batalla por la existencia misma de la magia. Richard era aquel mago guerrero que tan repentinamente había abandonado.

—¿Cuál crees que es el problema? —preguntó Adie, con voz tranquila pero áspera.

Zedd volvió a mirar las cartas una última vez. Retiró la mirada de las palabras y se irguió. Todos los ojos alrededor de la tienda débilmente iluminada estaban puestos en él,

como si esperaran que de algún modo pudiera rescatarlos de un destino que no comprendían, pero que instintivamente temían.

—Esta es una prueba para lo más profundo del alma de Richard.

—Zedd deslizó las manos en el interior de sus mangas hasta juntar el brocado plateado de ambos puños—. Una especie de travesía... que se le ha impuesto debido a su comprensión de algo que sólo él ve

Warren carraspeó.

—¿Qué clase de prueba, Zedd? ¿Puedes decírnoslo?

Zedd gesticuló vagamente a la vez que recuerdos de momentos terribles relampagueaban por su mente.

—Un conflicto... una reconciliación...

—¿Qué clase de reconciliación? —lo apremió Warren.

Zedd fijó la mirada en los ojos azules del joven, deseando que no hiciera tantas preguntas.

—¿Cuál es el propósito de tu don?

—¿Su propósito? Bueno, i... imagino que... bueno, simplemente te está. El don es tan sólo una habilidad.

—Está para ayudar a los demás —declaró Verna, con rotundidad

La mujer cerró con más firmeza su capa azul pálido alrededor de los hombros, como si fuera una coraza que la defendiera de lo que fuera que Zedd pudiera lanzarle en respuesta.

—Ah. Entonces, ¿qué hacéis aquí?

La pregunta la cogió por sorpresa.

—¿Aquí?

—Sí. —Zedd agitó el brazo, indicando un impreciso lugar distante—. Si el don está para ayudar a los demás, ¿por qué no estas ahí fuera haciéndolo? Hay enfermos que necesitan que los curen, ignorantes que necesitan que les enseñen y hambrientos que necesitan que los alimenten. ¿Por qué estáis vosotros aquí sentados, llenos de salud, capacitados y bien alimentados?

Verna volvió a arreglarse la capa mientras erguía los hombros en una postura de firme determinación.

—En combate, si abandonas las puertas para ayudar a un camarada caído, has cedido a una debilidad: tu incapacidad para hacerte insensible a un sufrimiento inmediato para poder impedir un sufrimiento a mayor escala. Si salgo corriendo a ayudar a las pocas personas que podría ayudar, significa que abandono mi puesto aquí, con este ejército, mientras ellos intentan impedir que el enemigo tome al asalto las puertas de entrada al Nuevo Mundo.

La opinión de Zedd sobre la mujer mejoró ligeramente. Había estado exasperantemente cerca de expresar la esencia de una verdad vital. Le dedicó una leve sonrisa de respeto a la vez que asentía. La mujer pareció más sorprendida por ello de lo que se había mostrado por su pregunta.

—Veo por qué a las Hermanas de la Luz se las considera en todas partes como unas verdaderas servidoras de la necesidad. —Zedd se acarició la barbilla—. Así pues, ¿es tú convicción que los que poseemos la habilidad, el don, nacemos a este mundo para ser esclavos de aquellos que padecen necesidades?

—Bueno, no..., pero si existe una gran necesidad...

—Entonces estamos más fuertemente ligados con las cadenas de la esclavitud a aquellos que padecen toda necesidad mayor —acabó él por ella—. De este modo, ¿cualquiera con una necesidad, según tu forma de pensar, se convierte en nuestro amo? Seríamos sirvientes obligados por contrato a trabajar en una causa, o en cualquier causa

mayor que pueda aparecer, pero unos vasallos de todos modos ¿Sí?

En esa ocasión, Verna eligió no meterse en lo que consideraba una zona de arenas movedizas. Pero ello no impidió que dirigiera al mago una mirada iracunda.

Zedd mantenía que sólo podía existir una respuesta filosóficamente válida a la pregunta. Si Verna la conocía, no la ofreció.

—Aparentemente, Richard ha llegado a un punto en el que debe examinar críticamente sus alternativas y determinar el rumbo adecuado para su vida —explicó Zedd—. Quizá las circunstancias han hecho que se cuestionen cuál es el uso correcto que debe dar a sus habilidades, y, en vista de lo que él valora, cuál es su auténtico propósito en la vida.

La mujer abrió las manos en gesto de impotencia.

—No veo cómo podría él tener un propósito más importante que el de estar aquí, ayudando al ejército contra la amenaza que pende sobre el Nuevo Mundo..., la amenaza a las vidas de la gente libre.

Zedd volvió a dejarse caer sobre el banco.

—Tú no lo ves, y yo no lo veo, pero Richard ve algo.

—Eso no significa que tenga razón —dijo Warren.

Zedd estudió el rostro del joven un instante. Warren tenía facciones juveniles, pero también una expresión perspicaz en los ojos que delataba algo más que la simple juventud. Zedd se preguntó cuántos años tenía Warren.

—No, no significa que Richard tenga razón. Puede que esté cometiendo un error que destruya nuestra posibilidad de sobrevivir.

—Kahlan cree que quizá sea un error —terció Adie, finalmente, como si lamentara tener que decírselo—. Me escribió una nota..., creo que sin que Richard lo supiera..., y la entregó al mensajero. Kahlan teme que Richard esté haciendo esto en parte por lo que le sucedió a ella. La Madre Confesora también confió que temía que Richard hubiera perdido su fe en la gente, y que, debido a que la gente de Anderith lo rechazó, Richard podría verse a sí mismo como un líder caído.

—¡Bah! —Zedd agitó la mano, quitándole importancia—. Un líder no puede ir detrás de la gente, con el rabo entre las piernas, olisqueando en busca de sus caprichos y deseos del momento, lloriqueando para seguirlos en una dirección y en otra mientras vagan por la vida. Esa clase de personas no buscan un líder..., buscan un amo, y acaban encontrando uno.

»Un líder auténtico forja un sendero despejado a través de una jungla moral para que la gente vea el camino. Richard era un guía de bosque porque tal es su naturaleza. A lo mejor se ha perdido en ese bosque oscuro. Si lo está, debe hallar el modo de salir, y debe ser un rumbo correcto si ha de ser el auténtico líder de un pueblo libre.

Todos consideraron en silencio las implicaciones de lo que había dicho. El general era un hombre que seguía al lord Rahl, y simplemente aguardaba órdenes. Las Hermanas tenían sus propias ideas. Zedd y Adie sabían que el camino que tenían por delante no era lo que podría parecer a algunos.

—Eso es lo que Richard hizo por mí —dijo Warren en voz baja, con la mente puesta en sus recuerdos—. Me mostró el camino. Hizo que quisiera seguirle a la superficie, fuera de las criptas. Había acabado por sentirme cómodo allí abajo, contento con mis libros y mi destino, pero era un prisionero de aquella oscuridad, y vivía mi vida a través de las luchas y logros de otros. Jamás conseguí comprender exactamente cómo me inspiró para seguirlo fuera de allí. —Alzó la vista para mirar a Zedd a los ojos—. A lo mejor necesita esa misma clase de ayuda, él mismo. ¿Puedes ayudarlo, Zedd?

—Ha entrado en una época oscura para cualquier hombre, y en especial para un mago. Debe encontrar la salida por sí mismo. Si lo tomo de la mano y lo ayudo a salir,

como si dijéramos, podría llevarlo por un camino que él no habría elegido por sí mismo, y entonces quedaría incapacitado eternamente.

»Pero, peor aún, ¿y si tiene razón? Si yo, inconscientemente, lo obligara a tomar otro rumbo, ello podría condenarnos a todos y dar como resultado un mundo esclavizado por la Orden Imperial. —Zedd negó con la cabeza—. No. Esto sí lo sé: hay que dejar tranquilo a Richard para que haga lo que deba. Si realmente es quien debe conducirnos en esta batalla por el futuro de la magia y de la humanidad, esto sólo puede ser parte de su viaje.

Casi todos asintieron, aunque de mala gana, ante las palabras de Zedd.

Warren no asintió. Se puso a dar tirones a la tela de su túnica violeta.

—Hay una cosa que no hemos considerado.

Mientras todo el mundo aguardaba, sus ojos azules se alzaron para encontrarse con la mirada de Zedd. En aquellos ojos, Zedd vio una sabiduría poco corriente que le indicó que aquél era un joven que podía mirar a las profundidades de las cosas cuando la mayoría de la gente sólo veía los destellos de la superficie.

—Podría ser —dijo Warren, en voz baja pero firme— que Richard, por tener el don y ser un mago guerrero, haya sido visitado por una profecía cierta. Los magos guerreros son diferentes del resto de nosotros. Su capacidad no es algo concreto, sino muy amplio. La profecía está, al menos en teoría, dentro de su ámbito. Por otra parte, Richard posee Magia de Resta así como Magia de Suma. Ningún mago nacido en los últimos tres mil años ha poseído ambos lados. Aunque podamos imaginarlo, no nos es posible comprender del todo el potencial que posee, aunque las profecías hayan aludido a ello.

»Mientras que tal vez podamos imaginarlo, no nos es posible empezar siquiera a comprender el potencial que posee, aunque las profecías hayan aludido a ello.

»Podría muy bien ser que Richard haya tenido una profecía cierta que comprende a la perfección. De ser así, podría estar haciendo justo lo que debe hacerse. Incluso podría ser que comprenda claramente la profecía y que es tan horrenda que nos hace el único favor, que puede... al no contárnosla.

Verna cubrió la mano del joven con la suya.

—Realmente no crees eso, ¿verdad, Warren?

Zedd advirtió que la mujer daba mucho crédito a lo que decía Warren.

Ann había contado a Zedd que Warren apenas empezaba a exhibir su don para la profecía. Tales magos —los profetas— eran tan raros que aparecían sólo una o dos veces cada milenio. Su importancia potencial era incalculable. Zedd no sabía cuánto había avanzado Warren en aquella senda. Probablemente el propio Warren también lo ignoraba.

—La profecía puede ser una carga terrible. —Warren se alisó la túnica sobre el muslo—. A lo mejor la profecía de Richard dijo a éste que, si quiere llegar a tener una posibilidad de victoria, no debe morir con el resto de nosotros en nuestra lucha contra el ejército de la Orden Imperial.

El general Reibisch escuchaba y observaba con atención aquellos discursos propios de magos. El pulgar de la hermana Philippa jugueteaba con un botón de su vestido. Incluso con la consoladora mano de Verna sobre la suya, Warren, en aquel momento, no mostraba más que una expresión de desamparo.

—Warren... —Zedd aguardó hasta que las miradas de ambos se encontraron—. Todos nosotros en ocasiones prevemos el más pavoroso giro en los acontecimientos, simplemente porque es lo más aterrador que somos capaces de imaginar. No dediques tus pensamientos principalmente a aquello que no es el motivo más probable de las acciones de Richard, sólo porque es el motivo que más temes. Creo que Richard está luchando para comprender su lugar en todo esto. Recuerda: creció como guía de bosque; tiene que aceptar no sólo sus aptitudes, sino el peso del mando.

—Sí, pero...

Zedd alzó un dedo para dar más énfasis a sus palabras.

—La verdad de una situación suele responder a la explicación más simple.

El abatimiento del rostro del joven se disipó con la radiante aparición de una sonrisa luminosa.

—Había olvidado ese antiguo y sabio axioma. Gracias, Zedd.

El general Reibisch, que se dedicaba a mesarse la rizada barba con los dedos, apartó la mano y la convirtió en un puño.

—Además, a los d'haranianos no se les vence con tanta facilidad. Tenemos más fuerzas a las que recurrir, y tenemos aliados aquí, en la Tierra Central, que vendrán a ayudarnos. Todos hemos oído los informes sobre el tamaño de la Orden, pero sólo son hombres, no espíritus malignos. Tienen a personas con el don, pero también las tenemos nosotros. Todavía no se han enfrentado cara a cara con el poderío de los soldados de D'Hara.

Warren recogió del suelo una piedra que no llegaba al tamaño de su puño, y la sostuvo en la palma mientras hablaba.

—Sin ánimo de ofender, general, y no es mi intención disuadirlos de nuestra justa causa, pero he dedicado muchos años a estudiar la Orden. También yo soy del Viejo Mundo.

—Bien. ¿Qué tenéis que decirnos entonces?

—Bueno, digamos que el tablero de la mesa es el Viejo Mundo, la zona de la que Jagang extrae sus tropas. Ahora bien, allí existen lugares en los que hay poca población, desperdigada en extensas áreas; pero, también, existen muchos lugares muy poblados.

—Algo muy parecido sucede en el Nuevo Mundo —repuso el general—. D'Hara tiene lugares poblados y zonas desiertas.

Warren sacudió la cabeza y pasó la mano por encima del tablero de la mesa.

—Digamos que esto es el Viejo Mundo..., toda la mesa. —Alzó la roca para mostrarla al general y luego la depositó en el borde del tablero—. Esto es el Nuevo Mundo. Este es su tamaño..., esta piedra..., comparada con el Viejo Mundo.

—Pero... pero... eso no incluye D'Hara —farfulló el general Reibisch—. Sin duda... con D'Hara...

—D'Hara está incluida en esta piedra.

—Me temo que Warren tiene razón —dijo Verna.

También la hermana Philippa asintió en lúgubre confirmación.

—Quizá... —repuso, bajando la mirada a sus manos cruzadas sobre su regazo—, quizá Warren tiene razón, y Richard ha tenido una visión de nuestra derrota, y sabe que debe permanecer al margen, o desaparecer con el resto de nosotros.

—No creo que sea eso en absoluto —sugirió Zedd, con voz tranquila—. Conozco a Richard Si Richard pensara que íbamos a perder, lo diría para que la gente lo tuviera en cuenta en sus decisiones;

—Bueno —dijo el general, aclarándose la voz—, a decir verdad, falta una de las cartas; Fue la primera..., en ella lord Rahl me hablaba de su visión. En ella, lord Rahl sí decía que no teníamos posibilidad de vencer;

Zedd sintió que toda su sangre descendía a sus piernas, pero intentó mantener una actitud calma;

—¿Ah? ¿Dónde está esa carta?

El general dirigió una mirada de soslayo a Verna

—Bien, lo cierto es que —dijo Verna—, cuando la leí, me enfurecí y ...

—E hizo una bola con ella y la arrojó al fuego —finalizó Warren por ella

Verna enrojeció, pero no se defendió. Zedd comprendía el sentimiento, pero le

habría gustado leerla con sus propios ojos. Forzó una sonrisa

—¿Eran ésas sus palabras auténticas..., qué no teníamos posibilidad de ganar? —preguntó, intentando no parecer alarmado; aunque sentía cómo el sudor descendía por su cogote.

—No... —respondió el general Reibisch, a la vez que removía los hombros y meditaba sobre la pregunta—. No, las palabras de lord Rahl eran que no debemos comprometer nuestras fuerzas en un ataque directo sobre el ejército de la Orden Imperial, o nuestro bando será destrozado y cualquier posibilidad de vencer en el futuro se perderá para siempre.

La sensibilidad empezó a regresar a los dedos de Zedd, que se secó una gota de sudor de la sien. Consiguió respirar con más facilidad

—Bueno, eso tiene sentido. Si son una fuerza tan enorme como dice Warren, cualquier ataque directo sería insensato.

Tenía sentido, aunque Zedd se preguntó por qué Richard haría tal comentario a un hombre con la experiencia del general Reibisch. A lo mejor Richard simplemente se mostraba cauteloso. No había nada malo en ser cauteloso.

Adie deslizó su mano sobre la de Zedd y acarició el flojo puño con su palma.

—Si crees que debes dejar que Richard haga lo que crea conveniente, ¿te quedarás entonces? ¿Ayudarás a enseñar a las personas con el don que hay aquí lo que deben saber?

Todos los rostros estaban llenos de inquietud mientras lo observaban, pendientes de lo que pudiera decidir. El general se pasó inadvertidamente el dedo por la cicatriz blanca del costado de su cara. La hermana Philippa entrelazó los dedos. Verna y Warren entrelazaron los suyos.

Zedd sonrió y abrazó los hombros de Adie;

—Desde luego que no voy a abandonaros;

Las tres personas del banco situado enfrente lanzaron, cada una, un suspiro de alivio. Su postura se relajó, como si hubieran aflojado unas cuerdas pasadas alrededor de sus cuellos.

Zedd les dedicó una dura mirada;

—La guerra es algo desagradable. Se trata de matar personas antes de que ellas te maten a ti. La magia en la guerra es simplemente otra arma, aunque sea una que atemoriza. Debéis daros cuenta de que ésta, también, debe usarse para matar personas;

—¿Qué debemos hacer? —preguntó Verna, a todas luces aliviada de que hubiera accedido a quedarse, pero no hasta el extremo en que lo estaban el general Reibisch, Warren o la hermana Philippa.

Zedd se arregló el faldón de su túnica entre las piernas, a la vez que meditaba la pregunta. No era la clase de lección que lo entusiasmaba.

—Mañana por la mañana empezaremos. Hay mucho que aprender sobre contrarrestar magia en combate. Enseñaré a todos los que tienen el don algunas cosas sobre la terrible cuestión de usar lo que siempre esperaste usar para el bien, para hacer daño. Las lecciones no son agradables, pero, por otra parte, tampoco lo es la alternativa.

La idea de tales lecciones y, peor, el uso de tal conocimiento, no podía ser algo que ninguno de ellos considerara con satisfacción. Adie, que sabía un poco sobre la horrorosa naturaleza de tal conflicto, le frotó la espalda en actitud solidaria. La gruesa vestimenta se le pegaba a la piel, y Zedd deseó volver a tener sus sencillas prendas de mago.

—Todos haremos lo que debamos para impedir que nuestra gente sea víctima de la monstruosa magia de la Orden Imperial —dijo Verna—. Tienes mi palabra como Prelada

—Mañana, pues —indicó Zedd, asintiendo—, empezaremos;

—Me asusta pensar en utilizar la magia en la guerra —comentó el general Reibisch, mientras se ponía en pie.

Zedd se encogió de hombros.

—Para ser sincero, el objetivo último de la magia en combate es contrarrestar la magia del enemigo. Si hacemos nuestro trabajo como es debido, conseguiremos un equilibrio. Así que los soldados podrán pelear sin que la magia influya diariamente en la batalla. Podréis ser el acero. Nosotros seremos la magia contra la magia.

—¿Queréis decir que vuestra magia no será una ayuda directa a nosotros?

Zedd volvió a encogerse de hombros;

—Intentaremos usar magia para infligirles daño en cualquier modo que podamos, pero cuando intentemos utilizarla, el enemigo tratará de contrarrestarla. Cualquier intento por su parte de usar su poder en nuestra contra, nosotros intentaremos contrarrestarlo. El resultado de la magia en combate, si se utiliza de un modo adecuado y con destreza, es que parece como si la magia no existiera.

»Si no conseguimos estar a la altura del desafío, el poder que lancen contra nosotros será un espectáculo realmente espantoso. Si podemos vencerles en ello, contemplaréis tal destrucción de sus fuerzas como no os podéis imaginar. Pero, según mi experiencia, la magia tiende a mantener el equilibrio, de modo que raramente ocurren tales acontecimientos.

—Entonces, ¿nuestro objetivo es lograr un punto muerto? —preguntó la hermana Philippa;

—¿Un *impasse*, entonces, es nuestro objetivo? —preguntó la hermana Philippa.

Zedd movió las palmas arriba y abajo, en contraposición, como si fueran una balanza que sostenía un gran peso;

—Las personas con el don de ambos bandos trabajarán más duramente de lo que han trabajado jamás. Puedo decirte que será extenuante. El resultado, excepto por pequeñas variaciones en la ventaja, es que parecerá como si nadie hiciera nada para ganarse la cena.

Dejó caer las manos.

—Habrán instantes de horror puro y pánico auténtico en los que parecerá, sin lugar a dudas, que el mundo mismo está a punto de desaparecer en un arrebatado de locura.

El general Reibisch sonrió con una curiosa expresión de tierna complicidad;

—Permitid que os diga que la guerra, cuando uno empuña una espada, es algo muy parecido. —Alzó una mano en fingida defensa—. Pero casi prefiero eso a tener que blandir mi espada contra todo mosquito mágico que apareciera. Soy un hombre de acero contra acero. Tenemos a lord Rahl para que sea la magia contra la magia. Me siento aliviado de tener al abuelo de lord Rahl, el Primer Mago, para ayudarnos, también. Gracias Zedd. Cualquier cosa que necesitéis es vuestra. Sólo pedid.

Verna y Warren añadieron cabeceos silenciosos, mientras el general se encaminaba a la entrada de la tienda. Cuando Zedd habló, el general Reibisch se dio la vuelta, sujetando el faldón en una mano.

—¿Todavía enviáis mensajeros a Richard?

El general confirmó que lo hacían;

—El capitán Meiffert estuvo allí arriba. Tal vez podría decirnos más cosas sobre lord Rahl.

—¿Han regresado sanos y salvos todos los mensajeros?

—La mayoría. —Se frotó el barbudo mentón—. Hemos perdido a dos, hasta ahora. A un mensajero lo encontramos por casualidad entre un desprendimiento de rocas. Otro no regresó jamás, pero nunca se encontró su cuerpo..., lo que no resulta insólito. Es

un viaje largo y difícil. Un viaje así implica muchos riesgos; debemos esperar la pérdida de unos cuantos hombres.

—Me gustaría que dejarais de enviar hombres allí arriba a ver a Richard.

—Pero lord Rahl necesita mantenerse informado.

—¿Y si el enemigo captura a uno de esos mensajeros y averigua dónde está Richard? Si uno carece de escrúpulos, es posible hacer hablar a casi cualquier hombre. El riesgo no lo merece.

El general pasó la palma de la mano por la empuñadura de su espada mientras meditaba las palabras de Zedd.

—La Orden está muy al sur de nosotros..., en Anderith. Controlamos todo el terreno entre este lugar y las montañas donde se encuentra lord Rahl. —Sacudió la cabeza con resignación ante la inmutable mirada de Zedd— Pero si consideráis que es arriesgado, no enviaré a ninguno más. No obstante, ¿no se preguntará lord qué nos sucede?

—Lo que nos esté sucediendo en realidad no es relevante para él en estos momentos; hace lo que debe hacer, y no podemos permitir que nuestra situación lo influya. Ya os ha contado que no podrá daros órdenes, que debe permanecer al margen.

Tiró de sus mangas para colocarlas bien y suspiró mientras reflexionaba sobre ello.

—Tal vez cuando finalice el verano, antes de que toda la fuerza del invierno descienda y la nieve los aisle allí arriba, iré y veré cómo les va.

El general Reibisch le dedicó una sonrisa antes de irse.

—Si podéis hablar con lord Rahl, sería un alivio para todos nosotros, Zedd; él confiaría en vuestra palabra. Buenas noches.

El hombre acababa de traicionar sus auténticos sentimientos. Nadie en la tienda confiaba de veras en lo que Richard hacía, excepto, quizá Zedd, y Zedd tenía sus dudas. Kahlan había dicho que creía que Richard se veía a sí mismo como un líder caído; aquellas personas que afirmaban no comprender cómo podía creer tal cosa no confiaban en sus acciones.

Richard estaba solo, únicamente tenía la fuerza de sus convicciones para darle ánimo.

Tras la marcha del general, Warren se inclinó al frente.

—Zedd, podría ir contigo a ver a Richard. Podríamos conseguir que nos lo contara todo, y determinar si realmente es una profecía o, como él dice, sólo algo que ha comprendido. Si no es una profecía en realidad, podríamos conseguir hacerle ver las cosas de un modo distinto.

»Lo que es más importante, podríamos empezar a enseñarle..., tú podrías... en cualquier caso..., sobre su don, a usar la magia. Necesita saber cómo utilizar su habilidad.

Mientras Zedd paseaba de un lado a otro, Verna profirió un gruñido para expresar sus recelos sobre la sugerencia de Warren.

—Intenté enseñar a Richard a tocar su han. Varias Hermanas lo intentaron. Nadie consiguió ningún progreso.

—Pero Zedd cree que un mago es la persona indicada para hacerlo. ¿No es cierto, Zedd?

El aludido interrumpió su deambular y los contempló a los dos un instante, mientras meditaba cómo expresar en palabras sus pensamientos.

—Bien, como dije antes, enseñar a un mago no es realmente trabajo para hechiceras, pero otro mago...

—Con Richard no creo que tuvieras mejor suerte que nosotras —objetó Verna.

Warren no cedió terreno.

—Pero Zedd cree que...

Zedd carraspeó, solicitando silencio.

—Tienes razón, muchacho; es tarea de un mago enseñar a otro mago que ha nacido con el don. —Verna alzó un dedo para protestar, pero Zedd siguió adelante—. Sin embargo, en este caso creo que Verna tiene razón.

—¿La tiene? —se sorprendió Warren.

—¿La tengo? —preguntó ella.

Zedd agitó la mano en ademán aplacador.

—Sí, eso creo, Verna. Creo que las Hermanas pueden enseñar algunas cosas. Al fin y al cabo, mira a Warren, aquí presente. Las Hermanas han conseguido enseñarle algunas cosas sobre el uso de su don, incluso aunque eso haya costado tiempo. Habéis enseñado a otros..., de un modo limitado, según mi punto de vista..., pero no conseguisteis enseñar a Richard ni las cosas más simples. ¿Es eso correcto?

La boca de Verna se contrajo con disgusto.

—Ninguna de nosotras pudo enseñarle la sencilla tarea de percibir su propio han. Me senté con él durante horas e intenté guiarlo. —Cruzó los brazos y desvió la vista de la mirada penetrante del mago—. Simplemente, no funcionó.

Warren se llevó un dedo a la barbilla mientras fruncía el entrecejo, como si rememorara algo.

—Sabéis, Nathan me dijo algo en una ocasión. Le conté que quería aprender de él; que quería que me enseñara a ser un profeta. Nathan dijo que un profeta no se podía hacer, que nacían. Comprendí, entonces, que todo lo que yo sabía y comprendía sobre las profecías..., lo que realmente comprendía..., lo había aprendido yo solo, de nadie más. ¿Podría, con Richard, suceder algo parecido? .Es eso lo que quieres decir, Zedd?

—Lo es. —Zedd volvió a sentarse sobre el duro banco de madera junto a Adie—. Me encantaría, no sólo como su abuelo, sino como Primer Mago, enseñar a Richard lo que necesita saber sobre su habilidad, pero empiezo a dudar de que eso sea posible. Richard es distinto de cualquier otro mago, no sólo por su posesión de la Magia de Resta además de la acostumbrada de Suma.

—Pero con todo —intervino la hermana Philippa—, tú eres Primer Mago. Sin duda, podrías enseñarle muchas cosas.

Zedd deshizo un pliegue de sus vestiduras que se había hecho en su huesudo trasero mientras reflexionaba sobre cómo explicarlo.

—Richard ha hecho cosas que ni siquiera yo comprendo. Sin mi adiestramiento, ha realizado más de lo que soy capaz de desentrañar. Por sí mismo, Richard consiguió llegar al Templo de los Vientos, en el inframundo, llevó a cabo la tarea de detener una plaga, y regresó del otro lado del velo al mundo de la vida. ¿Puede alguno de vosotros alcanzar a comprender tal cosa? ¿Y más siendo un mago sin preparación? Hizo desaparecer los repiques del mundo de los vivos; ¿cómo? no tengo ni idea. Ha realizado magia de la que jamás había oído hablar, y mucho menos visto o comprendido.

»Me temo que mis conocimientos serían más una interferencia que una ayuda. Parte de la habilidad de Richard, y su ventaja, es modo en que contempla el mundo... a través no sólo de ojos inexpertos, si no de los ojos de un Buscador de la Verdad. No sabe que algo es imposible, así que intenta llevarlo a cabo. Me da miedo decirle cómo hacer cosas, cómo usar su magia, porque tales enseñanzas también podrían sugerirle límites a sus poderes, creándolos por lo tanto. ¿Qué podría enseñarle a un mago guerrero? No sé nada sobre el lado de Resta de la magia, mucho menos sobre el don de tal poder.

—A falta de otro mago guerrero con Magia de Resta, ¿sugieres que tal vez tendría que ser una Hermana de las Tinieblas quien le enseñara? —preguntó Warren.

—Bueno —reflexionó Zedd—, podría ser una idea. —Dejó escapar un suspiro

agotado mientras se tornaba más serio—. He llegado a comprender que no sólo sería inútil intentar enseñar a Richard a usar su habilidad, sino que también podría resultar peligroso incluso... para el mundo.

»Me gustaría ir a verlo, y ofrecerle mi ánimo, experiencia y comprensión, pero ¿ayuda? —Negó con la cabeza—. No me atrevo.

Nadie puso ninguna objeción. Verna tenía experiencia de primera mano que muy posiblemente confirmaba la veracidad de sus palabras. El resto probablemente conocía a Richard lo bastante bien como para pensar casi lo mismo.

—.Puedo ayudarte a encontrar una tienda libre, Zedd? —preguntó finalmente Verna—. Tienes aspecto de necesitar algo de descanso. Por la mañana, después de que disfrutes de una buena noche de reposo, y todos nosotros reflexionemos sobre esto, podemos seguir hablando.

Warren, que había estado a punto de hacer otra pregunta antes de que Verna hablara, pareció desilusionado, pero asintió.

Zedd estiró las piernas ante él mientras bostezaba.

—Eso sería lo mejor.

La tarea que aguardaba era sobrecogedora. Ansiaba ver a Richard, ayudarlo, sobre todo tras haberlo buscado tanto tiempo. En ocasiones resultaba duro dejar sola a la gente cuando eso era lo que más necesitaban.

—Eso sería lo mejor —repitió—. Estoy cansado.

—El verano se aleja de nosotros. Las noches se vuelven más frías —dijo Adie, a la vez que se apretaba contra el costado de Zedd.

La mujer lo miró con sus ojos blancos que, a la luz de la lámpara, tenían un suave tono ambarino.

—¿Te quedas conmigo y calientas mis huesos, viejo amigo?

Zedd sonrió mientras la abrazaba. Resultaba tan reconfortante volver a estar con ella como había esperado. De hecho, en aquel momento, si ella le hubiese dado otro sombrero con una pluma, se lo habría puesto, y con una sonrisa. La inquietud, no obstante, le recorría dolorosamente los huesos, igual que si se avecinara una tormenta.

—Zedd —dijo Verna, pareciendo advertir en sus ojos el peso de sus pensamientos—, Richard es un mago guerrero que, como dices, en el pasado ha demostrado sus notables aptitudes. Es un joven lleno de recursos. Además, es ni más ni menos que el Buscador en persona y tiene la *Espada de la Verdad* con él para protegerlo; una espada que puedo atestiguar que sabe usar. Kahlan es una Confesora, la Madre Confesora, y tiene experiencia en el uso de su poder. Tienen a una mord-sith con ellos. Las mord-sith no corren riesgos.

—Lo sé —murmuró Zedd, fijando la vista en una espiral de pensamientos ominosos—, pero sigo temiendo por ellos.

—¿Qué es lo que tanto os preocupa? —quiso saber Warren.

—Los mosquitos albinos.

Jadeando de agotamiento, Kahlan tuvo que brincar hacia atrás por entre la maraña de lantanas y de zarzas llenas de moras para esquivar el mandoble de la espada. La punta pasó silbando por su lado, apenas a un centímetro de las costillas. En su loca carrera para huir, hizo caso omiso de los enganchones y tirones de los espinos en los pantalones. Sentía los latidos de su corazón galopando en la base del cráneo.

Mientras él insistía, implacable, en su ataque, obligándola a retroceder al otro lado de una pequeña repisa elevada y por el terreno pantanoso situado más allá, montones de hojas secas que sus botas lanzaban se mecían en el aire de media tarde, igual que coloridas nubes. Hojas de un amarillo brillante, de un naranja luminoso y de un rojo intenso llovían sobre afloramientos rocosos envueltos en espinosos tallos de enebro. Era como combatir en medio de un arco iris.

Richard volvió a lanzar una acometida. Kahlan profirió un grito ahogado pero bloqueó su espada y él siguió con su denodado ataque con determinación implacable. Ella cedió terreno, mientras saltaba para evitar tropezar con la trampa de raíces que rodeaban una enorme picea blanca. Perder el equilibrio resultaría fatal; si caía, Richard podría acuchillarla en un instante.

Echó una ojeada a la izquierda. Allí se alzaba una elevada loma de rocas recubiertas de musgo. En el otro lado, el borde de la cresta acababa uniéndose a la pared rocosa. Una vez que el terreno llano finalizara en aquel callejón sin salida, la única alternativa sería o trepar a lo alto o descender.

Desvió una veloz estocada del arma de su adversario, y él rechazó la de ella. En un arranque de furia, Kahlan lanzó un ataque feroz, obligándolo a retroceder una docena de pasos. Richard paró sin esfuerzo sus golpes, y luego le devolvió el ataque del mismo modo, y lo que ella había ganado lo perdió rápidamente y en doble medida. Volvía a tener que defenderse desesperadamente y a intercambiar terreno a cambio de su vida.

En una rama seca y baja de un abeto que había a menos de tres metros de distancia, una ardilla roja con los mechones invernales de las orejas ya crecidos, arrancó un rosetón de líquen que crecía en la corteza. Exhibiendo el blanco vientre en toda su gloria, el animal se sentó en cuclillas en el extremo de la rota rama seca, con la poblada cola erguida, sosteniendo el arrugado pedazo de líquen en las diminutas garras mientras mordisqueaba los bordes, haciéndolo girar, como un espectador devora una torta de pan frito mientras contempla el enfrentamiento de los combatientes.

Kahlan tragó aire mientras sus ojos iban veloces de un lado a otro, buscando un lugar firme donde pisar entre los imponentes troncos del bosque mientras al mismo tiempo esperaba una oportunidad que la salvara. Si de algún modo pudiera eludir a Richard, eludir la amenaza de su espada, tal vez podría conseguir una buena ruta de escape. Él la alcanzaría, pero ella ganaría tiempo. Esquivó una veloz estocada y se escabulló entre unas matas de helechos marrones y amarillos veteados por la refulgente luz del sol.

Richard se lanzó a una repentina carga enloquecida para poner fin a aquello y alzó la espada para descargarla sobre ella.

Era su oportunidad..., su única posibilidad.

En un abrir y cerrar de ojos, Kahlan invirtió la retirada y saltó al frente, agachándose bajo el brazo de su contrincante. Hundió la espada directamente en su blanda cintura.

Richard se cubrió la herida con ambas manos. Se tambaleó un instante, y luego se

encogió hasta desplomarse en una mata de helechos, quedando tumbado boca arriba. El revuelo de la caída hizo saltar algunas hojas caídas. Éstas efectuaron una voltereta en el aire antes de descender, lentamente, para decorar el cuerpo con sus brillantes colores. El rojo de las hojas de arce era tan intenso que hacía que la sangre pareciera marrón en comparación.

Kahlan se detuvo junto a Richard, jadeando para recuperar el aliento. Estaba agotada. Cayó de rodillas y luego se arrojó sobre el cuerpo tendido. A su alrededor, frondas de helechos, del color del caramelo, permanecían enroscadas en forma de pequeños puños, como en desafío por tener que morir con la estación. Los pocos helechos amarillentos menos tupidos que olían a heno proporcionaban un aroma limpio y agradable al aire de la tarde. Pocas cosas podían igualar la fragancia del bosque a finales de otoño. En un espectacular caso de buena suerte, un alto arce situado a poca distancia, resguardado como estaba por una protectora esquina de la pared rocosa, no se había visto desnudado aún y exhibía una amplia extensión de hojas tan anaranjadas que contrastaban con el cielo azul pastel.

—¡Cara! —Posando la mano izquierda sobre el pecho de Richard, Kahlan se levantó sobre un brazo para llamar—. ¡Cara! ¡He matado a Richard!

Cara, a poca distancia, tumbada sobre el vientre en el borde de la cresta mientras miraba a lo lejos, no dijo nada.

—¡Lo he matado! ¿Lo has oído? Cara... ¿lo has visto?

—Sí —farfulló ésta—. Lo he oído. Has matado a lord Rahl.

—No, no me has matado —dijo Richard, todavía sin aliento. Ella le pegó en el hombro con la vara de sauce que le servía de espada.

—Sí lo he hecho. Te he matado esta vez. Te he matado del todo.

—Sólo me has hecho un rasguño. —Presionó la punta de su vara de sauce contra el costado de ella—. Caíste en mi trampa. Ahora te tengo en la punta de mi espada. Ríndete, o muere, mujer.

—Jamás —repuso ella, jadeando aún para recuperar la respiración mientras reía—. Antes moriría que ser capturada por alguien como tú, villano.

Lo acuchilló repetidamente en las costillas con su rama de sauce a la vez que reía tontamente y se balanceaba de un lado a otro.

—¡Cara! ¿Lo has visto? Esta vez lo he matado. ¡Finalmente he acabado con él!

—Sí, de acuerdo —rezongó Cara, mientras observaba con suma atención más allá de la cresta—. Habéis matado a lord Rahl. ¡Felicitaciones! —Volvió la cabeza—. Éste es mío, ¿de acuerdo, lord Rahl? Prometisteis que éste era mío.

—Sí —dijo Richard, recuperando aún el resuello—, éste es para ti, Cara.

—Estupendo. —Cara sonrió satisfecha—. Es uno grande Richard dedicó una sonrisita de complacencia a Kahlan.

—Dejé que me mataras, ¿sabes?

—¡No, no lo hiciste! Te vencí. Esta vez acabé contigo. —Volvió a golpearlo con su espada de sauce; luego se detuvo y frunció el entrecejo—. Pensaba que dijiste que no estabas muerto. Dijiste que fue sólo un rasguño. ¡Ja! Admitiste que acabé contigo.

Richard rió por lo bajo.

—Dejé que tú...

Kahlan lo besó para acallararlo. Cara lo vio y alzó los ojos al cielo Cuando volvió a mirar por encima de la cresta, la mord-sith se puso de pie de un salto.

—¡Acaban de irse! ¡Vamos!

—Cara, nada va a cogerlo —dijo Richard—, no hay que ir tan deprisa.

—¡Vamos! Prometisteis que éste era mío. No quiero haber tenido que pasar por todo esto para nada. Vamos.

—De acuerdo, de acuerdo —respondió Richard, mientras Kahlan se alzaba de encima de su cuerpo—. Ya vamos.

Extendió la mano para que Kahlan le ayudara a ponerse en pie. Ella lo acuchilló en las costillas.

—Te he vuelto a matar, lord Rahl. Te estás volviendo descuidado

Richard se limitó a sonreír mientras ella le ofrecía finalmente la mano. Una vez en pie la abrazó y antes de girar para ir tras Cara, dijo:

—Buen trabajo, Madre Confesora, buen trabajo. Me has matado del todo. Estoy orgulloso de ti.

Kahlan se esforzó por mostrarle una sonrisa tranquila, pero temió que el resultado fuera una mueca aturdida. Richard recogió su mochila y se la echó a la espalda. Sin dilación, inició el descenso por la empinada y abrupta pared de la montaña. Kahlan se echó el largo manto de piel de lobo alrededor de los hombros y lo siguió a través de la protectora sombra de las píceas que crecían en el borde de la cresta, pisando sobre la expuesta repisa en lugar de en las zonas bajas.

—Ten cuidado —gritó Richard a Cara, ya a una buena distancia por delante de ellos—. Con todas las hojas que cubren el suelo, no puedes ver los agujeros o las brechas que hay en la roca.

—Lo sé, lo sé —refunfuñó ella—. ¿Cuántas veces creéis que tengo que oírlo?

Richard estaba pendiente de ellas en todo momento. Les había enseñado a andar por aquel terreno y de qué había que tener cuidado. Desde el principio, caminando por bosques y montañas, Kahlan había advertido que Richard se movía con tranquila soltura, mientras que Cara andaba de un lado para otro, subiendo y bajando a saltos de rocas y repisas, casi como una jovencita eufórica. Puesto que Cara había pasado la mayor parte de la vida en lugares cerrados, no sabía lo importante que era saber andar por aquella clase de terreno.

Richard se lo había explicado con suma paciencia.

—Elige dónde pones el pie para que tus pasos estén relativamente a la misma altura. No desciendas a un punto más bajo si no necesitas hacerlo, para luego tener que volver a subir mientras prosigues tu ascensión. No asciendas innecesariamente, para luego volver a descender. Si debes subirte a algo, no siempre necesitas alzar todo el cuerpo... límitate a flexionar las piernas.

Cara se quejó de que era muy arduo tener que pensar en dónde se ponía el pie en cada ocasión, y él le contestó que andando como ella lo hacía, en realidad ascendía a la montaña dos veces por cada vez que él lo hacía. Richard le dijo que pensara mientras andaba, y que pronto sería algo instintivo y lo haría sin pensar. Cuando Cara descubrió que los músculos de las espinillas y muslos no se cansaban ni le dolían tanto cuando seguía sus sugerencias, se tornó una alumna aplicada. Ahora hacía preguntas en lugar de discutir. Casi siempre.

Kahlan vio que, al descender por la empinada senda, Cara hacía lo que Richard le había enseñado y usaba un bastón improvisado para tantear cualquier zona baja sospechosa en la que se acumulaban hojas antes de poner el pie. Aquél no era lugar para partirse un tobillo. Richard no dijo nada, pero en ocasiones sonreía cuando la mord-sith encontraba un agujero con el bastón en lugar de con el pie, como acostumbraba a sucederle antes.

Abrir una senda nueva en una ladera empinada como aquella por la que descendían era tarea peligrosa. Los senderos se desvanecían en callejones sin salida, que obligaban a desandar el camino. En laderas menos rigurosas, laderas de colinas y en especial terrenos más llanos, los animales a menudo abrían buenas sendas. En un valle, un sendero que quedaba reducido a nada no era un gran problema porque uno podía

abrirse paso a través de la maleza hasta terreno más despejado. Abrir una senda en un precipicio rocoso, a trescientos metros de altura, siempre resultaba arduo y a menudo frustrante. En tales condiciones, en particular si empezaba a oscurecer, el deseo de no tener que desandar una ascensión difícil tentaba a la gente a correr riesgos.

Richard decía que era un trabajo duro que exigía anteponer la razón al deseo de bajar, llegar a casa o alcanzar un lugar donde acampar.

—Desear mata a la gente —decía a menudo—. Usar la cabeza te lleva a casa.

Cara clavó su bastón dentro de un montón de hojas que había entre unas rocas peladas de granito.

—No piséis estas hojas de aquí —dijo volviendo la cabeza—. Hay un agujero.

—Vaya, gracias, Cara —respondió Richard, con fingida gratitud como si él hubiese puesto el pie allí de no habérselo advertido ella.

La pared del risco en el que estaban tenía varias repisas de buen tamaño con arbolillos y matorrales robustos que proporcionaban buen punto donde agarrarse. Por debajo, la ladera de la montaña caía ante ellos en forma de impresionante barranco. Más allá del desfiladero, la ladera volvía a alzarse en una pendiente muy pronunciada cubierta de plantas de hoja perenne y los esqueletos grises y marrones de robles, arces y abedules.

Las capas de hojas otoñales habían resultado resplandecientes mientras duraron, pero en aquellos momentos no eran más que confeti y se desvanecían con rapidez en el suelo. Por lo general, los robles conservaban las hojas hasta principios de invierno, y algunos de ellos hasta la primavera, pero arriba, en las montañas, los vientos helados y las tormentas tempranas ya habían despojado incluso a los robles de sus tenaces hojas marrones.

Cara se colocó en una repisa que sobresalía por encima del abismo.

—Ahí —dijo, a la vez que señalaba al otro lado—. Ahí arriba. ¿Lo veis?

Richard se protegió los ojos de la cálida luz solar mientras miraba a lo alto de la ladera opuesta. Emitió un sonido gutural para confirmar que lo veía.

—Feo lugar para morir.

Kahlan se ajustó mejor la cálida piel de lobo sobre las orejas para protegerlas del frío viento.

—¿Existe algún buen lugar?

Richard bajó la mano de la frente.

—Supongo que no.

Más arriba del punto de la ladera que Cara había señalado, el bosque finalizaba en un lugar llamado el Bosque Torcido. Por encima de aquello, donde ya no crecían árboles, la montaña era crestas de roca desnuda y guijarros. Un poco más arriba, la nieve, blanca como el azúcar, centelleaba bajo los rayos oblicuos del sol. Por debajo de la nieve y la roca desnuda, el Bosque Torcido quedaba expuesto a fuertes vientos y un clima muy frío, que provocaba que los árboles crecieran con formas retorcidas. El Bosque Torcido era una línea de demarcación entre la desolación, donde apenas otra cosa que líquenes podía sobrevivir al formidable clima, y el bosque de árboles apiñados situado abajo.

Richard señaló con un ademán a la derecha.

—No perdamos más tiempo. No quiero que la noche me atrape aquí.

Kahlan miró hacia el lugar donde la montaña daba paso a un panorama espléndido de picos nevados, valles y el verde ondulado de bosques aparentemente infinitos e inexplorados. Un manto de espesas nubes de tormenta había invadido aquellos valles, deslizándose a hurtadillas alrededor de las montañas. A lo lejos, algunos de los picos nevados se alzaban aislados en un algodonoso mar gris. En zonas más inferiores de las montañas, por debajo de aquellas espesas nubes oscuras, el tiempo sería

deprimente.

Tanto Richard como Cara aguardaban lo que dijera Kahlan. A ella no le gustaba la idea de estar al descubierto en el Bosque Torcido cuando llegaran la niebla helada y la llovizna.

—Estoy bien, vayamos y acabemos con esto. Luego podemos ir más abajo, donde podremos encontrar un pino refugio que nos permita permanecer secos esta noche. No me importaría sentarme ante un buen fuego bebiendo té caliente.

Cara se calentó las manos con su propio aliento.

—Eso suena muy bien.

El primer día que Kahlan conoció a Richard, hacía más de un año, él la condujo hasta un pino refugio. Ella jamás había sabido que existieran tales árboles en las profundidades de los bosques de la Tierra Occidental, y los pinos refugio seguían manteniendo para ella la misma cualidad mística que la primera vez que vio uno, recortado contra un cielo cada vez más oscuro, más alto que todos los árboles a su alrededor. Tales árboles adultos era amigos de los viajeros que se hallaban lejos de cualquier cobijo convencional.

Las ramas de un pino refugio grande descendían hasta el suelo alrededor del tronco, con las agujas creciendo principalmente en el borde exterior, dejando las ramas interiores desnudas. En su interior, bajo los espesos faldones verdes, los pinos ofrecían un refugio excelente para cobijarse del mal tiempo. Algo en la savia del árbol le hacía resistente al fuego, de modo que, si se tenía cuidado, se podía disponer de una agradable fogata en su interior, mientras en el exterior llovía y soplabla la tormenta.

Richard, Kahlan y Cara a menudo pasaban la noche en pinos refugio cuando andaban por las montañas. Aquellas noches calentándose alrededor de una pequeña fogata en el interior de los confines del árbol los unían más, y les daban tiempo para reflexionar, charlar y contar historias. Algunas de las historias les hacían reír. Otras, un nudo en la garganta.

Tras la aseveración de Kahlan de que podía hacerlo, Richard y Cara asintieron e iniciaron el descenso por el risco. La Madre Confesora se había recuperado de sus terribles heridas pero, con todo, la dejaron decidir si estaba preparada para el esfuerzo de un descenso y un ascenso como aquél y luego otro descenso, antes de que encontraran un lugar de acampada resguardado, con un poco de suerte en un pino refugio.

Kahlan había tardado mucho en curar. En todo momento fue consciente, por supuesto, de que heridas como las que había sufrido tardarían tiempo en sanar. Al haber permanecido postrada en cama durante tanto tiempo, sus músculos se habían debilitado y convertido casi en inútiles. Durante un largo período de tiempo, comer en cantidad le había resultado difícil. Se convirtió en un esqueleto y, al ver lo débil e indefensa que se había quedado, incluso mientras se curaba, se había hundido inexorablemente en un estado de lamentable depresión.

Kahlan no había comprendido por completo el esfuerzo agotador que haría falta llevar a cabo si quería volver a ser ella misma. Richard y Cara intentaron animarla, pero sus esfuerzos le resultaban distantes; simplemente no se daban cuenta de lo que era. Sus piernas se consumieron hasta convertirse en palos huesudos con rodillas nudosas. No sólo se sentía indefensa, sino fea. Richard le tallaba animales: halcones, zorros, nutrias, patos e incluso ardillas listadas. A ella le parecían una simple curiosidad. En su punto más bajo, Kahlan casi deseó haber muerto junto con el hijo de ambos.

Su vida se convirtió en una existencia insípida. Todo lo que veía, día tras día, semana tras semana, eran las cuatro paredes de su habitación de enferma. El dolor era extenuante y la monotonía, soporífera. Acabó odiando el amargo té de milenrama que le

hacían beber, y el olor del emplasto de quinquefolio espigado y milenrama. Cuando al cabo de un tiempo se resistió a beber milenrama, ellos de vez en cuando le daban tilo, que no era tan amargo, pero tampoco tan efectivo, aunque sí la ayudaba a dormir. La escutelaria solía calmarle cuando le dolía la cabeza, aunque provocaba que su boca permaneciera contraída bastante tiempo después de tomarla. En ocasiones, le ofrecían tintura de matricaria para aliviarle el dolor. Kahlan acabó odiando tomar hierbas y a menudo decía que no sentía dolor, cuando sí lo sentía, con tal de evitarse algún brebaje horrendo.

Richard no había hecho muy grande la ventana del dormitorio; con el calor del verano la habitación a menudo era sofocante. Kahlan sólo veía un poco del cielo por su ventana, las copas de algunos árboles y la figura irregular de una montaña a lo lejos.

Richard quería sacarla al exterior, pero ella le suplicó que no lo intentase porque no creía que fuera a compensar el dolor que le produciría. No fue necesaria mucha persuasión para disuadirlo de provocarle un sufrimiento. Todas las clases de día, desde soleado brillante a gris y sombrío, llegaron y se fueron. Tumbada en su pequeña habitación, con el tiempo deslizándose a su lado mientras ella sanaba poco a poco, Kahlan pensó en él como su «verano perdido».

Un día, estaba muerta de sed y Richard había olvidado llenar el tazón y colocarlo donde ella pudiera alcanzarlo, sobre la sencilla mesa situada junto a la cama. Cuando ella pidió agua, Richard regresó con el tazón y un odre lleno de agua, y colocó ambas cosas en el antepecho de la ventana mientras llamaba a Cara, que estaba fuera. Salió corriendo, diciendo a Kahlan mientras salía que Cara y él tenían que ir a comprobar los sedales y regresarían en cuanto pudieran. Antes de que Kahlan pudiera pedirle que colocara el agua más cerca, ya se había ido.

Kahlan permaneció tumbada echando chispas en silencio, sin poder creer que Richard hubiese sido tan desconsiderado como para dejar el agua fuera de su alcance. Hacía un calor inusual para ser finales de verano y sentía la lengua inflamada. Clavó la mirada con impotencia en el tazón de madera colocado en el alféizar.

Al borde de las lágrimas, soltó un gemido de autocompasión y estrelló el puño contra la cama. Giró la cabeza a la derecha, lejos de la ventana, y cerró los ojos. Decidió echar un sueñecito para no pensar en su sed. Richard y Cara estarían ya de vuelta cuando ella despertara, y le acercarían el agua. Y Richard recibiría una reprimenda

El sudor descendió por su cuello. Fuera, un pájaro no paraba de piar. Su repetitiva canción sonaba como una niña de voz chillona diciendo «¿quién, yo?». En cuanto un pájaro «¿quién, yo?» se ponía e marcha, la actuación duraba lo suyo. Kahlan no lograba pensar en otra cosa aparte de lo mucho que deseaba beber.

No conseguía dormirse, y el irritante pájaro no dejaba de hacer su pregunta una y otra vez. En más de una ocasión se encontró murmurando «sí, tú» como respuesta. Gruñó una imprecación a Richard. Cerró los ojos con fuerza e intentó olvidar la sed, el calor y el pájaro, y dormirse, pero sus ojos no dejaban de abrirse.

Alzó el camisón y lo agitó arriba y abajo para refrescarse. Se dio cuenta de que tenía la vista fija en el agua de la ventana. Estaba fuera de su alcance; justo en el otro extremo de la habitación. La estancia no era muy grande, pero, con todo, ella no podía andar. Richard lo sabía perfectamente. Pensó que quizá, si conseguía incorporarse y moverse hasta los pies de la cama, podría alcanzar el tazón.

Con un resoplido malhumorado, apartó la ligera colcha de sus huesudas piernas. Odiaba contemplarlas. ¿Por qué tenía que ser tan desconsiderado Richard? ¿Qué le pasaba? Ya le diría ella lo que pensaba de él cuando regresara. Deslizó las piernas por encima del borde de la cama.

El colchón era una flexible estera rellena de hierbas y plumas, y acolchado de

estopa. Era muy cómodo, y a Kahlan le gustaba su acogedora cama. Con un gran esfuerzo, consiguió incorporarse, y permaneció un largo rato sentada en el borde de la cama, sosteniendo la cabeza entre las manos mientras recuperaba el aliento. Sentía un dolor punzante por todo el cuerpo.

Era la primera vez que se había sentado en la cama por sí sola.

Comprendía perfectamente lo que Richard hacía. Sin embargo, no le gustaba su modo de obligarla a levantarse. Era cruel. No estaba preparada. Seguía malherida. Necesitaba guardar cama para recuperarse. Las heridas que sangraban habían cerrado, por fin, y habían cicatrizado, pero estaba segura de que seguía demasiado lastimada para levantarse. Temía poner a prueba sus huesos rotos.

Con el acompañamiento de numerosos quejidos y gruñidos, consiguió alcanzar el final del lecho. Sentada allí, con una mano aferrada a los pies de la cama para mantenerse erguida, seguía estando demasiado lejos de la ventana para alcanzar el agua. Tendría que ponerse en pie.

Hizo una pausa durante unos instantes para dedicar funestos pensamientos a su esposo.

Después de que un día, muchas semanas antes, ella hubiera llamado durante mucho rato sin que Richard oyera su débil voz, su esposo había dejado una vara ligera junto a ella para golpear la pared o la puerta si necesitaba urgentemente ayuda. Ahora, Kahlan pasó los dedos alrededor de la vara tendida a lo largo de la cama y la colocó en posición vertical. Colocó el extremo más grueso en el suelo y se apoyó en la vara para sostenerse, mientras se deslizaba con cuidado fuera de la cama. Los pies tocaron la fría tierra del suelo. Poner peso sobre las piernas le hizo lanzar un grito ahogado de dolor.

Se medio levantó, medio apoyada en la cama, lista para chillar, pero se dio cuenta de que jadeaba más debido al dolor brutal que esperaba que al dolor que realmente sentía. Dolía, pero comprendió que no tanto como para no soportarlo. La contrarió un poco descubrir que aquello no era, ni con mucho, tan terrible como había sido; había planeado hacer llorar a Richard con sus duras recriminaciones por el suplicio que le había obligado a soportar.

Puso más peso en los pies y se levantó con la ayuda de la vara. Finalmente, permaneció de pie en tambaleante triunfo. Estaba realmente de pie, y lo había hecho sola.

Parecía que no podía hacer que sus piernas caminaran en la dirección que deseaba. Para llegar al agua, iba a tener que obligarlas a obedecer sus órdenes. Después, podía desplomarse en el suelo, donde Richard la encontraría. Disfrutó con la imagen de la escena. A él no le parecería entonces tan inteligente su plan para sacarla de la cama.

Con la ayuda de la resistente vara como punto de apoyo y la lengua sobresaliendo por la comisura de la boca como contrapeso, avanzó lentamente, arrastrando los pies, hasta la ventana. Se dijo que si caía, se quedaría allí tumbada, echa un ovillo sobre el suelo, sin agua, hasta que Richard regresara y la hallara gimiendo, muerta de sed. Entonces lamentaría haber intentado un truco tan despiadado. Se sentiría culpable durante el resto de su vida por lo que le había hecho. Ella se encargaría de que así fuera.

Deseando casi caer a cada arduo paso que daba, alcanzó finalmente la ventana. Arrojó un brazo por encima del alféizar para sostenerse y cerró los ojos mientras respiraba con jadeos cortos para no lastimarse las costillas. Cuando recuperó el resuello, se arrimó a la ventana. Agarró el tazón y bebió un trago.

Kahlan dejó caer pesadamente el tazón vacío sobre el alféizar y atisbó al exterior mientras recuperaba otra vez el aliento.

Richard estaba sentado en el suelo, justo enfrente, con los brazos rodeando sus

rodillas y las manos entrelazadas.

—Hola —la saludó con una sonrisa.

Cara, sentada justo junto a él, alzó la mirada sin demostrar emoción.

—Veo que os habéis levantado.

Kahlan quiso chillarle a su esposo, pero, en lugar de eso, se encontró haciendo un tremendo esfuerzo para no echarse a reír. Se sintió repentina y abrumadoramente estúpida por no haber intentado levantarse antes.

Las lágrimas llenaron sus ojos cuando contempló la gran extensión arbolada, los colores vibrantes, las montañas majestuosas y la inmensa curva de cielo azul salpicado de nubes esponjosas que desfilaban perdiéndose a lo lejos. El tamaño de las montañas, sus laderas imponentes, su color exquisito, estaban más allá de cualquier cosa que hubiese visto jamás. ¿Cómo era posible que no hubiese deseado más que ninguna otra cosa levantarse y ver el mundo que la rodeaba?

—Sabes, has cometido un gran error —dijo Richard.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella.

—Bueno, de no haberte levantado, habríamos seguido atendiéndote..., al menos durante un tiempo. Ahora que nos has demostrado que puedes levantarte y moverte por tu cuenta, vamos a seguir haciendo esto..., colocando cosas fuera de tu alcance para que empieces a moverte y apañártelas tú misma.

Aunque le daba las gracias en silencio, Kahlan no estaba dispuesta, por el momento, a decirle en voz alta lo acertado que había estado. Pero interiormente, lo amó aún más por arriesgarse a la cólera de su esposa para ayudarla.

—¿Deberíamos mostrarle dónde encontrar la mesa? —inquirió Cara, volviéndose hacia Richard.

Richard se encogió de hombros.

—Si tiene hambre, saldrá del dormitorio y la encontrará. Kahlan le arrojó el tazón, esperando borrar la sonrisita burlona de su rostro, pero él lo atrapó.

—Bien, me alegro de ver que tu brazo funciona —comentó—. Puedes cortar tu propio pan. —Cuando ella hizo intención de protestar, añadió—: Es lo justo. Cara lo horneó. Lo menos que puedes hacer tú es cortarlo.

—¿Cara ha horneado pan? —dijo Kahlan, boquiabierta.

—Lord Rahl me enseñó —respondió Cara—. Yo quería comer pan con mi estofado, pan auténtico, y me dijo que si quería pan, tendría que aprender a hacerlo. Fue fácil, en realidad. Un poco como andar hasta la ventana. Pero me lo tomé mucho mejor, y no le arrojé nada.

Kahlan no pudo evitar sonreír, sabiendo que debía de haber sido más duro para Cara amasar que para ella levantarse y andar. En cierto modo dudó de que Cara se lo hubiese tomado bien. A Kahlan habría gustado ver aquella batalla de voluntades.

—Devuélveme el tazón. Y luego ve a pescar algo para cenar. Estoy hambrienta. Quiero una trucha. Una trucha grande. Con pan. Richard sonrió.

—Puedo hacerlo. Si encuentras la mesa.

Kahlan encontró la mesa, y ya no volvió a comer en la cama.

Al principio, el dolor de andar era en ocasiones más de lo que podía tolerar, y se refugiaba en la cama. Entonces Cara entraba y le cepillaba el pelo, simplemente para que Kahlan no estuviese sola. No tenía fuerza en los músculos y apenas podía moverse por sí sola. Cepillar su propio cabello era una tarea colosal. Sólo llegar hasta mesa era agotador, y todo lo que pudo conseguir en un principio. Richard y Cara se mostraban comprensivos, y la animaban continuamente, pero también le exigían más.

A Kahlan la llenaba de dicha haber abandonado la cama y eso ayudaba a hacer caso omiso del dolor. El mundo volvía a ser un lugar maravilloso. Se sentía más que

jubilosa de poder ir por fin al escusado. Si bien nunca lo dijo, Kahlan estaba segura de que a Cara también le satisfacía eso.

A pesar de lo mucho que le gustaba su confortable casa, salir exterior era como verse libre por fin de una mazmorra. Con anterioridad, Richard le había ofrecido a menudo sacarla afuera a por el día, pero ella jamás había querido abandonar la cama, por temor al dolor. Comprendió que debido a que estaba tan enferma, su forma de pensar se había convertido poco a poco en torpe y confusa. Junto con su verano, se había perdido a sí misma durante un tiempo. Ahora, finalmente, se sentía lúcida.

Descubrió que el panorama frente a su ventana era la menos impresionante de las vistas que los rodeaban. Picos nevados ascendían alrededor de la casita que Richard y Cara habían construido en regazo de varias montañas imponentes. La sencilla construcción, un dormitorio a cada extremo, uno para Richard y Kahlan, y no para Cara, y una sala común en el centro, descansaba en el borde un prado de aterciopelados pastos verdes salpicados de flores silvestres. Incluso a pesar de estar muy entrada la estación cuando habían llegado, Richard se las había arreglado para hacer un pequeño huerto en un lugar soleado frente a la ventana de Cara, en el que cultivaba verduras frescas para la mesa y algunas hierbas para añadir sabor a lo que se cocinaba. Justo detrás de la casa, enormes y viejos pinos blancos se alzaban majestuosos sobre ellos, resguardándolos del impacto del viento.

Richard había seguido tallando, para pasar el tiempo, mientras permanecía sentado junto a la cama de Kahlan, charlando y contándole historias; pero después de que ella finalmente se levantara, sus tallas cambiaron. En lugar de animales, Richard empezó a esculpir personas.

Y entonces un día la sorprendió con la escultura más magnífica que había hecho hasta el momento; para celebrar, dijo, que se hubiese recuperado lo suficiente como para salir por fin al mundo. Sorprendida por el tremendo realismo y poder de la estatuilla, Kahlan murmuró que sólo podía haber sido el don el que había guiado su mano al tallarla. Richard consideró tal cosa una tontería.

—Gente que no tiene el don esculpe estatuas hermosas todo el tiempo —dijo—. No hay magia involucrada.

Ella sabía, no obstante, que algunos artistas poseían el don, y eran capaces de invocar magia mediante su arte.

Alguna que otra vez, Richard hablaba con nostalgia de las obras de arte que había visto en el Palacio del Pueblo, en D'Hara, donde lo habían retenido. Al haber crecido en Ciudad del Corzo, nunca antes había visto estatuas esculpidas en mármol ni, desde luego, ninguna tallada a tan gran escala o por unas manos con tanto talento. Aquellas obras en ciertos aspectos le habían abierto los ojos al mundo más grande que lo rodeaba y habían dejado una impresión perdurable en él. ¿Quién que no fuera Richard recordaría con cariño la belleza que vio mientras lo tenían prisionero y lo torturaban?

Era cierto que el arte podía existir con independencia de la magia, pero a Richard lo habían capturado en un principio sólo con la ayuda de un hechizo originado a través de arte. El arte era un lenguaje universal y, por lo tanto, una herramienta inestimable para poner en práctica la magia.

Finalmente, Kahlan dejó de discutir con él sobre si el don lo ayudaba a esculpir. Él no lo creía. Ella tenía la impresión, no obstante, de que a falta de otra válvula de escape, el don de su esposo debía de estar expresándose de aquel modo. La magia siempre parecía hallar un modo de filtrarse al exterior, y sus tallas de personas le parecían mágicas.

Pero la figura de la mujer que talló para ella como regalo despertó una profunda emoción en su interior. Él la llamó, *Espíritu*. Una imagen de casi sesenta centímetros de

altura esculpida en espléndido y aromático nogal de una suavidad mantecosa. La feminidad del su cuerpo, la exquisitez de su forma y curvas, huesos y músculos, resultaban claramente evidentes bajo la ondulante túnica. Parecía viva.

Cómo había conseguido Richard tal proeza, Kahlan no podía ni imaginarlo. Había transmitido a través de la mujer, con su vestimenta ondulando al viento mientras permanecía de pie con la cabe echada hacia atrás, el pecho hacia fuera, las manos cerradas con fuerza a los lados, la espalda arqueada y poderosa como en oposición un poder invisible que intentaba sin éxito sojuzgarla, una sensación de... espíritu, de entereza.

Era evidente que la estatua no reproducía a Kahlan, pero evocaba en ella una especie de respuesta visceral, una tensión que era asombrosamente familiar. Algo en la mujer de la talla, alguna cualidad que expresaba, hizo que Kahlan ansiara ponerse bien, estar totalmente viva, volver a ser fuerte e independiente.

Si aquello no era magia, ella no sabía qué era.

Kahlan había deambulado por palacios espléndidos toda su vida había visto un gran número de obras de arte de artistas renombrados, pero ninguna la había dejado nunca sin aliento con su fuerza interior, su nobleza, como hacía aquella mujer orgullosa y vibrante túnica al viento. Su fuerza y vitalidad le hicieron un nudo en garganta a Kahlan, y todo lo que pudo hacer fue rodear con los brazos el cuello de Richard, presa de una muda emoción.

Kahlan salía ya siempre que era posible. Colocó la estatua de *Espíritu* en el alféizar para poderla contemplar no sólo desde la cama, sino también cuando estaba al aire libre. Giró la figura de modo que mirara en todo momento al exterior; le parecía que siempre debía estar de cara al mundo.

Los bosques que rodeaban la casa eran misteriosos y atrayentes. Sendas intrigantes se perdían en la umbría distancia, y podía detectar una levísima luz en el final del suave túnel curvo que formaban los árboles. Ansiaba explorar aquellos senderos estrechos, las sendas abiertas por animales que Richard y Cara habían ampliado en sus cortas caminatas para ir a ocuparse de los sedales y buscar frutos secos y bayas. Kahlan, con la ayuda de un bastón, cojeaba por la casa y el prado para fortalecer sus piernas; deseaba acompañar a Richard en aquellas excursiones, sentir la tamizada luz solar y las suaves brisas, cruzar las zonas de salientes y pasar bajo las ramas arqueadas y envolventes de robles enormes.

Uno de los primeros lugares a los que Richard la llevó cuando ella insistió en que podía andar distancias cortas fue a través de aquel túnel en el espeso bosque oscuro, hasta el retazo de luz del otro extremo, donde un río descendía por un desfiladero rocoso. El río quedaba resguardado en la ladera de la colina situada por encima de ellos por un bosquecillo espeso. Una enorme masa de agua se desplomaba continuamente sobre aquella confusión de rocas, brotando alrededor de peñascos y derramándose en cristalinas cortinas por encima de salientes. Muchas de las enormes rocas situadas en los umbríos estanques estaban revestidas de aterciopelado musgo verde o curo y salpicadas de largas agujas rojizas procedentes de los pinos blancos. Motas de luz solar centelleaban entre parpadeos en los transparentes estanques.

En el fondo de aquel desfiladero, en la soleada cañada situada detrás de su casa, donde la senda emergía del bosque, el río se ensanchaba y reducía la velocidad mientras serpenteaba por el amplio valle circundado por la formidable altura de las montañas. En ocasiones Kahlan balanceaba las huesudas piernas en la orilla y dejaba que frías aguas acariciaran sus pies. Allí podía sentarse sobre la hierba calida y empaparse de sol mientras contemplaba a los peces nadar en las aguas cristalinas que discurrían sobre lechos de cantos rodados. Richard había estado en lo cierto al decir que a las truchas les gustaban los lugares hermosos.

A Kahlan le encantaba observar los peces, las ranas, los cangrejos e incluso las salamandras. Frecuentemente, se tumbaba sobre el estómago en la orilla cubierta de hierba, con la barbilla apoyada en dorso de las manos, y contemplaba durante horas cómo los peces salían de debajo de troncos hundidos, de debajo de rocas o de las oscuras profundidades de estanques más grandes para atrapar un insecto. Kahlan capturaba grillos, saltamontes y larvas, y periódicamente las arrojaba al agua, para los peces. Richard reía cuando ella hablaba a los peces, animándolos a salir de sus oscuros agujeros para gustar un sabroso insecto. En ocasiones, alguna elegante garza se paraba sobre las finas patas en los marjales poco profundos situados a poca distancia y, de vez en cuando, ensartaba un pez o una rana con su pico afilado como una daga.

Kahlan no recordaba haber estado nunca, en toda su vida, en lugar con tanta efervescencia de vida, rodeado de tal majestuosidad. Richard le tomaba el pelo, diciéndole que aún no había visto nada haciendo que sintiera curiosidad y un ansia permanente de recuperar fuerzas para poder explorar nuevos paisajes. Se sentía como una niña pequeña en un reino mágico que les pertenecía a ellos y sólo a ellos. Al

haberse criado para ser Confesora, Kahlan no había pasado nunca mucho tiempo al aire libre contemplando animales, discurrir del agua sobre las piedras, nubes o puestas de sol. Había visto muchas cosas magníficas, pero en ciudades, edificios y personas. Jamás se había quedado en un lugar en el campo para empaparse de él.

Con todo, los pensamientos de lo más recóndito de su mente la perseguían; sabía que a Richard y a ella la necesitaban en otra parte. Tenían responsabilidades. Richard desviaba el tema con indiferencia cada vez que ella lo sacaba; él ya había explicado su razonamiento, y creía que hacía lo correcto.

Hacía mucho tiempo que no les visitaban mensajeros, y esa preocupación también estaba presente en su mente; pero Richard dijo que no podía permitirse influir en el ejército, de modo que daba lo mismo si el general Reibisch había dejado de enviar informes. Además, indicó, ello sólo ponía en peligro innecesariamente a los mensajeros que realizaban el viaje.

Por el momento, Kahlan sabía que debía restablecerse, y su aislada vida en la montaña la hacía más fuerte día a día, probablemente como ninguna otra cosa podría hacerlo. Una vez que regresaran a la guerra —cuando lo convenciera de que debían regresar—, aquella vida pacífica no sería más que un preciado recuerdo. Decidió disfrutarlo mientras durase.

En una ocasión en que había llovido durante unos cuantos días y Kahlan echaba de menos ir al río para contemplar los peces, Richard hizo algo inaudito. Empezó a traerle peces en una jarra. Peces vivos. Peces que contemplar.

Tras haber limpiado una jarra vacía de aceite y varios tarros de boca ancha de vidrio que habían contenido conservas, hierbas y ungüentos para sus heridas, junto con otras provisiones que él había adquirido en su viaje lejos de Anderith, colocó unas piedrecillas en el fondo y los llenó con agua del río. Luego atrapó algunas crías de carpas de morro negro y las metió en los recipientes de vidrio. Eran de un color aceituna amarillento, salpicado de negro en la parte superior, con vientres blancos, y una gruesa lista negra descendiente en cada costado. Incluso les proporcionó algunos hierbajos del río para que tuvieran un lugar donde ocultarse y sentirse seguras.

Kahlan se sintió estupefacta cuando Richard trajo a casa el primer tarro de peces vivos. Colocó los tarros —cuatro tarros y una jarra, en total— sobre el alféizar de la habitación principal, junto a varias de las tallas más pequeñas de Richard. Richard, Kahlan y Cara se sentaban en la pequeña mesa de madera cuando comían y contemplaban el portento que eran aquellos peces.

—De todos modos no les pongas nombre —advirtió Richard porque acabarán muriendo.

Lo que en un principio había considerado una chifladura se convirtió en un foco de fascinación para ella. Incluso Cara, que alegaba que tener peces en un tarro era de locos, les cogió simpatía. Parecía que cada día pasado con Richard en las montañas guardaba alguna nueva maravilla para apartar la mente de Kahlan de sus sufrimientos e inquietudes.

Una vez que los peces se acostumbraron a ver gente, siguieron con sus vidas, como si vivir en un tarro fuera perfectamente natural. De vez en cuando, Richard vertía parte del agua y añadía agua fresca río. Kahlan y Cara alimentaban a los pececitos con migas de pan o diminutas sobras de comida, junto con pequeños insectos. Los peces comían con avidez y pasaban la mayor parte del tiempo picoteando las piedrecillas del fondo o nadando en círculos, mirando el mundo situado al otro lado. Al cabo de un tiempo, los peces aprendieron cuándo era hora de comer y se contoneaban ansiosos en otro lado del cristal cada vez que alguien se acercaba, igual que cachorros felices de ver a sus amos.

La habitación principal tenía una pequeña chimenea que Rich había construido

con arcilla sacada de las orillas del río, a la que había dado la forma de ladrillos y secado al sol, y luego cocido al fuego. Disponían de la mesa que él había fabricado, y de sillas construidas con ramas entrelazadas y atadas entre sí. Había tejido los asientos y respaldos con áspera corteza.

En la esquina de la habitación había una puerta de madera sobre un profundo sótano excavado en el suelo. Contra la pared trasera había unos sencillos estantes y una alacena grande llena de provisiones. Habían comprado muchos suministros durante el trayecto y los habían transportado en el carromato, con Kahlan. Durante la última parte del viaje Richard y Cara lo habían arrastrado todo, ya que el carromato no podía pasar por los angostos desfiladeros, en los que no había caminos. Richard había abierto la senda.

Cara disponía de su propia habitación frente a la de ellos. Una vez que se restableció y empezó a deambular por la casa, a Kahlan le sorprendió descubrir que Cara tenía una colección de rocas. Cara se enfureció ante el término «colección», y afirmó que estaban allí como armas defensivas, por si los atacaban y quedaban atrapados en la casa. A Kahlan le pareció que las piedras —todas de colores diferentes—eran sospechosamente bonitas. Cara insistió en que eran armas.

Mientras Kahlan había estado postrada en cama, Richard había dormido en un jergón en la habitación principal o, a veces fuera, bajo las estrellas. Al principio, en varias ocasiones, cuando ella tenía tanto dolor, Kahlan había despertado y lo había encontrado sentado en el suelo junto a la cama, dormitando, siempre listo para levantarse de un salto si ella necesitaba algo, o para ofrecerle sus medicinas e infusiones. No había querido dormir en la cama con ella por temor a lastimarla, aunque ella casi habría estado dispuesta a soportarlo por tener el consuelo de su presencia a su lado. Finalmente, una vez que se restableció, él pudo por fin dormir junto a ella. Aquella primera noche con él en la cama, le había sujetado la enorme mano cálida sobre su vientre mientras miraba fijamente a *Espíritu* recortada bajo la luz de la luna, escuchando los sonidos nocturnos de aves e insectos, y los aullidos de los lobos hasta que sus ojos se cerraron y se sumió en un tranquilo sueño.

Fue al día siguiente cuando Richard la mató por primera vez.

Estaban en el río, comprobando los sedales, cuando él cortó dos varas rectas de sauce. Arrojó una al suelo, junto al lugar donde ella estaba sentada, y le dijo que era su espada.

Parecía tener ganas de broma, y le dijo que se defendiera. Sintiéndose juguetona también, Kahlan aceptó el desafío e intentó acuchillarlo..., simplemente para ponerlo en su lugar. Él la apuñaló primero y la declaró muerta. Ella volvió a pelear con él, más en serio, y él la despachó con rapidez con una decapitación convincentemente fingida. La tercera vez que fue tras él, Kahlan se sentía un tanto irritada. Puso todos sus esfuerzos en el asalto, pero él frustró con soltura su ataque y luego presionó la punta de su vara de sauce entre sus pechos. La declaró muerta una tercera vez.

A partir de entonces, se convirtió en un juego que Kahlan quería ganar. Richard jamás la dejaba vencer, ni siquiera para ser amable cuando ella se sentía deprimida debido a sus lentos progresos para recuperar energías, y la humillaba repetidamente frente a Cara. Kahlan sabía que lo hacía para empujarla a usar los músculos, a olvidar las dolencias, a tensar y fortalecer el cuerpo. Kahlan quería ganar.

Cada uno llevaba su espada de vara de sauce en su cinturón, siempre lista. Cada día, ella lo atacaba, o él la atacaba a ella, y la pelea se iniciaba. Al principio, Kahlan no era adversario para él, y él lo dejaba claro. Eso, por supuesto, sólo consiguió hacer que estuviera decidida a demostrarle que no era una novata, que no era tanto un batalla de resistencia, como de eficacia, ventaja y velocidad. Él la animaba, pero jamás le dedicó falsos

elogios. A medida que transcurrió las semanas, ella empezó, poco a poco, ha hacerle sudar para conseguir matarla.

A Kahlan le había enseñado a usar la espada su padre, el rey Wyborn. Al menos, había sido rey antes de que la madre de Kahlan lo tomara como compañero. Ser rey era un título insignificante comparado con el de Confesora. El rey Wyborn de Galea había tenido dos hijos con su reina y primera esposa, de modo que Kahlan tenía tanto un hermanastro como una hermanastra mayores que ella.

Kahlan ansiaba hacer una buena exhibición del adiestramiento recibido de su padre y le contrariaba saber que era mucho mejor con un arma de lo que le estaba mostrando a Richard. No era tanto que no supiera qué hacer, sino que simplemente no podía hacerlo; sus músculos no estaban lo bastante fuertes, ni respondían en modo alguno con la suficiente rapidez.

No obstante, algo en todo ello seguía resultando perturbador. Richard peleaba de un modo que Kahlan no había encontrado nunca durante su adiestramiento ni había visto en auténtico combate. No podía definir o analizar la diferencia, pero la percibía, y no sabía qué hacer para contrarrestarla.

En un principio, Kahlan y Richard celebraban la mayoría de sus combates en el prado frente a la casa, de modo que Kahlan no tuviera tantas posibilidades de tropezar con algo, y si lo hacía, no existiera tanto riesgo de que su cabeza chocara con nada que fuera de granito. Cara era su omnipresente público. Con el paso del tiempo, los combates duraron más, y se tornaron más agotadores. Se volvieron furiosos y extenuantes.

Un par de veces, Kahlan se había sentido tan ofendida por la actitud implacable de Richard en sus combates que no le habló durante horas después, no fueran a escapársele palabras que no pensaba en realidad y que sabía que lamentaría.

Richard le decía a veces:

—Guarda tu ira para el enemigo. Aquí no te servirá de nada; allí puede vencer al miedo. Usa este tiempo para enseñar a tu espada qué hacer, de ese modo luego lo hará de un modo inconsciente.

Kahlan sabía bien que un enemigo jamás era benévolo. Si Richard cedía a la benevolencia, ello sólo le haría un mal servicio. Enervantes como eran a veces tales lecciones, era imposible permanecer enojada con Richard durante mucho tiempo, en especial porque ella sabía que realmente sólo estaba enojada consigo misma.

Kahlan había estado rodeada de armas y hombres que las utilizaban toda su vida. Unos cuantos de los mejores, además de su padre, eran de vez en cuando sus maestros. Ninguno de ellos había peleado como Richard. Richard hacía que pelear con una espada pareciera un arte. Otorgaba belleza a la acción de dar muerte. Había algo en ello, no obstante, algo que le producía un cosquilleo, algo que sabía que aún no conseguía captar.

Richard le había dicho en una ocasión, antes de que la hirieran, que había llegado a creer que la magia podía ser una expresión artística. Ella había respondido que pensaba que eso era una locura. Ahora, no lo tenía tan claro. Por los retazos de la historia que había oído, sospechaba que Richard había usado magia para vencer a los repiques: había creado una solución donde nunca antes había existido ni se había imaginado siquiera.

Un día, en una de sus encarnizadas peleas, había estado segura de que lo había pillado y que descargaba la estocada de la victoria, pero él eludió sin esfuerzo lo que había estado segura que era su golpe mortal, y la mató. Hizo que lo que había parecido imposible resultara natural.

Fue en ese instante cuando todo el concepto quedó claro para ella. Hasta ese momento, lo había estado contemplando de un modo totalmente equivocado.

La cuestión no era que Richard pudiera pelear bien con una espada, ni que pudiera crear estatuas hermosas con un cuchillo y un cincel, sino que Richard se fundía

con el arma, en cualquier forma: espada, cuchillo, cincel o vara de sauce. Era un maestro; no del combate con espada o de la escultura como tales, sino, en el modo masfundamental, del arma misma.

El combate no era más que uno de los usos de un arma cortante. Su compensación por usar su espada para destruir —la magia siempre buscaba el equilibrio— era usar un cuchillo para tallar cosas hermosas. Ella había estado contemplando las partes individuales de que él hacía, intentando comprenderlas por separado; Richard sólo veía el todo unificado.

Todo en él: el modo en que disparaba una flecha; el modo en que usaba una espada; incluso el modo en que andaba con una resolución tan natural... No eran cosas distintas, habilidades diferentes. Todo ello era la misma cosa.

—¿Qué sucede? —preguntó Richard, haciendo una pausa—. Tu rostro ha empalidecido.

Kahlan permaneció en pie con su espada de rama de sauce apuntando al suelo.

—Bailas con la muerte. Eso es lo que haces con tu espada. Richard la miró pestañeando, como si acabara de anunciar que la lluvia era húmeda.

—Pues claro.

Richard tocó el amuleto que colgaba de su pecho. En su centro rodeado de una serie de líneas de oro y plata, había un rubí en forma de lágrima, tan grande como el pulgar de ella.

—Te lo dije hace mucho tiempo. ¿Ahora empiezas a creerme? Ella permaneció inmóvil, boquiabierta.

—Sí —dijo por fin—, creo que sí.

Kahlan recordó con toda nitidez las palabras escalofriantes de esposo cuando ella había visto por vez primera el amuleto que colgaba de su cuello, y le había preguntado qué era.

—Se supone que el rubí representa una gota de sangre. Es la presentación simbólica del modo en que funciona el mandato principal.

»Significa sólo una cosa, y todo: mata. Si decides luchar, mata Todo lo demás es secundario. Mata. Es tu deber, tu finalidad, tu ansia. No hay regla más importante, ningún compromiso anula ese. Mata.

»Las líneas son una representación de la danza. Mata desde el vacío interior, no impulsado por el desconcierto. Mata al enemigo tan rápida y directamente como sea posible. Mata con seguridad. Mata de un modo decisivo y con firmeza. Mata su resistencia. Fluye por las aberturas en su guardia. Mátalo. Mátalo por completo. No le permitas un respiro. Aplástalo. Mátalo sin misericordia hasta eliminar su propio su espíritu.

»Es el equilibrio con la vida: la muerte. Es la danza con la muerte.

»Es la ley que debe seguir un mago guerrero, o muere.

La danza era un arte. No era diferente, en realidad, de la acción de tallar. Arte expresado a través de un arma. Era todo uno y lo mismo para él. No veía distinción, pues, en su interior, no existía ninguna.

Compartían el prado con una zorra roja que iba allí a la caza de roedores, principalmente, pero que no era reacia a masticar cualquier insecto suculento que atrapara. A sus caballos no les importaba demasiado la presencia de la zorra, pero no les gustaban los coyotes que aparecían en ocasiones. Kahlan raras veces los veía, pero sabía que andaban por allí cuando los caballos resoplaban para mostrar su desagrado. A menudo oía a los coyotes aullar por la noche, en las laderas circundantes. Proferían largos aullidos monótonos, seguidos por una serie de gañidos. Algunas noches, los lobos cantaban, sus largos aullidos monocordes, sin los ladridos de los coyotes. En una ocasión, Kahlan vio un

oso negro a lo lejos, en los árboles, pasando sin ninguna prisa mientras les dedicaba sólo una mirada pasajera, y una vez un lince rojo pasó cerca de la casa, haciendo que los caballos huyeran presos del pánico. Richard necesitó casi todo un día para encontrar a los caballos.

Ardillas listadas acudían a pedir comida a su puerta, y con frecuencia se invitaban al interior de la casa para echar un vistazo. Kahlan a menudo se encontraba conversando con ellas y haciendo preguntas como si ellas pudieran comprender todo lo que les decía. El modo en que se paraban y ladeaban las cabezas le hacía sospechar que realmente podían. A primeras horas de la mañana, grupos de ciervos solían visitar el prado, algunos dejaban huellas frescas en forma de corazón invertido cerca de la puerta al pasar. Últimamente, agresivos ciervos machos en celo, con cornamentas enormes, se habían dejado ver. Una de las pieles que Kahlan llevaba procedía de un lobo herido por uno de aquellos machos en un robledal situado a poca distancia. Richard había ahorrado al animal herido una agonía larga y dolorosa.

Además de las peleas a espada, realizaban marchas por las montañas para ayudar a Kahlan a fortalecer sus extremidades. Aquellas marchas resultaban agotadoras para los músculos de sus piernas, a veces acababa tan dolorida que no podía dormir. Richard le daba friegas con aceite en los pies, pantorrillas y muslos cuando le dolían demasiado. Por lo general funcionaban, relajándola y haciendo que adormilara y pudiera acabar durmiéndose.

Recordaba con toda claridad la noche de lluvia en que se tumbó de espaldas sobre la cama, mientras Richard frotaba los músculos sus piernas con aceite tibio. Su esposo le susurró que sus piernas finalmente parecían haber recuperado su tono y forma, y Kahlan alzó la vista y vio deseo en sus ojos. Fue una emoción casi olvidada darse cuenta de su ansia por ella. Se había sentido tan sobresaltada que sintió cómo le corrían lágrimas por las mejillas debido a la alegría volver a sentirse otra vez como una mujer..., una mujer deseable.

Richard le alzó la pierna hasta su boca y besó el tobillo desnudo. Para cuando sus cálidos besos alcanzaron sus muslos, ella jadeaba con reavivado deseo. Él le abrió el camisón y frotó el aceite tibio sobre su vientre al descubierto. Sus grandes manos ascendieron por cuerpo para acariciarle los pechos. Respiraba por la boca mientras daba vueltas a sus pezones hasta sentirlos duros entre su índice y pulgar.

—Vaya, lord Rahl —dijo ella, en un susurro entrecortado—creo que vais a perder el control.

Él se detuvo, pareciendo refrenarse, y luego se apartó.

—No me romperé, Richard —dijo ella, a la vez que cogía su mano y la volvía a colocar donde había estado—. Estoy bien. Lo disfrutaría si te dejases llevar.

Agarró los cabellos de su esposo mientras los besos de éste cubrían sus pechos y luego sus hombros para, a continuación, ascender el cuello. Sus jadeos calentaron su oreja. La exploración de sus dedos le produjo un frenesí de deseo. Sentía su cuerpo contra el de ella salvajemente erótico. Ya no estaba cansada. Finalmente, él la besó con ternura en los labios y ella le hizo saber, por el modo en que le devolvió el beso, que no era necesario que se mostrara tan delicado.

Mientras la lluvia tamborileaba en el tejado, mientras los relámpagos iluminaban las líneas de la estatua de la ventana y el trueno retumbaba en las montañas, Kahlan, sin temerlo, sin preocupación, sin preguntarse si podría hacerlo, agarró a Richard con fuerza mientras hacían el amor en silencio, con delicadeza e intensidad. Nunca se habían necesitado tanto como aquella noche. Todos los miedos y preocupaciones de Kahlan se evaporaron en el fuego de irresistible necesidad que la recorría. Lloró debido a la intensidad de su placer y la liberación de sus emociones.

Cuando más tarde Richard descansaba en sus brazos, sintió que una lágrima rodaba por el rostro de él, y preguntó si sucedía algo. Él negó con la cabeza y dijo, con los ojos perdidos en el vacío, que había temido durante tanto tiempo perderla que a veces había creído volverse loco. Parecía como si por fin pudiese liberarse de su terror secreto. El dolor que Kahlan había visto por primera vez en sus ojos cuando era incapaz de recordar el nombre de su esposo había desaparecido, por fin.

Sus marchas por las montañas cada día abarcaban más y más terreno. A veces tomaban mochilas y pasaban la noche en el bosque, a menudo en un pino refugio, cuando encontraban uno. El accidentado terreno ofrecía una variedad interminable de panoramas. En algunos lugares, riscos cortados a pico se alzaban imponentes por encima de ellos. En otros lugares, se detenían en el borde de precipicios y contemplaban cómo el sol tornaba el cielo naranja y morado al descender, mientras tenues nubes flotaban sobre silenciosos valles verdes situados a sus pies. Fueron a cascadas altísimas con sus propios arcos iris. Había límpidos estanques iluminados por el sol en lo alto de las montañas en los que nadaban, y comían sobre peñascos que daban a paisajes escarpados que nadie, excepto ellos, había visto nunca. Seguían sendas abiertas por animales a través de vastos bosques de árboles retorcidos, y otras por el oscuro suelo del bosque, donde crecían árboles con troncos que parecían inmensas columnas, tan grandes que veinte hombres no habrían podido rodearlos con sus brazos.

Richard hizo practicar a Kahlan con un arco para fortalecer sus brazos. Cazaban piezas pequeñas para hacer estofados o para asarlas. Algunas las ahumaban y secaban junto con el pescado que capturaban. Richard no acostumbraba a comer carne, pero de vez en cuando lo hacía. No comer carne era parte del equilibrio que necesitaba su don para cuando se veía obligado a matar. Esa necesidad de equilibrio decrecía porque no estaba matando. Estaba en paz. Tal vez el equilibrio lo mantenían en aquellos momentos sus tallas, porque, con el paso del tiempo, empezaba a poder comer más carne. Cuando estaban de viaje, por lo general, comían arroz y alubias junto con pan de maíz y cualquier clase de bayas que recogieran en el camino, además de los animales que cazaban.

Kahlan ayudaba a limpiar el pescado y salarlo, y ahumaba otros para sus reservas invernales. Era un trabajo que nunca antes había realizado. Recolectaban bayas, frutos secos y manzanas silvestres, guardaban gran cantidad de todo ello en el sótano de tierra junto con tubérculos que habían comprado antes de ascender a las montañas. Richard arrancaba pequeños manzanos silvestres, cuando los encontraba, y los plantaba en el prado que había junto a la casa para que, decía, algún día tuviesen manzanas a mano.

Kahlan se preguntaba cuánto tiempo pensaba mantenerlos lejos del lugar donde los necesitaban. La muda pregunta siempre flota allí, vista por todos, pero sin expresar. Cara nunca le preguntaba Richard, pero a veces hacía alguna pequeña mención de ello a Kahlan cuando estaban solas. Era la guardiana de lord Rahl, y se alegraba estar cerca, de modo que, por lo general, no ponía objeciones. Él era, al fin y al cabo, lord Rahl, y estaba a salvo.

Kahlan siempre había sentido el peso de sus responsabilidades. Al igual que las imponentes montañas, que se alzaban sobre ellos, siempre ensombreciéndolos, aquella responsabilidad nunca se podía olvidar por completo. Pese a lo mucho que amaba la casa que Richard había construido en el prado, y pese a lo mucho que le gustaba explorar las escarpadas, hermosas, impresionantes y siempre cambiantes montañas, cada día que pasaba sentía más y más aquel peso, y la ansiosa necesidad de regresar allí donde los necesitaban. Se inquietaba por lo que pudiese estar sucediendo. La Orden Imperial no se estaría quieta; a un ejército de aquel tamaño le gustaba moverse. Los soldados, en especial soldados de aquella calaña, se desasosegaban si permanecían acampados mucho tiempo, y más tarde o más temprano empezaban a causar problemas. Se preocupaba por todas las

personas que necesitaban la presencia de Richard, su guía..., y la de ella. Había personas cuyas vidas habían dependido de que la Madre Confesora estuviese siempre allí para defenderlas.

Puesto que se acercaba el invierno, Richard había confeccionado a Kahlan un cálido manto, con varias pieles de lobo y de dos coyotes. Richard había encontrado a uno de esos coyotes con una pata rota, probablemente por una caída, y había acabado con la agonía del animal. El otro había sido un solitario que la manada había expulsado. El animal había tomado por costumbre robar comida del pequeño ahumadero que poseían y Richard había acabado con el taimado saqueador de un solo flechazo.

Habían reunido la mayoría de pieles de lobo a partir de animales heridos o viejos. Richard, Kahlan y Cara a menudo seguían la pista a manadas de lobos como un modo de ayudar a Kahlan a recuperar fuerzas. Ésta llegó a identificar sus huellas, e incluso aprendió a reconocer, con sólo echarles un vistazo, si eran las patas delanteras o las traseras. Richard le enseñó el modo en que los dedos de las delanteras se extendían más, con una almohadilla en el talón mejor definida que en la pata trasera. Había localizado varias manadas en las montañas, y los tres a menudo seguían a un grupo o familia para ver si podían hacerlo sin que los lobos se dieran cuenta. Richard decía que era una especie de juego que los guías acostumbraban a llevar a cabo para mantenerse en forma..., para mantener los sentidos agudizados.

Una vez que el manto Kahlan estuvo completo, se habían dedicado a recoger pieles para el abrigo invernal de Cara. A la mord-sith, que siempre llevaba la vestimenta de su profesión, le había gustado la idea de que lord Rahl le hiciera un manto... igual que había hecho con Kahlan. Aunque jamás lo había dicho, a Kahlan siempre le había dado la impresión de que Cara contemplaba el manto que él le confeccionaba como una señal de sus sentimientos, su respeto; una prueba de que ella era más que simplemente su guardia personal.

Volvían de un viaje en busca de pieles para el manto de Cara, y ella se había mostrado entusiasta. Incluso había cocinado para ellos.

Ahora, descendiendo de la cresta en la que Kahlan había vencido a Richard en una pelea a espada, Kahlan se sentía de buen humor. Durante los últimos dos días habían seguido a la manada de lobos por las montañas situadas al oeste de su casa, y no se trataba simplemente de una cacería, ni tampoco de conseguir sólo una piel para Cara, sino parte de la interminable presión que Richard ejercía sobre Kahlan para que mantuviese el ritmo.

Casi cada día durante los dos últimos meses, Richard la había hecho marchar por los terrenos más difíciles, la clase de terreno que obligaba a forzar cada músculo del cuerpo. A medida que Kahlan recuperaba fuerzas, las marchas se habían vuelto más largas. Además de eso, la atacaba frecuentemente con su espada de sauce y la agujoneaba con chanzas si no peleaba con todo su empeño.

En cierto modo, vencer por fin a Richard en uno de sus fingidos combates a espada la desconcertaba. Podría haber estado cansado por cargar con la mochila más pesada y explorar algunos de los senderos más empinados por sí mismo y luego tener que regresar a buscarlas pero no había aflojado, y aun así ella lo había matado. No podía evitar sentirse complacida consigo misma, incluso aunque cuestionara su victoria. Por el rabillo del ojo, le había pescado sonriendo mientras la miraba. Sabía que Richard estaba orgulloso de ella por haberlo vencido. En cierto modo, haber perdido era una victoria para él.

Kahlan se dijo que debía de estar más fuerte, ahora, después de todo por lo que Richard le había hecho pasar, que en ningún momento de su vida. No había sido fácil, pero había valido la pena para poder sentirse por fin como la talla de la ventana de su

dormitorio.

Posó una mano en el hombro de Richard mientras éste seguía a Cara en el descenso por los irregulares bloques de granito dispuestos por la casualidad a modo de enormes peldaños irregulares.

—Richard, ¿cómo te vencí?

Él vio en sus ojos la seriedad de la pregunta.

—Me mataste porque cometí un error.

—¿Un error? ¿Quieres decir que tal vez te habías confiado demasiado? A lo mejor sencillamente estabas cansado o pensabas en otra cosa.

—En realidad no importa, ¿verdad? Fuera lo que fuese, fue un error que me costó la vida en el juego. En una pelea real, habría muerto. Me has enseñado una valiosa lección para que redoble mi determinación de esforzarme siempre al máximo. Eso me recuerda que podría cometer un error en cualquier momento, y perder.

Kahlan no pudo por menos que hacerse le pregunta obvia: ¿cometía él un error al mantenerse fuera de la lucha para mantener a la Tierra Central libre de la tiranía de la Orden Imperial? Ella no podía evitar sentir el impulso de ayudar a su gente, incluso aunque Richard siguiera creyendo que si la gente no quería su liderazgo, sus esfuerzos no servirían de nada. Como Madre Confesora, Kahlan sabía que, si bien las personas no siempre comprendían que lo que un líder hacía lo hacía por el bien de ellas, ésa no era razón para abandonarlas.

Puesto que se acercaba el invierno, esperó que la Orden Imperial decidiese permanecer estacionada en Anderith. Necesitaba convencer a Richard para que regresara a ayudar a la Tierra Central, pero no tenía ni idea de cómo. El se mostraba firme en su negativa, y ella no conseguía encontrar ninguna rendija en la coraza de su lógica. El sentimiento no influía en aquello.

Cara encabezó la marcha por la pendiente del escarpado precipicio, teniendo que volver sobre sus pasos sólo en dos ocasiones. Era un descenso arduo. Cara estaba satisfecha de sí misma, y de que Richard le hubiese dejado elegir la ruta. Era su piel tras la que iban, así que él dejó que ella los guiara por la maraña de maleza del fondo del barranco y luego en la ascensión por el siguiente reborde de la quebrada, donde los árboles se aferraban con raíces como garras a la rocosa elevación.

El viento que ascendía por el precipicio se había vuelto helado. Las nubes se habían espesado hasta apagar los dorados rayos solares. La ascensión los llevó al interior de un lúgubre bosque oscuro de imponentes árboles de hojas perennes. Muy por encima de sus cabezas, las copas de los árboles se balanceaban a impulsos del viento, pero abajo, en el suelo, reinaba la inmovilidad. Sus pisadas quedaban amortiguadas por una gruesa y esponjosa estera de pinaza marrón.

La ascensión era empinada, pero no difícil. A medida que subían, los enormes árboles empezaron a crecer más y más separados, y las ramas se tornaron escuálidas, permitiendo que se filtrara más luz. En su mayoría, las rocas situadas más arriba carecían de musgo y hojas. En algunos lugares tuvieron que usar asideros en la roca, o raíces, para ayudarse en la ascensión. Kahlan aspiró profundas bocanadas de aire frío. Era agradable poner a prueba los músculos.

Salieron del bosque a la luz gris de media tarde y la voz gimiente del viento. Estaban en el Bosque Torcido.

El pedregal y las rocas estaban despojados del grueso musgo que era frecuente encontrar en zonas más bajas de la montaña, pero mostraban manchas de líquen verde amarillento perfiladas de negro. Únicamente un poco de maleza escuálida se aferraba a las zonas bajas aquí y allí. Pero eran los árboles lo que resultaba más curioso, y daban al lugar su nombre. Todos eran achaparrados —pocos más altos que Kahlan o Richard—,

y la mayoría de las ramas crecían en un lado debido a los vientos dominantes, dando a los árboles el aspecto de grotescos esqueletos a la carrera congelados en su suplicio. Por encima del Bosque Torcido, crecían pocas cosas aparte de juncias y líquenes. Por encima de eso, prevalecían los picos nevados.

—Aquí está —anunció Cara.

Encontraron al lobo despatarrado sobre los guijarros junto a un peñasco bajo, con una marca oscura de sangre seca en el afilado borde. Más arriba, la manada de lobos grises había estado intentando abatir un caribú de los bosques y el viejo macho había rozado al infortunado lobo con una patada. Eso en sí no habría sido más que algo doloroso, pero el lobo había resbalado de la repisa superior y sufrido una caída mortal. Kahlan pasó los dedos entre su espeso pelaje amarillo grisáceo. Estaba en buen estado, y sería un cálido añadido al manto invernal de Cara.

Richard y Cara empezaron a despatarrarlo mientras Kahlan se dirigía al borde de un saliente. Se subió su manto para que le cubriera las orejas mientras permanecía de pie bajo el viento glacial, contemplando las nubes que se aproximaban. Se sobresaltó un tanto por lo que vio.

—Richard, no es llovizna lo que viene hacia nosotros —dijo—. Es nieve.

—¿Ves pinos refugio abajo, en el valle? —preguntó él, alzando la mirada de su sangrienta tarea.

Kahlan miró con ojos entrecerrados el suelo del valle que se extendía ante ella.

—Sí, veo un par. La nieve está aún bastante lejos. Si no tardáis mucho con eso, probablemente conseguiremos llegar ahí abajo y recoger un poco de leña antes de que quede húmeda.

—Casi hemos acabado —dijo Cara.

Richard se puso en pie para echar una mirada por sí mismo. Con una mano ensangrentada, alzó distraídamente la espada real unos pocos centímetros y luego la dejó caer otra vez, una comprobación que tenía por costumbre hacer para asegurarse de que la espada salía sin problemas de la vaina. Era un gesto inquietante. No había desenvainado el arma desde el día en que se había visto obligado a matar a todos aquellos hombres que los habían atacado allá en las inmediaciones de Ciudad del Corzo.

—¿Sucede algo?

—¿Qué? —Richard vio dónde tenía ella puestos los ojos y echó una rápida mirada a la espada que pendía de su costado—. Ah. No, nada. Sólo es un hábito, supongo.

—Hay un pino refugio allí. —Kahlan señaló con el dedo—. Es el más cercano, y tiene un buen tamaño.

Richard se pasó el dorso de la mano por la frente, apartándose los cabellos de los ojos. Sus dedos estaban cubiertos de sangre.

—Estaremos ahí abajo, resguardados en un pino refugio, sentados ante un buen fuego y tomando té antes de que anochezca. Puedo estirar la piel en las ramas del interior y rasparla allí. La nieve ayudará a aislarnos en el interior de las ramas del árbol. Nos tomaremos un buen descanso antes de regresar por la mañana. Un poco más abajo, sólo será lluvia.

Kahlan se calentó la mejilla con su piel de lobo mientras un escalofrío hormigueaba a través de sus hombros y ascendía por su cogote. El invierno había llegado sin que se dieran cuenta.

Cuando llegaron a casa al cabo de dos días, los pececitos de los tarros estaban todos muertos. Habían seguido la misma ruta que habían utilizado originalmente para entrar en el valle cuando llegaron la primera vez con los caballos, meses antes. Por supuesto, Kahlan no recordaba aquel viaje; había estado inconsciente. Parecía haber transcurrido una eternidad desde entonces.

En la actualidad existía una senda más corta hasta la casa, una que ellos habían abierto y que descendía desde el puerto de montaña. Podrían haber usado esa otra ruta, pero era angosta y difícil, y sólo les habría ahorrado diez o quince minutos. Habían estado fuera durante días, y mientras permanecían de pie, agotados, en la quebrada barrida por el viento de lo alto del paso, contemplando su cómoda y calentita casa, allá abajo, en el borde del prado, habían decidido tomar el camino más fácil, aunque eso les llevara más tiempo. Había sido un alivio entrar por fin en la casa, librarse del viento, y soltar todo su equipo.

Mientras Richard traía leña y Cara iba en busca de agua, Kahlan sacó un trocito de tela con algunos insectos que había atrapado a primeras horas de aquel mismo día, con la intención de ofrecer un festín a sus peces, puesto que seguramente estarían hambrientos. Profirió un pequeño gemido cuando vio que estaban muertos.

—¿Qué sucede? —preguntó Cara, que entraba en aquel momento trayendo un cubo lleno de agua; se acercó para mirar los peces.

—Parece que se han muerto de hambre —le dijo Kahlan.

—Los pececillos como éstos no viven mucho en un tarro —indicó Richard, a la vez que se arrodillaba y empezaba a apilar troncos de abedul sobre un montón de ramitas en la chimenea.

—Pero vivieron mucho tiempo —dijo Kahlan, como para demostrar que se equivocaba y convencerlo de lo contrario.

—¿No les pusiste nombres, verdad? Te dije que no les dieras nombres porque morirían al cabo de un tiempo. Te advertí que no te encariñarás con ellos porque no podía acabar bien...

—Cara puso nombre a uno.

—No lo hice —protestó ésta—. Sólo intentaba mostraros de cuál estaba hablando, eso es todo.

Una vez que las llamas prendieron, Richard alzó los ojos y sonrió.

—Bueno, te conseguiré unos cuantos más.

Kahlan bostezó.

—Pero éstos eran los mejores. Me necesitaban.

Richard lanzó una risotada.

—Vaya imaginación tienes. Sólo dependían de nosotros porque alteramos artificialmente sus vidas. Del mismo modo que las ardillas listadas dejarían de buscar semillas para sus reservas invernales si les diéramos comida. Los peces no tenían elección, porque los manteníamos dentro de tarros. De haberlos dejado a su aire, los peces no habrían necesitado ninguna ayuda nuestra. Al fin y al cabo, hizo falta una red para capturarlos. Te capturaré algunos más, y acabarán necesitándote del mismo modo.

Dos días más tarde, un día ligeramente nublado, después de que disfrutaran de un gran almuerzo a base de estofado de conejo con nabos y cebollas acompañado por el pan que Cara había hecho, Richard marchó a comprobar los sedales y a capturar unas cuantas más de las pequeñas carpas de morro negro.

Una vez que se hubo marchado, Cara recogió las cucharas y las metió en el balde de agua de lavar que había sobre la encimera.

—Sabéis —dijo, mirando atrás por encima del hombro—, me gusta este lugar, realmente me gusta, pero empieza a ponerme nerviosa.

Kahlan vació los restos que quedaban en los platos en un barreño de madera.

—¿Nerviosa? —Llevó los platos a la encimera—. ¿Qué quieres decir?

—Madre Confesora, este lugar es muy agradable, pero empieza a volverme loca. Soy una mord-sith. ¡Queridos espíritus, estoy empezando a poner nombre a peces que están en tarros! —Cara se volvió de nuevo hacia el balde y se dedicó a limpiar las cucharas con un paño—. ¿No creéis que empieza a ser hora de que convenzamos a lord Rahl de que es necesario que regresemos?

Kahlan suspiró. Adoraba su casa en las montañas, y le encantaba el silencio y la soledad. Sobre todo, valoraba el tiempo que Richard y ella podían pasar juntos sin que otras personas exigieran su atención; pero también echaba en falta la actividad de Aydindril, la compañía de la gente, y la contemplación de ciudades y multitudes. Había muchos motivos para que a uno no le gustara estar en lugares como aquéllos, pero también tenían su parte de emoción.

A su edad se había acostumbrado a que la gente no siempre quisiera o comprendiera la ayuda que ella les daba, y a seguir adelante de todos modos porque sabía que era por su bien. Richard nunca había tenido que aprender a enfrentarse a aquella fría indiferencia y seguir dedicándose a lo que era su deber a pesar de ello.

—Desde luego que sí, Cara.

Kahlan depositó el barreño con los restos de comida sobre un estante, diciéndose mentalmente que debía vaciarlo más tarde. Se preguntó si iba a ser una Madre Confesora que viviría para siempre en el bosque, lejos de su gente, de todas las personas que luchaban por su libertad y que dependían, de algún modo, de ella.

—Pero ya conoces el sentir de Richard. Cree que sería un error..., más que eso, cree que sería una irresponsabilidad ceder a tal deseo cuando la razón le dice que no debe hacerlo.

Los ojos azules de Cara centellearon, resueltos.

—Vos sois la Madre Confesora. Romped el hechizo de este lugar. Decidle que se os necesita de vuelta allí, y que vais a regresar. ¿Qué va a hacer? ¿Ataros a un árbol? Si os vais, él os seguirá. Tendrá que regresar.

Kahlan negó categóricamente con la cabeza.

—No, no puedo hacer eso. Y menos después de lo que nos ha contado. Eso no se le hace a una persona a la que respetas. Tal vez no esté exactamente de acuerdo con él, pero comprendo sus razones y lo conozco lo bastante bien como para temer que tenga razón.

—Pero regresar no significa que vaya a tener que acaudillar nuestro bando. Vos únicamente le haríais seguiros, no le haríais retomar el mando —dijo Cara, con una sonrisita de complicidad—. Pero, a lo mejor, cuando vea lo mucho que se le necesita, entrará en razón...

—Eso es parte del motivo por el que nos ha traído tan al interior de las montañas: teme que si está cerca del conflicto, o si regresa, verá todo lo que sucede y acabará involucrado. No puedo usar sus sentimientos por mí para acorralarlo de ese modo. Incluso aunque regresáramos y él resistiera la tentación de ayudar y no se viera arrastrado a la lucha contra la brutalidad de la Orden Imperial, un acto tan manifiesto de coacción por mi parte crearía un distanciamiento permanente entre nosotros.

Kahlan volvió a negar con la cabeza.

—Eso es algo en lo que cree con demasiada fuerza. No lo obligaré a regresar.

Cara hizo una seña con el chorreante trapo.

—Quizá no cree realmente en ello, en realidad, en lo más profundo de su ser. Quizá no quiere regresar porque duda de sí mismo... por lo de Anderith... y por lo tanto piensa que es mucho más fácil para él mantenerse alejado.

—No creo que Richard dude de sí mismo en esto. Ni por un segundo. Ni un poquitín. Creo que si tuviera cualquier duda, regresaría, porque ése es en realidad el camino más fácil. Mantenerse alejado es más duro..., como tú y yo podemos atestiguar.

»Pero tú te puedes marchar en cualquier momento, Cara, si deseas con tanta ansia regresar. Él no tiene ningún derecho sobre tu vida. No tienes que permanecer aquí si no lo deseas.

—He jurado seguirlo sin importar las insensateces que corneta.

—¿Insensateces? Lo sigues porque crees en él. También yo. Por eso jamás podría marcharme y obligarlo a seguirme.

Cara apretó los labios con fuerza. Sus ojos azules perdieron su fuego mientras volvía la cabeza y dejaba caer el trapo otra vez en el cubo de agua.

—Entonces tendremos que permanecer aquí, condenadas a vivir nuestras vidas en el paraíso.

Kahlan sonrió, comprendiendo la contrariedad de Cara. Si bien no pensaba obligar a Richard a hacer algo a lo que era totalmente contrario, eso no excluía que intentara hacerle cambiar de idea. Vacío su taza de té y la plantó sobre la encimera. Eso sería distinto...

—Tal vez no. ¿Sabes?, he estado pensando lo mismo..., que es necesario que regresemos, quiero decir.

Cara la observó con una atenta mirada de reojo.

—Y bien, ¿qué creéis que podemos hacer para vencerlo?

—Richard estará fuera durante un rato. Sin él aquí para molestarnos, qué tal si tomamos un baño?

—¿Un baño?

—Sí, un baño. He estado pensando en lo mucho que me gustaría estar bien limpia. Estoy harta de parecer un vagabundo. Me gustaría lavarme el pelo y ponerme mi vestido de Madre Confesora.

—Vuestro traje blanco de Madre Confesora... —Cara sonrió con complicidad—. Ah. Ésa sí que sería una batalla para la que una mujer está mejor equipada.

Por el rabillo del ojo, Kahlan vio a *Espíritu* en la ventana del dormitorio, contemplando el mundo, con las vestiduras ondeando al viento, la cabeza echada atrás, la espalda arqueada, los puños a los costados, en desafío a cualquier cosa que pensara en domeñarla.

—Bueno, no exactamente una batalla en el sentido en que piensas, pero creo que puedo exponer el caso mejor si voy adecuadamente vestida. Eso no sería injusto. Le plantearé la cuestión como Madre Confesora. Creo que en ciertos aspectos su criterio se ha visto ofuscado; es difícil pensar en nada más cuando estás terriblemente preocupado por alguien a quien amas.

Los puños de Kahlan se crisparon a sus costados mientras pensaba en el peligro que se cernía sobre la Tierra Central.

—Tiene que darse cuenta de que todo eso es pasado, que ya gozo de buena salud, y que ha llegado el momento de regresar a nuestros deberes para con nuestra gente.

Con una sonrisita cómplice, Cara se echó hacia atrás un mechón de cabellos rubios.

—Se dará cuenta de eso, y de más, si lleváis ese vestido vuestro, eso es seguro.

—Quiero que vea a la mujer que fue lo bastante fuerte para vencerlo con una

espada y quiero que vea a esa Madre Confesora.

Cara apartó de un soplido otro mechón de cabellos del rostro.

—Si queréis que os diga la verdad, tampoco a mí me disgustaría tomar un baño. ¿Sabéis?, creo que si me coloco a vuestro lado, ataviada como corresponde a una mord-sith, y llevé los cabellos limpios y la trenza recién hecha, y muestro todo el aspecto de una mord-sith y declaro mi conformidad con lo que digáis, Lord Rahl se sentirá mucho más convencido de que tenemos razón e inclinado a considerar que ha llegado el momento de que regresemos.

Kahlan colocó los platos dentro del balde de agua.

—Está acordado, pues. Tenemos tiempo suficiente antes de que regrese.

Richard les había fabricado una pequeña bañera de madera, lo bastante grande para sentarse dentro y darse un buen baño. No era tan grande como para recostarse y disfrutar, pero seguía siendo todo un lujo para su hogar de la montaña.

Cara arrastró la bañera desde la esquina, dejando marcas de su paso en el suelo de tierra.

—La colocaré en mi habitación. Vos os metéis primero. De ese modo, si regresa antes de lo esperado, podéis mantener a vuestro entrometido esposo ocupado y alejado de mis cabellos mientras los lavo.

Juntas, Kahlan y Cara transportaron baldes de agua del cercano río, calentando parte en un caldero colocado sobre un buen fuego. Cuando finalmente se sumergió en el agua humeante, Kahlan lanzó un suspiro prolongado. El aire era helado, y el baño caliente resultaba aún más reconfortante por ello. Le habría gustado quedarse un largo rato, pero decidió no hacerlo.

Sonrió al recordar todos los problemas que Richard había tenido con mujeres tomando baños. Era una suerte que no estuviera allí. Más tarde, después de que tuvieron su conversación, se dijo que podría pedirle que se bañara antes de acostarse; le gustaba cuando olía a limpio.

Sabiendo que se encararía con Richard con el cabello lavado y brillante, y su traje blanco, Kahlan se sentía más confiada en la posibilidad real de su regreso. Secó y peinó sus cabellos al calor del fuego mientras Cara ponía más agua a hervir. Cuando la mord-sith entró a tomar su baño, Kahlan fue a su habitación para ponerse el vestido. La mayoría de personas temían ese vestido porque temían a la mujer que lo llevaba; a Richard siempre le gustaba verla con él.

Mientras arrojaba la toalla sobre la cama, su mirada se vio atraída por la estatua de la ventana. Kahlan convirtió las manos en puños, pegándolas a los costados y, de pie, desnuda, arqueó la espalda y echó la cabeza atrás, imitando a *Espíritu*, a la vez que dejaba que el sentimiento que inspiraba la invadiera, permitiéndose a sí misma ser aquel espíritu fuerte, permitiéndole que fluyera por ella.

Durante aquel momento, fue el espíritu de la estatua.

Aquel era un día de cambio. Lo percibía.

Resultaba un tanto extraño, tras ser una montañesa durante tanto tiempo, volver a llevar su traje de Madre Confesora, sentir el material suave como la seda sobre la piel. En su mayor parte, no obstante, lo que sentía era el consuelo de lo familiar.

Como Madre Confesora, Kahlan se sentía segura de sí misma. A un nivel básico, el vestido era una especie de coraza para el combate. Luciéndole el vestido, Kahlan tenía también una sensación de importancia, con él llevaba el peso de la historia, de todas las mujeres excepcionales que la habían precedido. La Madre Confesora cargaba con una responsabilidad terrible, pero también era premiada con la satisfacción de poder ejercer una influencia real para mejorar las vidas de las personas.

Aquellas personas dependían de ella. Kahlan tenía una tarea que desempeñar, y

debía convencer a Richard de que necesitaba llevarla a cabo. También lo necesitaban a él, pero incluso si no quería órdenes, necesitaba al menos regresar con ella voluntariamente. Los que combatían por su causa merecían saber que la Madre Confesora estaba a su lado, y que no había perdido la fe en ellos o en su cama. Tenía que hacer que Richard viera al menos eso.

Al volver a salir a la estancia principal, oyó que Cara chapoteaba en la bañera.

—¿Necesitas algo, Cara? —gritó.

—No, estoy perfectamente —gritó ella desde su habitación—. ¡Es una sensación fantástica! Creo que hay suficiente tierra en el agua como para plantar patatas.

Kahlan profirió una carcajada de complicidad. Vio una ardilla listada que rebuscaba frente a la casa.

—Voy a dar a *Chippy* unos cuantos corazones de manzanas. Si necesitas algo, llama.

El nombre universal que usaban para todas las ardillas era «Chippy. Todas respondían a él; sabían que el nombre auguraba una buena dádiva.

—De acuerdo —dijo Cara, desde la bañera—. Si lord Rahl regresa, no obstante, besadlo o haced algo para mantenerlo ocupado, pero esperad hasta que yo haya acabado para hablar con él. Quiero estar con vos para ayudaros a convencerlo. Quiero asegurarme de que le hacemos ver la luz.

—Lo prometo —respondió ella, sonriendo.

Tomó un corazón de manzana del balde de madera donde guardaban los refrigerios para animales. Las ardillas adoraban los corazones de manzana, también. Los caballos preferían que las manzanas estuvieran enteras.

—Toma, *Chippy* —gritó Kahlan, a través de la puerta, con la voz que siempre usaba con ellas; volvió a alzar el cubo hacia el techo y sujetó la cuerda al gancho de la pared—. *Chip, Chip*, ¿quieres una manzana?

Fuera, Kahlan vio a la ardilla listada en un lateral, comiendo entre las hierbas. La brisa helada hizo que los largos pliegues de su vestido acariciaran sus piernas al andar. Hacía casi tanto frío como para necesitar el manto de piel. Las ramas desnudas de los robles que había detrás de la casa crujían y gemían. Los pinos, en lo alto, donde el viento era más fuerte, se inclinaban bajo algunas de las ráfagas. El sol se había refugiado tras grandes nubes grises que hacían que su vestido blanco resaltara aún más en la penumbra.

Cerca de la ventana donde *Espíritu* observaba el exterior, Kahlan volvió a llamar a la ardilla. Aquellas criaturas quedaban hechizadas por la suave voz que Kahlan usaba al hablar con ellas. Cuando la oyó, la menuda criatura de piel listada se alzó sobre las patas traseras un instante, tesa e inmóvil, comprobando que todo estaba despejado, y cuando estuvo segura de que no corría peligro, correteó hacia ella. Kahlan se acuclilló e hizo rodar el corazón de manzana sobre el suelo.

—Aquí tienes, preciosa —susurró dulcemente—. Una bonita manzana para ti.

Chippy no perdió tiempo en iniciar su festín. A Kahlan le dolían las mejillas de tanto sonreír ante el modo en que el animal iba mordisqueando el corazón de manzana mientras éste rodaba por el suelo. Se puso en pie, sacudiéndose las manos para limpiarlas mientras observaba, cautivada por la criaturita enfrascada en su febril tarea.

De improviso la ardilla se estremeció y se quedó inmóvil.

Kahlan alzó los ojos. Se encontró mirando directamente a los ojos azules de una mujer.

La mujer estaba de pie a menos de tres metros de distancia en una postura de sereno examen. La garganta de Kahlan bloqueó el jadeo de sus pulmones. La mujer parecía haber salido de la nada. El picor de la carne de gallina ascendió por los dorsos de los

brazos de Kahlan.

La larga melena rubia de la mujer caía en cascada por encima de los hombros de un exquisito vestido negro. La suya era una belleza muy bien modelada, su rostro tenía gran perfección..., pero, en especial, resaltaban sus ojos, que observaban con tan lúcida inteligencia todo lo que la rodeaba que la mujer sólo podía ser una criatura de profunda integridad... o de maldad indescriptible.

Kahlan supo sin la menor duda cuál de las dos cosas era.

La mujer hacía sentir a Kahlan tan horrenda como un terrón tierra, e instintivamente tan indefensa como un niño. Nada deseaba tanto como retroceder; pero en cambio, clavó la mirada en los ojos azules de la otra durante lo que no pudo haber sido más que segundo o dos, aunque pareció transcurrir una eternidad en ese espacio de tiempo. En aquellos ojos azules, que parecían saberlo todo fluía una especie de formidable y aterradora corriente de meditación.

Kahlan recordó la descripción del capitán Meiffert de aquella mujer. Con todo, aunque la vida le fuera en ello, no conseguía en aquel momento recordar su nombre. Le pareció trivial. Lo que importaba era que aquella mujer era una Hermana de las Tinieblas.

Sin decir una palabra, la mujer alzó las manos hacia fuera un poco y giró las palmas hacia arriba, como si ofreciera humildemente algo. Las manos estaban vacías.

Kahlan decidió dar un salto a través del espacio necesario para acortar distancias. Decidió desatar su poder. Con su determinación, la acción en cierto modo ya se había iniciado. Pero necesitaba desesperadamente acercarse más si quería que fuese efectiva.

Mientras empezaba a moverse, a realizar el temerario salto, su mundo se tomó blanco en medio de un ramalazo de dolor.

Richard oyó un sonido curioso que lo detuvo en seco, percibió un golpazo a través del suelo. Le pareció haber visto un fogonazo en las copas de los árboles, pero había sido tan rápido que no estaba seguro.

No obstante, fue el sonido, como si un martillo enorme hubiese arrancado de un golpe la parte superior de una montaña, lo que le heló la sangre.

La casa no estaba lejos. Dejó caer la ristra de truchas y el tarro de pececitos, y corrió.

En el linde del bosque, donde éste daba al prado, se detuvo con un patinazo. Sentía como si su palpitante corazón estuviera a punto de salirle por la boca.

Vio a las dos mujeres no muy lejos, frente a la casa, una vestida de blanco, y otra de negro. Estaban conectadas por una serpenteante línea de blanca luz lechosa que ondulaba y chisporroteaba. Los brazos de Nicci estaban alzados ligeramente, con las manos vueltas, palmas arriba, y un poco más separadas que el ancho de sus caderas.

La luz lechosa surgía del pecho de Nicci, cruzaba el espacio entre las dos mujeres, y atravesaba el corazón de Kahlan. La temblorosa aurora entre las dos se tomó cegadoramente brillante, como retorciéndose en un suplicio del que le era imposible escapar.

Viendo a Kahlan temblando con la furia de aquella lanza de luz que la inmovilizaba contra la pared, Richard se quedó paralizado de temor, un temor que conocía muy bien, de cuando había estado en el vértice de la muerte. El proyectil perforaba el corazón de Nicci, también, conectando a las dos mujeres. Richard no comprendía la magia que Nicci usaba, pero la reconoció instintivamente como profundamente peligrosa, no sólo para Kahlan, sino también para Nicci, ya que, también ella, sufría enormemente. Que Nicci se arriesgara de ese modo lo llenó de pavor.

Richard sabía que tenía que permanecer tranquilo y andarse con mucho ojo para que Kahlan tuviera alguna posibilidad. De un modo visceral quería hacer algo para acabar con Nicci, pero estaba seguro de que no sería tan sencillo. La expresión a menudo repetida por Zedd nada es nunca fácil»— acudió de improviso a su mente con repentino y tangible significado.

En una búsqueda desesperada de respuestas, todo lo que Richard sabía sobre magia pasó veloz como un torrente por su cabeza. Nada de ello le indicó qué hacer, pero sí le dijo lo que no debía hacer. La vida de Kahlan pendía de un hilo.

Justo entonces, Cara salió de la casa como una exhalación. Estaba totalmente desnuda, pero en cierto modo no pareció tan extraño. Richard estaba acostumbrado a la forma de su cuerpo bajo su ceñida vestimenta de cuero y, aparte del color, no resultaba tan distinto. La mord-sith chorreaba agua. Llevaba los cabellos sueltos, lo que le pareció de una indecencia más estrafalaria que su cuerpo desnudo. Estaba acostumbrado a verla siempre con una trenza.

El puño de Cara aferraba la barra de cuero rojo —su agiel— mientras se agachaba. Los músculos de sus piernas, brazos y hombros se veían con una tensión que exigía ser liberada.

—¡Cara! ¡No! —chilló Richard.

Atravesaba ya como un poseso el prado cuando Cara saltó y aplastó su agiel contra el cuello de Nicci.

La mujer aulló, presa de un dolor que la hizo caer de rodillas. Kahlan gritó con

un dolor igual y se desplomó de rodillas a su vez, el movimiento casi idéntico al de Nicci.

Cara agarró los cabellos de Nicci y le echó la cabeza hacia atrás con violencia.

—¡Es hora de morir, bruja!

Nicci no hacía nada para detener a Cara mientras el agiel pendía a pocos centímetros de su garganta.

Richard se lanzó en dirección a la mord-sith, deseando desesperadamente no llegar demasiado tarde. El agiel de Cara apenas rozaba la garganta de Nicci cuando Richard la detuvo, sujetándola por la cintura. La arrojó de espaldas contra el suelo. El tacto de su cuerpo resultó sorprendente por un breve instante: blanda carne sedosa sobre músculos de hierro. El impacto dejó a Cara sin resuello.

Ésta estaba tan enfurecida y en un estado tan combativo que arremetió con su agiel contra Richard, sin darse cuenta de que era él, sabiendo sólo que le impedían proteger a Kahlan.

El violento impacto del arma en el de Richard fue como un golpe asestado con una barra de hierro seguido inmediatamente por un rayo. El estallido de dolor que recorrió su cráneo lo cegó por un momento. Los oídos le zumbaron. La sacudida lo dejó sin aliento, haciendo que se tambaleara, y trajo de vuelta una avalancha de recuerdos macabros.

Cara estaba decidida a acabar con la mujer y enfurecida ante cualquier interferencia. Richard recuperó el dominio de sí mismo justo a tiempo de agarrarla por las muñecas e inmovilizarla contra el suelo antes de que pudiera saltar sobre Nicci. Una mord-sith era formidable, desde luego, pero una mujer así estaba imbuida de la habilidad para responder a la magia, no a la fuerza. Por eso había intentado incitar a Nicci a usar su poder; sólo así podía capturar la magia de su adversaria y vencerla.

La mente de Richard apenas era consciente del cuerpo desnudo de Cara, que se retorció debajo de él. El joven notó el sabor de la sangre en la boca, pero su atención estaba concentrada en el agiel y en asegurarse de que no lo usaba contra él. En su cabeza resonaba un zumbido doloroso, y tenía que luchar no sólo contra Cara, sino con la inconsciencia que intentaba invadirlo. Tenía que hacer un gran esfuerzo para mantener a Cara en el suelo.

En aquellos momentos, la mord-sith significaba una amenaza mayor para la vida de Kahlan que Nicci. Si Nicci hubiera querido matar a Kahlan, Richard estaba seguro de que ya lo habría hecho. Tal vez él no comprendiera claramente lo que la otra hacía, pero por lo que ya había visto, captaba la idea general.

Goteó sangre sobre el pecho desnudo de Cara, de un rojo intenso en contraste con la superficie de su blanca piel.

—¡Cara, detente! —La mandíbula funcionaba, aunque dolorosamente, de modo que se dijo que no estaba rota—. Soy yo. Para. Matarás a Kahlan. —Cara se inmovilizó bajo él, mirando a lo alto con enfurecido desconcierto—. Lo que le haces a Nicci le sucede también a Kahlan.

—Será mejor que lo escuches —dijo Nicci, desde detrás de él, con aquella aterciopelada voz suya.

Cara alargó la mano cuando Richard le soltó las muñecas y le tocó la comisura de la boca.

—Lo siento —murmuró, al advertir lo que había hecho.

Su tono indicó a Richard que lo decía en serio, y él asintió y luego se puso en pie. Tiró de su mano para ponerla en pie antes de volverse contra Nicci.

Nicci se mantenía erguida, en aquella postura suya orgullosa y digna. Su atención y magia estaban concentradas en Kahlan. El poder tranquilo pero violento que anidaba en

el interior de Richard había despertado, aguardando órdenes; pero él no sabía cómo usarlo para detener a Nicci. Se contuvo, temiendo que cualquier cosa que hiciese sólo sirviera para empeorar el peligro que corría Kahlan.

Kahlan estaba de pie, también, pero otra vez inmovilizada contra la pared de la casa por la lechosa soga de luz. Tenía sus verdes ojos desorbitados por el tembloroso tormento de lo que fuera que Nicci hacía.

Las manos de Nicci se alzaron. Posó las palmas sobre su corazón, encima de la luz. Estaba de espaldas a Richard, pero él vio la luz través de ella, igual que fuego devorando el centro de un trozo de papel, el agujero incandescente expandiéndose hacia el exterior, dando la impresión de que la consumía. La serpenteante llamarada de luz hacía exactamente lo mismo a Kahlan, dando la impresión de perforarla. Sin embargo, Richard se daba cuenta de que no la mataba. Seguía respirando, moviéndose, continuaba viva... sin reaccionar en absoluto como lo haría alguien a quien le estuvieran perforando con fuego. En lo relativo a magia, sabía que no podía creer en lo que veían sus ojos.

En el centro del pecho de Nicci, bajo sus manos, la mujer empezó a volverse sólida otra vez, tomando forma de nuevo allí donde la luz se había extinguido.

La luz se apagó. Kahlan, cuyas manos estaban presionadas contra la pared, se inclinó aliviada al extinguirse ésta, cerrando los ojos como si no pudiera soportar contemplar a la mujer que estaba ante ella.

Richard era todo cólera contenida. Sus músculos pedían a gritos que los liberaran. La magia de su interior era una víbora enroscada aguardando para atacar. Deseaba casi más que nada eliminar a aquella mujer. Lo único que deseaba más era que Kahlan estuviera a salvo.

Nicci sonrió a Kahlan antes de girarse hacia Richard. Sus tranquilos ojos azules captaron por un momento su puño de nudillos blancos sobre la empuñadura de la espada.

—Richard. Ha pasado mucho tiempo. Tienes buen aspecto.

—¿Qué has hecho? —masculló él, apretando los dientes.

Ella sonrió. Era la sonrisa que una madre dedicaría a un niño: una sonrisa indulgente. Aspiró, como recuperándose de un trabajo un tanto arduo, y alzó una mano para indicar a Kahlan.

—He hechizado a tu esposa, Richard.

Richard oía la respiración de Cara pegada a su hombro izquierdo. La mord-sith se mantenía apartada del brazo que él usaba para empuñar la espada.

—¿Con qué fin? —inquirió.

—Pues, capturarte, por supuesto.

—¿Qué le va a suceder? ¿Qué daño le has hecho?

—¿Daño? Ninguno. Cualquier mal que le suceda provendrá sólo de tu mano.

Richard frunció el entrecejo, comprendiéndola, pero deseando estar equivocado.

—¿Te refieres a que si te hago daño, Kahlan también lo padecerá?

Nicci sonrió con la misma sonrisa perspicaz y cautivadora que acostumbraba a mostrar cuando aparecía para darle sus lecciones. Él apenas podía creer que hubiera imaginado alguna vez que era la representación encarnada de un espíritu bondadoso.

Percibía la magia que chisporroteaba alrededor de aquella mujer. Había aprendido a distinguir cuándo una persona poseía el don. Lo que otros no eran capaces de ver, él lo veía. Veía el don en sus ojos, y en ocasiones percibía su aura alrededor de las personas. Raras veces había encontrado mujeres que conseguían que el aire a su alrededor crepitara con su poder. Peor aún, Nicci era una Hermana de las Tinieblas.

—Sí, y más. Mucho más. Verás, ahora estamos vinculadas por un hechizo de

maternidad. Un nombre curioso para un hechizo, ¿verdad? El nombre, en parte, se deriva de los aspectos que alimentan el hechizo. Como cuando se da la vida..., el modo en que una madre alimenta a su hijo y lo mantiene con vida.

»Esa luz que viste era una especie de cordón umbilical: un cordón umbilical de magia. Vincula nuestras vidas, sin importar la distancia que medie entre nosotras. Del mismo modo que soy la hija de mi madre y nada podía cambiar jamás eso, tampoco esta magia la puede alterar nadie más.

Hablaba como una instructora, tal como en una ocasión le había hablado a él en el Palacio de los Profetas, cuando había sido una de sus maestras. Siempre hablaba con una tranquila economía de palabras que en una ocasión él había creído que añadían un aire de nobleza a su porte. Por aquel entonces, Richard no podría haber imaginado palabras groseras saliendo de la boca de Nicci, pero las palabras que pronunciaba en aquel momento eran repugnantes.

Seguía moviéndose con una incomparable elegancia pausada y él siempre había considerado sus movimientos seductores, aunque ahora los veía como los movimientos sinuosos de una serpiente.

La magia de su espada retumbó a través de él, aullando para ser liberada. La magia de la espada había sido creada para combatir lo que quien empuñaba el arma consideraba maligno. En ese momento, Nicci cumplía los requisitos hasta tal punto que la magia de la espada estaba próxima a dominarlo, a punto de tomar el mando para destruir aquella amenaza. Con el dolor del agiel zumbando aún en su cabeza, resultaba toda una lucha mantener el control sobre el poder de la espada. Richard sentía como las letras de oro en relieve de la palabra «verdad» de la empuñadura presionaban contra su palma.

En aquel momento, tal vez más que ninguno otro, debía enfrentarse con la verdad, y no con sus deseos en bruto. La vida y la muerte pendían de un hilo.

—Richard —dijo Kahlan, en un tono de voz uniforme, y aguardó hasta que sus ojos se encontraron con los de ella—. Mátala.

Habló con una autoridad serena que exigía obediencia. Ataviada con su vestido blanco de Madre Confesora, sus palabras llevaban con ellas el peso inequívoco del mando.

—Hazlo. No aguardes otro momento. Mátala. No pienses en ello, hazlo.

Nicci observaba con calma para ver qué haría él. Lo que finalmente decidiera no parecía ser más que una cuestión de curiosidad para ella. Richard no necesitaba pensar o decidir.

—No puedo —dijo a Kahlan—. Eso te mataría también a ti. Nicci enarcó una ceja.

—Muy bien, Richard. Muy bien.

—¡Hazlo! —aulló Kahlan—. ¡Hazlo ahora, mientras aún tienes esa posibilidad!

—Quédate quieta —replicó él, con una voz sosegada; luego volvió a mirar a Nicci—. Oigámoslo.

Ella juntó las manos del modo en que solían hacer las Hermanas de la Luz. Sólo que no era una Hermana de la Luz. Parecía existir un sentimiento profundo tras aquellos ojos azules, pero cuáles podían ser esos sentimientos, no lo sabía y temía imaginarlos. Era una de esas miradas intensas que contienen un mundo de emociones, de todo tipo, desde anhelo hasta odio. Una cosa que sí estaba seguro que veía era una determinación que era más importante para ella que la vida misma.

—La cosa está así, Richard. Vendrás conmigo. Mientras yo siga viva, Kahlan vivirá. Si yo muero, ella muere. Tan simple como eso.

—¿Qué más? —exigió él.

—¿Qué más? —Nicci pestañeó—. Nada más.

—¿Y si decido matarte?

—Entonces moriré. Pero Kahlan morirá conmigo; nuestras vidas están ahora conectadas.

—No es eso lo que quería decir. Me refiero a que debes de tener un propósito. ¿Qué más ocurrirá si decido matarte?

—Nada. —Se encogió de hombros—. Tú decides. Nuestras vidas están en tus manos. Si eliges conservar su vida, tendrás que venir conmigo.

—¿Y qué piensas hacer con él? —preguntó Kahlan, mientras se acercaba lentamente para colocarse junto a Richard—. ¿Sacarle una confesión falsa mediante tortura, de modo que Jagang pueda someterlo a algo parecido a un juicio al que seguirá una pública ejecución?

Si algo pareció Nicci, fue sorprendida, como si tal idea jamás se le hubiese ocurrido, y la encontrara abominable.

—No, nada de eso. No tengo intención de hacerle ningún daño, Por ahora, en todo caso. Con el tiempo, desde luego, lo más probable es que tenga que matarlo.

—Por supuesto —dijo Richard, con una mirada furiosa.

Cuando Kahlan hizo un movimiento al frente, la sujetó del brazo y la retuvo. Sabía lo que tenía intención de hacer. No sabía exactamente qué sucedería si Kahlan liberaba su poder de Confesora sobre Nicci mientras ambas estaban conectadas por el hechizo, pero no tenía intención de averiguarlo, ya que estaba seguro de que no podría tener un buen final. Y Kahlan estaba demasiado dispuesta a perder la vida para salvar la de él.

—Limitate a esperar, de momento —le susurró.

Kahlan alargó el brazo, señalándola.

—¡Acaba de admitir que tiene intención de matarte!

Nicci sonrió, tranquilizadora.

—No te preocupes por eso por ahora. Si se llega a eso, no es probable que suceda en mucho tiempo. Quizás en toda una vida.

—¿Y entre tanto? —inquirió Kahlan—. ¿Qué planes tienes para él, antes de que te desembaraces de su vida como si fuera algo insignificante?

—¿Insignificante...? —Nicci abrió las manos en un gesto inocente—. No tengo planes. Sólo deseo llevármelo.

Richard había pensado que comprendía lo que sucedía, pero cada vez estaba menos seguro, con cada cosa que Nicci decía.

—¿Te refieres a que quieres llevarme lejos para que no pueda pelear contra la Orden Imperial?

—Si quieres considerarlo en esos términos... —Su frente se crispó—. Admito que es cierto que tus días como líder del Imperio d'haraniano han finalizado. Pero no es ésa la cuestión. La cuestión es que todo con respecto a tu vida hasta este momento... — Nicci miró significativamente a Kahlan— ha finalizado.

Sus palabras parecieron helar el aire. Y dejaron petrificado a Richard,

—¿Cuál es el resto? —Sabía que tenía que haber más, algo que hiciera que todo ello tuviera sentido—. ¿Qué más quieres, si deseo mantener con vida a Kahlan?

—Bueno, nadie debe seguirnos, por supuesto.

—¿Y si lo hacemos? —soltó Kahlan—. Podría seguirte y matarte yo misma, incluso aunque signifique el fin de mi vida.

Los ojos verdes de la Confesora brillaron con gélida resolución mientras lanzaba una amenazadora mirada a Nicci.

Ésta enarcó las cejas mientras se inclinaba hacia Kahlan del mismo modo en que

una madre va a amonestar a un niño.

—Entonces eso sería el final..., a menos que Richard te impida hacer tal cosa. Todo eso es parte de lo que debe decidir hacer. Pero cometes un error de cálculo si piensas que me importa una cosa u otra. No me importa, ¿sabes? En absoluto.

—¿Qué piensas hacer? —quiso saber Richard, apartando de Kahlan la mirada inquietantemente tranquila de Nicci—. ¿Qué sucederá si llego al lugar donde me vayas a llevar y no hago lo que deseas?

—Me malinterpretas, Richard, si crees que tengo alguna idea preconcebida de qué quiero que hagas. No es así. Harás lo que desees, imagino.

—¿Lo que desee?

—Bueno, naturalmente no se te permitirá regresar con tu gente.

Agitó la cabeza, echando hacia atrás los mechones de sus largos cabellos rubios, que el viento había empujado sobre sus ojos azules, sin que su mirada se apartara de la de él ni un instante.

—Y supongo que si te mostraras de algún modo extremada e insolentemente rebelde, entonces en ese caso, eso tendría su importancia. Resultaría una lástima, desde luego, pero entonces ya no me serías de ninguna utilidad. Te mataría.

—¿Ya no te sería de utilidad? ¿Quieres decir que ya no sería de utilidad a Jagang?

— No. —Una vez más, Nicci pareció sorprendida—. No actúo en nombre de su Excelencia. —Se dio unos golpecitos en el labio inferior—. ¿Ves? Me quité el aro con el que atravesó mi labio para marcarme como su esclava. Hago esto para mí misma.

Un pensamiento aún más inquietante afloró a la superficie. —¿Cómo es que no puede penetrar en tu mente? ¿Por qué no puede controlarte?

—No necesitas que te responda a esa pregunta, Richard Rahl.

Carecía de sentido para él; el vínculo con el lord Rahl funcionaba con aquellos que le eran leales, y no veía ningún modo de que aquello se pudiese interpretar como un acto de lealtad. Se trataba inequívocamente de un acto de agresión y en contra de su voluntad; el vínculo no debería funcionar con ella. Razonó que quizá Jagang estaba en su mente y ella no era consciente, y que quizá la había hecho enloquecer.

—Mira —dijo, sintiendo como si ni siquiera hablaran el mismo idioma—, no sé qué piensas que...

—Se acabó la charla. Nos vamos.

Sus ojos azules lo contemplaron sin enojo. A Richard casi le pareció como si para Nicci, Kahlan y Cara no estuvieran allí.

—Esto no tiene ningún sentido.Quieres que vaya contigo, pero no estás actuando en nombre de Jagang. Si eso es cierto, entonces ...

—Creo que lo he dejado tan claro como era posible y es muy sencillo, además. Si deseas ser libre, puedes matarme en cualquier oportunidad que tengas. Si lo haces, Kahlan también morirá. Tú decides. Aunque creo saber qué harás, no estoy en absoluto segura. Ante ti se extienden dos senderos ahora. Debes tomar uno.

Richard oía la respiración furiosa de Cara detrás de él. La mord-sith era un resorte enroscado listo para atacar. Temiendo que fuera a hacer algo que significara un daño irreparable, alzó la mano sólo para estar seguro de que ella sabía que quería que permaneciera detrás de él.

—Ah, y una cuestión adicional, en el caso de que se te ocurra recurrir a alguna estrategia o traición, o que rehusaras hacer las sencillas cosas que te pida: a través del hechizo que nos conecta, puedo poner fin en cualquier momento a la vida de Kahlan. Sólo tengo que desearlo. No es necesario que yo muera. A partir de ahora, ella vivirá cada día sólo gracias a mi buena voluntad y, por lo tanto, la tuya.

»No le deseo ningún mal, y no tengo sentimientos ni en un sentido ni en otro respecto a su vida. De hecho, si algo quiero, es que sea larga. Ella te ha proporcionado cierta felicidad y, a cambio de ello, espero que no tenga que perder la vida. Pero, por otro lado, tú tienes cierta influencia en ello mediante tu comportamiento.

Nicci lanzó una mirada iracunda por encima del hombro de Richard, a Cara. Luego alargó el brazo y con los dedos le limpió con delicadeza la sangre de la boca a Richard. Finalizó limpiándole la barbilla con el pulgar.

—Tu mord-sith te ha herido. Puedo ayudarte si lo deseas.

—No.

—Muy bien. —Limpió sus dedos ensangrentados en la falda de su vestido negro—. A menos que quieras que otras personas provoquen la muerte de Kahlan, sugiero que te asegures de que nadie actúe sin tu consentimiento. Las mord-sith son mujeres de recursos y decididas. Respeto su devoción al deber. No obstante, si tu mordsith nos sigue..., y mi magia me dirá si lo hace..., Kahlan morirá.

—Y ¿cómo sabré que Kahlan está bien? Podríamos estar a dos kilómetros de aquí, y tú podrías usar ese vínculo mágico para matarla. Yo jamás lo sabría.

El entrecejo de Nicci se frunció. Pareció desconcertada.

—Y ¿por qué tendría que hacer yo eso?

Un vendaval de rabia y pánico empujó las emociones de Richard, primero en una dirección y luego en la otra.

—¿¡Por qué haces esto!?

Lo contempló con silenciosa curiosidad por un instante.

—Tengo mis razones. Lamento, Richard, que debas sufrir. Hacerte sufrir no es mi propósito. Te doy mi palabra de que no haré daño a Kahlan sin informarte.

—¿Esperas que crea en tu palabra?

—Te he dicho la verdad. No tengo motivo para mentirte. Con el tiempo, llegarás a comprenderlo todo mejor. Kahlan no recibirá ningún daño de mi mano, siempre y cuando yo esté sana y salva, y tú vengas conmigo.

Por razones que no podía ni comprender, Richard descubrió que la creía. Parecía absolutamente honesta y del todo segura de sí misma, como si lo hubiese razonado todo un millar de veces.

No creía que Nicci se lo estuviera contando todo. Lo expresaba con sencillez para que él captara los elementos importantes y le fuera más fácil decidir qué hacer. Fuera lo que fuese el resto, no podía ser tan devastador como aquella parte. La idea de que lo separaran de Kahlan era un suplicio, pero haría casi cualquier cosa para salvar la vida de su esposa. Nicci lo sabía.

El enigma volvió a aflorar. En cierto modo estaba vinculado con aquello.

—El hechizo que protege la mente de un Caminante de los Sueños funciona sólo para aquellos que me son leales. No puedes esperar estar a salvo de Jagang si haces esto. Es un acto de traición.

—Jagang no me asusta. No temas por mi mente, Richard. Estoy perfectamente a salvo de su Excelencia. Con el tiempo, quizá llegarás a ver lo equivocado que has estado en tantas cosas.

—Te engañas, Nicci.

—Sólo ves parte de ello, Richard. —Enarcó una ceja de un modo enigmático—. En el fondo, tu causa es la causa de la Orden. Eres demasiado noble para que sea de otro modo.

—Puede que muera a tus manos, pero moriré odiando todo lo que tú y la Orden representáis. —Los puños de Richard se apretaron más—. No obtendrás lo que quieres, Nicci. Sea lo que sea, no lo conseguirás.

Ella lo contempló con gran compasión.

—Esto lo hago con la mejor intención, Richard.

Nada de lo que le decía parecía influir en absoluto en ella, y él no conseguía encontrar un sentido a las cosas que la mujer decía. La furia de su interior entró en ebullición. La magia de la espada luchaba con él para hacerse con el control, y él apenas podía con tenerla.

—¿Realmente esperas que llegue a creer eso?

Los ojos azules de Nicci parecían centrados en algún punto más allá de él.

—Posiblemente no.

Su mirada volvió a clavarse en él. Colocó dos dedos entre los labios mientras se daba la vuelta y silbaba. A lo lejos, un caballo relinchó y trotó fuera del bosque.

—Tengo otro caballo para ti, aguardando arriba, en el otro lado del paso.

El terror arañó sus huesos. Los dedos de Kahlan se cerraron con fuerza sobre su brazo. La mano de Cara tocó su espalda. Los recuerdos de cuando lo habían capturado antes y todo lo que ello significaba, todas las cosas que había soportado, hicieron que su pulso se acelerara y su respiración surgiera en rápidas bocanadas. Se sintió atrapado. Todo se escapaba de entre sus dedos y no parecía haber nada que pudiese hacer.

Deseaba más que nada pelear, pero no conseguía imaginar cómo. Deseó que fuera tan simple como abatir al adversario. Se recordó que el razonamiento, no el deseo, era su única posibilidad. Aferró el sosiego en su interior, y lo usó para sofocar el creciente vendaval de pánico.

Nicci se mantenía erguida, los hombros derechos, la barbilla alzada. Parecía alguien enfrentándose a una ejecución con valentía. Comprendió que realmente estaba preparada para cualquiera que fuese el resultado.

—Haz tu elección, Richard. No tienes otras opciones. Elige.

—No hay elección que hacer. No permitiré que Kahlan muera.

—Desde luego que no. —La postura de Nicci se relajó casi imperceptiblemente; una sonrisita tranquilizadora suavizó su mirada—. Estará perfectamente.

El caballo aminoró el trote al aproximarse. Cuando la hermosa yegua pinta se detuvo junto a ella, Nicci sujetó las riendas cerca del bocado. Sus crines grises se alborotaron en la fría brisa y la yegua resopló y sacudió la cabeza, incómoda ante desconocidos, y ansiosa por marchar.

—Pero..., pero... —tartamudeó Richard, mientras Nicci ponía el pie en el estribo—. Pero ¿qué se me permite llevar?

Nicci balanceó la pierna por encima de la grupa del caballo y se acomodó en la silla. Se removió hasta encontrar la posición y echó hacia atrás los hombros. El vestido negro y los cabellos rubios resaltaban nítidamente en el cielo acerado.

—Puedes traer cualquier cosa que quieras, siempre y cuando no sea una persona.

—Chasqué la lengua, instando a su caballo a girar de cara a él—. Sugiero que lleves ropas y cosas así. Lo que quieras tener contigo. Coge todo lo que puedas cargar. Si lo deseas.

Su voz adquirió un tono cortante:

—Deja esa espada tuya, no obstante. No la necesitarás. —Se inclinó al frente, su expresión se tomó por primera vez gélida y amenazadora—. Ya no eres el Buscador, ni lord Rahl, líder del Imperio de D'Hara, ni bien mirado, el esposo de la Madre Confesora. A partir de ahora, no eres nadie, excepto Richard.

Cara se adelantó, colocándose junto a él, toda ella una masa de enfurecidas nubes de tormenta.

—Soy una mord-sith. Si crees que permitiré que te lleves a lord Rahl, estás loca. La Madre Confesora ha indicado ya sus deseos. Mi deber, por encima de todo, es matarte.

Nicci enroscó tres dedos alrededor de las riendas, agarrándolas con los pulgares.

—Haz lo que debas. Conoces las consecuencias.

Richard extendió un brazo para impedir que Cara se aproximara a Nicci y la descabalgara.

—Tómalo con calma —le susurró—. El tiempo está de nuestra parte. Mientras sigamos con vida, tenemos una posibilidad de pensar en algo.

La presión del peso de Cara contra su brazo se aflojó. La mujer retrocedió un paso de mala gana.

—Tengo que recoger algunas cosas —dijo Richard a Nicci, intentando ganar tiempo—. Espera, al menos, hasta que haya preparado mi mochila.

Nicci aflojó las riendas e hizo avanzar el caballo hacia él. Apoyó la muñeca izquierda sobre el pomo de la silla de montar.

—Me voy. —Señaló con un largo y elegante dedo de la otra mano—. ¿Ves ese paso ahí arriba? Reúnete conmigo antes de que llegue a lo alto, y Kahlan vivirá. Si cruzo al otro lado y no estás conmigo, Kahlan morirá. Tienes mi palabra.

Todo sucedía a demasiada velocidad. Él necesitaba pensar un modo de ganar tiempo.

—Entonces, ¿de qué te habrá servido nada de todo esto?

—Me habrás dicho qué significa más para ti. —Se recostó hacia atrás en la silla—. Cuando piensas en ello, es una cuestión muy profunda. Aún espero la respuesta. Para cuando llegue a lo alto del paso, la tendré.

Nicci balanceó las caderas en la silla, instando al caballo a avanzar al paso.

—No lo olvides: en lo alto del paso. Tienes hasta entonces para despedirte, empaquetar lo que desees llevarte, y luego atraparme si desees que Kahlan viva. O, si eliges quedarte, tienes hasta entonces para despedirte antes de que muera. Ten por seguro, no obstante, cuando hagas tu elección, que la primera opción es tan definitiva como la segunda.

Kahlan intentó correr hacia el caballo, pero Richard la sujetó por la cintura.

—¿Adónde lo llevas? —exigió saber Kahlan.

Nicci detuvo su caballo un instante y bajó la mirada hacia la Madre Confesora con una expresión de aterradora irrevocabilidad.

—Al olvido.

Mientras contemplaba cómo Nicci hacía dar la vuelta a su yegua pinta en dirección al paso de montaña y los lejanos montes azules situados más allá, Kahlan seguía luchando por superar el mareo producido por lo que la mujer le había hecho. A lo lejos, cerca de los distantes árboles, una hembra de gamo y su cervato, dos miembros del grupo de ciervos que frecuentaba el prado, permanecían parados y alerta, con las orejas:, tiesas, vigilando a Nicci, aguardando para ver si podría ser una amenaza. Asustados por lo que vieron cuando Nicci giró hacia ellos, los dos ciervos irguieron muy tiesas las colas y huyeron dando saltos hacia los árboles.

Kahlan decidió no ceder a la desorientación. De no ser por los férreos brazos de Richard alrededor de su cintura se habría arrojado sobre la Hermana de las Tinieblas. Había querido desesperadamente liberar su poder de Confesora. Nadie, jamás, lo había merecido tanto.

De no haber estado sus sentidos tan aturdidos, podría haber sido capaz de invocar su poder a través del Con Dar, la Cólera de Sangre de una antigua habilidad que poseía. Tal magia poco común habría salvado la relativamente pequeña distancia, pero, con todo dándole vueltas debido a la persistente fuerza del conjuro de Nicci, el intento había sido inútil. Kahlan apenas podía mantener los pies sobre el suelo y su última comida en el estómago.

Era frustrante, exasperante y humillante, pero Nicci la había sorprendido y con una magia tan veloz como el poder de Confesora de Kahlan la había dominado antes de que pudiera reaccionar. Una vez que las garras de Nicci la sujetaron, Kahlan había quedado impotente.

Había sido adiestrada desde niña para no ser pillada por sorpresa. Las Confesoras eran siempre objetivos; lo sabía perfectamente. Muchísimas veces en situaciones similares había vencido; pero, adormilada por meses de tranquilidad, Kahlan había perdido su ventaja. Juró que no permitiría que volviera a suceder..., pero eso no le serviría de nada en aquel momento.

Percibía aún la magia vital de Nicci chisporroteando por su interior, como si su alma misma hubiera quedado abrasada por la terrible experiencia. Sus entrañas se revolvían mientras las oleadas del ataque seguían sin apaciguarse. El aire frío que cruzaba veloz el prado, inclinando los pastos, ascendió para enfriar su rostro ardiente. El viento transportaba un aroma desconocido al interior del valle, algo que sus alterados sentidos percibieron como vagamente profético. Los enormes pinos de detrás de la casa se inclinaron, pero resistieron valientemente cuando el viento chocó contra ellos con un sonido no muy distinto al de olas chocando contra acantilados.

Cualquiera que fuese la magia que se había desencadenado, Kahlan estaba convencida de que Nicci había contado la verdad sobre sus consecuencias. No obstante lo mucho que odiaba a la mujer, debido al hechizo de maternidad, Kahlan sentía una conexión con ella, una conexión que sólo podía interpretar como... afecto. Era una sensación desconcertante. Si bien resultaba perturbadora, también era, en cierto modo, una conexión reconfortante con la mujer que había más allá de su repugnante magia y retorcidos propósitos. Parecía existir algo en lo más profundo de Nicci que valía la pena querer.

Sin tener en cuenta sus extraños sentimientos, su percepción y razonamiento indicaban a Kahlan la verdad de la cuestión: tales impresiones eran una ilusión. Si tenía la oportunidad, no volvería a vacilar ni un instante en matar a Nicci.

—Cara —dijo Richard, dirigiendo una mirada enfurecida a la espalda de Nicci mientras ésta conducía a su caballo por el prado—, no quiero ni que pienses en detenerla.

—No voy a permitir que...

—Lo digo en serio. Lo digo más en serio que cualquier orden que te haya dado jamás. Si alguna vez provocaras que Kahlan sufriera daño..., bueno, confío en que jamás me harías algo tan malvado. Ve a vestirte.

Cara gruñó una palabrota. Richard se volvió hacia Kahlan mientras la mord-sith penetraba en la casa. Sólo entonces advirtió realmente Kahlan que Cara estaba desnuda. Sin duda la habían interrumpido en su baño. La magia usada por Nicci le había nublado la mente a la Madre Confesora, desdibujando su recuerdo de los acontecimientos recientes.

Lo que sí recordaba con claridad era el contacto con el agiel. La tortura demoledora del arma de la mord-sith había perforado la magia de Nicci igual que una lanza atravesando paja. Incluso a pesar de que Cara había usado el agiel en Nicci, Kahlan lo sintió como si lo hubiesen usado directamente contra su propio cuello.

Kahlan acarició la mandíbula de Richard en un gesto de conmiseración, luego sujetó la parte superior de sus brazos cuando él le dirigió una mirada que sugería que no necesitaba compasión. Las grandes manos de su esposo se cerraron sobre su cintura, y ella se introdujo entre sus brazos y apoyó la frente contra su mejilla.

—Esto no puede ser —murmuró—. No puede ser.

—Pero es.

—Lo siento tanto.

—¿Lo sientes?

—Haber dejado que me cogiera por sorpresa. —Kahlan temblaba de rabia contra sí misma—. Debería haber estado alerta. De haber hecho lo que debía, y haberla matado primero, nunca se habría llegado a esto.

Richard le acarició con dulzura la nuca, apretándola contra su hombro.

—¿Recuerdas que me mataste en un combate a espada el otro día? —Ella asintió con la cabeza presionada contra él—. Todos cometemos errores, dejamos que nos cojan desprevenidos. No te culpes. Nadie es perfecto. Incluso podría ser que ella hubiera lanzado una telaraña de magia para adormecer tu conciencia de modo que pudiera acercarse hasta ti como... como un silencioso mosquito invisible.

Kahlan no lo había considerado, pero, cogida por sorpresa o no, aquello la hacía sentirse furiosa consigo misma. Si no hubiese estado pendiente de la estúpida ardilla. Si hubiese alzado la mirada antes. Si hubiese actuado sin aguardar una décima de segundo para analizar la auténtica naturaleza de la amenaza de modo que pudiera decidir si merecía que diera rienda suelta a su magia devastadora...

Casi desde su nacimiento, a Kahlan la habían instruido en el uso de su poder, con el mandato de desencadenarlo únicamente si estaba segura de que era necesario. De un modo muy parecido a matar, el poder de una Confesora podía destruir lo que era una persona. Después de ello, esa persona actuaba únicamente en nombre de la Confesora, y siguiendo las instrucciones de la Confesora. Era tan concluyente como la muerte misma.

Kahlan alzó la mirada hacia los ojos grises de Richard. Parecían aún más grises con aquel cielo plomizo a su espalda.

—Mi vida es algo precioso y sagrado para mí —dijo—. La tuya no lo es menos para ti. No desperdicies la tuya para ser un esclavo de la mía. No podría soportarlo.

—No se ha llegado a ese punto aún. Ya se me ocurrirá algo. Pero por ahora, tengo que ir con ella.

—Os seguiremos, pero permaneceremos muy atrás. —Él negaba ya con la

cabeza—. Pero, ella ni siquiera se dará cuenta de...

—No. Por lo que sabemos, podría tener a otros con ella. Podrían estar aguardando para cogeros si nos seguís. No podría soportar la idea de saber que en cualquier momento ella podría usar magia o de algún modo averiguar que nos seguís. Si eso sucediera, moriríais por nada.

—Te refieres a que piensas que ella podría... hacerte daño para obligarte a decirle que yo planeaba seguíros.

—No dejemos que nuestra imaginación nos domine.

—Pero yo debería estar cerca, para cuando tú hagas algo..., para cuando se te ocurra un modo de detenerla.

Richard sostuvo su rostro con ternura entre sus manos. Tenía una mirada extraña en los ojos, una mirada que a Kahlan no le gustó.

—Escúchame. No sé qué está pasando, pero no debes morir sólo para liberarme.

Lágrimas de desesperación le escocieron en los ojos. Las eliminó con un pestañeo y luchó por impedir que su voz se transformara en un gemido.

—No vayas, Richard. No me importa lo que signifique para mí, mientras tú puedas ser libre. Moriría feliz si haciéndolo te mantuviera lejos de las crueles manos del enemigo. No puedo permitir que la Orden te capture. No puedo permitir que padezcas la lenta muerte miserable de un esclavo a cambio de mi vida. No puedo permitirles que...

Se tragó las palabras de lo que más temía; no podía soportar la idea de que lo torturaran. La hacía sentirse aún más mareada y enferma pensar en que lo lisiaran o mutilaran, en que sufriera solo y olvidado en alguna mazmorra apestosa sin esperanza de obtener ayuda.

Pero Nicci dijo que no lo harían. Kahlan se dijo que, para mantener su propia cordura, tenía que creer en la palabra de Nicci.

Se dio cuenta de que Richard sonreía para sí, como si intentara memorizar cada detalle de su rostro mientras al mismo tiempo repasaba mentalmente otras mil cosas.

—No hay elección —susurró—. Debo hacerlo.

Ella aferró su camisa en su puño.

—Haces justo lo que Nicci quiere; sabe que querrás salvarme. ¡No puedo permitir que hagas ese sacrificio!

Richard alzó los ojos por un momento, mirando con fijeza los árboles y montañas que había detrás de su casa, absorbiéndolo todo igual que un condenado saboreando su última comida. Su mirada, más intensa, se posó una vez más en la de Kahlan.

—¿No te das cuenta? No hago ningún sacrificio. Llevo a cabo un trato justo. Tu existencia es mi alegría y felicidad.

»No hago ningún sacrificio —repitió, dando énfasis a cada palabra—. Ser un esclavo, incluso si eso es lo que me sucede, y sin embargo saber que estás viva es lo que quiero, por encima de ser libre en un mundo en el que tú no existas. Puedo vivir con lo primero. No puedo con lo segundo. Lo primero es doloroso, lo segundo insoportable,

Kahlan le golpeó el pecho con un puño.

—¡Pero serás un esclavo, o algo peor, y no puedo soportar eso!

—Kahlan, escúchame. Siempre seré libre en mi corazón porque comprendo por qué lo hago; encontraré un modo de ser libre.

»Lo que no puedo es encontrar un modo de traerte de vuelta a la vida.

»Los espíritus saben que en el pasado he estado dispuesto a perder la vida a cambio de una causa justa. En el pasado, he puesto en peligro, a sabiendas, la vida de ambos, he estado dispuesto a sacrificar las vidas de los dos..., pero no a cambio de nada. ¿No te das cuenta? Sería una estupidez. No lo haré.

Kahlan respiraba con jadeos entrecortados, intentando contener las lágrimas así

como su creciente pánico.

—Eres el Buscador. Debes hallar un camino a la libertad. Claro que lo harás. Lo harás, lo sé. —Tragó con esfuerzo, pese a la opresión que en la garganta le atenazaba—. Encontrarás un modo. Sé que lo harás. Encontrarás un modo y regresarás. Lo hiciste antes. Lo harás esta vez.

Las sombras de las facciones de Richard parecían tenebrosas y severas, moldeadas como estaban en una máscara de resignación.

—Kahlan, debes estar preparada para seguir adelante.

—¿Qué quieres decir?

—Debes hallar alegría en el hecho de que también yo viva. Debes estar preparada para seguir adelante sabiendo eso y nada más.

—¿Qué quieres decir con «nada más»?

Richard tenía una expresión terrible en los ojos..., una especie de triste, lúgubre y trágica aceptación. No quería mirarlo a los ojos, pero, allí de pie con la mano contra su pecho, sintiendo su calidez, la vida que había en su interior, no conseguía apartar la mirada mientras él le hablaba.

—Creo que es diferente esta vez.

Kahlan se echó los cabellos atrás cuando el viento los llevó sobre sus ojos.

—¿Diferente?

—Hay algo muy diferente en esto. No tiene sentido del modo en que las cosas han tenido sentido en el pasado. Hay algo tremendamente serio en Nicci. Algo singular. Lo ha planeado y está preparada para morir por ello. No puedo mentirte para engañarte. Algo me dice que, esta vez, puede que nunca consiga encontrar un modo de regresar.

—No digas eso. —Con dedos sin fuerza, que temblaban de pavor, Kahlan agarró su camisa oscura en un arrugado nudo—. Por favor, no digas eso, Richard. Debes intentarlo. Debes hallar un modo de regresar junto a mí.

—Ni por un momento pienses que no haré todo lo que pueda.—Su voz era vehemente, casi hasta el punto de sonar enojada—. Te juro, Kahlan, que mientras haya aliento en mis pulmones, jamás me daré por vencido; siempre intentaré encontrar un modo. Pero no podemos ignorar la posibilidad sólo porque sea doloroso considerarla. Puede que nunca regrese.

»Tienes que enfrentarte al hecho de que debes seguir adelante sin mí, pero sabiendo que estoy vivo, igual que yo te tendré en mi corazón, donde nadie puede tocarte. En nuestros corazones, nos tenemos el uno al otro y siempre será así. Ése fue el juramento que hicimos al casarnos: amarnos y honrarnos mutuamente por toda la eternidad. Esto no puede cambiarlo. La distancia no puede cambiarlo. El tiempo no puede cambiarlo.

—Richard... —Contuvo su gemido, pero no pudo impedir que las lágrimas corrieran por su rostro—, no puedo soportar la idea de verte convertido en un esclavo por mi culpa. ¿No lo ves? ¿No ves lo que eso me haría? Me mataré si es necesario para que ella no pueda hacerte esto. Debo hacerlo.

—Él negó con la cabeza mientras el viento alborotaba sus cabellos. Entonces yo no tendría un motivo para escapar de ella. Nada por lo que escapar.

—No tendrás que escapar, es así de simple..., ella no podrá retenerte.

—Es una Hermana de las Tinieblas. —Abrió la manos—. Se limitará a usar otros medios que no sabré cómo contrarrestar..., y si tú estás muerta, tampoco querré hacerlo.

—Pero...

—¿No te das cuenta? —La agarró por los hombros—. Kahlan, tienes que vivir para darme una razón para escapar de ella.

—Tu propia vida es tu razón —dijo ella—. Ser libre para ayudar a la gente será tu razón.

—Al diablo con la gente. —La soltó y gesticuló furiosamente—. Incluso las personas del lugar donde crecí se volvieron en mi contra. Intentaron asesinarnos. ¿Recuerdas? Tampoco los territorios que han pasado a formar parte de la unión con D'Hara permanecerán leales, cuando se encuentren con la realidad de la Orden Imperial avanzando por la Tierra Central. Al final, D'Hara resistirá sola.

»La gente no comprende ni valora la libertad. Tal como están ahora, no pelearán por ella. Lo han demostrado en Anderith, y en Ciudad del Corzo, donde crecí. ¿Qué pruebas más fehacientes? No me hago falsas esperanzas. La mayor parte del resto de la Tierra Central se acobardará cuando llegue el momento de pelear contra la Orden Imperial. Cuando vean el tamaño del ejército de la Orden y su brutalidad con aquellos que se resisten, renunciarán a su libertad.

Desvió la mirada de ella, como si lamentara su ramalazo de cólera en sus últimos momentos juntos. Su figura alta, tan fornida, recortándose contra la curva de las montañas y el cielo, se hundió un poco, pareciendo acurrucarse más contra ella, como en busca de consuelo.

—La única esperanza que puedo abrigar es conseguir huir para poder regresar a tu lado. —Su voz había perdido todo vestigio de ardor, mientras hablaba en lo que era casi un susurro—. Kahlan, por favor, no me arrebatas esa esperanza, es todo lo que tengo.

A lo lejos ella vio cómo la zorra trotaba a través del prado. Su gruesa cola de punta blanca estaba bien tiesa al final del lomo mientras el animal efectuaba su inspección en busca de cualquier roedor que estuviera en las inmediaciones. Mientras la mirada de Kahlan seguía sus movimientos, por el rabillo del ojo vislumbró a *Espíritu*, que permanecía orgullosa y libre en la ventana. ¿Cómo podía perder al hombre que había tallado aquella figura para ella cuando más lo necesitaba?

Podía, comprendió, porque en aquel momento él necesitaba lo que sólo ella podía darle. Alzando de nuevo la vista hacia sus apasionados ojos grises, se dio cuenta de que no podía esperar negarle su súplica más ferviente y única petición, no en un momento así.

—De acuerdo, Richard. No haré nada imprudente para liberarte. Te esperaré. Lo soportaré.

»Te conozco; sé que jamás renunciarás. Sabes que no espero menos de ti. Cuando escapes..., y lo harás..., te estaré esperando, y entonces volveremos a estar juntos. Jamás estaremos separados en nuestros corazones. Como dijiste, nuestro juramento de amor es eterno.

Richard cerró los ojos, aliviado, y le besó la frente con ternura. Alzó la mano que ella había apoyado en su pecho y le dio suaves besos sobre sus nudillos.

Ella comprendió entonces lo mucho que su juramento significaba para él.

Kahlan retiró la mano y se quitó rápidamente el collar, el que Shota le había dado como regalo de boda y que se suponía impediría que quedara embarazada. Hizo girar la mano de Richard y colocó el collar en la palma. Él contempló con expresión de desconcierto la pequeña piedra oscura que colgaba de la cadena de oro.

—¿Para qué es esto?

—Quiero que la cojas. —Kahlan carraspeó para mantener la voz, pero sólo consiguió emitir un susurro—. Sé lo que quiere de ti..., lo que te hará hacer.

—No, eso no es lo que... —Meneó la cabeza y dijo—: No voy a coger esto. —Como si rechazarlo fuera a desmentir de algún modo la posibilidad.

Kahlan posó la mano en una de sus mejillas. Su rostro se desdibujó ante ella en

una acuosa mancha borrosa.

—Por favor, Richard. Por favor, tómallo. Por mí. No podría soportar la idea de otra mujer teniendo a tu hijo. —O siquiera la idea de un intento de crearlo..., pensó, pero no dijo esa parte—. Especialmente, después de que el mío...

Él apartó los ojos de los de ella.

—Kahlan...

Se quedó sin palabras.

—Sólo hazlo por mí. Cógelo. Por favor, Richard. Estoy haciendo lo que me pides y soportaré tu cautiverio; por favor, respeta mi petición a cambio. No podría soportar la idea de que esa seductora bestia rubia tuviera a tu hijo; el hijo que debería ser mío. ¿No lo ves? ¿Cómo podría amar yo nunca algo que odiase? Y ¿cómo podría jamás odiar algo que fuera parte de ti? Por favor, Richard, no dejes que eso suceda.

El frío viento alzó y retorció sus cabellos. Toda su vida, le pareció a Kahlan, se retorció sin control. Apenas podía creer que aquel lugar de tanta alegría, paz y redención, un lugar en el que había vuelto a vivir, pudiera ser un lugar en el que se le arrebatara todo.

Richard le alargó el collar, como si fuera algo que pudiera morderlo. La oscura piedra se balanceó bajo sus dedos, brillando.

—Kahlan, no creo que sea de esto de lo que va todo. Realmente no lo creo. Además, de todos modos, ella podría negarse a llevarlo y amenazar tu vida si yo no...

Kahlan tomó la cadena de oro de sus dedos y lo colocó todo en un pequeño y pulcro montoncito sobre la palma de su esposo. La oscura piedra centelleó desde su prisión tras el velo de los diminutos eslabones de oro. Cerró los dedos de Richard alrededor del collar y mantuvo su puño cerrado con ambas manos.

—Eres tú quien exige que no hagamos caso omiso de aquellas cosas que son dolorosas de contemplar.

—Pero si ella rehúsa...

Kahlan sujetó su puño con más fuerza entre sus dedos temblorosos.

—Si llega el momento en que te hace esa petición, debes convencerla de que lleve puesto el collar. Debes hacerlo. Por mí. Ya es suficientemente horrible para mí pensar que podría quitarme a mi amor, a mi esposo, pero temer también que...

La enorme mano de su esposo resultaba cálida, familiar y reconfortante para ella. Sus palabras surgieron embargadas de lágrimas desesperadas. No podía hacer otra cosa que suplicar.

—Por favor, Richard.

Él apretó con fuerza los labios, luego asintió e introdujo el collar en un bolsillo.

—No creo que ésas sean sus intenciones, pero, si lo fueran, tienes mi palabra: llevaré puesto el collar.

Kahlan se dejó caer contra él con un sollozo.

—Vamos —dijo él, tomándola del brazo—. Deprisa. Tengo que coger mis cosas. Sólo tengo unos pocos minutos, o todo esto será para nada. Puedo tomar el sendero más corto y atraparla en lo alto del paso, pero no tengo mucho tiempo.

Kahlan era consciente de la presencia de Cara, vestida con su traje de cuero rojo sangre, de pie, en la entrada del dormitorio, observando cómo Richard embutía sus cosas en la mochila. Kahlan asentía mientras Richard y ella intercambiaron breves instrucciones. Ya se habían puesto de acuerdo respecto a las cuestiones de vida o muerte. Parecía que ambos temían decir cualquier cosa trascendental por miedo a alterar los delicados, desesperados y difíciles acuerdos alcanzados.

La exigua luz que penetraba por la pequeña ventana poco hacía para iluminar la penumbra. Cara, colocada en la entrada, cerraba el paso a parte de la luz. La habitación tenía el aire de una mazmorra. Richard, vestido con ropas oscuras, parecía una sombra. Tantas veces, mientras yacía en cama recuperándose, había pensado Kahlan en ella de ese modo: como su mazmorra, y ahora la habitación tenía el significado palpable de una mazmorra, pero con el aroma limpio de paredes de pino en lugar del hedor de una celda de piedra desde la que se conducía a prisioneros temblorosos y sudorosos a la muerte.

Cara tenía un aspecto acongojado un momento, y al siguiente era como un relámpago buscando dónde caer. Kahlan sabía que las emociones de la mord-sith debían de estar tan divididas como las suyas, manteniéndose en el fiel de la balanza con desesperación y pesar en una parte, y rabia en la otra. Las mord-sith no estaban acostumbradas a estar en esa posición, pero por otra parte, Cara ya era más que una mord-sith.

Kahlan contempló cómo Richard guardaba los pantalones negros, la camiseta negra, la túnica negra y dorada, las muñequeras de plata, el ancho cinturón con sus bolsas y la capa dorada en la mochila, donde ocuparon una buena parte del espacio disponible. Llevaba puesta su vestimenta oscura de andar por el bosque; no había tenido tiempo de cambiarse. Kahlan deseó que pronto llegase un día en que escaparía y volvería a vestir las ropas de un mago guerrero para conducirlos contra la Orden. Todos lo necesitaban para liderar el Imperio d'haraniano contra la hueste invasora procedente del Viejo Mundo.

Por motivos que no estaban siempre totalmente claros, Richard se había convertido en el eje de su lucha. Kahlan conocía sus sentimientos sobre ello: que las personas tenían que estar dispuestas a luchar por ellas mismas y no sólo por él. Y tenía razón. Si una idea era sensata, debía poseer una vida más allá del líder, o el líder había fracasado.

Mientras arrojaba otras prendas y objetos pequeños dentro de su mochila, Richard dijo a Kahlan que tal vez ella podría encontrar a Zedd, que él podría tener algunas ideas. Ella asintió y respondió que lo haría, a sabiendas de que Zedd no podría hacer nada. Aquel terrible triángulo no era probable que fuera susceptible a la influencia de desconocidos, Nicci se había encargado de ello. No era más que una esperanza que Richard le daba, la única que podía ofrecer en el desolado vacío de la realidad.

Kahlan no sabía qué hacer con las manos. Permaneció allí de pie, entrelazando los dedos mientras las lágrimas goteaban por su barbilla. Debía de haber alguna cosa que decir, algo importante, algunas últimas palabras mientras tenía la posibilidad de hacerlo, pero era incapaz de encontrarlas. Supuso que él sabía cómo se sentía, lo que había en su corazón, y las palabras no podían añadir nada. Presionó el puño contra el doloroso nudo de ansiedad que sentía en la boca del estómago.

Una sensación de fatalidad invadió la habitación como una cuarta persona, como un lúgubre guardián esperando para llevarse a Richard. Aquello era la cima del terror, estar controlado por algo que no puedes ver, con lo que no puedes razonar, que no puedes persuadir ni combatir. La fatalidad aguardaba implacable, inmune, indiferente.

Al mismo tiempo que Cara desaparecía de la entrada, Richard sacó un puñado de oro y plata de un bolsillo de su bolsa de cuero. Dejó caer apresuradamente más o menos la mitad de nuevo en la bolsa y luego le tendió el resto.

—Toma esto. Podríais necesitarlo.

—Soy la Madre Confesora. No necesito oro.

Él lo arrojó de todos modos sobre la cama, aparentemente no deseando discutir con su esposa en sus últimos momentos juntos.

--¿No quieres ninguna de las tallas? —preguntó Kahlan.

Era una pregunta estúpida y lo sabía, pero tenía que llenar el terrible silencio y fue la única cosa que le vino a la cabeza, aparte de una súplica desesperada.

—No, no las necesito. Cuando las mires, piensa en mí, y recuerda que te amo. —Enrolló una manta, la envolvió con un trozo de lona encerada, y la ató con correas de cuero a la parte inferior de la mochila.

—Supongo que si en algún momento quiero alguna, siempre podré tallar unas cuantas.

Kahlan le entregó una pastilla de jabón.

—No necesito tus tallas para que me recuerden tu amor. Lo recordaré. Talla algo para hacer comprender a Nicci que deberías ser libre.

Richard alzó los ojos con una sonrisa sombría.

—Pienso ocuparme de que sepa que jamás cederé ante ella y 1 Orden. No serán necesarias las tallas. Cree que tiene todo esto perfectamente planeado, pero descubrirá que soy una mala compañía, —Hundió con fuerza un puño en la mochila, haciendo más espacio—. Muy mala compañía.

Cara regresó a toda prisa, transportando pequeños fardos con las esquinas atadas con nudos en la parte superior. Los dejó caer de uno en uno sobre la cama.

—He reunido un poco de comida para vos, lord Rahl. Cosas que no se estropearán durante el viaje: cecina, pescado en salazón y cosas así. Un poco de arroz y alubias. Pu...puse en la parte de arriba una hogaza de pan que hice, de modo que comeos eso primero, mientras aún es comestible.

Él le dio las gracias mientras colocaba los paquetes dentro de la mochila. Se acercó el pan a la nariz para olerlo profundamente antes de guardarlo. Dedicó a Cara una sonrisa de agradecimiento.

Richard se irguió. La sonrisa desapareció de un modo que hizo que a Kahlan se le helara la sangre. Con el aspecto de estar en trance de comprometerse a una última acción nefasta, Richard se quitó el tahalí pasándolo por encima de su cabeza. Sostuvo la vaina repujada en oro y plata en la mano izquierda y desenvainó la *Espada de la Verdad* con la derecha, los nudillos blancos por la tensión.

La espada tintineó con su excepcional sonido metálico, anunciando su libertad.

Richard se subió la manga y pasó la espada sobre su antebrazo. Kahlan hizo un gesto de dolor mientras observaba. No sabía si él se había cortado por accidente, o a propósito. Con una helada sensación, recordó que Richard hacía cortes con suma precisión con el filo de cualquier arma.

Giró la hoja y pasó ambas caras por la sangre, de un rojo intenso. Bañó la espada en ella, dejando que la saboreara voluptuosamente, abriendo su apetito para más. Kahlan no sabía qué hacía ni por qué, pero era un ritual cuya contemplación atemorizaba. Deseó que él la hubiese desenvainado antes y hubiese acabado con Nicci. La sangre de aquella

mujer era algo que Kahlan no habría temido ver.

Richard recogió la vaina e introdujo violentamente la *Espada de la Verdad* en ella. La sangre que discurría por su mano dejó grasientas manchas rojas en la funda cuando deslizó la mano a lo largo de ella, hasta la punta, y luego sujetó el arma envainada por su centro. Con la cabeza inclinada al frente, los ojos en los pálidos reflejos plateados y dorados brillantes, incluso a través de su propia sangre, se irguió más cerca de su esposa.

Richard alzó los ojos, y Kahlan vio la furia letal de la magia danzando en ellos. Había invocado la terrible cólera de la espada, la había hecho aparecer, y luego la había guardado. Jamás le había visto hacer algo así antes.

Alzó la espada en su vaina en dirección a ella. Los tendones del dorso del puño sobresalían por la tensión, y el blanco de los nudillos se dejaba ver a través de la sangre.

—Tómala —dijo, con una voz ronca que delataba su lucha interior.

Fascinada, Kahlan alzó la funda en las palmas de sus manos. Durante ese instante, hasta que él retiró la mano ensangrentada, sintió una violenta sacudida, como si quedara repentinamente soldada al arma por una furia ardiente que no se parecía a nada que hubiese experimentado jamás. Casi esperó ver un estallido de chispas. Percibía tal furia emanando del frío acero que ésta casi la hizo caer de rodillas. Podría haber dejado caer el arma misma en ese instante, de haber podido soltarla. Pero no podía.

Una vez que Richard retiró la mano, la espada envainada perdió su furia apasionada y no pareció diferente de cualquier otra arma.

Richard alzó un dedo admonitorio. La peligrosa magia todavía vidriaba sus ojos. Los músculos de su mandíbula se tensaron hasta que ella pudo ver cómo sobresalían a lo largo del rostro.

—No desenvaines esta espada —advirtió con aquel horrible susurro ronco—, a menos que esté en juego tu vida. Ya sabes las cosas espantosas que esta arma puede hacer a una persona. No sólo a la que está bajo el poder de la hoja, sino también a la que está bajo el poder de la empuñadura.

Kahlan, cautivada por la intensidad de su mirada, sólo pudo asentir. Recordaba con claridad la primera vez que Richard había usado la espada para matar a un hombre. La primera vez que había conocido el horror de matar había sido para protegerla.

Utilizar el arma aquella primera vez, dar rienda suelta a su magia por primera vez, casi había matado a Richard también. Había sido una dura pugna para él aprender a controlar un vendaval de magia como el que liberaba la *Espada de la Verdad*.

Sin la furia de la magia de la espada, los ojos de Richard eran capaces de transmitir la mayor de las amenazas. Kahlan recordaba varias ocasiones en que su mirada fija de rapaz, por sí misma, había hecho callar a toda una habitación llena de gente. Existían pocas cosas peores que la necesidad de escapar a la mirada de aquellos ojos. En aquellos instantes, aquellos ojos ansiaban repartir muerte.

—Siéntete furiosa si debes usar esto —masculló—. Siéntete muy furiosa. Será tu única salvación.

Kahlan tragó saliva.

—Comprendo. Lo recuerdo.

Una cólera justa era la única defensa contra el dolor desgarrador que la espada exigía como pago por sus servicios.

—Vida o muerte. Ninguna otra razón. No sé qué sucederá, y preferiría que no lo averiguaras. Pero preferiría eso a dejarte sin su terrible defensa si la necesitas. Le he dado a probar sangre, saldrá insaciable. Cuando salga, lo hará ansiosa de sangre.

—Comprendo.

Sus ojos se apaciguaron por fin.

—Lamento entregarte la terrible responsabilidad de esta arma, especialmente de

este modo, pero es la única protección que puedo ofrecerte.

Con una mano en su brazo para tranquilizarlo, Kahlan dijo:

—No tendré que utilizarla.

—Queridos espíritus, espero que no. —Eché una mirada por encima del hombro, dando un último vistazo a su habitación, y luego a Cara—. Tengo que irme.

Ella hizo caso omiso de sus palabras.

—Dame tu brazo primero.

Vio que tenía vendajes que habían sobrado de cuando Kahlan se estaba recuperando. Sin protestar, extendió el brazo empapado en sangre. Cara usó un paño mojado para limpiar rápidamente el brazo antes de envolverlo con vendas limpias.

Richard le dio las gracias cuando terminaba. Cara partió en dos el extremo, rodeó con las puntas la muñeca e hizo un rápido nudo.

—Os acompañaremos parte del camino.

—No. Os quedaréis aquí. —Se bajó la manga—. No quiero correr riesgos.

—Pero...

—Cara, quiero que protejas a Kahlan. La dejo en tus manos. Sé que no me defraudarás.

Los enormes y hermosos ojos azules de la mord-sith, brillando llenos de lágrimas, reflejaban la clase de dolor que Kahlan estaba segura que Cara jamás permitía que nadie viera.

—Juro protegerla como os protegería a vos, lord Rahl, si vos juráis escapar y regresar.

Richard le lanzó una breve sonrisa, intentado aliviar su sufrimiento.

—Soy lord Rahl..., no necesito recordarte que he salido de aprietos peores que éste. —Besó su mejilla—. Cara, juro que jamás renunciaré a escapar..., tienes mi palabra.

Kahlan advirtió que en realidad no había jurado lo que Cara había pedido. Comprendió que no quería hacer una promesa que tal vez no podría cumplir.

Inclinándose sobre la cama, Richard atrajo la mochila hacia él. —Tengo que marchar. —Pasó el brazo por la correa—. No puedo llegar tarde.

Los dedos de Kahlan se cerraron con fuerza sobre su brazo, Cara posó una mano sobre su hombro. Richard se dio la vuelta y cogió a Kahlan por los hombros.

—Escúchame. Mi deseo sería que te quedases aquí, en esta casa, en estas montañas, donde estás segura, pero no creo que nada que no fuera una petición en el lecho de muerte pudiera convencerte de hacerlo. Al menos quédate durante cuatro o cinco días, por si consigo descubrir qué está pasando y puedo escapar de Nicci. Tal vez ella sea una Hermana de las Tinieblas, pero la magia ya no es algo desconocido para mí. He escapado de gente poderosa antes. Envié a Rahl el Oscuro de vuelta al inframundo. He ido al Templo de los Vientos para detener la plaga. He escapado de cosas peores que esto. Quién sabe..., esto podría ser más sencillo de lo que parece. Si consigo huir de ella, regresaré aquí, así que espera un tiempo, al menos.

»Si no puedo escapar de Nicci por ahora, intenta encontrar a Zedd. Podría tener alguna idea de qué hacer. Ann estaba con él la última vez que lo vimos. Es la Prelada de las Hermanas de la Luz y conoció a Nicci durante mucho tiempo. A lo mejor ella sabe algo que, junto con lo que se le pudiera ocurrir a Zedd, resultara de ayuda.

—Richard, no te preocupes por mí. Límitate a cuidar de ti. Te estaré esperando cuando escapes, de modo que estate tranquilo sobre esa parte y pon todos tus esfuerzos en escapar de ella. Esperaremos aquí un poco..., lo prometo.

—Cuidaré de ella, lord Rahl. No os preocupéis por la Madre Confesora.

Richard asintió y se volvió de nuevo hacia Kahlan. Los dedos sobre sus brazos

apretaron más. Arrugó la frente.

—Te conozco y sé cómo te sientes, pero tienes que escucharme. El momento no ha llegado todavía. Puede que no llegue nunca. Tal vez pienses que estoy equivocado en esto, pero si cierras los ojos a la realidad, en favor de lo que desearías, sólo porque eres la Madre Confesora y te sientes responsable de la gente de la Tierra Central, entonces no existe ningún motivo para que nos molestemos en esperar volver a estar juntos, porque no lo estaremos. Estaremos muertos y la causa de la libertad también.

Su rostro se acercó más.

—Por encima de todo, nuestras fuerzas no deben atacar el corazón del ejército de la Orden. Es demasiado pronto. Si ellas..., si vosotros..., lleváis a cabo un ataque directamente al corazón de la Orden pensando que podéis vencer, será el fin de nuestras fuerzas, y el fin de nuestras posibilidades. Toda esperanza por la causa de la libertad, y toda esperanza de derrotar a la Orden, se perderán durante generaciones.

»Del mismo modo debemos usar nuestras cabezas con Nicci, y no pelear contra ella en un ataque directo, o ambos moriremos. Prometiste no matarte para liberarme. No malgastes esa promesa yendo en contra de lo que te digo ahora.

Todo ello parecía tan sin importancia en aquel momento... Lo único que importaba era que lo estaba perdiendo. Habría arrojado al resto del mundo a los lobos con tal de mantenerlo junto a ella.

—De acuerdo, Richard.

—Prométemelo. —Sus dedos le lastimaban los brazos; la zarandeó—. Lo digo en serio. Podrías echar todo a perder si no haces caso de mi advertencia. Podrías destruir la esperanza de la gente durante cincuenta generaciones. Podrías ser quien destruya la libertad y arroje una era de oscuridad sobre el mundo. Prométeme que no lo harás.

Un millar de pensamientos se arremolinaron en caótico desconcierto en su mente. Kahlan alzó los ojos para clavarlos en los de él y se oyó decir:

—Lo prometo, Richard. Hasta que tú lo digas, no efectuaremos ningún ataque directo.

Pareció como si le hubiesen quitado un gran peso de encima, y una sonrisa se extendió por su rostro mientras la tomaba entre sus brazos. Sus dedos se introdujeron en sus cabellos y acunaron su cabeza mientras ella respondía a su beso. Las manos de Kahlan ascendieron por su espalda mientras le estrechaba contra ella. Duró solo un momento, pero en aquel momento de dicha robada, compartieron un mundo de emociones.

El beso y el abrazo finalizaron demasiado pronto, y su cálida presencia giró, apartándose de ella, permitiendo que el terrible peso de la fatalidad se instalara firmemente sobre Kahlan. Richard abrazó brevemente a Cara antes de echarse al hombro la mochila. Se dio la vuelta en la entrada del dormitorio.

—Te amo, Kahlan. Nunca ha habido nadie antes de ti, ni lo habrá después. Sólo tú. —Sus ojos lo expresaron aún mejor.

—Lo eres todo para mí, Richard. Lo sabes.

—También te quiero a ti, Cara. —Le guiñó un ojo—. Cuida bien de vosotras dos hasta que regrese.

—Lo haré, lord Rahl. Tenéis mi palabra como mord-sith. Él le dedicó una sonrisa maliciosa.

—Tengo tu palabra como Cara.

Y luego marchó.

—También yo os quiero, lord Rahl —susurró Cara al umbral vacío. Kahlan y Cara corrieron a la habitación principal y se detuvieron en la entrada, contemplando cómo corría a través del prado. Cara hizo bocina con las manos.

—También yo os quiero, lord Rahl —gritó.

Richard volvió la cabeza mientras corría y agradeció sus palabras con un ademán.

Juntas, contemplaron la oscura figura de Richard volando a través de la hierba seca y marrón, su paso grácil alejándolo con rapidez. Justo antes de desaparecer entre los árboles, se detuvo y se dio la vuelta. Kahlan compartió una última mirada con él, una mirada que lo decía todo. Él volvió a girarse y desapareció en el bosque, impidiendo sus ropas que se le pudiera distinguir de los árboles y la maleza.

Kahlan cayó de rodillas, a la vez que perdía el control de sus emociones. Lloró desconsoladamente, con la cabeza entre las manos, ante lo que parecía el fin del mundo.

Cara se acuclilló junto a ella para rodearle los hombros con un brazo. Kahlan odió que Cara la viera llorar de ese modo, llorar con tanta desesperación, y sintió una distante gratitud cuando la mord-sith apretó la cabeza contra su hombro y no dijo nada.

Kahlan no supo cuánto tiempo permaneció sentada en el suelo, ataviada con su vestido blanco de Confesora, sollozando, pero, al cabo de un rato, consiguió poner fin al llanto, aunque su corazón siguió hundiéndose en un abatimiento desesperado. Cada momento que pasaba parecía insoportable. El desolado futuro se extendía ante ella, en un erial de sufrimiento.

Finalmente alzó los ojos y paseó la mirada por la casa. Sin Richard estaba vacía. Él la había dotado de vida y ahora era un lugar muerto.

—¿Qué deseáis hacer, Madre Confesora?

Oscurecía. Si se trataba de la puesta de sol o de que las nubes eran cada vez más espesas, Kahlan no lo sabía. Se secó los ojos.

—Empecemos a reunir nuestras cosas. Permaneceremos aquí unos días, como Richard pidió. Después de eso, cualquier cosa que los caballos no puedan transportar y pueda estropearse, será mejor que la enterremos. Deberíamos tapiar las ventanas con tablas. Cerraremos la casa a cal y canto.

—¿Para cuando regresemos al paraíso, algún día?

Kahlan asintió, mientras miraba a su alrededor, intentado desesperadamente concentrar el cerebro en una tarea y no en lo que podía abatirla. La peor parte, lo sabía, iba a ser la noche. Cuando estuviera sola en la cama. Sin él a su lado.

En aquellos momentos, el valle parecía más bien el paraíso perdido. Le costaba creer que Richard realmente no estuviera allí. Parecía como si simplemente hubiera ido a coger unos peces, o unas bayas, o a explorar las colinas. Parecía como si, indudablemente, fuera a regresar dentro de poco.

—Sí, para cuando regresemos. Entonces volverá a ser el paraíso. Supongo que, cuando Richard regrese, dondequiera que estemos será el paraíso.

Kahlan reparó en que Cara no oía su respuesta. La mord-sith miraba fijamente a través del umbral.

—Cara, ¿qué sucede?

—Lord Rahl se ha ido.

Kahlan posó una mano consoladora sobre el hombro de Cara.

—Sé que duele, pero debemos dedicar nuestras mentes a...

—No. —Cara se volvió hacia ella, y sus ojos azules estaban extrañamente inquietos—. No es eso a lo que me refiero. Quiero decir que no lo percibo. No puedo sentir el vínculo con lord Rahl. Sé dónde está: está ascendiendo por el sendero hasta ese paso de montaña; pero no lo percibo. —Parecía presa del pánico—. ¡Queridos espíritus, es como quedarse ciega! No sé cómo encontrarlo. No consigo encontrar a lord Rahl.

El primer temor de Kahlan fue que había caído y estaba muerto, o que Nicci lo había ejecutado, pero usó la razón para descartarlo.

—Nicci conoce la existencia del vínculo. Probablemente usó su magia para

camuflarlo o cortarlo.

—Lo habrá ocultado de algún modo. —Cara hizo girar su agiel en los dedos—. Eso es lo que debe ser. Todavía siento mi agiel, de modo que sé que lord Rahl tiene que estar vivo. El vínculo sigue ahí... pero no lo siento de modo que me indique dónde está él.

Kahlan suspiró aliviada.

—Tiene que ser eso, entonces. Nicci no quiere que la sigan, así que ha envuelto el vínculo de Richard en magia.

Kahlan comprendió que para estar protegida del Caminante de los Sueños mediante el vínculo con Richard, la gente tendría que creer en él sin la tranquilizadora percepción del vínculo. El vínculo debería mantenerse en sus corazones si querían sobrevivir.

¿Podría la gente hacerlo? ¿Podrían creer de ese modo?

Cara tenía la vista fija más allá del umbral, a través del prado, hacia las montañas en las que Richard había desaparecido. El cielo azul violeta tras la montañas azul grisáceo estaba acuchillado de resplandecientes tajos de cola naranja. La nieve de las cumbres estaba más baja de lo que había estado. El invierno corría veloz hacia ellas. Si Richard no escapaba y regresaba pronto, Kahlan y Cara tendrían que marcharse de allí antes de que llegaran las nieves.

Aquel pesar que le provocaba vértigo amenazaban con sumirla en un mar de lágrimas. Impulsada por la necesidad de hacer algo, marchó a su habitación a quitarse el vestido de Confesora. Se pondría a trabajar en la tarea de cerrar la casa y preparar la marcha.

Mientras se quitaba el vestido, Cara apareció en la entrada.

—¿Adónde iremos, Madre Confesora? Dijisteis que marcharíamos, pero no dijisteis a dónde iríamos.

Kahlan vio a *Espíritu* de pie en la ventana, con los puños a los costados mientras miraba al mundo situado fuera. Levantó la talla del alféizar y recorrió con los dedos la grácil figura.

Ver la estatua, tocarla, sentir el poder que emanaba de ella, hizo que Kahlan deseara adentrarse en lo más profundo de su ser en busca de determinación. Hubo un tiempo en que ella había estado desesperanzada, y Richard había tallado aquello para ella. Su otra mano cayó a su costado, y los dedos encontraron la espada de su esposo, que yacía sobre la cama. Kahlan concentró sus pensamientos, ordenando al turbulento remolino de desesperación que se consolidara en forma de cólera.

—A destruir a la Orden.

—¿Destruir la Orden?

—Esas alimañas me quitaron a mi hijo antes de que naciera, y ahora me han quitado a Richard. Haré que lo lamenten mil veces y luego otras mil. En una ocasión hice un juramento de muerte inmisericorde a la Orden. Ha llegado el momento de cumplirlo. Si matarlos a todos y cada uno de ellos es el único modo de recuperar a Richard, eso es lo que haré.

—Hicisteis un juramento a lord Rahl.

—Richard no dijo nada sobre no matarlos, sólo el cómo. Mi juramento fue no intentar hundir una espada en su corazón. No dijo nada sobre desangrarlos hasta la muerte con un millar de heridas. No romperé mi promesa, pero pienso matar hasta el último de ellos.

—Madre Confesora, no debéis hacer eso.

—¿Por qué?

Los ojos azules de Cara centellearon amenazadores.

—Debéis dejarme la mitad a mí.

Richard se había detenido para darse la vuelta y mirarla sólo una vez mientras corría, justo antes de introducirse entre los árboles. Ella estaba de pie en la entrada, con su vestido blanco de Confesora, la larga y abundante melena suelta, su cuerpo como encarnación de la feminidad, tan hermosa como la primera vez que la vio. Ambos se habían sostenido la mirada durante un instante. Él se encontraba demasiado lejos para ver el verde de los ojos de ella, un color que nunca había contemplado en nadie más, un color de una perfección tan sobrecogedora que en ocasiones lo dejaba sin respiración, y en otras la aceleraba.

Pero fue la mente de la mujer que había tras aquellos ojos lo que en realidad lo cautivó. Richard jamás había conocido a nadie como ella.

Sabía que se estaba quedando sin tiempo y, a pesar de lo mucho que odiaba la idea de apartar la mirada de Kahlan, la vida de su esposa pendía de un hilo. Su propósito era claro y, por lo tanto, Richard se introdujo en el bosque.

Había recorrido el sendero muy a menudo; sabía dónde podía correr, y dónde tenía que tener cuidado. En aquellos momentos, disponiendo de poco tiempo, no podía permitirse ser demasiado cauteloso. No intentó echar una ojeada a la casa.

Estaba solo en el bosque mientras corría; sus pensamientos eran sal en una herida abierta. Por una vez se sintió fuera de lugar en el bosque; impotente, insignificante, desesperado. Ramas desnudas entrechocaban bajo el viento, mientras otras crujían y gemían, como en fingido dolor por verlo partir. Intentó no pensar mientras corría.

Abetos y píceas tomaron el relevo, a medida que el terreno ascendía y se alejaba del valle. Su respiración se había convertido en veloces jadeos. En las frías sombras del suelo del bosque, el viento era un perseguidor lejano, que iba tras él, que lo ahuyentaba para que siguiera adelante, acosándolo para que abandonara el lugar más feliz en el que había estado nunca. Montículos mullidos de verde s musgo alpicaban el suelo del bosque en las zonas bajas, donde crecían principalmente cedros, dando la impresión de ser pasteles nupciales confeccionados en un verde intenso, espolvoreados por encima con diminutas agujas de cedro de un marrón chocolate y aspecto de escamas.

Richard caminó de puntillas sobre rocas que sobresalían del agua al cruzar un riachuelo. En su descenso por la ladera, el arroyo pasaba bajo rocas y peñascos en algunos lugares, emitiendo un resonante tamborileo, anunciando a Richard a los fornidos robles a lo largo de su marcha al cautiverio. En la monótona luz gris, no distinguió una raíz rojiza de cedro que sobresalía y su pie se enganchó en ella, cayendo de bruces, cuan largo era, sobre el sendero, una última humillación en su destierro.

Mientras yacía en las frías y húmedas hojas caídas, ramas secas y otros residuos del bosque, consideró no volver a levantarse jamás. Podía quedarse allí tumbado y dejar que todo finalizara, dejar que el indiferente viento helara por completo sus miembros, dejar que las traidoras arañas y serpientes y los lobos acudieran a morderlo y desangrarlo hasta la muerte; luego, finalmente, los indiferentes árboles lo cubrirían, y nadie lo echaría en falta excepto unos pocos; su desaparición sería una buena noticia para la mayoría.

Un mensajero con un mensaje al que nadie quería prestar atención.

Un líder surgido demasiado pronto.

¿Por qué no dejar que todo terminara, que la silenciosa muerte les concediera a

ambos la tranquilidad y acabar con todo?

Los desdeñosos árboles observaban para ver qué haría aquel hombre indigno, para ver si tendría el coraje para ponerse en pie y enfrentarse a aquello que lo aguardaba. Él mismo no sabía si lo tenía.

La muerte era más fácil, y en aquel momento infinito, un planteamiento menos doloroso.

Incluso Kahlan, a quien tanto quería, deseó algo de él que no pudo darle: una mentira. Ella quería que le dijera que algo que él sabía que era así, no lo era. Él sería capaz de cualquier cosa por ella, pero no podía cambiar lo que había. Al menos ella tenía suficiente fe en él para permitirle conducirla lejos de las sombras de tiranía que oscurecían el mundo. Incluso aunque no lo creyera, era probablemente la única persona dispuesta, por voluntad propia, a seguirlo.

En realidad, permaneció caído en el suelo sólo unos segundos, recuperando los cabales perdidos en la caída y el aliento mientras los pensamientos inundaban su mente: breves segundos en los que se permitió ser débil, a cambio de lo duro que sabía que sería todo lo que se avecinaba.

Debilidad, para equilibrar la fortaleza que necesitaría. Duda, para equilibrar su decidido propósito. Miedo, para equilibrar el valor al que tendría que apelar.

Incluso mientras se preguntaba si podría levantarse, sabía que podría. Su espasmo de autocompasión finalizó de repente. Haría cualquier cosa por ella. Incluso aquello. Mil veces más.

Con renovada determinación, Richard obligó a su mente a abandonar el dominio de los pensamientos sombríos. No era tan desesperado; él no era tonto. Al fin y al cabo, se había enfrentado a pruebas mucho más difíciles que esa solitaria Hermana de las Tinieblas. En una ocasión había liberado a Kahlan de las garras de cinco Hermanas de las Tinieblas. Ésta era sólo una. La derrotaría también. La ira lo embargó ante la idea de que Nicci pensara que podía hacerles bailar al son de sus egoístas deseos.

Extinguida la desesperación, la ira penetró a raudales.

Y a continuación volvía a correr, esquivando árboles mientras intentaba acortar camino. Salvó árboles caídos y saltó sobre brechas en las repisas rocosas, en lugar de tomar la ruta segura, que descendía y luego ascendía. Cada atajo o salto le ahorran unos cuantos segundos preciosos.

Una rama rota de árbol se enganchó en su mochila, arrancándola de su hombro. Intentó sujetarla mientras pasaba a toda velocidad, pero resbaló de su mano y derramó su contenido sobre el suelo.

Richard se enfureció, como si el árbol lo hubiese hecho a propósito simplemente para burlarse de sus prisas. Pateó la rama agresiva, quebrándola y arrancándola de su seca cavidad, luego se arrodilló y volvió a introducir sus cosas en la bolsa, agarrando musgo junto con monedas de oro y plata, y un plantón de pino junto con el jabón que Kahlan le había dado. No disponía de tiempo para ser más meticuloso mientras volvía a meterlo todo de cualquier modo. En esa ocasión, se echó la mochila a la espalda, en lugar de dejar que colgara de un hombro. Había intentado ganar tiempo antes, y en su lugar lo había perdido.

El sendero, que en algunos lugares no era más que una senda abierta por animales, empezó a ascender de pronto, exigiéndole de vez en cuando el uso de las dos manos para sujetarse a rocas o raíces mientras trepaba; pero había subido por él suficientes veces como para conocer los asideros seguros. Pese a lo frío que era el día, Richard tenía que secarse el sudor de los ojos; además, el áspero granito le despellejaba las manos al introducir los dedos en las hendiduras para sujetarse.

En su mente, Nicci cabalgaba con demasiada rapidez, cubriendo demasiado

terreno, adelantándose demasiado. Sabía que había sido insensato tomarse tanto tiempo antes de partir, pensando que podría recuperarlo. No obstante, deseó haberse tomado más tiempo para abrazar a Kahlan.

Sentía un nudo en el estómago al pensar en lo desconsolada que estaba Kahlan. Sentía que, en cierto modo, era peor para ella. Incluso si ella era libre, y él no, eso lo empeoraba para ella porque, en su libertad, tenía que refrenarse cuando lo que más quería era ir tras él. Sometido a un dueño, Richard lo tenía fácil; sólo debía seguir órdenes.

Salió como una exhalación de los árboles al sendero más amplio de lo alto del paso. A Nicci no se la veía por ninguna parte. Contuvo la respiración mientras miraba al este, temiendo divisarla descendiendo por el lado posterior del paso.

Más allá del punto elevado en el que se encontraba en ese momento, veía bosques que se extendían ante él con montañas a cada lado alzando la alfombra de árboles. A lo lejos, montañas mayores aún se alzaban a alturas vertiginosas, con los picos y gran parte de las laderas totalmente blancas bajo la penumbra de un cielo cubierto de espesas nubes grises.

No vio ningún caballo con jinete, pero puesto que el camino se torcía al descender al interior de los árboles no mucho más allá de donde él estaba, eso no demostraba nada en realidad. La parte alta del paso era un trozo pelado de repisa al descubierto, con la mayor parte del resto del camino de herradura serpenteando a través de espesos bosques. Inspeccionó rápidamente el suelo, buscando huellas, esperando que ella no le llevara demasiada delantera y pudiera alcanzarla antes de que hiciera algo terrible. Su sensación de fatalidad se tranquilizó al no encontrar huellas.

Escudriñó el valle allá en el fondo, cruzando el prado color pajizo, hasta la casa. Ésta estaba demasiado lejos para distinguir a nadie. Esperó que Kahlan permanecería allí durante unos pocos días, como le había pedido. No quería que fuera a reunirse con el ejército, que fuera a librar una guerra que se perdería, poniendo en peligro su vida por nada.

Richard comprendía el deseo de su esposa de estar con su gente y defender su tierra natal. Ella creía que podía cambiar las cosas. No podía. Aún no. Quizá no podría jamás. La visión de Richard no era en realidad más que la aceptación de esa realidad. Agitar la espada en dirección al cielo no impedía que el sol se pusiera.

Dirigió una furtiva mirada a las nubes. Durante los últimos dos días, había pensado que las señales indicaban que la primera nevada no tardaría en caer sobre su pequeño hogar del valle. Por el aspecto del cielo y el olor del aire, juzgó que estaba en lo cierto.

Sabía que no iba a poder escapar de Nicci con tanta facilidad como para estar de vuelta con Kahlan en unos días. Había inventado aquella historia por otro motivo. Una vez que el tiempo cambiaba y la nieve llegaba a lo alto de aquellas tierras altas de las montañas, ésta acostumbraba a hacerlo en avalancha. Si la tormenta era tan fuerte como calculaba por las señales que podía ver, Kahlan y Cara acabarían atrapadas en su casa hasta la primavera. Con toda la comida que habían reunido tenían suficiente para que les alcanzara a las dos. La leña que había cortado las mantendría calientes.

Allí, ella estaría segura. Con el ejército se encontraría en constante peligro.

La yegua pinta salió de los árboles, doblando un recodo no muy lejos de allí. Los ojos azules de Nicci se clavaron en Richard desde el primer instante.

En la época en que las Hermanas de la Luz lo habían llevado al Palacio de los Profetas en el Viejo Mundo, Richard había creído equivocadamente que Kahlan deseaba que se lo llevaran. No sabía ni comprendía que lo había enviado lejos para salvarle la vida. Richard pensó que ella no quería volver a verlo jamás.

Mientras estuvo cautivo en el palacio, Richard pensaba que Nicci era la personificación del deseo. Apenas era capaz articular palabra cuando estaba cerca de ella. Apenas había podido creer que existiera una criatura de tal perfección física fuera del mundo de la fantasía.

Ahora, al contemplarla balanceándose suavemente en la silla mientras conducía a su caballo camino arriba, con los ojos azules puestos en él, le pareció que llevaba su belleza con una especie de lúgubre aceptación. Había perdido tan por completo su presencia deslumbrante que él no pudo siquiera imaginar ningún motivo para su antiguo sentimiento respecto a ella.

Richard había averiguado más tarde lo que significaba ser una auténtica mujer, lo que era el amor auténtico y lo que era realizarse de verdad. Visto así, Nicci no era nada en comparación.

Mientras la observaba acercarse, le sorprendió advertir que parecía triste. Casi parecía lamentar encontrarlo allí, pero, más que eso, una sombra de alivio pareció pasar por su semblante.

—Richard, has hecho honor a mi fe en ti. —Su voz sugería que ésta había sido endeble, en el mejor de los casos—. Estás sudoroso, ¿te gustaría descansar?

Su fingida amabilidad hizo que la sangre le hirviera hasta alcanzar el mismísimo cuero cabelludo. Apartó su mirada iracunda de su sonrisa dulce y giró en dirección al sendero, avanzando por delante del caballo de la mujer. Consideró que lo mejor era no decir nada hasta que consiguiera dominar su ira.

Tras descender un poco por el sendero encontraron un semental negro con una mancha blanca en la cara. El enorme caballo estaba atado en un pequeño espacio despejado cubierto de hierba, entre coníferas altísimas.

—Tu caballo, como prometí —dijo ella—. Espero que lo encuentres de tu gusto. Lo consideré lo bastante grande y fuerte para transportarte con comodidad.

Richard echó un vistazo y dio el visto bueno al bridón; Nicci no estaba maltratando a los animales con crueles bocados utilizados para dominar, como sabía que hacían algunas de las Hermanas. El resto de los arreos parecía en buenas condiciones. El caballo tenía un aspecto saludable.

Dedicó unos momentos a presentarse al semental. Se recordó que el animal no era la causa de sus problemas, y que no debía dejar que su actitud hacia Nicci afectara el modo en que trataba a aquel bello animal. No preguntó el nombre del caballo. Dejó que éste le olisqueara la mano, luego le acarició el elegante cuello negro. Le palmeó el hombro, transmitiendo una delicada presentación sin palabras. El poderoso semental pateó el suelo con los cascos delanteros. Todavía no había superado todas sus reticencias respecto a Richard.

Por el momento, no había posibilidad de elegir ruta; existía sólo un sendero y éste discurría en dirección este. Richard encabezó la marcha para no tener que mirar a Nicci.

No quería saltar directamente sobre el semental y causar una mala impresión que costaría mucho trabajo superar. Era mejor dejar que el caballo lo fuera conociendo primero, aunque sólo fuera durante un kilómetro o más. Sostuvo las riendas flojas bajo la mandíbula del animal y caminó delante de él, dejando que se sintiera cómodo siguiendo a aquel desconocido. Dedicar su mente a la tarea de trabajar con el caballo lo ayudaba a distraerse de pensamientos que amenazaban con arrastrarlo en un mar de penas. Al cabo de un tiempo, el semental pareció sentirse a gusto con su nuevo dueño y Richard montó sin más.

El estrecho sendero impedía a Nicci colocar a su caballo junto al suyo, y la yegua pinta resoplaba para indicar su disgusto por tener que seguir al semental. A Richard le

satisfizo saber que ya había alterado el orden de las cosas.

Nicci no le ofreció conversación, percibiendo, supuso él, su estado de ánimo. Marchaba con ella, pero de ningún modo podía esperar que él se sintiera feliz.

Cuando empezó a oscurecer, Richard se limitó a desmontar junto a un arroyo donde los caballos podían beber, y arrojó sus cosas al suelo. Nicci aceptó, sin decir nada, su elección de lugar de acampada, y soltó las correas de su saco de dormir de la silla después de habérsela quitado a su caballo. Se sentó en su petate, con expresión algo alicaída, y comió un poco de salchicha junto con una galleta dura acompañada de agua. Tras dar un primer mordisco, alzó la salchicha hacia él, trabando su mirada en actitud interrogante. Él hizo como si no advirtiera la oferta. Nicci interpretó que declinaba, y siguió comiendo.

Cuando terminó y se hubo lavado en el arroyo, se introdujo tras la espesa maleza durante un rato. A su regreso, gateó al interior del saco de dormir sin una palabra, le dio la espalda y se puso a dormir.

Richard permaneció sentado en el suelo musgoso, con los brazos cruzados, apoyando los riñones en su silla de montar. No durmió en toda la noche. Estuvo sentado, contemplando dormir a Nicci a la luz del cielo nublado iluminado desde el otro lado por una luna casi llena, contemplando su respiración pausada y regular, sus labios ligeramente entreabiertos, el lento palpitar de la vena del costado de su cuello, sin dejar de pensar en todo el tiempo cómo podría vencerla. Se le ocurrió estranglarla, pero sabía que no debía hacerlo.

Había usado magia con anterioridad. En el pasado, no sólo la había sentido sino que había desatado un poder increíble mediante su don. Se había enfrentado a situaciones de enorme peligro que implicaban una amplia variedad de magia. Richard había invocado su don para conjurar un poder como nadie vivo había visto jamás, y había contemplado cómo nacía siguiendo su dirección consciente.

En la mayoría de los casos su don era invocado a través de la ira y la necesidad, y disponía de ambas en abundancia. Simplemente no sabía cómo podían serle de utilidad. No comprendía lo bastante bien lo que Nicci había hecho para empezar a pensar qué podría hacer él para contrarrestarlo. Con la vida de Kahlan en el otro extremo del invisible cordón mágico de Nicci, no osaba hacer nada si no estaba seguro de ello. Llegaría a estarlo; sólo tenía que entenderlo. La experiencia le indicaba que era una suposición razonable. Se dijo que era sólo una cuestión de tiempo. Si deseaba mantener la cordura, sabía que tenía que creer eso.

A la mañana siguiente, sin decir una palabra a Nicci, ensilló los caballos. Ella permaneció sentada observando cómo apretaba las correas de las cinchas, asegurándose de que no pellizcaban a los caballos, mientras bebía a sorbos de su odre de agua. Sacó pan de su alforja, que descansaba junto a ella, y le preguntó si quería un pedazo. Richard hizo como si no existiera.

Debería haberse sentido agotado tras no haber dormido en toda la helada noche, pero su rabia lo mantenía bien despierto. Bajo un cielo encapotado, cabalgaron todo el día, con paso tranquilo pero regular, a través de bosques que parecían interminables. Resultaba una sensación agradable tener a un cálido caballo debajo de él. A lo largo de todo el día, prosiguieron su descenso gradual desde las tierras altas, donde estaba la casa, en dirección a las tierras bajas.

Hacia el anochecer, llegó la nieve.

Al principio, fueron sólo algunos copos furtivos arremolinándose en el aire, pero, a medida que aumentaba a un ritmo constante, pareció decolorar árboles y suelo por igual, hasta que el mundo se tomó blanco. La visibilidad disminuyó gradualmente a medida que la nieve espesaba para convertirse en una sólida pared desorientadora a la

deriva. Richard tenía que pestañear continuamente para eliminar los gruesos copos de nieve de sus ojos.

Por primera vez desde que se marchara con Nicci, Richard sintió una sensación de alivio.

Kahlan y Cara, en una zona más alta de las montañas, se encontrarían con varios centímetros de nieve al despertar por la mañana y decidirían que era una estupidez intentar marchar cuando, pensarían, no era más que una nevada temprana que se fundiría lo suficiente en unos cuantos días para permitirles un viaje más fácil. Arriba, en aquellas montañas, eso sería un error. El tiempo se mantendría frío. Una tormenta aparecería pisando los talones a ésa, y muy pronto tendrían nieve hasta la altura de las contraventanas. Las pondría nerviosas tener que esperar, pero probablemente decidirían que en aquellos momentos era más importante para ellas demorarse hasta que mejorara el tiempo..., al fin y al cabo, no había prisa.

Lo más probable era que acabaran atrapadas, totalmente a salvo, durante todo el invierno. Cuando por fin consiguiera escapar de las zarpas de Nicci, Richard encontraría a Kahlan instalada cómodamente en la casa de ambos.

Decidió que sería una estupidez permitir que su rabia dictara que pasaran la noche a campo abierto, ya que podían morir congelados. Tenía bien presente que si Nicci moría, Kahlan moriría también. Así que cuando distinguió un pino refugio, sacó su caballo del sendero. El roce con las ramas le arrojó encima nieve húmeda, que Richard se quitó de los hombros y se sacudió de los cabellos.

Nicci miró en derredor, confusa, pero no protestó. Desmontó mientras aguardaba a ver qué hacía él. Cuando Richard apartó una pesada rama a un lado, para ella, la mujer lo miró con el ceño fruncido antes de introducir la cabeza dentro para echar un vistazo. Se irguió con una expresión de júbilo infantil. Richard no le devolvió la amplia sonrisa.

El interior, bajo las gruesas ramas cubiertas de nieve, seguía siendo un mundo helado, y debido a la nieve que formaba una costra sobre el árbol, estaba oscuro. Bajo la tenue luz, Richard cavó un pequeño agujero para una fogata y no tardó en encender las ramas secas que había amontonado con cuidado.

Cuando las chisporroteantes llamas se convirtieron en un resplandor cálido, Nicci miró a su alrededor maravillada ante el interior del pino refugio. Las ramas en forma de radios sobre sus cabezas mostraban un pálido tono anaranjado bajo la luz parpadeante y la parte inferior del tronco carecía de ramas, lo que convertía el interior del árbol en un cono hueco con espacio libre más que suficiente para ellos.

Nicci se calentó las manos ante el fuego en silencio, con expresión satisfecha; no como si se regodeara porque él hubiese cedido y encontrado un refugio y encendido un fuego, pero satisfecha. Daba la impresión de alguien que ha pasado por una prueba terrible, y por fin podía estar en paz. Parecía una mujer que no esperaba nada, pero estaba agradecida por lo que tenía.

Richard no había desayunado, ni comido nada el día anterior. Su implacable resolución cedió ante su hambre, así que hirvió agua a partir de nieve derretida y cocinó arroz y alubias. Pasar hambre no le serviría de nada ni a él ni a Kahlan. Sin decir nada, ofreció a Nicci la mitad del arroz y las alubias, en un extremo de una hogaza de pan. Ella tomó el cuenco hecho de pan y le dio las gracias.

Nicci le ofreció por su parte una tajada de carne secada al sol.

Richard contempló fijamente sus dedos finos y delicados, que le tendían el pedazo de carne. Le recordó a alguien dando de comer a una ardilla. Le arrebató la carne de la mano y desgarró un pedazo con los dientes. Para evitar su mirada, contempló el fuego mientras comía su arroz con alubias. Aparte del chisporroteo de las llamas, el único sonido era el golpeteo sordo de la nieve, que caía en grumos de ramas no lo

bastante resistentes para sostener la carga. Las nevadas solían convertir un bosque en un lugar de fantasmagórica quietud.

Sentado ante un fuego bajo, una vez finalizada la comida, sintiendo el calor de las llamas en el rostro, el agotamiento producto de la larga cabalgada, añadido a su vigilia de la noche anterior, finalmente pudo con él. Richard amontonó leña más gruesa en la fogata que se consumía y apiló los carbones a su alrededor; luego desenrolló su saco de dormir en el lado opuesto de la hoguera al ocupado por Nicci, mientras ella lo contemplaba en silencio. Se introdujo dentro y, con el pensamiento puesto en Kahlan segura en la casa de ambos, se durmió profundamente.

Al día siguiente se levantaron temprano. Nicci no dijo nada, pero, en cuanto estuvieron montados, colocó con decisión a su yegua pinta delante del negro semental y tomó el mando. La nieve se había convertido en una fría llovizna neblinosa. La nieve que quedaba en el suelo se había fundido convertida un grisáceo fango. Las tierras bajas no estaban totalmente preparadas para ceder el control al invierno. Más arriba, donde estaba Kahlan, hacía más frío y debía de estar nevando con fuerza.

Mientras cabalgaban con cuidado por un camino angosto en la ladera de una montaña, Richard intentó observar el bosque para mantener la mente alejada de otras cosas, pero de vez en cuando no podía evitar mirar a Nicci, que cabalgaba justo delante de él. Hacía frío y humedad; la mujer llevaba una gruesa capa negra sobre el vestido negro. Con la espalda bien tiesa, la cabeza erguida y la melena rubia desplegada sobre la capa, tenía un aspecto regio. Él llevaba sus ropas oscuras de andar por el bosque y no se había afeitado.

La yegua pinta de Nicci era gris oscura, casi negra, con círculos de un gris más claro sobre el cuerpo. Las crines eran color gris oscuro, como lo eran las patas, ligeramente peludas, y la cola era de un blanco lechoso. Era uno de los caballos más hermosos que Richard había visto jamás. Lo odió. Le pertenecía a ella.

Pasado el mediodía, se cruzaron con un sendero que discurría hacia el sur. Nicci, que encabezaba la marcha, siguió hacia el este. Antes de que finalizara el día encontrarían unos cuantos senderos más, utilizados principalmente por algún cazador o trampero. Las montañas eran inhóspitas. Incluso aunque se despejara el suelo de árboles, el suelo era rocoso. En unos pocos lugares próximos a Ciudad del Corzo u otros centros de población al norte o al sur, había laderas de pastos que podían sustentar reducidos rebaños de ovejas o cabras.

Mientras percibía los músculos del semental moviéndose bajo él, Richard contemplaba el territorio que conocía y amaba. No sabía cuánto tiempo transcurriría antes de que volviera a casa..., si lo hacía alguna vez. No había preguntado adónde iban, figurándose que Nicci no se lo diría tan pronto. Que fueran en dirección este no significaba gran cosa, porque la elección de rutas era limitada.

En su monótono viaje a caballo, la mente de Richard no dejaba de regresar a su espada y a cómo se la había entregado a Kahlan. En aquel momento había parecido la única cosa que podía hacer. Odiaba habérsela dado del modo en que lo había hecho. Sin embargo, no se le ocurrió otro modo de proporcionarle alguna protección. Rezó para que ella nunca tuviera que usar la espada. Si lo hacía, él le había dado al arma una medida de su furia.

En el cinturón llevaba un cuchillo magnífico, pero se sentía desnudo sin su espada. Odiaba su antigua arma, el modo en que arrancaba cosas siniestras de su interior, y al mismo tiempo la echaba de menos. A menudo acudían a su memoria las palabras de Zedd: que era simplemente una herramienta.

Era más, también. La espada era un espejo, si bien uno envuelto en magia capaz de derramar una terrible destrucción. *La Espada de la Verdad* aniquilaría cualquier cosa

ante ella —de carne o de acero—, siempre y cuando lo que se encontraba ante ella fuera el enemigo. Sin embargo, no podía dañar a un amigo. En eso estribaba la paradoja de su magia: el mal quedaba definido únicamente por las percepciones de la persona que empuñaba la espada, por lo que ella *creía* que era verdad.

Richard era el auténtico Buscador y heredero del poder de la espada creada por los hechiceros en la gran guerra. Ella debería estar con él. Él debería estar protegiendo la espada.

Muchas cosas «deberían ser», se dijo.

Entrada la tarde abandonaron el sendero oriental en el que estaban y tomaron uno que se dirigía al sureste. Richard conocía el sendero; atravesaría un pueblo al cabo de otro día, y luego se convertiría en una calzada estrecha. Puesto que Nicci había tomado adrede la nueva ruta, también debía saberlo.

Cerca del anochecer bordearon la orilla norte de un lago de buen tamaño. Una bandada de gaviotas flotaba cerca del centro de las aguas barridas por la lluvia. Las gaviotas no eran corrientes por aquellas partes, pero tampoco eran algo insólito. Recordó todas las aves marinas que había visto cuando estuvo en el Viejo Mundo. El mar lo había fascinado.

En una ensenada en la orilla opuesta, Richard distinguió a dos hombres pescando. En aquel lado del lago había un sendero ampliado por las muchas generaciones de personas que iban allí a pescar desde una aldea situada al sur.

Los dos hombres, sentados en una amplia roca plana que se adentraba en el lago, saludaron con la mano. Uno no se topaba a menudo con jinetes por allí. Richard y Nicci estaban demasiado lejos para que los hombres pudieran distinguirlos, y probablemente pensaron que eran tramperos.

Nicci devolvió el saludo con tranquilidad, como diciendo: «Buena suerte con la pesca. Ojala pudiéramos unirnos a vosotros».

Doblaron un recodo y finalmente desaparecieron de la vista de los hombres. Richard se apartó el cabello húmedo de la frente mientras seguían su marcha junto al lago, escuchando cómo las pequeñas olas lamían la orilla. Tras dejar el lago atrás, se internaron en el bosque cuando el sendero ascendió para cruzar una suave elevación. Nicci se había levantado la capucha para protegerse de la llovizna. Una penumbra cada vez más oscura descendió sobre el bosque.

Richard no quería hacer nada que fuera a matar a Kahlan; por fin había llegado el momento en que tenía que hablar.

—Cuando nos topemos con alguien, ¿qué debo decir? Supongo que no quieres que diga a la gente que eres una Hermana de las Tinieblas con su víctima. ¿O deseas que haga el papel de un mudo?

Ella le dirigió una mirada de soslayo.

—Serás mi esposo para todo el mundo —dijo, sin vacilar—. Espero que mantengas esa historia bajo toda circunstancia. A efectos prácticos, a partir de ahora, eres mi esposo. Yo soy tu esposa.

—Ya tengo una esposa —replicó Richard, y sus puños se cerraron con más fuerza sobre las riendas—. Tú no eres ella. No voy a fingir que lo eres.

Balanceándose con suavidad en su silla, Nicci pareció indiferente a sus palabras o a las emociones que había tras ellas. Miró hacia lo alto, examinando el cielo cada vez más oscuro.

Allá, en las tierras bajas, el clima era demasiado templado para que nevara. No obstante, a través de esporádicos claros en las nubes bajas Richard había vislumbrado laderas montañosas barridas por el viento detrás de ellos, recubiertas de espesos ventisqueros blancos. Kahlan debía estar bien seca, caliente y atrapada.

—¿Crees que podrías encontrarnos otro de esos árboles refugio? —preguntó Nicci—. ¿Donde estaríamos secos, como anoche? Realmente me gustaría secarme y estar caliente.

Por entre aberturas aisladas en las coníferas, y a través de la confusión de ramas desnudas de alisos y fresnos, Richard inspeccionó la ladera que descendía ante ellos.

- Sí.

—Estupendo. Tenemos que hablar.

Cuando Richard desmontó cerca de un pino refugio en el borde de una pequeña zona inclinada y despejada, Nicci tomó las riendas de su caballo y sintió su mirada fulminante en su espalda mientras ataba los animales a las gruesas ramas de un aliso cubierto de candelillas. Los caballos estaban hambrientos, y se pusieron de inmediato a mordisquear el pasto mojado. Sin pronunciar una palabra, Richard empezó a buscar a su alrededor, recogiendo ramas secas de debajo de espesos sotos de píceas, donde, ella supuso, podrían estar un poco más secas.

Lo observó, no abiertamente, sino por el rabillo del ojo mientras él llevaba a cabo su tarea. Era todo lo que ella recordaba, y más. No era tanto el que fuera simplemente fornido, sino que poseía una presencia imperiosa que había madurado desde la última vez que lo había visto. Antes, en ocasiones se había sentido tentada a pensar en él como poco más que un muchacho. Ya no.

En la actualidad, era un poderoso semental salvaje atrapado en un corral construido por él mismo. Ella se mantenía a distancia, dejando que pateara las paredes de aquel corral; no le reportaría ningún beneficio provocar a aquella bestia salvaje. Hostigarlo, torturarlo en su angustia, era lo último que ella deseaba en el mundo.

Nicci podía comprender su ardiente cólera. Era de esperar. Veía con claridad los sentimientos de Richard por la Madre Confesora, y los de ella por él. La integridad de las paredes de su corral no consistía en otra cosa que en sus sutiles sentimientos por ella. Si bien

Nicci comprendía su dolor, sabía que ella era la última que podía hacer algo para mitigarlo. Haría falta tiempo para que su pena curara. Con el tiempo, sus sentimientos serían reemplazados por otros.

Algún día, aceptaría lo que debía ser. Algún día, comprendería la verdad de las cosas que tenía intención de mostrarle. Algún día, comprendería la necesidad de lo que ella hacía. Lo hacía con la mejor de las intenciones.

En el borde del claro, Nicci se acomodó en un bloque gris de granito que, a juzgar por los excepcionales ángulos de su cara rota, había pertenecido en una ocasión a la repisa que sobresalía de debajo del profundo verde de balsaminas y píceas que tenía detrás, pero que, con el paso del tiempo, había sido apartado de ella por la fuerza inexorable de la naturaleza, dejando una abertura con la forma de un rayo irregular entre los bordes hermanados en el pasado.

Nicci se sentó con la espalda erguida, una costumbre inculcada en ella por su madre desde temprana edad, y contempló a Richard, que se ocupaba de desensillar los caballos. Éste dejó que los animales comieran un poco de avena de unos morrales mientras recogía rocas del claro. En un principio, Nicci no consiguió imaginar qué hacía, pero cuando se las llevó junto con la madera que había reunido, bajo las ramas del árbol refugio, comprendió que sin duda usaría las piedras para circundar una fogata. Richard permaneció dentro un buen rato. Comprendió que debía de estar ocupado en conseguir que prendiera la leña húmeda. Ella podría haber usado su don para ayudar, si a su don le quedase suficiente poder para encender madera húmeda; pero no le quedaba.

Richard parecía capaz de cumplir con la tarea, no obstante; le había visto encender un fuego la noche anterior, iniciándolo con corteza de abedul y ramitas. Nicci nunca había sido muy ducha en tales actividades, así que le dejó con ello y se dedicó a la sencilla tarea de reparar la correa de la cincha de su caballo. La lluvia había aflojado por

el momento, dejando tras ella el cosquilleo de una fina neblina sobre sus mejillas.

Mientras estaba ocupada anudando los cordones sueltos de la gruesa correa de cáñamo, oyó unos pequeños chasquidos procedentes de debajo del árbol. El chisporroteo y los estallidos le indicaron que Richard había encendido el fuego. Oyó el sonido metálico de un cazo sobre piedra, así que razonó que estaba colocando agua para que hirviera cuando el fuego fuera lo bastante fuerte.

Sentada en la losa de granito, deshizo con calma un enredo en la correa de la cincha, mientras él volvía a salir al exterior para ocuparse de los caballos. Libres de los morrales, los animales bebieron de una charca de agua en una depresión de la lisa repisa de color tostado. Aunque Richard vestía prendas oscuras, apropiadas para los bosques, éstas no conseguían restar importancia a su porte. Su mirada gris la recorrió, asimilando lo que Nicci hacía. La dejó con su tarea de hacer nudos y se dedicó a su trabajo de almohazar los caballos. Su grandes manos trabajaban suavemente, con un tacto seguro, y ella estuvo segura de los caballos agradecerían que les limpiaran todo el barro endurecido de las patas. Ella lo haría, de ser ellos.

—Dijiste que teníamos que hablar —le dijo Richard, mientras pasaba la almohaza sobre la grupa de la yegua, retirando una última salpicadura de barro—. Supongo que tu charla será explicarme los términos de mi cautiverio. Imagino que tienes reglas para tus cautivos.

Por su gélida inflexión, parecía que había decidido provocarla un poco, para analizar su reacción. Nicci dejó la correa a un lado e hizo frente a su tono desafiante con uno de genuina conmiseración.

—Sólo porque antes te haya sucedido algo, Richard, no des por sentado que eso significa que volverá a pasar. El destino no da a luz la misma criatura una y otra vez. Cada una es diferente. Esto no es como las dos veces anteriores.

Su respuesta, así como la compasión de sus ojos, pareció haber cogido desprevenido a Richard. La miró fijamente un momento antes de acuclillarse para devolver la almohaza a un bolsillo de la alforja y sacar un pico.

—¿Dos veces?

No había modo de que a él se le escapara lo que ella quería decir. Su mirada inexpresiva no delató lo que podría estar pensando cuando alzó la pata delantera derecha del semental para escarbar en el casco con el pico y limpiarlo.

—No sé de qué hablas.

Lo mismo que sondeaba el casco con el pico, Nicci supo que la sondeaba también a ella para saber exactamente cuánto sabía de aquellas dos veces, y qué pensaba que era distinto en esa ocasión. Sin duda querría saber cómo pensaba ella evitar los errores de sus anteriores capturadores. Como buen guerrero.

Richard no estaba listo aún para aceptar lo esencialmente distinto que era aquello.

Richard fue dando la vuelta al enorme caballo negro, limpiando sus cascos hasta finalizar con la pata delantera izquierda, cerca de ella. Mientras acababa y dejaba caer al suelo la pata del animal, Nicci se puso en pie. Cuando él se dio la vuelta, ella estaba lo bastante cerca como para sentir el cálido aliento del hombre sobre su mejilla. La miró con expresión iracunda, una mirada que ya no le resultaba tan perturbadora como había sido al principio.

Descubrió que, en lugar de echarse atrás, fijaba la vista en la penetrante mirada de Richard, maravillándose por tenerlo. Finalmente lo tenía. No le habría resultado más maravilloso haber conseguido meter en una botella a la luna y las estrellas.

—Eres un prisionero —dijo—. Tu rabia y resentimiento son comprensibles. Jamás habría esperado que te sintieras complacido por esto, Richard. Pero no es lo

mismo que las veces anteriores.

Agarró con suavidad su garganta y él se sorprendió, pero percibió que no se hallaba en un peligro inmediato.

—Antes —prosiguió ella, con tranquilidad—, llevabas un collar alrededor del cuello. Las dos veces.

—Tú estabas en el Palacio de los Profetas, al que me llevaron. —Percibió cómo él tragaba saliva—. Pero la otra...

Le soltó la garganta.

—Yo no uso collar, como hacían las Hermanas de la Luz, para controlarte, para producirte dolor y hacer que obedezcas, o para hacerte pasar sus ridículas pruebas. Mi propósito no se parece al de ellas en absoluto.

Se echó la capa al frente sobre los hombros a la vez que sonreía con mirada vaga.

—¿Recuerdas la primera vez que llegaste al Palacio de los Profetas? ¿Recuerdas tu discurso?

Las palabras de Richard surgieron crispadas por la cautela.

—No... exactamente.

Ella seguía con la mirada perdida en los recuerdos.

—Yo sí. Fue la primera vez que te vi. Recuerdo cada palabra. Richard no dijo nada, pero en sus ojos ella vio las sombras de su mente funcionando.

—Estabas enfurecido... no muy diferente de ahora. Mostraste una barra de cuero rojo que colgaba de tu cuello. ¿Recuerdas, Richard?

—Creo que sí lo hice. —Su mirada suspicaz se vino abajo—. Han sucedido muchas cosas desde entonces. Supongo que lo desterré de mi mente.

—Dijiste que te habían puesto un collar antes. Dijiste que la persona que en una ocasión te había puesto ese collar alrededor del cuello te había ocasionado dolor para castigarte, para enseñarte.

La postura de Richard cambió a una de envarada desconfianza.

—¿Y qué?

Ella se concentró una vez más en sus ojos grises, ojos que vigilaban cada parpadeo suyo, cada aliento, mientras sopesaba cada palabra. Todo ello iba a parar a algún cálculo interior, lo sabía; a algún análisis sobre qué altura tenía su propia valla, y si podía saltarla. No podía.

—Eso siempre me intrigó —siguió ella—. Lo que dijiste sobre haber llevado un collar antes. Hace unos meses, capturamos a una mujer vestida de cuero rojo. Una mord-sith. —Richard palideció un poquitín—. Dijo que buscaba a lord Rahl para protegerlo. La persuadí para que me contara todo lo que sabía sobre ti.

—No soy de D'Hara. —Su voz sonó segura; sin embargo, ella percibió un torrente subterráneo de temor—. Una mord-sith apenas sabría nada sobre mí.

Nicci introdujo la mano dentro de su capa en busca de lo que había traído con ella. Dejó que la pequeña barra de cuero rojo rodara fuera de sus dedos para caer al suelo, a los pies de él. Richard se puso tenso.

—Ah, pero sí que sabía, Richard. Sabía muchas cosas. —Sonrió con una sonrisa apenas perceptible, que no era de placer, ni de burla, sino de distante tristeza ante el recuerdo de aquella mujer valerosa—. Conocía a Denna. Había estado en el Palacio del Pueblo de D'Hara, adonde te llevaron después de que Denna te capturara. Lo sabía todo al respecto.

La mirada de Richard se desvió. Con una rodilla doblada en tierra recogió reverentemente la barra de cuero rojo del suelo mojado y limpió el objeto en la pernera de su pantalón como si fuera precioso.

—Una mord-sith no te diría nada. —Se alzó y le devolvió la mirada con insolencia—. Una mord-sith es un producto de la tortura. Te contaría sólo lo suficiente para que creyeras que cooperaba. Te proporcionaría una mentira inteligente para engañarte. Moriría antes de pronunciar cualquier palabra que perjudicara a su lord Rahl.

Con un largo dedo, Nicci se apartó un mechón de empapados cabellos rubios de la mejilla.

—Me subestimas, Richard. Esa mujer era muy valiente. Sentí una gran pena por ella, pero había cosas que deseaba saber. Lo contó todo. Me contó todo lo que yo quería saber.

Nicci pudo ver que la rabia crecía en él, llevando el rubor a sus mejillas. No era eso lo que había buscado, ni querido. Le contaba la verdad, pero él la rechazaba, intentando recubrirla con sus falsas suposiciones.

Transcurrió un momento, y aquella verdad por fin consiguió abrirse paso hasta sus ojos. La furia se marchó de mala gana, reemplazada por el peso de la tristeza que le hizo tragar saliva ante su pesar por aquella mujer. Nicci no había esperado menos de él.

—Al parecer —murmuró Nicci—, Denna tenía un gran talento para la tortura...

—Ni necesito ni quiero tu compasión.

—Pero sí sentí compasión, Richard, por lo que esa mujer te hizo pasar sin otro propósito que causar dolor. Ésa es la peor clase de dolor, ¿verdad?... dolor que no genera un beneficio, ni una confesión. Ese absurdo sólo aumenta su tortura. Eso fue lo que padeciste.

Nicci indicó el arma de cuero rojo que él sostenía en el puño.

—Esa mujer no padeció esa clase de dolor. Quiero que lo sepas.

Él apretó los labios con fuerza, lleno de desconfianza, a la vez que desviaba la mirada de los ojos de ella para fijarlos en la creciente oscuridad.

—La mataste, a esta mord-sith llamada Denna, pero no antes de que ella te hiciera cosas indescriptibles.

—Eso hice.

La expresión de Richard se endureció con la implícita amenaza de sus palabras.

—Amenazaste a las Hermanas de la Luz porque ellas, también, te pusieron un collar. Les dijiste que no eran lo bastante buenas para lamer las botas de esa mujer, Denna, y no lo eran. Dijiste a las Hermanas que creían que sujetaban la correa de tu collar, pero les prometiste que descubrirían que lo que sujetaban era un rayo. No creas ni por un instante que no comprendo tus sentimientos al respecto, ni tu determinación.

Nicci alargó el brazo y le dio un golpecito en el centro del pecho.

—Pero esta vez, Richard, el collar está alrededor de tu corazón y es Kahlan quien pagará, en el caso de que cometas un error.

Sus puños se tensaron.

—Kahlan preferiría morir antes que permitir que fuera un esclavo a su costa. Me rogó que entregara su vida a cambio de mi libertad. Puede que amanezca un día en que sea necesario para mí cumplir su petición.

Nicci sintió tedio ante sus amenazas. La gente recurría tan a menudo a amenazarla...

—Eso es decisión tuya, Richard. Pero cometes un gran error si crees que me importa.

Era incapaz de recordar cuántas veces había proferido Jagang solemnes amenazas a su vida, o cuántas de aquellas veces sus manos se habían cerrado con fuerza sobre su garganta, sofocando su vida tras haberla golpeado hasta dejarla inconsciente. Kadar Kardeef había sido, en ocasiones, no menos brutal. Nicci había perdido la cuenta de las veces que había esperado realmente morir, empezando por aquella vez cuando era

pequeña y aquel hombre la había empujado al callejón para robarle.

Pero tales hombres no eran los únicos que le prometían sufrimiento.

—No puedo contarte las promesas que el Custodio del inframundo me ha hecho en mis sueños, promesas de padecimiento interminable. Ése es mi destino.

»De modo que, por favor, Richard, no creas que me asustas con tus insignificantes amenazas. Hombres más salvajes que tú han hecho promesas creíbles respecto a mi fin. Hace tiempo que acepté mi destino y dejé de preocuparme.

Los brazos le pesaban a los costados. Se sentía vacía de sentimientos. Pensar en Jagang, en el Custodio, le recordaba que su vida carecía de sentido. Sólo lo que había visto en los ojos de Richard le proporcionaba un indicio de que podría haber algo más, algo que aún tenía que descubrir o comprender.

—¿Qué quieres? —exigió Richard.

Nicci devolvió su mente al aquí y ahora.

—Te lo dije. Tu papel en la vida ahora es como mi esposo. Así es como será... si deseas que Kahlan viva. Te he contado la verdad sobre todo ello. Si vienes conmigo y haces las sencillas cosas que pido, como asumir el papel de mi esposo, entonces Kahlan tendrá una vida larga. No puedo decir que ésta vaya a ser totalmente feliz, por supuesto, porque sé que te ama.

—¿Cuánto tiempo crees que podrás retenerme, Nicci? —Lleno de desaliento, Richard se pasó los dedos por los húmedos cabellos—. No funcionará, sea lo que sea lo que quieras. ¿Cuánto tiempo pasará hasta que te canses de esta absurda farsa?

Los ojos de ella se entrecerraron, estudiando su profunda inocencia, si es que no era ignorancia.

—Mi querido muchacho, nací a este mundo desdichado hace ciento ochenta y un años. Lo sabes. ¿Crees que no he aprendido a tener muchísima paciencia en todo este tiempo? Aunque nuestros cuerpos parezcan tener una edad parecida, y en muchos aspectos no soy mayor que tú, he vivido casi siete veces lo que tú has vivido. ¿Sinceramente crees que tendrás una paciencia que excederá a la mía? ¿Me consideras una jovencita estúpida a la que puedes burlar o conseguir que se canse antes que tú?

El semblante de Richard se apaciguó.

—Nicci...

—Y ni se te ocurra intentar hacerte amigo mío o conquistarme. No soy Denna, Verna, Warren ni tampoco Pasha. No estoy interesada en tener amigos.

Él giró un poco y pasó una mano por el hombro del semental cuando el caballo resopló y pateó con un casco al oler el humo de la leña que se elevaba en espiral desde las ramas superiores del árbol refugio.

—Quiero saber qué cosa diabólica hiciste a esa pobre mujer para conseguir que te hablara de Denna.

—La mord-sith me lo contó a cambio de un favor.

Frunciendo el entrecejo para mostrarle su incredulidad, se volvió hacia ella otra vez.

—¿Qué favor podría pedirte una mord-sith?

—Le corté el cuello.

Richard cerró los ojos al mismo tiempo que su cabeza se inclinaba al frente, llena de pesar por aquella desconocida que había muerto por su culpa. Apretó el arma de la mord-sith que sujetaba contra su corazón.

—¿Supongo que no sabrás su nombre? —preguntó, con una voz que había perdido su fuego.

Era aquello, su empatía para con otros, incluso para con otros que no conocía, lo que no sólo le convertía en el hombre que era, sino que lo encadenaba. Su

preocupación por los demás también sería lo que finalmente lo llevaría a comprender la virtud de lo que ella estaba haciendo. También él trabajaría entonces voluntariamente a favor de la justa causa de la Orden.

—Lo conozco —respondió—. Hania.

—Hania. —Pareció desconsolado—. Ni siquiera la conocía.

—Richard. —Colocando un dedo bajo la barbilla de él, Nicci le alzó el rostro con suavidad—. Quiero que sepas que no la torturé. La encontré mientras la torturaban. No me gustó lo que vi. Maté al hombre que lo hizo. Nada se podía hacer por Hania. Le ofrecí liberarla de su sufrimiento, un final rápido, si me hablaba de ti. Jamás le pedí que te traicionara en ningún modo que la Orden quisiera que lo hiciera. Le pregunté sólo por tu pasado, por tu primer cautiverio. Quería comprender lo que dijiste ese primer día en el Palacio de los Profetas, eso es todo.

Richard no pareció aliviado, como ella había pensado que sucedería.

—Aplazaste esa liberación rápida, como tú la llamas, hasta que te hubo dado lo que querías. Eso te hace partícipe de su tortura.

En la penumbra, Nicci desvió la mirada, llena de dolor y angustia ante el recuerdo de aquella sangrienta acción. Hacía tiempo que había perdido su capacidad de sentir algo más que una sombra de emociones.

Había tantos que necesitaban que los liberasen de su sufrimiento: tantos ancianos y enfermos, tantos niños que lloraban, tantos menesterosos, desesperados y pobres. Aquella mujer había sido simplemente otra de las víctimas de la vida que necesitaba ser liberada. Lo había hecho con la mejor intención.

Nicci había renunciado al Creador para así poder hacer el trabajo de éste, y había entregado su alma al Custodio del inframundo. Tuvo que hacerlo. Únicamente alguien tan malvado como ella sería incapaz de sentir ningún sentimiento apropiado, ninguna compasión auténtica, por todo el sufrimiento y necesidad desesperada. Era una paradoja macabra... servir fielmente a los necesitados de ese modo.

—Quizá tu lo ves de ese modo, Richard —dijo, con una voz ronca, mientras fijaba la vista en la entumecida pesadilla de recuerdos—. Yo no lo vi así. Ni tampoco Hania. Antes de que le cortara el cuello, me dio las gracias por lo que estaba a punto de hacer.

Los ojos de Richard no le brindaron compasión.

—¿Y por qué hiciste que te hablara sobre mí..., sobre Denna? Nicci se ajustó la capa sobre los hombros.

—¿No es evidente?

—Tú no podrías de ningún modo cometer el mismo error que Denna cometió. No eres la mujer que ella era, Nicci.

Estaba cansada. Sabía que él no había dormido la primera noche. Había sentido sus ojos clavados en su espalda. Sabía cuánto sufría. De espaldas a él, había llorado en silencio ante el odio que contenían sus ojos, ante la carga de ser ella quien tenía que hacer lo que era mejor. El mundo era un lugar tan malvado...

—A lo mejor, Richard —repuso en voz baja—, algún día me enseñarás la diferencia.

Estaba tan sumamente cansada... La noche anterior, cuando él había sucumbido a su cansancio, y le había dado la espalda para dormir, Nicci había permanecido despierta toda la noche, contemplándolo en su profundo sueño mientras percibía la conexión mágica con la Madre Confesora. La conexión proporcionaba a Nicci una gran empatía con ella, también.

Todo era para un buen fin.

—Por ahora —indicó Nicci—, metámonos dentro y protejámonos de este tiempo asqueroso. Estoy helada y tengo hambre. Necesitamos descansar un poco. Y, como te he

dicho, tenemos cosas que discutir.

No podía mentirle, lo sabía. No podía contárselo todo, desde luego, pero no se atrevía a mentirle en las cosas que le contaba. Se había iniciado el baile.

Richard partió la salchicha que Nicci le dio de su alforja y la arrojó al puchero de arroz hirviendo. Las cosas que ella le había dicho seguían chillando en su mente, mientras intentaba encajarlas en su orden correcto.

No sabía cuánto de lo que ella había dicho se atrevía a creer. Temía que todo fuera cierto. Nicci no parecía necesitar mentirle..., al menos por lo que le había contado hasta el momento. No parecía tan... hostil como pensó que tendría que ser. Si algo parecía era melancólica, quizá debido a lo que había hecho; aunque le costaba creer que una Hermana de las Tinieblas confesa pudiera padecer de remordimientos de conciencia. Probablemente no era más que alguna parte grotesca de su actuación, algún artificio dirigido a lograr sus fines.

Removió el puchero de arroz con un palo al que había quitado la corteza.

—Dijiste que había cosas que discutir. —Limpió el palo golpeándolo contra el borde del cacharro—. Supongo que hay órdenes que deseas dictar.

Nicci parpadeó, como si la hubiera pillado pensando en otra cosa. Parecía fuera de lugar, sentada tan tiesa en un pino refugio, ataviada como iba con su hermoso vestido negro. Richard nunca antes habría imaginado a Nicci al aire libre, y mucho menos sentada en el suelo. La sola idea siempre le había parecido absurda. El vestido de la mujer le hacía pensar constantemente en Kahlan, no sólo porque era tan completamente opuesto que provocaba la comparación, sino también porque recordaba con suma nitidez que Nicci estaba conectada a Kahlan por aquella horrible cuerda mágica.

Aquel recuerdo le producía un dolor insoportable.

—¿Órdenes? —Nicci enlazó las manos sobre el regazo y le devolvió la mirada—. Ah, sí, tengo algunas peticiones que deseo que cumplas. Primero, no puedes usar tu don. En absoluto. En ningún modo. ¿Queda claro? Puesto que, según recuerdo, no sientes ningún cariño por el don, esto no debería ser una carga ni una petición difícil de seguir, en especial porque hay algo que amas que no sobreviviría a tal incumplimiento. ¿Entendido?

Sus fríos ojos azules transmitieron la amenaza tal vez aún mejor que sus palabras. Richard le dedicó un movimiento afirmativo de cabeza, comprometiéndose a algo de lo que, precisamente, no estaba del todo seguro en aquel momento.

Le vertió la humeante cena en un cuenco de madera y se la entregó, junto con una cuchara. Nicci se lo agradeció con una sonrisa. Richard depositó el puchero en el suelo, entre sus piernas, y tomó una cucharada de arroz, soplando sobre ella hasta que se enfrió lo bastante para llevársela a la boca. Observó por el rabillo del ojo que ella tomaba un bocado con delicadeza.

Más allá de su perfección física, Nicci poseía un rostro singularmente expresivo. Parecía volverse impasible e inexpresiva cuando era desdichada, o cuando quería transmitir cólera, amenaza o desagrado. Lo cierto era que no fruncía el entrecejo como hacían otras personas cuando sentían esas emociones; más bien era una expresión de indiferente distanciamiento lo que descendía sobre su persona. Aquella expresión era, a su modo, mucho más perturbadora. Era su coraza impenetrable.

Por otra parte, se animaba vívidamente cuando estaba complacida o agradecida. Aún más que eso, tal satisfacción o gratitud parecían genuinos. La recordaba distante, y si bien seguía poseyendo un porte noble, hasta cierto punto su aire de reticencia había desaparecido para dejar al descubierto un deleite inocente en cualquier amabilidad o incluso simple cortesía.

A Richard todavía le quedaba pan del que había horneado Cara para él. Odiaba compartir aquel pan con aquella mujer malvada, pero en aquellos momentos parecía una consideración infantil. Partió un pedazo y se lo ofreció a Nicci, que lo tomó con la veneración debida a algo mucho más importante que el simple pan.

—También espero que no tengas secretos para mí —dijo ella, tras otro mordisco—. No te gustaría que descubriera que lo haces. Los esposos no tienen necesidad de secretos.

Richard supuso que no, pero no podían decirse que fueran marido y mujer. Antes que decir eso, prefirió responder:

—Pareces saber mucho sobre cómo se comportan los esposos.

En lugar de morder el anzuelo, Nicci indicó su cuenco con el pan.

—Esto está muy bueno, Richard. Muy bueno.

—¿Qué quieres, Nicci? ¿Cuál es el propósito de este absurdo fingimiento?

La luz de las llamas jugueteó sobre su rostro de alabastro y proporcionó a sus cabellos un color tórrido que no poseían.

—Necesito una respuesta que creo que me facilitarás.

Richard partió una gruesa rama en dos sobre la rodilla.

—Has dicho que los esposos no tienen necesidad de tener secretos. —Usó la mitad de la rama para juntar los troncos que ardían, antes de colocar la rama encima del fuego—. En ese caso, ¿no se supone que las esposas también deben ser honestas?

—Desde luego. —La mano que sostenía el pan descendió y apoyó la muñeca en la rodilla—. Yo también seré honesta contigo, Richard.

—Entonces, ¿cuál es la pregunta? Dijiste que me capturaste porque necesitas una respuesta que crees que puedo proporcionar. ¿Cuál es la pregunta?

Nicci volvió a mirar al vacío, una vez más con una expresión que era cualquier cosa menos la del inflexible captor. Parecía como si recuerdos, o tal vez temores, la atormentaran. En cierto modo, resultaba más perturbador que la mueca burlona de un guardián armado frente a las rejas de su jaula.

La lluvia en el exterior había aumentado hasta convertirse en un rugido sordo. Habían acampado justo a tiempo. Richard no pudo dejar de recordar los agradables momentos pasados en pinos refugio acurrucado junto a Kahlan. Al pensar en Kahlan se le cayó el alma a los pies.

—No lo sé —dijo Nicci, por fin—. Honradamente no lo sé,

Richard. Busco algo, pero sólo lo reconoceré cuando lo encuentre. Tras casi todos mis ciento ochenta y un años sin saber que existía, finalmente vi un primer indicio de ello no hace mucho... —Pareció volver a mirar a través de él, a algún punto situado más allá, y también su voz pareció dirigirse a aquel lugar lejano que contemplaba—. Eso fue cuando te quedaste allí de pie con tu collar ante las Hermanas, y las desafiaste. Tal vez encontraré la respuesta cuando comprenda qué vi ese día, en esa estancia. No fuiste sólo tú, pero tú eras su centro...

Los ojos de la mujer se centraron otra vez en su rostro, y le habló con apacible convicción.

—Hasta entonces vivirás. No tengo intención de hacerte daño. No debes temer ninguna tortura de mí. No soy como ellas..., como esa mujer, Denna, o como las Hermanas de la Luz, que te usaron para sus juegos.

—No me trates con condescendencia. Me estás utilizando para tu propio juego, tanto como ellas me utilizaron para el suyo.

—Quiero que sepas, Richard —repuso ella, negando con la cabeza—, que no siento otra cosa que respeto por ti. Probablemente siento más respeto por ti que por cualquier persona que hayas conocido nunca. Por eso te capturé. Eres una persona

excepcional, Richard.

—Soy un mago guerrero. Lo que sucede es que nunca antes habías visto a uno.

Ella rechazó la idea con un desdeñoso ademán.

—Por favor no intentes impresionarme con tu «poder». No estoy de humor para tales tonterías.

Richard sabía que no era una fanfarronada por parte de la mujer. Era una hechicera de una habilidad excepcional, así que dudó de tener cualquier esperanza de superar su conocimiento de la magia.

La mujer no actuaba del modo en que había esperado que lo hiciera una Hermana de las Tinieblas, de modo que Richard dejó su ira, dolor y aflicción de lado, por el momento, sabiendo que tenía que enfrentarse a lo que era, más que poner su esperanza en sus deseos, y habló a Nicci con la misma suavidad que ella usaba con él.

—No comprendo qué quieres de mí, Nicci.

Ella se encogió de hombros en un gesto involuntario de contrariedad.

—Tampoco yo. Hasta que lo haga, harás lo que te pido y todo irá magníficamente. No te haré daño.

—Considerando las circunstancias, ¿realmente esperas que acepte tu palabra?

—Te estoy diciendo la verdad, Richard. Si te torcieras el tobillo, yo, como una buena esposa, pondría mi hombro bajo tu brazo y te ayudaría a andar. A partir de ahora, estoy consagrada a ti, y tú a mí.

Él sólo pudo pestañear ante la locura que era aquello. Casi pensó que podría estar loca. Casi. Sabía que ésa sería una respuesta demasiado fácil. Como Zedd siempre decía, nada era fácil nunca.

—¿Y si decido no secundar tus deseos?

Una vez más, ella se encogió de hombros.

—Kahlan morirá.

—Eso lo comprendo, pero si ella muere, entonces tú pierdes el collar que rodea mi corazón.

Ella clavó en él sus fríos ojos azules.

—¿Qué intentas decir?

—Entonces no podrías conseguir lo que querías de mí. No tendrías influencia.

—No tengo lo que quiero ahora, de modo que no perdería nada. Además, si hicieras eso, entonces el Emperador Jagang tendría tu cabeza como regalo. Me colmaría de regalos y riquezas.

Richard no creía que Nicci quisiera que la colmaran de regalos y riquezas. Era una Hermana de las Tinieblas, al fin y al cabo, y suponía que se las podría arreglar para que la colmaran de lo que fuera si realmente lo deseaba.

De todos modos, estaba seguro de que su cabeza tendría un precio, y ella podía sacar al menos eso de todo ello si él resultaba ingobernable. Puede que no le importaran los regalos y las riquezas, pero si había una cosa que quería, ésta tenía que ser poder. Estaba bastante seguro de que ella obtendría una buena cantidad de poder si daba muerte al enemigo de la Orden Imperial.

Se inclinó sobre el puchero que tenía entre las piernas y volvió a su cena y a sus sombríos pensamientos. Hablar con ella era inútil. No hacían más que dar vueltas en círculos.

—Richard —dijo ella, en un tono tranquilo, atrayendo los ojos de su compañero hacia su mirada—, piensas que hago esto para herirte, o para derrotarte porque eres el enemigo de la Orden. No es así. Te he contado mis auténticas razones.

—Así pues, cuando finalmente encuentres esta respuesta que buscas, a cambio de mi «ayuda», ¿me dejarás marchar?

No lo dijo realmente a modo de pregunta, sino como una incriminación mordaz.

—¿Marchar?

Bajó los ojos para fijarlos en su cuenco de arroz y salchicha, removiéndolo como si pudiera revelar un secreto, y luego alzó la mirada.

—No, Richard, entonces te mataré.

—Comprendo.

No consideró precisamente que aquello fuera un modo de alentar su cooperación en la búsqueda que ella llevaba a cabo, pero no lo dijo.

—¿Y Kahlan? Después de que me mates, quiero decir.

—Tienes mi palabra de que si decido que debo matarte, mientras yo viva, ella también lo hará. No le deseo ningún mal.

Richard intentó hallar consuelo en aquello. Por alguna razón, creía a Nicci. Saber que Kahlan estaría bien le proporcionaba valor. Soportaría lo que fuera a sucederle si al menos ella iba a estar bien. Era un precio que estaba dispuesto a pagar.

—Así, «esposa», ¿adónde vamos? ¿Adónde me llevas?

Nicci no lo miró, sino que se limitó a usar el pan para rebañar parte de su cena. Meditó la pregunta mientras lo mordisqueaba.

—¿Contra quién peleas, Richard? ¿Quién es tu enemigo? —Dio otro mordisquito al pan.

—Jagang. Jagang y su Orden Imperial.

Igual que un instructor corrigiéndolo, Nicci meneó lentamente la cabeza.

—No. Estás equivocado. Creo que tal vez tú también necesitas respuestas.

Juegos. Jugaba a juegos estúpidos con él. Richard rechinó los dientes, pero contuvo su genio.

—Entonces ¿quién Nicci? Contra quién o qué estoy luchando si no es Jagang.

—Eso es lo que espero mostrarte. —Observó sus ojos de un modo que él encontró inquietante—. Voy a llevarte al Viejo Mundo, al corazón de la Orden, para mostrarte contra qué peleas; la auténtica naturaleza de lo que tú crees que es tu enemigo.

—¿Por qué? —preguntó él, frunciendo el entrecejo.

—Digamos que me divierte hacerlo —replicó ella, sonriendo.

—¿Quieres decir que vamos a regresar a Tanimura? ¿De vuelta al lugar en el que viviste todo ese tiempo como una Hermana?

—No; vamos a ir al corazón y alma del Viejo Mundo, a Altur'Rang. La tierra natal de Jagang. El nombre significa, más o menos, «los Elegidos del Creador».

Richard sintió que un escalofrío le recorría la columna vertebral.

—¿Esperas llevarme a mí, a Richard Rahl, allí, al corazón del territorio enemigo? Dudo mucho que vayamos a vivir como «esposo y esposa» demasiado tiempo.

—Además de no usar tu magia, no utilizarás el nombre asociado con esa magia, Rahl, sino el nombre con el que creciste: Richard Cypher. Sin tu magia ni tu nombre, nadie sabrá que eres otra cosa que un hombre humilde acompañado de su esposa. Eso es exactamente lo que serás..., lo que ambos seremos.

—Bien —suspiró Richard—, si el enemigo descubriera que soy más que eso, imagino que una Hermana de las Tinieblas puede... ejercer su influencia.

—No, no puedo.

—¿Qué quieres decir? —inquirió él, alzando los ojos.

—No puedo usar mi poder.

—¿Qué? —preguntó, sintiendo que se le ponía la carne de gallina en los brazos.

—Está consagrado al vínculo con Kahlan, a mantenerla con vida. Así funciona un hechizo de maternidad. Requiere una cantidad prodigiosa de poder establecer un hechizo tan complejo, y aún más mantenerlo. Mi poder debe estar dedicado a la tarea de preservar

ese vínculo vital. Un hechizo de maternidad lo agota todo. Dudo que yo pudiese crear ni una chispa.

»Si tenemos algún problema, tendrás que ocuparte tú. Desde luego, en cualquier momento puedo invocar mis habilidades como hechicera, pero para hacer eso tendría que extraer el poder de nuestro vínculo. Si hago eso sin que ella esté cerca..., Kahlan morirá.

La alarma lo embargó.

—Pero y si tú accidentalmente...

—No lo haré. Mientras cuides bien de mí, Kahlan estará a salvo. Si, no obstante, me cayera del caballo y me partiera el cuello, su cuello también se rompería. Mientras me cuides bien, la estás cuidando a ella. Por eso es importante que vivamos como marido y mujer..., para que estés cerca, y para que yo pueda ayudarte y guiarte. Será una vida difícil con los dos viviendo sin nuestro poder, igual que cualquier matrimonio corriente, pero creo que es necesario si quiero encontrar lo que busco. ¿Comprendes?

Él no estaba muy seguro comprenderlo realmente, pero respondió «sí» de todos modos.

Un desaliento aturdidor lo embargó por completo. Jamás habría creído que aquella mujer fuera a renunciar voluntariamente a su poder para obtener un conocimiento indeterminado. La sola idea desencadenó un pánico helado por todas sus venas.

Richard no lo comprendía. Con la mente tanteando a ciegas en un mundo que había enloquecido, habló sin meditar sus palabras:

—Ya estoy casado. No dormiré contigo como tu esposo.

Nicci parpadeó, sorprendida; luego soltó una risita afectada, cubriéndola con el dorso de la mano, no por timidez, sino ante su presunción. Richard sintió que sus orejas enrojecían.

—Ése no es el modo en el que te quiero, Richard.

—Estupendo —respondió él, carraspeando.

En el silencio del pino refugio, con la lluvia cayendo en el exterior con un suave tamborileo y la refulgente leña siseando dulcemente, la expresión concentrada, intensa y decidida de Nicci se tornó muy fría y muy fija.

—Pero si decidiera que lo quiero, Richard, acatarás mis deseos en eso.

Nicci era una mujer hermosa, la clase de mujer que la mayoría de hombres aceptaría con entusiasmo. No era precisamente eso, sin embargo, lo que le hizo creerla. Fue la mirada en sus ojos. Jamás la vaga posibilidad del acto sexual había parecido algo tan depravado.

La voz de la mujer perdió su tono y siguió sonando en un zumbido anodino, algo no humano, pronunciando una sentencia sobre la vida de Richard. Una sentencia que él mismo se impondría, o Kahlan moriría.

—Actuarás como mi esposo. Nos mantendrás a ambos, como haría cualquier esposo. Te ocuparás de mí, y yo de ti, en lo referente a las necesidades mundanas. Zurciré tus camisas, cocinaré tus comidas y lavaré tu ropa. Tú nos proporcionarás un medio de vida.

Las duras palabras de Nicci se estrellaron contra él con la deliberada y metódica fuerza de una paliza dada con una barra de hierro.

—Jamás volverás a ver a Kahlan, debes comprenderlo, pero mientras cumplas mis deseos, sabrás que está viva. De ese modo podrás demostrar tu amor por ella. Cada día que despierte, sabrá que tú la mantienes con vida. No tienes otro modo de mostrarle tu amor.

Richard sintió que se le revolvía el estómago. Dirigió la mirada a recuerdos de

otro lugar y momento.

—¿Y si decido ponerle fin? —El peso de tal locura era tan aplastante que lo consideré seriamente—. ¿Antes que ser tu esclavo?

—Entonces quizá ésa es la forma que el conocimiento que busco tomará. Tal vez ese fin sin sentido será lo que debo aprender. —Juntó sus dedos índice y mayor en un gesto de cortar, simulando el corte del cordón umbilical de magia que sustentaba la vida de Kahlan—. Una última convulsión perversa para confirmar, finalmente, la carencia de sentido de la existencia.

Richard cayó en la cuenta de que no se podía amenazar a aquella mujer, porque era una criatura que, empezaba comprender, agradecía cualquier resultado funesto.

—De todo lo que existe en este mundo para mí —musitó en mortecina agonía, más para sí y para Kahlan que para su implacable captora—, sólo hay una cosa que es irremplazable: Kahlan. Si debo ser un esclavo para que ella viva, entonces seré un esclavo.

Reparó en que Nicci estudiaba su rostro en silencio. Trabó la mirada con ella por un instante, luego la desvió, incapaz de soportar el terrible examen de sus hermosos ojos azules mientras mantenía la imagen del amor de Kahlan en su mente.

—Lo que fuera que compartiste con ella, cualquier felicidad, alegría o placer, siempre será tuyo, Richard. —Nicci casi parecía atisbar en su interior, leer las páginas de su pasado escritas en su mente—. Atesora esos recuerdos. Tendrán que sustentarte. No volverás a verla jamás, ni ella a ti. Ese capítulo de tu vida ha finalizado. Ambos tenéis nuevas vidas ahora. Será mejor que te acostumbres a ello porque ésa es la realidad de la situación.

La realidad. No el mundo tal como él desearía que fuera. Él mismo había dicho a Kahlan que debían actuar de acuerdo con la realidad, y no malgastar sus preciosas vidas deseando cosas que no podían ser.

Richard se pasó las yemas de los dedos por la frente mientras intentaba mantener la voz firme.

—Espero que no esperes que aprenda a ser feliz contigo.

—Soy yo, Richard, la que espera aprender.

Con los puños pegados a los costados, Richard se levantó de golpe.

—¿Y para qué deseas ese conocimiento? —exigió, con una amargura desenfadada—. ¿! Por qué es tan importante para ti!?

—Es un castigo.

Richard se la quedó mirando con atónita incredulidad.

—¿Qué?

—Quiero sufrir, Richard —dijo, y sonrió con frialdad. Richard volvió a sentarse en el suelo.

—¿Por qué? —musitó.

Nicci enlazó las manos en el regazo.

—Dolor, Richard, es todo lo que puede llegar hasta esa cosa fría e inerte de mi interior que es mi vida. El dolor es la única cosa para la que vivo.

La contempló fijamente, aturcido. Pensó en su propia visión. No había nada que pudiese hacer para combatir el avance de la Orden Imperial, tampoco se le ocurría nada que pudiese hacer para luchar contra su destino con aquella mujer.

De no ser por Kahlan, en aquel momento se habría lanzado a un combate con Nicci que lo habría decidido todo de una vez por todas. De buena gana habría ido a la muerte peleando contra aquella cruel locura. Sólo su razón se lo impedía.

Tenía que vivir para que Kahlan viviera. Por eso, y sólo por eso, tenía que poner un pie delante de otro y sumirse en el olvido.